

# MUJER DE PALABRAS. LAS CONTRADICCIONES IDENTITARIAS EN LA VISIÓN POÉTICA DE ROSARIO CASTELLANOS

Gloria Vergara  
Universidad de Colima

## RESUMEN

La poesía mexicana del siglo XX nos muestra distintas etapas en las que la imagen de la mujer se va conformando desde variados aspectos de la cultura. La pasión, el deseo, la soledad, el rechazo social, los roles predeterminados, el reclamo y el enfrentamiento amoroso, la recuperación y exploración del cuerpo, la auto-contemplación, la conciencia de finitud, la integración con la naturaleza, la búsqueda de los ancestros, la vuelta a lo primitivo y lo sagrado, son parte de ese proceso de interiorización. En este artículo, Rosario Castellanos nos presenta esta imagen en todos los ámbitos de su obra. Nos deja en la encrucijada en la que es inminente la toma de conciencia, el darse cuenta del gran teatro del mundo en donde el papel que le toca representar a la mujer ya resulta forzado, incongruente, contradictorio.

PALABRAS CLAVE: Castellanos, poesía, mujer, identidad, pasión, deseo, soledad, rechazo, cultura.

## ABSTRACT

Mexican poetry of the 20<sup>th</sup> century offers us the possibility to analyze different stages in which the image of the woman is being formed according to various cultural aspects. Passion, desire, loneliness, social rejection, predetermined roles, complaint, love, recovery and exploration of the body, self contemplation, conscience of an ending, integration with nature, search of ancestors, return to the origins and the sacred, are all part of that interiorization process. This article deals with Rosario Castellanos and her way to reveal this image in all her works, leaving us at the crossroad in which taking part of consciousness is imminent, and making us reflect on women's role in our world, a role which seems forced, imposed, inconsistent and contradictory.

KEY WORDS: Castellanos, poetry, woman, identity, passion, desire, loneliness, rejection, culture.

La hazaña de convertirse en lo que se es (hazaña de privilegiados sea el que sea su sexo y sus condiciones) exige no únicamente el descubrimiento de los rasgos esenciales bajo el acicate de la pasión, de la insatisfacción o del hastío sino sobre todo el rechazo de esas falsas imágenes que los falsos espejos ofrecen a la mujer en las cerradas galerías donde su vida transcurre.

R.C.



Rosario Castellanos<sup>1</sup> es una de las pocas mujeres reconocidas en la tradición literaria de México. Tal vez su carácter, su impulso, la vida política en la que participó y su fuerza para enfrentar los fenómenos sociales y adentrarse en la crítica le merecieron ese lugar. Aunque algunos poetas cercanos a ella, como es el caso de Jaime Sabines, dicen:

Ella pagó muy caro dedicarse a la literatura, era francamente rechazada. Su muerte todo lo cambió; ahora cuando paso por Comitán y veo que hay un parque, un centro cultural, una cancha de fútbol y una calle que se llaman «Rosario Castellanos» me da risa. Aquella mujer ingenua, limpia, sencilla, fue víctima de todo el mundo. No pudieron salvarla sus grandes cualidades: su inteligencia, o su infinito sentido del humor, su excelente poesía<sup>2</sup>.

Y es que, como afirma la poeta, ni la mujeres veían la literatura como una profesión propia: «nadie, ni yo misma consideraba a la literatura como una profesión que pudiera ejercerla una mujer»<sup>3</sup>. Sin embargo, Rosario dedica gran parte de su obra a la búsqueda del reconocimiento de la mujer. Lucha contra las costumbres establecidas, ve la necesidad imperante de la educación femenina, rechaza la tradición y los cánones que señalan las «cualidades» de lo pasivo y lo inútil y exaltan la sumisión y la obediencia de la mujercita mexicana<sup>4</sup>. «Destaca que 'la abnegación', la más celebrada de las virtudes mexicanas, es una virtud que se ha vuelto loca,

---

<sup>1</sup> Rosario Castellanos nació en la Ciudad de México, el 25 de mayo de 1925, y murió en Tel Aviv, el 7 de agosto de 1974. Estudió licenciatura y maestría en filosofía en la UNAM y realizó estudios de estética en Madrid. Poeta, narradora, dramaturga, profesora, promotora cultural, y embajadora de México en Israel de 1971 a 1974. Fue becaria Rockefeller en el Centro Mexicano de Escritores (1954-1955). Obtuvo el Premio Chiapas (1958), el Premio Xavier Villaurrutia (1961), el Premio Sor Juana Inés de la Cruz (1962), el Premio Carlos Trouyet de Letras (1967) y el Premio Elías Sourasky de Letras (1972). Escribió los libros de cuentos *Ciudad real* (1960), *Los convidados de agosto* (1964) y *Álbum de familia* (1971); los ensayos sobre cultura femenina (1950), *La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial* (1966), *El uso de la palabra* (serie de crónicas, 1974), *Mujer que sabe latín* (1974) y *Mujer de palabras* (publicación reciente —2004— de artículos rescatados); las novelas *Balún Canán* (1957), *Oficio de tinieblas* (1962) y *Rito de iniciación* (publicación póstuma, 1996); los libros de poesía: *Trayectoria del polvo* (1948), *El rescate del mundo* (1952), *Presentación en el templo* (1952), *Poemas:1953-1955* (1957), *Al pie de la letra* (1959), *Lúvida luz* (1960), *Poesía no eres tú, obra poética 1948-1971* (publicación póstuma, 1974; en el presente artículo, todas las citas de poemas de Rosario Castellanos se toman de este libro, en la edición de México, FCE, 1995); y las obras de teatro: *Salomé y Judith* (teatro lírico, 1959) y *El eterno femenino* (publicada en 1975 y estrenada en 1976).

<sup>2</sup> K. ZAREBSKA (ed.), *Jaime Sabines (Algo sobre su vida)*. México, Ed. Karla Zarebska, 1994, p. 87.

<sup>3</sup> O. BONIFAZ, *Una lámpara llamada Rosario*. Tuxtla Gutiérrez, Libros de Chiapas, 1984, p. 18.

<sup>4</sup> Confrontar el artículo «La abnegación es una virtud loca. La aportación de la mujer a la cultura», leído el 15 de febrero de 1971, frente al Presidente de la República, Luis Echevarría Álvarez y su esposa.

parafraseando a Chesterton»<sup>5</sup>. Afirma que se han valido de la supuesta incapacidad biológica de la mujer para reducirla a simple objeto de placer o a instrumento de maternidad. «No niego el papel importante que la biología juega en la constitución del ser humano, pero me niego a aceptar que las glándulas determinen un destino»<sup>6</sup>.

A través de modelos bien establecidos que infringen la regla de la pasividad como Sor Juana, Simone de Beauvoir, Simone Weil, Virginia Woolf, entre otras, Rosario se ve en la lucha diaria y entiende que el reconocimiento debe empezar por la mujer misma. Esto, sin embargo, sólo se logrará con una educación que le permita tener conciencia de sí. En «Simone de Beauvoir o la lucidez» habla de distintos tipos de mujeres: las que se acomodan en la tradición aceptando los parámetros establecidos sobre su capacidad intuitiva pero que niegan toda prueba de conocimiento, las que reflexionan sobre el papel que les confiere la sociedad respecto al mundo de la ciencia y de las artes, y «las fuertes, las obstinadas, las que desconfían de lo que se les predica, las que se sacuden el yugo que las embrutece, las libres»<sup>7</sup>. Ellas, como mujeres fuertes, viven en combate y, por eso, se convierten en emblemas de la culpa. Esto ocurre porque, como dice Rosario, «en el combate no hay vencedor. El más débil cae en la fascinación, se convierte en una cosa pasiva y opaca. Pero el gesto que su memoria de ser humano guardó de nosotros es el gesto del asesino y del culpable. Su mera presencia es una acusación»<sup>8</sup>. Y ser mujer de palabra, como Rosario, se paga con el precio de la culpa que los demás imponen.

En *Mujer que sabe latín*, Rosario sigue el camino de Simone de Beauvoir; va luchando por crear una conciencia sobre la realidad femenina. Critica el caso de la mujer que va a la universidad sólo hasta que consigue marido y luego se olvida de lo que aprendió para dedicarse exclusivamente al hogar. En estas circunstancias, la mujer se autoestupidiza, se vuelve hiedra, parásito, «se nutre de la vitalidad ajena». Parece que los moldes, las galerías, dice Rosario, son demasiado estrechos. Ni en su detallada revisión de la literatura, Castellanos encuentra salida. En su ensayo «La mujer mexicana del siglo XIX» afirma:

La galería de retratos femeninos no es muy abundante, muy variada ni muy profunda si nos atenemos a los textos literarios escritos en México. La mayor parte de las veces se limita a servir como telón de fondo para que resalte la figura principal: el caudillo, el hombre de acción, el que ejecuta las empresas, el que urde las intrigas, el que sueña con un porvenir mejor, el que fracasa, el que padece. Y en un telón de fondo bastan unas cuantas líneas para trazar un esquema, un estereotipo: la madre, con su capacidad inagotable de sacrificio; la esposa, sólida, inamovible, leal; la novia, casta; la prostituta, avergonzada de su condición y dispuesta a las

---

<sup>5</sup> L. GUERRERO, *Palabras de espejo. La narrativa de Rosario Castellanos*. Tesis de licenciatura, México, Universidad Iberoamericana, 1992, p. 54.

<sup>6</sup> O. BONIFAZ, *op. cit.*, p. 47.

<sup>7</sup> R. CASTELLANOS, «Simone de Beauvoir o la lucidez», *Juicios Sumarios II* (1966). México, FCE/CREA, 1984, pp. 19-34, p. 21.

<sup>8</sup> En «Simone de Beauvoir o la plenitud», *op. cit.*, pp. 35-47, p. 45.



mayores humillaciones con tal de redimirse; la «otra» que alternativamente se entrega al orgullo y al remordimiento de haber cedido a los meros impulsos del amor sin respetar las exigencias de la sociedad; la soldadera, bragada; la suegra, entrometida; la solterona, amarga; la criada, chismosa; la india, tímida<sup>9</sup>.

Nuestra poeta se pregunta si somos así; por qué la insistencia de esos estereotipos. Debemos serlo, dice; pero, en una justa crítica a la literatura mexicana reclama los matices, el tratamiento detenido de las figuras femeninas. Admite que en su búsqueda no se encuentra satisfecha ni con lo que las mismas mujeres representan de sí en la literatura: «Nuestra búsqueda en libros escritos por mujeres no nos sacia del todo. Hay más detalles, es cierto. Pero están tan teñidos de narcisismo, de autocomplacencia que es imposible tomarlos sin el grano de sal de la ironía, de la desconfianza»<sup>10</sup>. Por ello Rosario decide enfrentarse y lo hace con las mujeres que «se nombran de acuerdo con los parámetros pre-establecidos, escritos y descritos por nuestra cultura. [...] El dilema no es simple, el conflicto radica en esta imposibilidad de definirse en libertad»<sup>11</sup>. Pero Rosario también busca otras imágenes de las que fue consciente a partir de su propia situación:

muy pronto descubrí que en la misma condición se encontraban todas las otras mujeres a las que conocía: solas solteras, solas casadas, solas madres. Solas en un pueblo que no mantenía contacto con los demás. Solas, soportando unas costumbres muy rígidas que condenaban el amor y la entrega como un pecado sin redención. Solas en el ocio porque ése era el único lujo que su dinero sabía comprar. Retratar esas vidas, delinear esas figuras, forma un proceso que conserva una trayectoria autobiográfica. Me evadí de la soledad por el trabajo; esto me hizo sentirme solidaria de los demás en algo abstracto que no me hería ni trastornaba como más tarde iban a herirme el amor y la convivencia<sup>12</sup>.

En este ámbito la poeta reconoce: «Hay un momento en el que tengo que admitir que soy una criatura totalmente desvalida y en el que se me llenan los ojos de lágrimas pensando en que soy huérfana y divorciada y... [es] ese momento terrible en el que adquiero plena conciencia de mi soledad»<sup>13</sup>. Así ve Rosario el mundo trágico que la marcó y del que emergió con la fuerza terrible de su ironía, pues —como enunció en su artículo sobre Castellanos el poeta Manuel Muñoz— «el pesimismo es también ironía, humor que encubre la muerte y que sabe erigirse aun contra sí»<sup>14</sup>,

---

<sup>9</sup> *Mujer que sabe latín*. México, FCE/SEP, 1984 (1ª ed. 1973), p. 160.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> L. GUERRERO, *La ironía como estrategia subversiva en la obra temprana de Rosario Castellanos*. Tesis de maestría, México, Universidad Iberoamericana, 2003, p. 123.

<sup>12</sup> E. PONIAKOWSKA, «Prólogo», en J. Palley (comp.), *Meditación en el umbral* de Rosario Castellanos, México, FCE, 1985, pp. 7-27, p. 17.

<sup>13</sup> O. BONIFAZ, *op. cit.*, p. 51.

<sup>14</sup> M. MUÑOZ AGUADO, «La poética de Rosario Castellanos». *Cuadernos de literatura*, vol. 4 (s.f.), pp. 27-35, p. 33.

contra su tradición y su momento. Por ello Rosario Castellanos «en lugar de declamar, reclama; en vez de complacer, arremete»<sup>15</sup>.

Rosario es un parámetro importante para las mujeres de México porque —reconoce Poniatowska— «se dijo a sí misma y al decirse definió también a muchas mujeres cuya suerte es idéntica»<sup>16</sup>. Abrió las puertas a la literatura para las que vendrían después a conformar la riqueza literaria del siglo XX. «En cierta forma es gracias a ella que escribimos las que ahora pretendemos hacerlo. Antes que ella, nadie sino Sor Juana [...] se entregó realmente a su vocación. Ninguna vivió realmente para escribir. Rosario es finalmente eso, una creadora, una hacedora de libros»<sup>17</sup>.

Como poeta, su vocación la empujó a buscar respuestas que la ayudaran a reconocerse. Empieza a estudiar Letras, pero la carrera no le satisface y se cambia a Filosofía. Allí descubre, casi al terminar la carrera, que las únicas nociones a su alcance eran «las que se disfrazaban de metáforas». Pero entonces, «no sólo estaba a punto de concluir la carrera sino que ya no escribía ni endecasílabos ni consonantes ni sonetos. Otra cosa. Anfibia. Ambigua. Y, como la cruce de especies diferentes, estéril»<sup>18</sup>. En ese terreno anfibio, Castellanos ensambla de una manera prodigiosa el arte de encontrarse, pues ve en la metáfora el principio de identidad en el que confluyen humor, meditación y anclaje. En 1964, en entrevista con Emmanuel Carballo, afirma: «Si la filosofía tiene su principio de identidad, la poesía también lo tiene: es la metáfora. Para mí, la poesía es un ejercicio de ascetismo, un intento de llegar a la raíz de los objetos, intento que, por otros caminos, es la preocupación de la filosofía»<sup>19</sup>.

Rosario cuenta cómo leyó a Delmira Agustini, Juana de Ibarborou y Alfonsina Storni. Pero ella quería escribir algo diferente. «Mi problema nacía de otros orígenes y, consecuentemente, exigía otras soluciones»<sup>20</sup>. Lo que deseaba era entender, entenderse. «Hasta entonces, de una manera inconsciente, yo había identificado esta urgencia con la de escribir. Lo que saliera. [...] Y su redacción me proporcionaba un alivio a la angustia como si, por un instante, me hubiera yo emancipado del dominio del caos»<sup>21</sup>. En la soledad encontró el cauce de su escritura, recurrió a la palabra para exorcizarse a sí misma de los fantasmas y monstruos que la conformaban en la diferencia: «No basta adaptarnos a una sociedad que cambia en la superficie y permanece idéntica en la raíz. No basta imitar los modelos que se nos proponen y que son las respuestas a otras circunstancias diferentes de las nuestras. No basta siquiera descubrir lo que somos. Hay que inventarnos»<sup>22</sup>. Lo que Rosario

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 29.

<sup>16</sup> E. PONIATOWSKA, *op. cit.*, p. 22.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>18</sup> *Mujer que sabe latín*, p. 205.

<sup>19</sup> M. NAHUM, *Rosario Castellanos. Un largo camino a la ironía*. México, COLMEX, 1984 (Jornadas 102), p. 17.

<sup>20</sup> *Mujer que sabe latín*, p. 204.

<sup>21</sup> *Ibidem*.

<sup>22</sup> Citada en A. OCAMPO, «Rosario Castellanos y la mujer mexicana». *Cuadernos de literatura*, vol. 4 (s.f.), pp. 37-51, p. 49.

enuncia en sus ensayos se confirma con una congruencia impresionante en su obra poética. Aquí se dan cita una vez más la ironía y la necesidad de una autocrítica severa en la representación de la mujer, de la voz femenina que construye. Poemas como «El retorno», en *Viaje redondo*, nos dejan ver un ámbito social en el que se requiere una revisión del ser femenino. Surge la reflexión, como si la voz hiciera eco en el espejo para convencerse de «la realidad» en donde nadie es indispensable:

Acepta nada más los hechos: has venido  
y es igual que te hubieras quedado o que si nunca  
te hubieras ido. Igual. Para ti. Para todos.

Toma una visión colectiva de la imagen de la mujer. Ésta se ve representada por la mirada de los otros, y ya dentro de la circunstancia ella se reconoce desde fuera, en un acto reflexivo. Así, el mundo pasa bajo el lente de lo superfluo y ella encuentra la definición a través del énfasis, de la anáfora, de la reduplicación, del paralelismo: «Superflua aquí. Superflua allá. Superflua/exactamente igual a cada uno/de los que ves y de los que no ves». Rosario revela la condición de la mujer como una condición múltiple y contradictoria: víctima y culpable, superflua y frágil, ambivalente ante los deseos de su cuerpo y masoquista en su visión del matrimonio y del parto. Habla de los enfrentamientos propios del mundo femenino como la sexualidad, la maternidad y el rechazo social. Recorre los mitos y las culturas para tocar la esencia primitiva. Ve las aristas de la soledad y de la pasión, del erotismo bajo su arma liberadora: la ironía. En «Conversación entre viajeros», del mismo poemario, revela el espíritu de la mujer que por tantos siglos se ha negado a sí misma:

Me ve con reprensión, como a una impertinente  
que no alcanza a turbarla aunque esté adjudicándole  
un pasado que niega, una memoria  
que renunció a tener y me responde  
que posee una cuenta bancaria como para  
comprarse galerías, bibliotecas,  
todo lo que otros han ordenado y hecho.

Y que no necesita de ninguna otra cosa.

Hablando de identidad, la mujer representada no se quiere reconocer en el eco de la otra que interroga, de la incómoda. Lo material es un entorno que envuelve, que suple cualquiera otra necesidad, que simula toda negación, todo renunciamiento. ¿Para qué preguntarse sobre el pasado, para qué remover lo que se pone debidamente en el olvido? Con estos cuestionamientos, Rosario ataca la pasividad de la mayoría y abre el registro de la falta de conciencia sobre lo que implica y lo que debería implicar ser mujer. En el poema «Pasaporte» lleva, en una aguda estrategia, la visión burocrática a la condición cotidiana:

Mujer, pues de palabras. No, de palabra no.  
Pero sí de palabras,



muchas, contradictorias, ay, insignificantes,  
sonido puro, vacuo cernido de arabescos,  
juego de salón, chisme, espuma, olvido.

Los tonos de la prosa, de la conversación, del acontecer cotidiano se insertan con mayor fuerza en estos textos incluidos en la última parte de *Poesía no eres tú*. Nos dejan aspectos distintos, rachas de mujeres vistas desde dentro, recorridas como un arco iris en la complejidad de su ser. Y al reconocer esta complejidad, la sujeto lírica de Rosario se reconoce también en esa «hipotética» realidad que apunta como una flecha al mundo, en su referencialidad inaudita.

Pero si es necesaria una definición  
para el papel de identidad, apunte  
que soy mujer de buenas intenciones  
y que he pavimentado  
un camino directo y fácil al infierno.

Incluido en *Otros poemas*, «Kinsey report» es un muestrario de las distintas condiciones de la mujer. En un estilo dramático surgen las voces y se revelan en su propio discurso que acentúa la carga irónica y crítica de Castellanos. La casada, la soltera, la divorciada, la lesbiana y la señorita desfilan entre los versos. La mujer, en este poema, se va configurando claramente por la diferencia de géneros y los prejuicios sociales. La memoria se desvanece entre el pasado que debe prolongar en sus actos y el deseo natural que no puede brotar libremente.

A la casada le preocupa subir de peso y el comportamiento del marido: «Con frecuencia, que puedo predecir,/mi marido hace uso de sus derechos o,/como él gusta llamarlo, paga el débito/conyugal. Y me da la espalda. Y ronca». Ante la vida sexual se enfrenta con las culpas y miedos que le han inculcado:

Yo me resisto siempre. Por decoro.  
Pero, siempre también, cedo. Por obediencia.

No, no me gusta nada.  
De cualquier modo no debería de gustarme  
porque yo soy decente y él es tan material!

Además, me preocupa otro embarazo.  
Y esos jadeos fuertes y el chirrido  
de los resortes de la cama pueden  
despertar a los niños que no duermen después  
hasta la madrugada.

La mujer objeto, la que no puede decidir sobre su cuerpo, la que teme el qué dirán, la madre, ¿qué tanto ha ganado en el terreno en el que nos planta Rosario Castellanos? No todo es cuestión de derechos, también son las actitudes, la memoria cultural que nos conforma en esa lucha entre desplegar el placer y vigilar a los hijos de noche y de día. La mujer de hoy en México tal vez sepa más de anticoncep-





tivos, pero las actitudes se repiten en el arquetipo que nos muestra Castellanos. Y es que en este mundo idealizado hay que no sólo cumplir con las tareas del hogar, sino estar bien dispuesta para el marido, porque si no: «El marido contempla, desde su aspecto impecable, a una mujer desgreñada, a su regreso de las rudas tareas burocráticas. ¿No es ese motivo suficiente para recurrir a los amigos y correr una parranda y contratar a los mariachis, para que ayuden a olvidar el fracaso?»<sup>23</sup>. En este lugar de confinamiento —lo hace palpable Rosario Castellanos— la mujer ha perdido su dignidad humana. Se rechaza a sí misma; no acepta su cuerpo, las necesidades y las responsabilidades de su cuerpo, como lo enuncia la poeta en entrevista con Samuel Gordon. En su contradictoria manera de ser, la mujer comete actos repugnantes. Rosario cuenta la experiencia de ver a su madre:

Mi madre murió de cáncer. Un cáncer dolorosísimo con una agonía horrenda, y la teníamos a base de morfina. Entonces, mi papá, cuando mi mamá estaba agonizando —con la morfina, que nada más salía de un estado de sopor, para inmediatamente recibir otra dosis—, mi papá tenía gripe. Entonces mi mamá se levantaba, completamente mareada, completamente mal, descalza, agarrándose de las paredes, porque no podía ni mantenerse, para llegar hasta el cuarto de mi papá y preguntarle a él cómo había amanecido él, porque era el *Señor*. Entonces mi papá se daba el lujo de darle la espalda y mirar hacia la pared, y de no contestarle. Cuando yo veía esto, yo a quien quería matar era a mi mamá, porque me parecía una abyección a tal punto, tan gratuita y tan innecesaria. Pero la cara de beatitud que ella ponía cuando comprobaba que él era ese monstruo... Regresaba a la cama... sonriendo. Era el orgasmo, ir y ver que el otro era capaz de llegar hasta eso... y perdonar. La que no pudo perdonar, fui yo. Perdonar a ella. Porque, además, a primera vista, la víctima era ella. Pero cuando uno va viendo toda la elaboración, la víctima era él. Lo habían obligado a convertirse en eso<sup>24</sup>.

La soltera de «Kinsey report» no tiene el masoquismo del matrimonio; sin embargo, se gana un lugar más de confinamiento en la sociedad porque ella, dice Rosario, ni siquiera tiene las ventajas de la soledad. No la elige, la sufre, arrastra sus cadenas y cumple funciones de nana, tía que acompaña, chaperona. «Cumple una función sancionada por la sociedad, tiene que convertirse en una especie de ‘comodín’ de todos»<sup>25</sup>. Su vida sexual recibe toda la descarga del rechazo al ser tachada de prostituta. Aunque aparentemente hoy tiene más libertad, todavía se oye el eco de sus quejas:

Al principio me daba vergüenza, me humillaba  
que los hombres me vieran de ese modo  
*después*. Que me negaran

---

<sup>23</sup> «Costumbres mexicanas», p. 28.

<sup>24</sup> S. GORDON, «Breve atisbo metodológico a la poesía mexicana de los años 70 y 80», en S. GORDON (comp. y ed.), *Poesía mexicana reciente: aproximaciones críticas*, México: UTEP/Eón, 2005, pp. 105-126, p. 38.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 36.

el derecho a negarme cuando no tenía ganas  
porque me habían fichado como puta.

Y es que la soltera lleva la peor parte en esta mirada a la mujer, como lo deja ver «Jornada de la soltera», en *Lívida luz*. De cualquier modo ninguna se salva ante la condición femenina. La divorciada lucha entre la diferencia de género, el deseo y el ejemplo que debe dar a sus hijas para que no caigan en lo mismo: «De cuando en cuando echo una cana al aire/para no convertirme en una histérica./Pero tengo que dar el buen ejemplo/a mis hijas. No quiero que su suerte/se parezca a la mía». La religiosa manifiesta su deseo reprimido: «Tengo ofrecida a Dios esta abstinencia;/por caridad, no entremos en detalles!/A veces sueño. A veces despierto derramándome/y me cuesta un trabajo decirle al confesor/que, otra vez, he caído porque la carne es flaca».

En todas las condiciones manifiestas en «Kinsey report» la mujer auto reprime su deseo. Por decoro, por religiosa, por desprecio al género masculino, por dar el buen ejemplo. El tránsito de la virginidad a la vida sexual en el poema deja un vacío, una desilusión. Rosario nos muestra el contraste de una esperanza romántica en la que aparentemente hay una perfecta continuidad de tradiciones y la realidad cotidiana de la mujer que lucha por reconocerse fuera de todas esas ataduras culturales. Sólo la virgen, la pura, la inocente, la casta niña que piensa en el mañana parece estar conforme en este discurso de las apariencias, los sueños y las contradicciones:

¿Qué importa la pobreza? Y si es borracho  
lo quitaré del vicio. Si es mujeriego  
yo voy a mantenerme siempre tan atractiva,  
tan atenta a sus gustos, tan buena ama de casa,  
tan prolífica madre  
y tan extraordinaria cocinera  
que se volverá fiel como premio a mis méritos  
entre los que, el mayor, es la paciencia.

Tanto en sus ensayos, como en su poesía, Rosario ve que, más allá de la diferencia de clases sociales, la mujer está ceñida por una serie de elementos que la colocan en una situación de objeto. Ya sea para decorar la casa, como un mueble y ser exhibida en sociedad, si es rica, o destinada exclusivamente a las tareas de la casa y la maternidad, si es pobre, la mujer aspira, cuando más a la paciencia y la falta de imaginación. En «Costumbres mexicanas», la poeta dice:

Nos sentamos a esperar pasivamente que un hombre vuelva sus ojos hasta el rincón que nuestra modestia nos depara y descubra las cualidades maravillosas que nos adornan. Lo demás está previsto y sujeto a reglas bastante rigurosas. Los pasos progresivos de la aproximación del macho, nuestra esquivez convencional, nuestro disimulo del terror de perder esa oportunidad, porque nadie nos ha garantizado que se presentará otra<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> P. 27.





Rosario ve, en esta radiografía de la mujer mexicana, una realidad trágicamente triste. La mujer espera a un hombre ideal que nunca llega, porque el que llega, por lo general se olvida de ella a las primeras de cambio. Ella se pierde en la espera de la telenovela en turno, lee las revistas, se le va el sueño mientras se empieza a dar cuenta de las ausencias injustificadas del marido. Aparecen los celos, el coraje, la desilusión, pero como mujer «sumisa» debe mostrar su lado cariñoso y comprensivo ante el hombre que «cansado de las tareas burocráticas» tiene que buscar consuelo en otra casa, con otra mujer que lo espera como objeto —también— de placer. En esta sociedad que nos muestra Rosario, la mujer siempre es culpable, por «incapaz», de las acciones del marido. Pero la esperanza muere al último, lo reconocemos en el sarcasmo de Rosario, cuando enuncia: «A los noventa años su marido será exclusivamente suyo (si es que ha sabido evadir los compromisos y usted ha sabido tolerar sus travesuras). Le aseguramos que nadie le disputará el privilegio de amortajarlo»<sup>27</sup>.

Rosario dramatiza las actitudes de la mujer y en una crítica directa reconoce que no es válido el sacrificio para conformar la identidad femenina. En «Meditación en el umbral», Castellanos hace un desfile de personajes literarios y de mujeres de todos los tiempos: Ana Karenina, Madame Bovary, Teresa de Ávila y Sor Juana, entre otras: «Debe haber otro modo que no se llame Safo/ni Mesalina ni María Egipcíaca/ni Magdalena ni Clemencia Isaura./Otro modo de ser humano y libre./ Otro modo de ser». Pero la historia de la mujer es la historia del mundo, es la historia de su patria, por ello adquiere tal relevancia la figura de la Malinche como la madre que da la vida y la muerte. Rosario hace de la imagen de la mujer inmersa en el teatro del mundo cotidiano un arquetipo pluridiscendente, con múltiples facetas, y en éste pone a descansar el paso del tiempo, de las naciones. También en sus ensayos revisa el constructo de la mujer en distintos ámbitos de la literatura europea y latinoamericana. En Teresa de la Parra estudia *Ifigenia* y el miedo infundido, los prejuicios inculcados. Ve a la mujer «sumisa, domada, obediente» en la literatura mexicana, sus valores representados en el honor, la abnegación y la debilidad que resaltan constantemente, pero que no responden a lo que Rosario saca de las entrañas del conflicto femenino. En este mundo representado, en el tono dramático de su poesía, la mujer se hunde, se vuelve mañosa o se burla de sí misma para liberarse de la camisa de fuerza con la que «crece». En *El uso de la palabra* se pregunta cómo es posible que

a estas fechas, cuando el hombre civilizado traspasa las barreras del cosmos, la mujer se afane aún por traspasar el umbral doméstico, porque únicamente más allá de él puede tener acceso a una partícula de autonomía, a una migaja de determinación propia y de independencia, a una brizna de dignidad<sup>28</sup>.

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>28</sup> P. 39.

En el poema «El talismán», de *Materia memorable*, vemos la búsqueda insistente de Rosario Castellanos en la mujer que ve pasar el tiempo sin que pueda reconocerse. Busca su rostro en los antepasados, en las selvas, los bosques, sin encontrar huella.

Con paso cauteloso me arrimé al campamento  
de los hombres. Me vieron  
con esos mismos ojos que calculan  
el peso del ganado  
o la totalidad de la cosecha.  
Sin hablar me pusieron un lugar en la mesa,  
me dieron un bocado y después la madrina  
me señaló el quehacer, me ordenó la faena.  
Aquí estoy. Tejedora, lavandera,  
desgranadora de maíz y, a veces, en la noche,  
cuando el sueño no acude, relatora de historias.

Aquí la mujer que no ha tenido nombre ni lugar es, sin embargo, quien relata, quien cuenta, quien teje la vida de los otros. La mujer ha tenido el papel primordial en la palabra, pero se ha negado a sí misma, esperando que otros, otro, dice Rosario, el que es diferente en la tribu, le dé el nombre y le muestre el misterio y las sílabas exactas. Porque la mujer relata, pero hay alguien más que «forma las figuras de barro con las manos» de la escritura. En el sentido de la creación, a la mujer le están reservados los hijos, ellos le darán un nombre. Sin embargo, la madre que representa Castellanos entra al registro de la creación poética por necesidad, sabe que no se vive sólo para tener hijos. La mujer debe lanzar su grito para espantar el dolor que la habita. En «Entrevista de prensa», de *En la tierra de en medio*, enuncia:

Escribo porque yo, un día, adolescente,  
me incliné ante un espejo y no había nadie.  
¿Se da cuenta? El vacío. Y junto a mí los otros  
chorreaban importancia.

Se enfrenta al mundo de la escritura como una verdadera creadora, como la mujer que ha recorrido una historia y ahora reclama la palabra también en el terreno de lo escrito. Sabe del poder de la palabra, de su fuerza expresiva: «Y luego, ya madura, descubrí/que la palabra tiene una virtud:/si es exacta es letal/como lo es un guante envenenado». Sólo la palabra le permite reconocerse en ese mundo cotidiano. Sólo la palabra le da la oportunidad de reflexionar sobre sí misma como lo hace en «Toma de conciencia» de *Materia memorable*:

Malhumorada, irónica, levantando los hombros  
como a quien no le importa, yo digo que no sé  
sino que sobrevivo  
a mínimas tragedias cotidianas:  
la uña que se rompe, la mancha en el mantel,



el hilo de la media que se va,  
el globo que se escapa de las manos de mi hijo.

Contemplo esto y no muero. Y no porque sea fuerte  
sino porque no entiendo si lo que pasa es grave,  
irreversible, significativo,  
ni si de un modo misterioso estoy  
atrapada en la red de los sucesos.

En la poesía de Rosario Castellanos entran referencias de todas partes para ir criticando<sup>29</sup> el prototipo de mujer. Llegan también elementos de esa memoria natural, biológica que la registra como madre, como mujer que vive cada mes el desgarramiento de la naturaleza. Ella no habla con la dulzura de la madre realizada. Expresa otros sentimientos de las que pocas mujeres se atreven a hablar en la poesía de aquellos momentos, como el parto doloroso y la presencia del hijo que les exige primero el cuerpo, luego la comida, el espacio. Su discurso poético de más alto vuelo se sostiene en la ironía de la que no escapa ni su propia sombra en la conformación de la sujeto lírica representada. En «Autorretrato» dice:

Así, pues, luzco mi trofeo y repito:  
yo soy una señora. Gorda o flaca  
según las posiciones de los astros,  
los ciclos glandulares  
y otros fenómenos que no comprendo.

La poesía de Rosario deja ver en esas facetas ocultas una amarga verdad que la poesía desnuda. La mujer sufre y llora por hábito, por herencia, por no diferenciarse de las demás:

Sería feliz si yo supiera cómo.  
Es decir, si me hubieran enseñado los gestos,  
los parlamentos, las decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto  
es en mí un mecanismo descompuesto  
y no lloro en la cámara mortuoria  
ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se me quema el arroz o cuando pierdo  
el último recibo del impuesto predial.

---

<sup>29</sup> Laura Guerrero ha dicho en este sentido: «Para Rosario Castellanos no existe una mujer que abarque a todas, no una imagen en la que podamos identificar a nuestra abuela y a nuestra hija. Somos muchas, diversas, distintas; con esto Rosario demuestra su antiesencialismo» (México, UIA, julio 5 de 2005).

Cuestiona «los valores» de la tradición y deja que se presente de forma natural la mujer inconstante, la que titubea ante la vida diaria y expresa: «heme aquí, ya al final, y todavía/no sé qué cara le daré a la muerte». Porque la muerte no es individual sino colectiva, dice. «Muere la generación a que hemos pertenecido; muere la memoria sobre la que dejamos grabada nuestra figura; muere el momento sobre el que actuamos»<sup>30</sup>.

Rosario Castellanos nos deja una clara preocupación de la identidad femenina, del ser mujer en todos los ámbitos de su creación. Y al final del camino, con todas las contradicciones que el cruce de tradiciones impone, podemos seguir diciendo con ella:

Quizá no ahora ni mañana. Porque el ser un parásito (que es lo que somos más que unas víctimas) no deja de tener sus encantos. Pero cuando el desarrollo industrial del país nos obligue a emplearnos en fábricas y oficinas, y atender la casa y los niños y la apariencia y la vida social y, etc., etc., etc., entonces nos llegará la lumbre a lo aparejos<sup>31</sup>.

Castellanos nos deja en la encrucijada en la que es inminente la toma de conciencia, el darse cuenta del gran teatro del mundo en donde el papel que le toca representar a la mujer ya resulta forzado, incongruente, contradictorio. Curiosamente, los caminos de la palabra escrita, de la política, de la vida social comprometida parecen abrirse cuando Rosario termina su discurso, cuando muere. Pero se abren apenas para las atrevidas, para las que alcanzan a ver a lo lejos que sí hay una luz propia, que debe haberla; para la mujer de palabra, capaz de asumir sus contradicciones; para la que todavía señala a veces con el dedo castigador; para la mujer de palabra que muchos mandan, en un camino directo, literalmente al infierno.

---

<sup>30</sup> *Juicios Sumarios II* (1966), p. 53.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 60.

# LA TRADICIÓN FEMENINA EN EL RADICALISMO Y LA LUCHA DE CLOTILDE SABATTINI POR EL RECONOCIMIENTO DE LA EQUIDAD POLÍTICA, 1946-1955

Adriana María Valobra  
Universidad Nacional de La Plata

## RESUMEN

Este artículo explora cómo se construyó una tradición femenina en uno de los principales partidos políticos argentinos, la Unión Cívica Radical, enfocándose en el estudio del primer gobierno peronista (1946-1955). La primera parte del ensayo examina las estrategias políticas del radicalismo para organizar a las mujeres. La segunda rescata las ideas feministas de Clotilde Sabattini, quien intentó construir alternativas a la hegemonía masculina y liberal en el partido. Finalmente, este texto ilumina cómo las estructuras liberales y paternalistas fueron difíciles de cambiar.

**PALABRAS CLAVES:** Historia, Argentina, Unión Cívica Radical, Clotilde Sabattini, derechos políticos femeninos.

## ABSTRACT

This article explores the emergence of a female tradition in the principal political Argentine party, the Radical Civic Union, focusing the study mainly on the peronist government (1946-1955). The first part of the essay examines the Radical Union Party's political strategy in order to organize women. The second part rescues Clotilde Sabattini's feminist ideas. She tried to build alternative political options to those offered by the masculine and liberal hegemonic side of the party. Finally, this paper highlights how the liberal structures and paternalist positions were hard to change.

**KEY WORDS:** History, Argentina, Unión Cívica Radical, Clotilde Sabattini, female political rights.

## INTRODUCCIÓN

Influenciadas por la revalorización de lo político, recientes obras invitan a mirar la oposición a uno de los gobiernos que más influencias tuvo en la historia argentina, el peronismo. Las obras han tenido en cuenta el papel de la oposición a ese gobierno, que hasta ahora no había merecido atención. No obstante, la cuestión

femenina no se ha presentado como problema historiográfico<sup>1</sup> y poco se han visibilizado las ideas, organizaciones y liderazgos de las mujeres en esas organizaciones y partidos<sup>2</sup>. Este artículo<sup>3</sup> se propone abordar un aspecto de la construcción de la ciudadanía política de las mujeres atendiendo a un caso histórico y nacional particular: la organización de la rama femenina de uno de los partidos políticos de más larga tradición en la Argentina, la Unión Cívica Radical (UCR), entre 1940 y 1955. Articularemos este objetivo con la intención de rescatar y dar visibilidad al discurso de Clotilde Sabattini. Ella será una figura faro en el pensamiento feminista argentino que, a la sazón, estará enrolada en las huestes del partido radical. Su ideario y las dificultades para plasmarlo serán el tópico central de la segunda parte de este trabajo.

Entre ambos ejes sobrevuelan las preguntas acerca de por qué en el radicalismo no se dio la implicación femenina que caracterizó a otros partidos, sobre todo en un período de gran movilización femenina como la registrada durante las décadas del cuarenta y cincuenta y, finalmente, si esta variable resulta relevante para indagar su importancia en las primeras elecciones en las que votaron las argentinas en 1951.

## 1. TRADICIONES FEMENINAS EN LA UNIÓN CÍVICA RADICAL

A fines del siglo XIX, la Unión Cívica Radical surge como partido con arraigo en las clases medias y bajas y se inserta en la política nacional haciendo moción por la ampliación de la ciudadanía y la reformulación del pacto político que originaba la legitimidad de las instituciones rectoras del destino nacional<sup>4</sup>. En efecto, en 1912 la llamada ley Sáenz Peña intentaba contener la creciente conflictividad política y social que partidos como el radicalismo y el socialismo, y movimientos como el anarquismo, planteaban a la elite dirigente. La sanción del sufragio secreto, uni-

---

<sup>1</sup> C. TCACH, *Sabattinismo y Peronismo. Partidos políticos en Córdoba, 1943-1955*. Buenos Aires, Sudamericana, 1991, p. 82. C. TCACH y A. SABATTINI, *La nación y la isla*. Buenos Aires, FCE, 1999. M. GARCÍA SEBASTIANI, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.

<sup>2</sup> E. GALLO, *Las mujeres en el radicalismo argentino. 1890-1991*. Buenos Aires, Eudeba, 2001.

<sup>3</sup> Trabajo realizado en el marco de la beca de formación superior de la Universidad Nacional de La Plata. La mayoría de las fuentes se recopilaron en el Archivo radical de Capital Federal. Agradezco a E. Scirica, C. Barry y K. Ramacciotti sus aportes a este trabajo, y a Dora Barrancos su insistencia para que visitara a esta brillante intelectual que fue Clotilde A. Ileana Sabattini, hermana de Clotilde. Le agradezco las palabras desgranadas en la tarde cordobesa en un caluroso octubre de 2006. Mis disculpas a ella porque a medida que avanzábamos en el relato de la vida de Clotilde, las torpezas de mi avidez a veces me impidieron percatarme del dolor que le provocaba ese ejercicio de memoria.

<sup>4</sup> D. ROCK, *El radicalismo argentino*. Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

versal y obligatorio pareció la mejor manera de encauzar sobre todo a radicales y socialistas. Sin embargo, la ley evidenciaba que quienes hegemonizaban el poder estaban dispuestos a hacer una reforma que excluyera a las mujeres anudando el derecho al sufragio con el deber del servicio militar<sup>5</sup>.

Después de 1912, e influidos por el movimiento sufragista mundial y local, algunos legisladores radicales y del Partido Socialista plantearon la necesidad de sancionar una normativa sobre los derechos políticos femeninos<sup>6</sup>. A diferencia de lo que sucedía entre los socialistas, que otorgaban un lugar central a los derechos políticos de las mujeres y planteaban sus propuestas de manera orgánica, los legisladores radicales fueron voces sufragistas aisladas en su partido, cuando no contradictorias. Sin embargo, como en otros espacios políticos, algunas mujeres se dieron cita en el radicalismo aun con los reparos para su participación. Se destacaron Eufrosia Cabral y Elvira Rawson<sup>7</sup>. No obstante, en esos años, las mujeres tuvieron un lugar secundario y hasta marginal, y nunca alcanzaron puestos formales en los organismos de conducción de la fuerza.

Llegados a 1931, e incitada por la avasallante labor socialista en el tema, la Plataforma electoral de la UCR —el conjunto de propuestas a realizar de ser electos— incluirá, entre otras reivindicaciones femeninas, la aspiración a los derechos políticos<sup>8</sup>. Llamativamente, la Carta Orgánica —las normativas que regulan el funcionamiento interno de un partido— sólo autorizaba a conformar comisiones femeninas de propaganda. Nada decía sobre puestos de decisión o representación. Así y todo, hubo emprendimientos partidarios femeninos de envergadura e impacto público en distintos puntos del país<sup>9</sup>. El año 1932 generó grandes expectativas a raíz

---

<sup>5</sup> M. DELEIS, R. DE TITTO y D. ARGUINDEGUY, *Mujeres de la política argentina*. Buenos Aires, Aguilar, 2001, p. 269.

<sup>6</sup> Partido fundado en 1896 y dirigido por Juan B. Justo. El socialismo autóctono había conseguido ya en 1905, tras una reforma electoral, el primer diputado nacional, Alfredo Palacios, y vería crecer esa representación merced a las reformas de 1912. Fue uno de los partidos que más nombres de feministas sufragistas convocó. Entre otras, Sara Justo, Gabriela Laperrière de Coni, Alicia Moreau, las hermanas Chertkoff. Fueron estas feministas las impulsoras de un movimiento sufragista de notable envergadura y proyección simbólica en el ámbito nacional e internacional.

<sup>7</sup> D. BARRANCOS, *Inclusión/exclusión. Historia con mujeres*. Buenos Aires, FCE, 2001. A. LAVRIN, *Women, Feminism & Social Change in Argentina, Chile & Uruguay, 1890-1940*. Lincoln y Londres, Nebraska Press, 1995, pp. 200. M. DELEIS et AL., *op. cit.*, p. 183.

<sup>8</sup> E. GALLO, *op. cit.*, p. 50.

<sup>9</sup> En la ciudad de La Plata —capital de la provincia de Buenos Aires— María Luisa Coutouné organizó el «Comité Feminista 5 de junio», que actuó en la década de 1930 y principios de 1940 en tareas sociales, con presos políticos y publicando un periódico. Sus actuaciones como radicales y feministas les valdrían más de una persecución policial y el intento —frustrado— de sus correligionarios de intervenir el comité para «ponerlas en cintura». Entrevista inédita de A. VALOBRA a Alcira Elena Butiérrez de Báez, hija de María Luisa y militante radical ella misma desde los años 30, 1 de febrero de 2007, en La Plata. También véase, A. BUTIÉRRIZ DE BÁEZ y L. BÁEZ, *María Luisa y sus mujeres*. La Plata, Entrecomillas, 1998. En otras provincias argentinas, las mujeres radicales también intentaban emprendimientos propios, aunque no siempre como feministas. S. CROCHETTI, «Mujeres militantes: participa-

del debate de una ley de derechos políticos para las mujeres. Nuevamente, radicales y socialistas fueron la vanguardia de las propuestas, aunque los primeros contemplaron restricciones de edad y calificación por condiciones educativas. Asimismo, «la retórica parlamentaria omitió casi toda alusión al desarrollo del feminismo del país»<sup>10</sup>, se concibió el sufragio femenino

como un instrumento destinado fundamentalmente a consolidar los principios republicanos de gobierno y desarrollar la conciencia cívica, antes que fortalecer los derechos individuales de la mujer siendo el objetivo final el de sumar a la mujer como fuerza moderadora y constructora del sentir nacional frente al conflicto social<sup>11</sup>.

Sin embargo, sólo se obtendría media sanción y el gobierno conservador postergaría el tratamiento de la ley.

Los años cuarenta no fueron años más propicios para la inserción partidaria de las radicales. Paralelamente a la crisis de entreguerras, el radicalismo tuvo su propio conflicto. Desatado con la muerte de Marcelo T. de Alvear en 1942 —aunque no explicado sólo por ella— a mediados de los cuarenta, pueden distinguirse tres líneas internas: la alvearista; la sabattinista de Amadeo Sabattini (ex-gobernador de la provincia de Córdoba) y, con base en Buenos Aires y Capital Federal, la intransigente liderada por Ricardo Balbín y Arturo Frondizi<sup>12</sup>. En ese contexto, se atisban intentos de organización de las mujeres que, no obstante, no tuvieron mayores consecuencias<sup>13</sup>.

El radicalismo —o los radicalismos— apelaba a formalismos cívicos, pero su atención estaba en la controversia interna y las elecciones cercanas. Tampoco las radicales presionaron por su promoción. Su propia desorganización y la falta de ideólogos que aunaran el pensamiento femenino en el marco del partido hicieron que aplicaran sus energías en pro de la lucha político-partidaria, pero sin exigencias a cambio<sup>14</sup>. A mediados de 1945, el prominente Juan Domingo Perón —que por

---

ción política y lucha por los derechos políticos», en *VIII Jornadas nacionales de historia de las mujeres. III Congreso iberoamericano de estudios de género*, Córdoba, 25, 26, 27 y 28 de octubre de 2006.

<sup>10</sup> S. PALERMO, (1998). *El sufragio femenino en el Congreso Nacional: ideologías de género y ciudadanía en la Argentina (1916-1955)*. Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, 3ª serie, vol. 16-17 (1998), pp. 151-178, p. 158.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 160.

<sup>12</sup> Se retoma a M. GARCÍA SEBASTIANI, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.

<sup>13</sup> La Mesa Directiva del Comité Nacional del partido organizó una comisión interna para estudiar la constitución y organización de comités femeninos. Fue un reconocimiento a su papel en la vida colectiva, pero sin resultados efectivos. E. GALLO, *op. cit.*, p. 73. Asimismo, las radicales cordobesas organizaron una asamblea en la que participan algunas militantes que llevarán la bandera femenina en el radicalismo, incluso hasta la actualidad como María Teresa Morini. Entrevista inédita de A. VALOBRA con María Teresa Morini en su casa en Córdoba, Capital, octubre de 2006.

<sup>14</sup> Sobre organizaciones femeninas en la UD, A. BISSO, *¿Batir al naziperonismo? El desarrollo de la apelación antifascista argentina y su recepción en la práctica política de la Unión Democrática*, Tesis de licenciatura, UNLP, Argentina, 2000.



entonces ostentaba varios cargos en el gobierno militar, entre ellos el de vicepresidente— intentaría apropiarse de los derechos políticos femeninos sin encontrar contradicción entre ello y ser parte de un gobierno de facto con elementos recalitrantes y misóginos representados en la figura del ministro de Educación, Martínez Zuviría. Perón insinuó la posibilidad de «decretar» los derechos políticos femeninos y montó la Comisión Pro-Sufragio Femenino<sup>15</sup>. Según Susana Bianchi, fue la primera vez que el estado asumía los derechos políticos femeninos como una reivindicación propia<sup>16</sup>.

En ese momento, Perón logró lo que hasta entonces ninguna fuerza femenina había logrado: las organizaciones feministas, sufragistas y de distintos partidos se opusieron a obtener por ese medio sus derechos y señalaron las maniobras del coronel para dilatar la convocatoria a elecciones. Las que apoyaron la propuesta del gobierno, como la Asociación Argentina de Sufragio Femenino liderada por Carmela Horne, fueron denominadas «feministas ocasionales»<sup>17</sup>. Esta oposición a Perón dejó el asunto entre paréntesis. Los hechos de octubre de 1945 precipitarían otras preocupaciones<sup>18</sup>.

En conjunto, las iniciativas radicales estuvieron lejos de una acción consecuente respecto de los derechos políticos femeninos. El partido mostraba ampulosos gestos en las Cámaras Legislativas para que se arbitraran los cambios legales que incluyeran a la mujer en la ciudadanía, pero de puertas adentro las dejaba en absoluta desorganización porque sus propios estatutos no les permitían cumplir más que funciones secundarias en el partido (como las tareas de propaganda). Adaptándose a estos designios que las consideraban «inmaduras» para roles políticos, las radicales no se revelaron, se adaptaron a las exigencias masculinas y asumieron como válido que debían prepararse para el futuro ejercicio de sus derechos y la asunción de sus deberes partidarios para lo cual privilegiaron ciclos y charlas educativas sobre esos temas.

El radicalismo fue adalid de lo que podríamos llamar un «legalismo erudito y retardatario»: la mujer era un problema; había que estudiarlo, luego dictar normativas y, finalmente, comprobar resultados deseados. Estas estrategias terminaron justificando la imposibilidad de ascenso y organización de las mujeres en el partido.

---

<sup>15</sup> La misma estaba encabezada por la escritora y educadora riojana Rosa BAZÁN DE CÁMARA, «Acerca de los derechos políticos de la mujer». *La Nación*, 8 de julio de 1945, p. 6. Entrevista inédita de A. VALOBRA y K. RAMACCIOTTI a Haydée Frizzi de Longoni, colaboradora de la Secretaría, 26 de octubre de 2004.

<sup>16</sup> S. BIANCHI, «Peronismo y sufragio femenino: la ley electoral de 1947». *Anuario IEHS*, Tandil, UNCPBA, 1986, pp. 255-296.

<sup>17</sup> J.G. de ZALAZAR PRINGLES, «La mujer argentina ante el sufragio». *Anuario Socialista*, 1946, p. 169.

<sup>18</sup> Los acontecimientos de octubre de 1945 se refieren al encarcelamiento de Perón por un ala militar enfrentada a su intervención pública. Luego, en la movilización del 17 de octubre, una multitud reclama su liberación posicionándolo definitivamente en el poder y llevándolo a la presidencia argentina a través de las primeras elecciones consideradas limpias desde el golpe de estado de 1930.

Mimetizadas en una prosa laudatoria de las virtudes femeninas que las adscribía al imperio de la sensibilidad y la irracionalidad, resultaba una glorificación que las alejaba de la arena política, que seguía siendo un espacio de estrategia y racionalidad varonil. Las radicales, además, fueron renuentes a conformar agrupaciones sufragistas independientes del partido y, además, los pocos casos de comités femeninos que se contabilizan apoyaban la idea de que ellas acompañaban las tareas organizativas de los comités masculinos. Esto les quitó la posibilidad de conjugar una sonoridad que les permitiera reconocerse y empoderarse. Así, los hitos que marcaban sus emprendimientos no terminaban de constituir una tradición radical femenina que incluyera un corpus conceptual y estrategias específicas de acción política, empobreciéndose así las experiencias que podían servir a generaciones venideras.

Estas consideraciones habilitan nuevas interrogaciones a la luz del gobierno peronista. ¿C cambió el radicalismo el modo de pensar la ciudadanía política femenina en esos años? ¿Qué elementos se mantuvieron entre un período y otro? ¿Cómo pesaría entonces una tradición radical femenina hecha a cimbronazos? ¿Cómo asimiló el radicalismo la propuesta feminista? ¿Qué figuras emblemáticas se recuperan en esa trayectoria? Clotilde Sabattini engarza algunas respuestas posibles a las preguntas planteadas.

## 2. CLOTILDE SABATTINI Y LA LUCHA POR LA EQUIDAD DE LA MUJER

Acercarse a Clotilde Sabattini implica transitar un momento convulsionado de la historia. Su plasticidad como pensadora no le ahorró el dolor de la violencia de género que sufrió en carne propia. La imbricación de lo personal y lo político explican las entradas y salidas de Clotilde de la escena pública así como las reclusiones. El pensamiento de C. Sabattini es novedoso en el radicalismo y tiene difusión durante 1946-47 en la publicación *La Semana Radical* —tribuna política intransigente dirigida por su marido y, eventualmente, por ella misma. Es, probablemente, el primer corpus sobre el feminismo y las luchas de las mujeres escrito por una mujer dentro del partido. Sorprende más su posicionamiento feminista que radical, aunque éste no estuvo ausente. De hecho, en el contexto imperante, su preocupación estuvo motivada por la idea de que sólo los partidos o tendencias extremas —como el comunismo y el peronismo— atendían el tema de la mujer e intentó mixturar el feminismo con el liberalismo del radicalismo<sup>19</sup>.

Con profundo sentido del devenir histórico, proponía rescatar dos sujetos: los grandes hombres, categoría que incluía a varones y mujeres individualmente, y el colectivo social, el que daba la impronta moral a la creación de la cultura. La

---

<sup>19</sup> C. SABATTINI, *La Semana Radical*, Argentina, 2 de agosto de 1946. Me referiré a *La Semana Radical*, a partir de aquí, como *LSR*.

mutación caracterizaba la historia e implicaba «una constante selección de valores» que llevaba a que «lo que resultaba bueno o justo ayer puede parecernos malo o injusto hoy»<sup>20</sup>. Así pensaba los derechos políticos femeninos. Si en el pasado se había justificado la exclusión política, los cambios sociohistóricos hacían obsoletas esas disposiciones.

Sin embargo, Sabattini reconocía limitaciones a la ampliación de la ciudadanía: las mujeres mismas. Ellas eran un conjunto sumamente heterogéneo. «A veces se ha[bían] caracterizado por mantener valores ancestrales» en honor a un espíritu conservador pero contradictorio por la debilidad ante las contingencias de la moda y la coquetería<sup>21</sup>. Era difícil contestar cómo resolver esos condicionamientos de la socialización. Empero el feminismo demostraba que había mujeres capaces de rebelarse contra el sometimiento. Aunque Clotilde diferenció líneas del feminismo, pues no todos eran deseables y lamentaba que la expresión «feminismo» estuviera asociada al «llamado revolucionario o más comúnmente anárquico, que fue tal vez el primero y más organizado y que fue y es con seguridad el más exaltado, circunstancia que le atrajo la atención del público», el inglés<sup>22</sup>. Para ella, había que nutrirse del feminismo estadounidense y líderes como Abigail Adams o Harriet B. Stowe. Esta evaluación mostraba a Clotilde como una reformista que demandaba dignidad política a través de métodos más persuasivos que incisivos: la educación y formación de conciencia política promovería el anhelado cambio para las mujeres y la sociedad en su conjunto.

¿Cuál era el punto de partida en Argentina? Para Sabattini, la persistencia en la estructura jurídico legal argentina del código napoleónico sumía a la mujer en estado de minoridad y dependencia respecto de los varones. La influencia del contexto político —el peronismo que ella defenestraba— y el estado educativo de las mujeres profundizaban su subordinación. Distinguía a las argentinas

que pierden el tiempo en futilidades, que ignora y no se preocupa por conocer aquellos problemas, en una palabra que no han cruzado las fronteras de los siglos anteriores al nuestro; [las ignorantes, porque] trabajan de sol a sol o [...] la vida no proporcionó los medios necesarios para llegar a alcanzar un cierto grado de cultura» [y, las que al conocer los principios feministas contribuían] con su conducta, su estudio y su trabajo a solucionarlos, porque una vez conocidos no se puede permanecer indiferente<sup>23</sup>.

Esta visión henchida de un sutil, pero no oculto, elitismo intelectual habitaba a las feministas como iluminadas de la hora: enseñaban, legislaban y apoya-

---

<sup>20</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 30 de septiembre de 1946.

<sup>21</sup> La teoría subyacente era: a mayor conservadurismo, mayor posibilidad de ser manipuladas por presiones consumistas. C. SABATTINI, *ibidem*.

<sup>22</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 12 de agosto de 1946.

<sup>23</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 2 de septiembre de 1946.

<sup>24</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 28 de octubre de 1946.





ban la superación de las menos adelantadas<sup>24</sup>. Para Clotilde el error del feminismo inglés era buscar la «igualdad absoluta». En efecto, la igualdad política no se trasuntaba en una igualdad a ultranza que desdibujara el carácter sexuado de las personas. En este caso, Sabattini marcaba una diferencia entre el concepto igualdad y el de equidad: «debe existir una igualdad, o mejor aún, una equivalencia en cuanto se refiere a derechos y obligaciones políticas o sociales, lo que no ocurre en lo biológico o psicológico»<sup>25</sup>. Lo biológico así como lo psicológico —devenido de aquél— se adscribía a una identidad genital inmanente sin jerarquías. La aspiración: armonía entre varones y mujeres, no «lucha entre los sexos» —idea extendida tanto en pensadores misóginos como en feministas radicales<sup>26</sup>. Basada en esa diferencia tradicional, ella amparaba los derechos que las mujeres debían reclamar para sí.

Para Sabattini, «la pareja humana —y no sólo uno de sus términos— es el sujeto real de la historia»<sup>27</sup>. Esta armonía se basaba en una visión de la humanidad escindida en dos polos distintos pero complementarios y a esa complementación debía aspirarse. La armonía entre sexos no se resolvía en una simple jerarquía sexualizada sino que combinaba equidad y sexualización de roles pues, al no hacerlo, «no se distingue igualdad de identidad» —sostuvo, retomando a Gina Lombroso<sup>28</sup>. En lo político, sostenía que «el hecho de votar no distanciaría a las mujeres de sus ocupaciones domésticas». Así, se solicitaba una igualdad pública sin lesionar la diferencia privada y en esto Clotilde claudicaba sus demandas de equidad retomando un canon que en Argentina había sido propio de las socialistas. Sin embargo, al temor a que con el voto la mujer dejara sus faenas domésticas se sumaba el del «giro a la derecha» En los debates del año 46 sobre el voto femenino en Argentina, fue común aludir a la derrota de la izquierda española como ejemplo de las consecuencias de otorgar el voto a la mujer. Tanto peronistas como radicales y conservadores creían que las mujeres votaban a la «reacción» y a la «tradicción» por su «naturaleza». El problema tomaba visos grotescos cuando ninguno creía representar el ala tradicional y veía en el otro esa condición. Clotilde, aún con su noción de diferencia sexual, se indignó ante estos postulados:

la mujer ha votado en la misma proporción por un partido u otro, no porque hubieran reeditado la decisión de sus padres, esposos o hermanos, sino porque uno de los términos de la pareja humana que vive en una misma sociedad no tiene motivos para comportarse como un ser distinto a su compañero<sup>29</sup>.

---

<sup>25</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 14 de octubre de 1946.

<sup>26</sup> Véase para los debates internacionales, R. FIOCCETTO, *La amante celeste*. Madrid, Horas y horas, 1993. Para el caso argentino, A. VALOBRA y K. RAMACCIOTTI, «¡Peor que putas! La homosexualidad femenina en el discurso moral hegemónico del campo médico 1936-1954», en D. BARRANCOS y D. GUY (comps.), *Historia de la sexualidad y de la moral sexual en Argentina*, Buenos Aires, EDASA, en prensa.

<sup>27</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 30 de septiembre de 1946.

<sup>28</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 28 de octubre de 1946.

<sup>29</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 14 de octubre de 1946.

La condición de humanidad aparecía para equiparar esas diferencias en un comportamiento público. Sabattini luchaba por los derechos políticos pues:

una vez que la mujer ha conseguido esos derechos, adquiere también en forma más o menos implícita, todos los demás. Entonces, ya no puede ser considerada como en continua minoría de edad ya que tiene lo suficiente para emitir su voto<sup>30</sup>.

En este sentido, Clotilde tenía una confianza, a veces excesiva, en que la adquisición de los derechos políticos motorizarían una resocialización política por la cual las mujeres quebrarían las ataduras con el varón<sup>31</sup>. Si bien estaba convencida de la racionalidad y potencial femenino para «distinguir entre el mal y el buen conductor»; las mujeres —sobre todo en el estado que se encontraban— debían cuidarse de los intentos de otorgar formalmente un derecho para luego volver a plantear viejas jerarquías. Por este motivo, Perón fue centro de su arena. En ese sentido, también mostró reserva acerca del desempeño de las mujeres como representantes o dirigentes. Eva Perón no deja de funcionar como un *alter ego* implícito en sus escritos, en tanto que esa prominente primera dama no había tenido acceso a la educación elevada que Clotilde proclamaba para ocupar puestos de dirección política; no era intelectual y mucho menos feminista.

Clotilde se abocó a la educación política en el *Centro Universitario Feminista Radical* a través de charlas y conferencias. Formar a las mujeres para incluir las políticamente repararía una injusticia imperdonable, pero exigía compromiso cívico.

### 3. CRISIS, INTRANSIGENCIA, REORGANIZACIÓN Y MUJERES

Las ideas de Sabattini se difundieron en un contexto complejo. El resultado electoral de 1946 fue un golpe para la oposición autodenominada «democrática». En el radicalismo, profundizó la crisis de un partido carcomido por corrientes internas. Para superar las divisiones, el partido ambicionaba reorganizarse y estar a la altura del nuevo adversario político. Un primer intento de tal renovación tuvo lugar el 29 de julio de 1946, en la Asamblea de Mujeres Radicales realizada en la Casa Radical de la ciudad de Buenos Aires. Elena Necol de Noel expresó: «la UCR debe adelantarse necesariamente a las reformas que se producirán en el país, indicando así, como otras veces, el rumbo de la elevación y el progreso»<sup>32</sup>. Como sucedía en otros partidos, los pasos acelerados del peronismo en la organización de las mujeres

---

<sup>30</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 19 de agosto de 1946.

<sup>31</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 7 de octubre de 1946.

<sup>32</sup> C. SABATTINI, «Se proyecta la unidad de derechos partidarios para la mujer en una Asamblea de la Casa Radical». *LSR*, 2 de agosto de 1946.



demandaban premura<sup>33</sup>. El adelanto que debía ofrecer la UCR ante ese reclutamiento no era sólo la proclama de los derechos políticos femeninos, los cuales, desde 1946, bajo la forma de proyectos de ley el partido había encauzado a través del diputado Ernesto Sammartino. Las radicales percibían, tal vez mejor que sus correligionarios, que el peronismo se había apropiado de los derechos políticos femeninos. Era perentorio demostrar la tradición radical. Pero, la declamación de los legisladores radicales acerca de las frondosas propuestas legislativas que los precedían resultaba vacía de significación cuando parecía inminente la sanción en un gobierno peronista. Quedaba, según las radicales, auspiciar la igualdad de derechos para las mujeres en el seno mismo del radicalismo. Así, se propuso modificar la Carta Orgánica radical de modo que las mujeres se afiliaran en igualdad de condiciones a partir de los 18 años y acceder a los cargos electivos sin excepción.

Paralelamente, Clotilde Sabattini alertaría a la Convención Nacional de la UCR de que era urgente la equiparación de los derechos parlamentarios, la afiliación directa al partido a las mujeres en igualdad de condiciones que los varones y el reconocimiento a la mujer del derecho a elegir y ser elegida dentro del partido formando parte activa de sus organismos directivos. La dirigente cerraba su exposición advirtiendo que la mujer radical no podía

estar en inferioridad de condiciones frente al movimiento femenino del país y del mundo, dentro y fuera de los partidos políticos. La UCR no puede posponer ni tomar con indiferencia este problema trascendente, teniendo presente que [...] muy pronto serán otorgados los derechos políticos de la mujer<sup>34</sup>.

C. Sabattini pedía «marchar juntos todos los radicales» —incluidas mujeres—, pero afirmó que antes de iniciar la marcha era necesario «limpiar y quitar lo malo. Eso debemos nosotras, no ya pedir, sino exigir» al entrar en la vida ciudadana pues «de lo contrario nos veríamos expuestos [...] a [...] [un] lastre [la exclusión partidaria de las mujeres] que no podemos soportar si queremos llegar a la ansiada áncora de la libertad»<sup>35</sup>. Sin embargo, los planteos de Clotilde impregnados de feminismo y quebrando nociones tradicionales como la de igualdad iban a contra-

---

<sup>33</sup> En efecto, una serie de alocuciones radiales de Eva Perón a comienzos de 1947 habían servido para circunscribir los alcances de los derechos políticos, legitimar la figura de Evita y peronizar el sufragio. Si bien Evita pensó en una «ciudadanía» que privilegiaba una identidad sexual maternalista, también recuperó las potencialidades de la política en el hogar, donde más que un factor morigerante, fue una latencia conflictiva. M. NAVARRO, *Evita*. Buenos Aires, Planeta, 1994. J.S. GUIVANT, «La visible EP y el invisible rol político femenino: 1946-1952». *Cadernos de Ciencias Sociales*, Florianópolis, vol. 5, núm. 1 (1985).

<sup>34</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 12 de agosto de 1946.

<sup>35</sup> C. SABATTINI, *LSR*, 7 de octubre de 1947. En este sentido puede leerse una nota de Angélica Moyano que insistía en la «integridad cívica de la mujer» preparada para llevar al radicalismo «la más armoniosa, la más disciplinada y unida familia femenina, sin resquemores, sin diferencia de concepto u orientación partidaria». A. MOYANO, «La mujer radical debe organizarse». *LSR*, 26 de agosto de 1946.

pelo de las posturas radicales. Además, el conflicto intrapartidario empeoró y, aunque en razón de ello no pueda ni explicarse ni justificarse que los progresos femeninos fueran lentos y espasmódicos, la relación entre ambas variables fue directa. El discurso femenino quedaría atrapado en las conflictivas tensiones entre las líneas intransigentes y unionistas, y ninguno de los dos tendría gestos particulares hacia la organización partidaria de las mujeres<sup>36</sup>. En agosto de 1947, en el pre-Congreso Nacional del Movimiento de Intransigencia Radical (MIR), se redactaron las Bases de la Acción Política del MIR que incluyó la primera referencia al sufragio femenino<sup>37</sup>. Según García Sebastiani, entre las decisiones más importantes del Congreso estuvo

el voto directo y la *representación de las minorías a todos los cargos y candidaturas*; [...] *la organización nacional y autónoma femenina* y de la juventud, con representación en *todos los organismos del partido*; *derechos de iniciativa, revocatoria y referéndum de afiliados*; [...] <sup>38</sup>.

No obstante, las mujeres no aparecían. En la posterior Asamblea General Intransigente, se festejó la presencia femenina: una exageración, habiendo sólo una delegada<sup>39</sup>.

En enero de 1948, la Convención Nacional —principal asamblea partidaria— mostraba nuevos vientos en la organización del partido: fue la primera instituida por voto directo y contó con una presidencia intransigente, supuestos renovadores. Pero no tuvo ni delegadas ni convencionales femeninas<sup>40</sup>. En la reforma de la Carta Orgánica de 1948 se resolvió crear una comisión que estudiara y controlara el empadronamiento femenino en el país y ayudara a «promover la organización na-

---

<sup>36</sup> N. BABINI, *Fron diza, de la oposición al gobierno*. Buenos Aires, Ed. Celtia, 1984.

<sup>37</sup> Las mismas fueron leídas por Moisés Lebensohn durante el Congreso efectuado los días 9 y 10 de agosto junto con la Profesión de Fe redactada por Gabriel del Mazo. Véase *El intransigente*, «Bases de acción política. Reproducción del documento», agosto de 1951, s/p.

<sup>38</sup> M. GARCÍA SEBASTIANI, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*. Buenos Aires, Prometeo, 2005, p. 87. El subrayado es mío.

<sup>39</sup> Según Babini, la referencia a las mujeres era oportunista «mientras en 1945 se menciona expresamente el voto secreto, universal y obligatorio como fundamento del régimen republicano, en 1947 se habla por primera vez del sufragio femenino [...] Las razones parecen obvias [...] el sufragio libre, bandera casi excluyente del radicalismo durante treinta años [...] había consagrado la derrota electoral de la UCR en 1946. [...] la presencia política de Eva Perón [...] explica el resto». Una vez sancionados los derechos políticos femeninos en septiembre de 1947, no abundarán las referencias a las mujeres en los programas radicales. De hecho, hacia fines de 1947, cuando se realizan las elecciones internas en Capital Federal, se retomarán las Bases y la única referencia a la mujer será «a igual trabajo, igual salario».

<sup>40</sup> Roberto Parry, presidente de la Convención, dijo en su discurso inaugural: «estoy seguro que el juicio ilustrado de esta Asamblea ha de encontrar fórmulas justas para agilizar y dar eficacia a los órganos ejecutivos del partido, reconociendo, a la vez, participación activa a la mujer, a la juventud y a los obreros» G. DEL MAZO, *El radicalismo. El movimiento de intransigencia y renovación (1945-1957)*. Buenos Aires, Ediciones Gure, 1957, pp. 143-144.





cional de la mujer radical y organizar, con carácter nacional, una campaña de convocatoria»<sup>41</sup>. Un año después, esta Comisión auspició el *Primer Congreso Femenino* (9 al 11 de octubre de 1949)<sup>42</sup> que colocó en el temario tiempo, forma y requisitos para la afiliación interna, derechos de antigüedad para la afiliada y representación femenina en los cuerpos directivos del partido.

En 16 y 17 de agosto de 1951, en el *Primer Congreso Provincial* bonaerense en Lanús, Moisés Lebensohn, destacado dirigente, reconoció en el discurso inaugural que las mujeres tenían una precaria situación: eran «las últimas en llegar» a la equidad, y estaban «sujetas a prejuicios y a la supeditación económica, sin derechos políticos para influir en la conformación social, habéis ocupado un sitio inferior en el desarrollo de la humanidad». Pero aunque el orador reconocía reivindicaciones propias de las mujeres como igual salario por igual trabajo, los derechos civiles y derechos doméstico-maternales como el velar por la familia, el hogar y el futuro de los descendientes, señalaba que había que «vencer un conjunto de factores de tipo espiritual» que actuaban sobre las costumbres e ideas «impidiendo la igualdad anhelada en todos los órdenes»<sup>43</sup>. Confiaba, con todo, en que las mujeres encauzarían su destino. En este Congreso se planteó por primera vez, la necesidad de dar preeminencia a la designación de las mujeres en funciones vinculadas a su condición femenina así como delegación de responsabilidades en las luchas por sus derechos<sup>44</sup>. Es decir, se planteó una política de discriminación positiva apelando a las funciones «naturalizadas» de las mujeres que, a la luz de las resoluciones del Congreso, tenían que ver con cuestiones civiles y sociales del matrimonio, la maternidad y los hijos. Esta preeminencia política no se trasladó, no obstante, a las demandas en relación a la vida partidaria del radicalismo. Se demandó equiparación con el varón y se hizo hincapié en que era necesario habilitar medios que posibilitaran y despertaran a la mujer la inquietud permanente por su participación en la vida política. En efecto, el problema era convocar a las mujeres y mantener su participación, pues hasta entonces su presencia había sido espasmódica. Un ejemplo de ello es que las delegadas femeninas raramente participaron en las comisiones o convenciones en más de dos oportunidades, lo cual no se registra en el caso de los varones, quienes se repe-

---

<sup>41</sup> La comisión estuvo formada por Ana Rosa Schliepper de Martínez Guerrero, Clelia Illia, Oscar López Serrot, Enrique A. Candiotti, Tomás González Funes, Juan E. Errecart, Ricardo E. Aráoz, Juan Palmero, Enrique Ferreira, y ampliada luego con la inclusión de Rosa Clotilde Sabattini de Barón Biza, Alberto M. Candiotti, José B. Casas, Carlos A. Adrogué y Eduardo Ramos. Redundante es decirlo, este comité encargado de ocuparse de las mujeres sólo contaba con tres de ellas sobre un total de catorce miembros. G. DEL MAZO, *op. cit.*, p. 206.

<sup>42</sup> El grupo rector del Congreso estuvo dirigido por mujeres: C. Sabattini fue presidenta, Martínez Guerrero —por Buenos Aires— y Blanca Y. De Tort —por Santa Fe—, vicepresidentas primera y segunda respectivamente. Leonor Aguiar Vázquez —por San Juan— fue secretaria general; finalmente, un secretariado compuesto por Clara S. de Favier —Catamarca—, María D.S. de Catán —Salta—, Miguel A. Juárez Peñalva —Tucumán—, Benjamín Guzmán —Jujuy.

<sup>43</sup> G. DEL MAZO, *op. cit.*, p. 214.

<sup>44</sup> *Ibidem.*



tían año a año<sup>45</sup>. Como vimos en el discurso de Clotilde Sabattini, la lógica de la igualdad fuertemente imbricada en el discurso del individuo autodeterminado del radicalismo, encontró en la equidad su contrapartida femenina.

Más allá de los Congresos «Especiales»<sup>46</sup>, la problemática femenina no fue central en los Congresos «en general». Las elecciones de 1951 fueron prueba elocuente del lugar secundario de las mujeres en el partido. Según Babini, «Los comicios internos solían atraer la concurrencia de afiliadas tan animosas y despiertas como sus pares masculinos, pero el partido no se preocupó de asignarles un papel conforme con sus merecimientos»<sup>47</sup>. A pocos meses de realizarse las primeras elecciones en las que votarían las mujeres, el periódico *El ciudadano* afirmaba en primera plana «Millares de hombres y mujeres se afilian a la UCR»<sup>48</sup>. Aunque no aportaba datos concretos acerca de cuántas afiliaciones se producían, el autor de la nota aseveraba que «Los ángeles custodios de la paz», las madres, no podían faltar a esa fiesta democrática<sup>49</sup>.

Las elecciones no eran promisorias debido a la reforma electoral con la que Perón esperaba asegurarse el triunfo quebrando la unidad territorial y la representación de las minorías<sup>50</sup>. En ese marco, la UCR desconfiaba de la participación femenina pues creía que la acción propagandística oficial aseguraba el voto de las mujeres a Perón. Ello se combinó con la resistencia radical a incluir mujeres<sup>51</sup>. Según un militante radical del período, la captación del radicalismo femenino «en ese partido machista [...] se hizo afiliando hermanas, novias, esposas, madres, suegras y empleadas domésticas a granel»<sup>52</sup>. En ese marco, no parecerá extraño que en 1951 las listas electorales de la UCR no incluyan mujeres, pero sí que el partido coseche tantos votos entre ellas.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

Durante los gobiernos peronistas, el radicalismo utilizó el sufragio como una estrategia de crítica al gobierno: primero porque no lo sancionaba y luego por

---

<sup>45</sup> Otras notas interesantes fueron: solicitar que el gobierno facilitara «créditos dotales» para equiparar a la esposa al marido. Una demanda igualitarista fue la exigencia de que el examen prenupcial fuera para ambos contrayentes. Asimismo, la educación de la mujer en materia sexual debía ir acompañada de una formación física y cursos de economía doméstica que la perfeccionaran en su función específica y diferencial.

<sup>46</sup> Como llamó del Mazo a los eventos sobre temas femeninos, agrarios y de la juventud.

<sup>47</sup> N. BABINI, *op. cit.*, p. 81.

<sup>48</sup> S/a, *El ciudadano*, 16 de mayo de 1951, primera plana.

<sup>49</sup> S/a, *El ciudadano*, 16 de mayo de 1951.

<sup>50</sup> N. BABINI, *op. cit.*, p. 81.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

<sup>52</sup> En los años cincuenta, el comité de Babini tenía «unas 160 afiliadas sobre un total de 820; una sola de ellas integraba la minoría intransigente y solía aparecer por el comité, pero en su calidad de hija (y sobrina) de dos viejos militantes y rigoyenistas del barrio». *Ibidem*. S/a, «El peronismo en derrota atenta contra la Ley Sáenz Peña». *El ciudadano*, 20 de agosto de 1951.



las condiciones en las que lo hizo. Asimismo, legitimó la lucha que el partido había dado e insistió en recordar las acciones de sus legisladores en el Congreso. Sin embargo, esta retórica no funcionaba para otras dimensiones de la ciudadanía política. La UCR no tematizó sobre la elegibilidad de las mujeres en puestos representativos e hizo pocos esfuerzos para que votaran o fueran electas en las internas partidarias. El radicalismo presentó el voto como única dimensión cívica, convirtiéndolo en mera gestualidad electoral para las mujeres.

Parte de esta cuestión podría explicarse por la situación crítica que atravesó el partido perseguido por su oposición al peronismo durante el período. Pero el problema no se explica sólo por ello, pues otros casos históricos demuestran que la mayor o menor conflictividad contra un partido, si bien influye, no significa una mayor o menor participación y/u organización de las mujeres en sus estructuras partidarias<sup>53</sup>.

Una interpretación del radicalismo como baluarte liberal de la ciudadanía retoma la idea de una subjetividad política constituida sobre la base de

un cierto modelo masculino de racionalidad, el del varón burgués blanco e ilustrado, aquel capaz de hacer efectivamente un uso libre de su razón y su voluntad por fuera de un conjunto de determinaciones históricas, genéricas e incluso sociales<sup>54</sup>.

Así, sobre la igualdad se construye la desigualdad<sup>55</sup>. Ello fue en desmedro de la organización femenina que no encontraba estructuración ni participación en el seno del partido radical. Asimismo, las ideas de C. Sabattini —sin duda la única mujer que podríamos considerar como una «ideóloga»— iban a contrapelo de los implícitos de ese ideal de ciudadanía. En particular, en su rechazo a la jerarquía masculina entre varones y mujeres y en su defensa del feminismo. Si estos principios podían generar escozor entre los correligionarios, su espíritu reformista y su ideal de armonía jugaban como contrapeso, desalentando posturas que generaran conflictos entre mujeres y varones radicales. Un lugar equívoco para esa difícil combinación que Clotilde intentó hacer entre feminismo y radicalismo argentino y que la dejaron, a veces, en posturas voluntariosas que no cristalizaban en la ansiada organización. Asimismo, si bien luchó por organizar a las mujeres, tuvo cuidado a la hora de pelear los puestos de dirección para ellas. En su visión evolutiva, había

---

<sup>53</sup> A. VALOBRA, «La UMA en marcha. El Partido Comunista Argentino y las tradiciones y estrategias de movilización social en el primer gobierno peronista: el caso de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA)». *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies Revue canadienne des études latino-américaines et caraïbes*, vol. 61, núm. 31 (Primavera 2005), pp. 155-182.

<sup>54</sup> A. CIRIZA, «Dilemas y tensiones en torno de la ciudadanía de las mujeres. Apuntes para el debate». *La Aljaba*, Argentina, segunda época, vol. II (1997), pp. 49-74, p. 62.

<sup>55</sup> A. VILAS y G. BIGGIOTTI, «Ciudadanía y género. O el poder no es una mala palabra». *Quintas Jornadas de Historia de las mujeres y estudios de género. Mujeres en escena. Instituto interdisciplinario de Estudios de la mujer*, Argentina, Facultad de Ciencias Humanas, 1998, pp. 191-196, p. 192.

llegado el momento de votar, pero no de ser elegidas. Esto empalmó con los temores de los varones radicales.

El devenir entre la historia personal de Clotilde y la política argentina se conjugan estrechamente. Su viaje a Uruguay, motivado por causas personales a fines de 1950<sup>56</sup>, explica en buena medida su desaparición de la escena política. Por su proyección político-intelectual podía haber sido candidata natural del radicalismo. La falta de liderazgo y el rechazo a la inclusión femenina hacen que el radicalismo sea el único partido que no tiene mujeres en las listas electorales en 1951 cuando por primera vez las argentinas acceden al ejercicio de sus derechos políticos. Las características del pensamiento de Sabattini y del pensamiento radical en su conjunto se dieron en un difícil contexto político que encontró al partido dividido y en minoría frente al peronismo. El radicalismo usó los derechos políticos de la mujer como estandarte para confrontar con el peronismo, pero no como parte de su programa de reorganización interna, pues ello habría sido una nueva fuente de conflicto. La organización femenina no formaba parte de las prioridades programáticas y los esfuerzos iniciados iban diluyéndose.

No obstante, las mujeres votaron al radicalismo acaparando el 31% de los votos efectivamente realizados por el electorado femenino en 1951<sup>57</sup>. Si bien no tuvo los exultantes porcentajes del voto femenino al peronismo que se había llevado el 64%, no deja de ser sorprendente para un partido que tan poco se había preocupado por dar lugar a las mujeres<sup>58</sup>. ¿Cómo se explica esto? En primer lugar, estos resultados advierten sobre la necesidad de complejizar las lógicas de interpretación del fenómeno político. ¿Por qué el 30% de las mujeres votó al radicalismo? Como hipótesis es tan plausible pensar que es posible que lo hayan votado porque las adhesiones políticas implican consideraciones que exceden las variables organizativas, o porque era la mejor opción frente al peronismo, o incluso, porque para esas mujeres que el partido no quisiera organizarlas para su inserción política fue un elemento positivo, porque rechazaban esa inserción. A la luz de las variables analizadas, estas consideraciones caben sólo como sugerencias que más que dar respuestas abren líneas para futuras investigaciones. Lo único que puede deducirse de este caso es que la menor organización partidaria no implicó que las mujeres dejaran de votarlo de manera significativa y, comparado con otros casos, como la izquierda,

---

<sup>56</sup> A fines de 1950, Clotilde y sus hijos encuentran refugio en la casa paterna luego de una escena de celos de Barón, quien, más tarde, irá a buscarla a punta de revólver hiriendo gravemente a su cuñado. Encarcelado, encuentra la manera de huir a Uruguay. Desesperada por su alejamiento y cursando su tercer embarazo, Clotilde no puede cruzar al país hermano con sus hijos por las implicancias que entonces tenía la patria potestad. Ayudada por Frondizi, logra reunirse con Barón.

<sup>57</sup> Datos obtenidos mediante elaboración propia de los resultados de ambas elecciones.

<sup>58</sup> El resto de los votos se los llevó el Partido Comunista seguido por el Partido Socialista y, en algunos lugares, el Conservador. Para 1954, las mujeres ocuparán lugares en las listas radicales aunque su posición de segundo orden no las habilitaría a acceder a un puesto de representación. Sin embargo, el porcentaje de votantes femeninas radicales descenderá al tiempo que el de las peronistas aumenta, hegemonizando las elecciones.





que evidenció denodados esfuerzos en ese sentido con magros resultados. Es decir, no hay una relación lineal entre los esfuerzos de atracción partidaria y la voluntad electoral. No es mucho más lo que puede deducirse, pero no es poco. Lo que hubiera pasado de haber sido incluidas entra en terreno especulativo.

En otro orden, el vuelco electoral de las mujeres al peronismo se ha visto como un fenómeno de manipulación<sup>59</sup>. Esta idea otorga un grado importante de irracionalidad a las electoras, pasibles de sugestionarse por medio de propagandas. En el radicalismo, sin embargo, no se aprecia el esfuerzo organizador ni la furibunda acción que se visualizan en las peronistas —incluso en las comunistas— en este período. Al observar los silencios de otros partidos y pensar en lógicas relaciones entre ellos, parece interesante sugerir que no sólo el peronismo gana sino que ocupa los espacios en blanco que en demasía el radicalismo libró al azar (tal vez a la incidencia de los varones radicales sobre las mujeres de su familia, como sugiere Babini, resaltando el tono tradicional del verbo radical). En este sentido, no parece que el peronismo ganara por un voto femenino irracional o merced a la manipulación del aparato propagandístico. Retomando las ideas bourdieuanas, las razones prácticas que sopesan la experiencia cotidiana no se adaptan al comportamiento esperable en el esquema abstracto de ciudadano ideal propio de la teoría liberal, pero son tan razonables como cualquier otro cálculo que acude a explicar el porqué de cierto tipo de decisión electoral.

Finalmente, en este recorrido, la palabra de Sabattini resultará una singular visión dentro de un partido que adolecía de ceguera respecto de los cambios que demandaban los tiempos. Sin embargo, la falta de base propia de inserción, la difícil combinación de feminismo y radicalismo que intentó —y en la que tal vez quedó entrampada—, más su propia situación personal, no permitirán que Clotilde se mida en la arena electoral.

Al retornar después de la caída de Perón en 1955, Clotilde sabe que no podrá integrarse a las filas del radicalismo, pues ello pone en riesgo la vida de sus familiares y, al mismo tiempo, en el partido rehuyen de convocarla. Nuevamente, familia y política se separan. La formación de la Unión Cívica Radical Intransigente, desmembramiento de la UCR que triunfó en las elecciones de 1958 colocando a Frondizi en la presidencia, constituye una oportunidad para que Rosa Clotilde vuelque nuevamente sus energías en la política. En 1958 se convertirá en la presidenta del Consejo Nacional de Educación durante el gobierno de Arturo Frondizi, convirtiéndose en la primera mujer que lograba un cargo de tal envergadura gubernamental en el gobierno argentino. Los comentarios acerca de su vida sentimental con Frondizi, por otra parte estrategia común para descalificar a las mujeres que participan en la política, no empañan su legado más importante: la proyección del Estatuto del docente. Su vida se precipita amargamente a comienzos de los años

---

<sup>59</sup> M. PLOTKIN, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires, Ariel, 1994.

sesenta. Su padre había fallecido y su relación matrimonial era insostenible y decide separarse. Ante lo inevitable, su marido marcó para siempre el resto de sus días y el de la familia en su conjunto. Le arrojó ácido quemándole el rostro y parte del cuerpo, para luego suicidarse. Jorge, el hijo de ambos, escribió en *El desierto y la semilla* la dolorosa terapia a la que durante años se sometió su madre. El paralelo que allí establece entre este proceso y los ecos de la historia argentina hacen honor a la importancia que Sabattini tuvo en ella. Cuando parecía haber superado en cierto modo la tragedia, Clotilde decide quitarse la vida el 25 de octubre de 1978. El radicalismo ahorró reivindicaciones sobre su actuación por haberse volcado a la UCRI y la historiografía la invisibilizó en la singularidad de su pensamiento. La tragedia de sus últimos años de vida ha sido materia para la divulgación de su nombre y, recientemente, se ha considerado la figura de su marido. La espectacularización del horror está lejos de este trabajo, aunque bien cabe señalar que lo privado y lo público impactaron fuertemente su vida haciendo difusas las líneas que diferenciaban lo uno y lo otro. Su ideario y su práctica política, mientras tanto, aguardan aún más indagaciones y aquí sólo hemos comenzado a escribir los primeros borradores.



# LOS DERECHOS DE LAS MUJERES EN EL APARATO DEL ESTADO: LOS DERROTEROS DEL «ÁREA MUJER» DE LA PROVINCIA DE MENDOZA (ARGENTINA)

Claudia Anzorena

Unidad Sociedad, Política y Género,  
INCIHUSA-CONICET, Mendoza

## RESUMEN

A partir del retorno a la democracia en 1983, el gobierno argentino se comprometió a crear espacios institucionales e implementar políticas públicas tendientes a la transformación de las relaciones desiguales de género y a eliminar la discriminación en contra de las mujeres. Estos procesos influyeron hasta en los ámbitos más locales de los distintos países de Latinoamérica y el Caribe. En este artículo realizaremos un recorrido por la trayectoria y los avatares del proceso de creación e institucionalización del principal organismo de la provincia de Mendoza (Argentina), encargado desde 1988 de formular e implementar políticas públicas hacia mujeres.

PALABRAS CLAVE: género, políticas públicas, derechos de las mujeres.

## ABSTRACT

As from the return to democracy in 1983, the Argentine government committed itself to the creation of institutional spaces and to the implementation of public policies aimed at transforming unequal gender relations and at eliminating women's discrimination. Similar commitments influenced even the most local governmental instances of the different countries in Latin America and the Caribbean. This essay is devoted to the trajectory and the different manifestations of the process of creation and institutionalization of the main provincial agency in the province of Mendoza (Argentina) which, since 1988, is in charge of formulating and implementing public policy regarding women.

KEY WORDS: gender, public policy, women's rights.

## INTRODUCCIÓN

Durante las décadas del sesenta y setenta surgieron nuevos actores políticos y sociales que buscaban instalar, en el espacio público, demandas que históricamente habían sido consideradas como extrañas y externas al mundo de la política. Así es como bajo el lema «lo personal es político» las feministas se movilizaron para hacer



visible las situaciones de subordinación y desventaja en que vivían las mujeres como consecuencia de la distribución desigual del poder entre varones y mujeres. Por otra parte, la modificación en las relaciones internacionales por la emergencia del Tercer Mundo y los avances en cuanto a los derechos sociales y económicos, producto de las presiones de los movimientos sociales y del Estado del Bienestar, abrieron un reducto para instalar en el debate internacional la situación injusta de desigualdad en que vivían las mujeres y la necesidad de reconocer algunos de sus derechos en espacios institucionales.

En este contexto, Naciones Unidas establece 1975 como el «Año Internacional de la Mujer», declara el inicio de la Década de la Mujer, e impulsa una serie de Conferencias Mundiales (1980 en Copenhague, 1985 en Nairobi, 1995 en Beijing) que trajeron aparejada la declaración de una serie de convenciones y pactos destinados a mejorar la condición de vida de las mujeres. Estos documentos instaban a los estados firmantes a crear espacios o mecanismos institucionales de diseño e implementación de políticas, con el objetivo específico de garantizar los derechos reconocidos para las mujeres en los pactos y convenciones.

Estos procesos, acompañados por coyunturas propicias, influyeron hasta en los ámbitos más locales de los distintos países latinoamericanos, dando lugar a la generación de una diversidad de espacios institucionales y acciones estatales: desde programas compensatorios hasta planes de igualdad de oportunidades y políticas de equidad, tendientes a la transformación de las relaciones desiguales entre mujeres y varones. Estos espacios tomaron diferentes formas, grados de autonomía e impacto, y se desarrollaron con más o menos logros según las realidades específicas, adquiriendo ciertos rasgos particulares que hacen pertinente su análisis en vista de un panorama completo de estos procesos en la región.

En este artículo expondremos algunas observaciones en torno a los procesos de creación e institucionalización de estos espacios en el caso particular de la provincia de Mendoza (Argentina)<sup>1</sup>. En primer lugar realizaremos un punteo histórico, haciendo hincapié en algunos hitos sobre la introducción de las demandas de las mujeres en el espacio público en Argentina. Posteriormente nos centraremos en la

---

<sup>1</sup> Estas reflexiones son parte de una investigación más amplia de mi autoría llamada «Las representaciones de la sexualidad femenina en el marco de las políticas pública, en Mendoza, de 1988 a 2001» (FCPyS, UNCuyo, Mendoza, Mimeo, 2002). Este estudio consistió en un análisis cualitativo sobre el funcionamiento de las instituciones ligadas a la ejecución de políticas públicas hacia las mujeres, así como a las actividades y proyectos implementados por estos organismos. El estudio se realizó sobre el Área Mujer de la Provincia de Mendoza, el Programa Provincial de Salud Reproductiva y un programa municipal llamado «Ayudando a Nacer». Las técnicas de recolección de datos fueron el rastreo de folletería y entrevistas no estructuradas a una muestra intencional de varones y mujeres responsables del diseño y ejecución de políticas públicas y programas dirigidos hacia mujeres en Mendoza, así como también a mujeres que hubieran tenido experiencia laboral en áreas aunque sin la máxima responsabilidad. Se trataba no sólo de establecer las características de las políticas públicas dirigidas a mujeres, sino de realizar una suerte de historia de la trayectoria seguida por las instituciones relacionadas con las políticas públicas hacia mujeres en Mendoza.



descripción y el análisis de los derroteros del «área mujer»<sup>2</sup> de la provincia de Mendoza, procurando mostrar las trayectorias que recorrió, de acuerdo con diversos factores que indican su accidentada relevancia como organismo dentro del Estado.

## 1. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CONTEXTO

En Argentina, el reestablecimiento de las instituciones democráticas en 1983 posibilitó que muchos asuntos históricamente considerados privados ingresaran al espacio público, entre ellos la situación de discriminación en que vivían las mujeres<sup>3</sup>. La primavera democrática configuró un contexto donde las relaciones de fuerzas eran favorables para el inicio de un período de ascenso en el reconocimiento de (algunos de) los derechos de las mujeres: se vivía un clima de revalorización de los derechos humanos, de esperanza sobre las instituciones democráticas, de reapertura del espacio público para la manifestación de las demandas, de compromiso de la sociedad civil y de los movimientos y organizaciones sociales; las mujeres habían tenido una participación activa en la resistencia contra la dictadura, sobre todo las Madres de Plaza de Mayo; por otra parte, los sectores conservadores de derecha y la Iglesia Católica estaban fuertemente desprestigiados por su actuación y complicidad durante la última dictadura (1976 a 1983). A su vez, al igual que otros movimientos sociales gestados en la clandestinidad, el feminista salió a la luz haciendo visibles sus demandas. En este contexto se fueron sancionando una serie de leyes que significaron avances importantes en el reconocimiento formal de los derechos de las mujeres y se crearon organismos en el aparato del Estado, en los que algunas feministas lograron participar<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> Es difícil dar un nombre común a todo el recorrido que realizó este espacio en Mendoza, por tanto lo llamaré «área mujer» en el sentido de que es un organismo que se creó dentro del aparato del Estado para tratar temas específicos relacionados con las condiciones de las mujeres en tanto mujeres, emanados de los compromisos asumidos en Nairobi en 1985.

<sup>3</sup> Entre 1930 a 1983 Argentina estuvo signada por el quiebre del orden democrático por dictaduras militares. De todas ellas, la más brutal fue la que transcurrió entre 1976 y 1983, que dejó, entre otras cosas, un saldo de 30.000 desaparecidos/as y al país hundido en un desastre económico.

<sup>4</sup> Las relaciones entre movimientos feministas y Estado son complejas y cambiantes. Las feministas no siempre pensaron al poder político y al Estado como un espacio necesario para instalar sus reivindicaciones, a lo largo de la historia, éstas fueron cambiando las formas de relacionarse con el poder y con el Estado en un abanico lleno de matices que va desde entenderlo como un lugar neutral donde las mujeres sólo debían insertarse, hasta concebirlo como la herramienta privilegiada de opresión del patriarcado. Para las feministas de los años sesenta y setenta, el Estado se presentaba como un lugar antagónico de poder exclusivamente masculino, donde las mujeres no podían ingresar sin perder su especificidad. En los años ochenta y noventa se hizo hincapié en la necesidad de reapropiarse de la ciudadanía, entendida como adjudicación de derechos, de redefinir el sistema político e incluso de participar en el diseño de políticas públicas incorporando «áreas mujer» en el aparato del Estado (N. ARCHENTI, «Las mujeres, la política y el poder. De la lógica del príncipe a la





En el año 1985 Argentina suscribió la CEDAW —siglas en inglés de la Convención sobre Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres (aprobada por Naciones Unidas en 1979). De este modo, el país quedó comprometido en el diseño e implementación de políticas públicas de promoción de la igualdad de las mujeres ante los organismos internacionales<sup>5</sup>. En ese mismo año se sancionó la Ley 23.264 de Reforma de la Patria Potestad, que pasó a ser compartida entre padre y madre, y establece además la equiparación entre hijos e hijas matrimoniales y extramatrimoniales. En 1987 se sancionó la ley de divorcio vincular, que daba el derecho a volver a casarse, eliminó el derecho del esposo a fijar el domicilio conyugal y la obligación de la mujer de portar el apellido del marido unido al suyo con la preposición «de»<sup>6</sup>. Además se concretó la creación de la Subsecretaría de la Mujer, por decreto presidencial en 1987, como culminación del proceso iniciado en 1984 con el Programa de Promoción de la Mujer y la Familia<sup>7</sup>. La Subsecretaría fue el primer organismo de y para mujeres intencionalmente creado en el aparato del Estado argentino bajo la dependencia del Ministerio de Desarrollo Social<sup>8</sup>. La institucionalización de los derechos de las mujeres quedó atrapada en la permanente tensión entre el horizonte utópico y lo políticamente posible; en este sentido fueron muchos los temas que se resignaron o se pospusieron para lograr ser incluidas en la estructura del Estado, por ejemplo el derecho al aborto o la educación no sexista, y obviamente la diversidad sexual. Si bien no profundizaremos en el tema, hay que mencionar que este contexto da lugar a la fragmentación del movimiento por la tensión entre aquellas que pretendían acercar sus demandas al Estado y a las organizaciones internacionales, para promover avances legales y exigir su garantía desde un lugar de poder institucional; y aquellas que pretendían mantener la total autonomía del movimiento de lo institucional.

A pesar de los obstáculos, limitaciones y pérdidas que conllevó insertar las demandas feministas en espacios institucionales, el Estado, a través de estas leyes y

---

lógica de la acción colectiva», en *Capacitación política para mujeres: género y cambio social en la Argentina actual*, Buenos Aires, Feminaria, 1994, pp. 17-33).

<sup>5</sup> La suscripción de la CEDAW adquirió rango constitucional en 1994, durante la reforma constitucional llevada a cabo en Santa Fe. Recién en el año 2007 fue aprobado el Protocolo Facultativo que permite llevar los casos de incumplimiento de la Convención a instancias internacionales una vez agotadas todas las posibilidades de reparación en el país.

<sup>6</sup> L. FLETCHER, «Algunos hitos en el feminismo argentino», en *Ciudadanas. Una memoria inconstante*, Venezuela, Nueva Sociedad, 1997, en Curso virtual (Documentos PRIGEPP 2003), p. 4.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> La Secretaría fue ubicada en un lugar donde el poder era claramente patriarcal, lo que según la feminista y primera presidenta del área Zita Montes de Oca no es algo casual sino que era un «lugar ideal para frenar el crecimiento político de las mujeres», garantizaba la permanencia «del objeto mujer» dentro del aparato del Estado, quitándoles posibilidad de desarrollarse como sujeto político que demanda espacios paritarios en todos los ámbitos de la sociedad (Z. MONTES DE OCA, «Las mujeres y el Estado, el Estado para las mujeres», en *Mujeres en los '90. Legislación y políticas públicas*, Buenos Aires, Centro Municipal de la Mujer de Vicente López, 1997, pp. 25-46, p. 45).

organismos, hacía explícito su reconocimiento (formal) de las mujeres como ciudadanas a quienes debía garantizar sus derechos. De este modo, aunque no sin cuestionamiento, el trabajo de estas feministas permite identificar la década de 1980 con la apertura de espacios para insertar las demandas de las mujeres en el aparato del Estado y la creación de organismos que en un primer momento tuvieron una perspectiva original, en un mundo donde las reglas que imperan son las masculinas<sup>9</sup>.

En la década del noventa, la apertura que posibilitó la redemocratización se fue reduciendo. La implementación descarnada del neoliberalismo en lo económico y la restauración conservadora en lo social, unidas al debilitamiento de la capacidad de presión de los movimientos sociales, llevó a que las demandas de las mujeres comenzaran a perder espacios y a restringir el accionar del Estado a políticas focalizadas en un clima de profundo deterioro de las condiciones de vida para el conjunto de la población, sin ver que las mujeres eran especialmente afectadas<sup>10</sup>. En 1989 la Subsecretaría Nacional de la Mujer es ascendida a Secretaría dependiente de Presidencia, y luego cerrada en 1990, con el argumento de la urgencia de reestructuración. En 1991 se reabre, por pedido de los organismos internacionales, con el nombre de Consejo de la Mujer dependiente de la Secretaría de Función Pública<sup>11</sup>. Sin embargo, el cierre de la Subsecretaría fue el símbolo de clausura de una fase de optimismo y el comienzo de una nueva etapa, que en muchos casos significó un retroceso en lo conseguido.

## 2. LOS DERROTEROS DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LOS DERECHOS DE LAS MUJERES EN MENDOZA

En Mendoza se registra el primer impulso por crear un espacio institucional encargado de realizar políticas públicas específicas para las mujeres en 1988. Todavía se encontraban en el ambiente las repercusiones de las acciones de los movimientos sociales en resistencia a la dictadura y las presiones realizadas desde organismos internacionales en un momento que coincidía con la III Conferencia Internacional de la Mujer (Nairobi, 1985). Esto, unido a la ocasión del III Encuentro Nacional de Mujeres realizado en 1988 en Mendoza, configuró un escenario que

---

<sup>9</sup> *Ibidem.*

<sup>10</sup> En una investigación que estamos llevando a cabo en este momento observamos cómo las mujeres, sobre todo las de menores recursos, son ubicadas como «destinatarias privilegiadas» de las políticas que implementa el Estado en un doble sentido, por una parte de políticas de reconocimiento y promoción de la equidad (no igualdad) de género, las cuales son cada vez más reducidas; y por otra son las «beneficiarias» casi exclusivas de las políticas paliativas de la aplicación del modelo de ajuste estructural que en Argentina se encuentran en gran expansión (planes sociales, subsidios familiares, planes de nutrición, de salud, de control de la natalidad, etc.).

<sup>11</sup> Z. MONTES DE OCA, *op. cit.*



hizo posible que muchas demandas de las mujeres se consideraran legítimas y se tradujeran en leyes y en organismos ejecutores<sup>12</sup>.

En Mendoza, como indican Mabel Bellucci y otras, respecto de la Subsecretaría Nacional de la Mujer, la penetración de la temática de género en el Estado y en la sociedad no fue consecuencia directa de las acciones del movimiento de mujeres local<sup>13</sup>, sino que tuvo que ver con la gestión de algunas feministas que buscaron incorporar el tema en sus actividades políticas y, también, con decretos de los poderes ejecutivos en el intento de modernizar su discurso y ponerlo en sintonía con el de los organismos internacionales<sup>14</sup>. De este modo, en el año 1988 se creó la Asesoría de la Mujer, un espacio gubernamental orientado específicamente al diseño e implementación de políticas públicas de igualdad y promoción de derechos para las mujeres. Ésta fue promovida por mujeres allegadas al entonces gobernador José Octavio Bordón —PJ, Partido Justicialista o Peronista—, comprometidas con la problemática de género. El gobernador designó a la Ing. Cristina Zuccardi como su asesora en el «tema mujer», para que formulara y organizara un espacio con estos fines. Zuccardi realizó gestiones para elevar la Asesoría a la categoría de Instituto, lo que consiguió en 1991, otorgándole jerarquía e institucionalidad al organismo que permitirían fijar las funciones y la organización interna de una manera distinta, aunque esto no llegó a concretarse. En el año 1993 Zuccardi, electa diputada nacional, deja la presidencia del Instituto y asume en su lugar la licenciada María C. Perceval, quien seguía a Zuccardi en el organigrama. Después de casi un año y medio de gestión, Perceval renuncia por desacuerdos políticos con el gobernador de turno y éste nombra para finalizar los últimos ocho meses de gestión a Hortensia Espínola. En el año 1996 asume la gobernación Arturo Lafalla (PJ), quien transformó por decreto (Decreto 180, 1996) el Instituto en Consejo Provincial de la Mujer, lo que implicó una modificación en la estructura organizativa del área. La presidenta del Consejo fue entonces la licenciada María Elisa Nicolau. En el año 1999, cuando asume la gobernación el ingeniero Roberto Iglesias (UCR), el organismo toma el nombre IPPEHM (Instituto de Políticas Públicas para la Equidad entre Hombres y Mujeres) y se nombra a la doctora Graciela Herranz, quien ejerce la

---

<sup>12</sup> En Argentina se realizan anualmente desde 1986 los Encuentros Nacionales de Mujeres, donde confluyen una diversidad de mujeres (sectores medios y populares, diferentes edades, ideología política, etc.) a debatir en relación a más de cuarenta temas divididos en talleres tales como desempleo, tercera edad, globalización, medio ambiente, sexualidad, aborto, lesbianismo, por mencionar sólo algunos. Estos encuentros fueron iniciativa de algunas feministas a partir de su asistencia a la Conferencia en Nairobi (1985), y se caracterizan por ser autofinanciados y por su horizontalidad en los debates (no hay disertaciones magistrales). Comenzaron con la participación de unas 300 mujeres y en la actualidad llegan a concurrir entre quince mil y veinte mil mujeres (para más detalles se puede visitar la sección de Encuentros Nacionales de Mujeres en [www.rimaweb.com.ar](http://www.rimaweb.com.ar)).

<sup>13</sup> En Mendoza no se puede decir que existiera un movimiento de mujeres, sino que había algunas organizaciones y grupos de mujeres que trabajaban más o menos separadamente.

<sup>14</sup> M. BELLUCCI, LUVECCE, MARIANI y ROFMAN, «La subsecretaría de la mujer de Argentina (1987-1990)». *Doxa*, vol. 3 (1990-91), en curso virtual (Documentos PRIGEPP 2003).

presidencia hasta 2004 en que es electa senadora provincial y asume el cargo su compañera Graciela Olmedo hasta la actualidad.

La existencia de la Asesoría, del Instituto, del Consejo y del IPPEHM ha sido establecida por sucesivos decreto del Poder Ejecutivo provincial. Según lo que pudimos observar, no existe una ley que la sustenta, y se carece de definiciones orgánicas de las funciones de la institución. Como indica Bellucci, la falta de regularidad de normas, definición de competencias y funciones, la técnica voluntarista y las formas de liderazgos, unidas a una temática que despierta grandes reacciones, han impedido la conformación de una institucionalización que dé continuidad al organismo más allá de las personas<sup>15</sup>.

El siguiente cuadro ilustra los cambios que ha sufrido este organismo:

AÑO	ORGANISMO	TITULAR	GOBERNADOR*	DEPENDENCIA
1988	Asesoría de la Mujer	C. Zuccardi	J. O. Bordón (PJ - 1987 a 1991)	Gobernación
1991				
1993	Instituto de la Mujer	M. C. Perceval	R. Gabrielli (PJ - 1991 a 1995)	
1995		H. Espínola		
1996	Consejo de la Mujer	M. E. Nicolau	A. Lafalla (PJ - 1995 a 1999)	Desarrollo Social y Salud
1999		G. Herranz	R. Iglesias (UCR - 1999 a 2003)	Secretaría de Gobierno
2001	IPPEHM			
2004		G. Olmedo	J. Cobos (UCR - 2003 a 2007)	Desarrollo Social y Salud

\* Los gobernadores asumen y dejan el mandado en diciembre del año indicado.

Al igual que en otras experiencias latinoamericanas, primero la Asesoría y luego el Instituto de la Mujer tenían un discurso según el cual buscaban posicionar a las mujeres como sujetas de políticas y no simples «beneficiarias»<sup>16</sup>, es decir que, con una conducción de sesgo feminista, se intentó innovar en la forma de hacer políticas públicas hacia mujeres como sujetos de derechos. Hubo cierta continuidad en el discurso sobre el sentido de las políticas en lo que respecta a la Asesoría, el Instituto y el Consejo. Las políticas que se implementaban eran políticas de discriminación positiva, dirigidas exclusivamente hacia las mujeres, con el objetivo general de compensar las desigualdades iniciales, a partir de acciones parciales que dan

<sup>15</sup> *Ibidem*.

<sup>16</sup> V. GUZMÁN, Seminario Virtual «Análisis comparado de legislación, políticas públicas e instituciones orientadas hacia la equidad de género», Unidad 2 y 4, PRIGEPP-FLACSO, Buenos Aires, 2003.





un beneficio específico o adicional a las mujeres. Sin embargo, se diferenciaron en que la Asesoría y el Instituto partían del carácter sistémico de las desigualdades de género, y de la necesidad de operar simultánea y coordinadamente en distintos campos de acción. Buscaban no sólo abordar las consecuencias de la discriminación de género sino también impulsar la igualdad de oportunidades y condiciones para todas las mujeres en la sociedad<sup>17</sup>. En cambio, los programas que impulsó con mayor énfasis el Consejo buscaban llegar a las mujeres más pobres<sup>18</sup>.

El IPPEHM ha significado un cambio rotundo con relación a las demás gestiones, en cuanto al énfasis y a la posición ideológica tanto respecto del tema de género como del tema de clases. Nos detendremos brevemente en esta etapa del área, porque refleja la penetración del discurso neoliberal en los espacios institucionales y el vaciamiento y alejamiento de las demandas que inicialmente le dieron sentido.

Como su nombre lo indica, el IPPEHM realiza políticas tanto para varones como para mujeres. Su fin es «dar a cada uno lo suyo de acuerdo a lo que le corresponde», ya que varones y mujeres tendrían cada uno/a sus propias capacidades que deben ser fortalecidas, buscando la «compatibilidad mutua en procura de dar igualdad de oportunidades reales teniendo en cuenta la diversidad», aunque no aclara qué o quién determina estas capacidades diferenciales<sup>19</sup>. Es decir, parte del supuesto de que la igualdad ha sido ya conseguida de alguna manera<sup>20</sup>. El IPPEHM considera su proyecto «inclusivo», porque se dirige tanto a mujeres como a varones, considera que ellos también viven situaciones de desventaja y sus políticas se orientan hacia la «revalorización y cooperación en la diversidad», y el rechazo de posiciones que tenderían a «imitar patrones masculinizados de conducta»<sup>21</sup>. Los cambios que plantea significan, según el punto de vista de G. Herranz, una «transformación cultural» que permitiría la coparticipación de varones y mujeres en las tareas domésticas y que las personas pudieran desarrollar al máximo sus potencialidades individuales, lo que llevaría a mejorar la calidad de vida de toda la sociedad.

---

<sup>17</sup> INSTITUTO DE LA MUJER, *Un espacio para ser protagonistas...*, Mendoza, Gobierno de Mendoza, 1993. Entrevista inédita de C. ANZORENA a C. ZUCCARDI y a M. PERCEVAL, Mendoza, 2002. Todas las entrevistas citadas de aquí en adelante fueron realizadas durante la confección de la tesis de licenciatura «Las representaciones de la sexualidad femenina en el marco de las políticas públicas, en Mendoza, de 1988 a 2001», Mendoza, FCpyS, UNCuyo, 2002.

<sup>18</sup> Entrevista inédita de C. ANZORENA a M.E. Nicolau, Mendoza, 2002.

<sup>19</sup> Entrevista inédita de C. ANZORENA a G. Herranz, Mendoza, 2002.

<sup>20</sup> IPPEHM, *Programa ÓPTIMA. para empresarias mendocinas*, Mendoza, Gobierno de Mendoza, 2003.

<sup>21</sup> En este sentido pretende dar respuesta a las transformaciones que se produjeron, según su punto de vista, por la «irrupción de las mujeres» en el ámbito público, lo cual provocó un «replanteo en las mentalidades, una crisis en las relaciones de varones y mujeres de todos los ámbitos, en las mujeres consigo mismas y en los hombres que siguen con el mandato tradicional» (IPPEHM, IPPEHM, *Organismo de transformación cultural que genera Políticas Públicas con Perspectiva de Género*, Mendoza, Gobierno de Mendoza, 2003).

Volveremos sobre la visión del IPPEHM cuando hablemos de las titulares del área. Un dato fundamental en el análisis de las capacidades de incidencia de los espacios institucionales es su posición en la trama institucional, como así también las funciones y los recursos que se les atribuyen. Las plataformas de acción de las diversas Conferencias Internacionales de la Mujer plantean como recomendable que los «mecanismos» de género de los Estados dependan directamente del Poder Ejecutivo como la forma más inmediata y ágil de garantizar por parte de los gobiernos la defensa efectiva de los derechos de las mujeres. La Asesoría primero y después el Instituto dependían directamente de la Gobernación y pretendían tener un carácter transitorio: buscaban, como objetivo a largo plazo, transversalizar la perspectiva de género en toda la estructura estatal. Una vez conseguido este fin, el organismo desaparecería porque no sería necesario un espacio con estas características, ya que la perspectiva de género, institucionalizada y legitimada, formaría parte de la intervención global del Estado<sup>22</sup>.

Sin embargo, lejos de conseguir tan optimista objetivo, este organismo ha fluctuado en cuanto a su dependencia funcional, oscilando de Gobernación al Desarrollo Social. Las titulares del área recurrieron a diferentes estrategias para mantener el organismo en la mayor jerarquía, para contrarrestar la permanente ofensiva por desjerarquizarlo, aunque con escaso éxito. Cuando el área se convierte en Consejo pasa a depender del Ministerio de Desarrollo Social y Salud, a pesar de las resistencias de sus funcionarias. El IPPEHM en el inicio dependía directamente de la Secretaría de Gobierno pero, a mediados de 2001, por reestructuración se disuelve la Secretaría, que pasa a depender nuevamente de Desarrollo Social y Salud, hasta la actualidad.

Un objetivo de todas las gestiones fue la articulación con los demás sectores del Estado, pero con características particulares en cada una de ellas. Según las entrevistadas, en lo que fue la Asesoría y el Instituto, el fin de la articulación era, como vimos, la transversalización de la perspectiva de género para modificar la concepción de las políticas como sexualmente neutras; para el Consejo era implementar las políticas de género en y a través de los demás organismos estatales; y en el actual IPPEHM que las mujeres tengan mayor protagonismo en toda la estructura del gobierno.

Con esta perspectiva, desde la Asesoría hasta el IPPEHM desde sus diferentes posiciones, se han ido relacionando con los distintos sectores y funcionarios/as, para instalar la existencia concreta de la discriminación contra las mujeres como tema prioritario del que el Estado debe hacerse cargo. A ninguna de las gestiones le ha sido sencillo introducir en la «agenda» pública la temática de género (de hecho ninguna lo logró), porque al intentarlo han encontrado resistencia, desvalorización o indiferencia respecto a la situación de las mujeres y respecto de su trabajo.

Los momentos en que se logró mayor articulación fue precisamente cuando dependían de Gobernación. La dependencia de los Ministerios de Desarrollo

---

<sup>22</sup> Entrevista inédita de C. ANZORENA a C. Zuccardi, Mendoza, 2002.



Social y Salud suele ser un síntoma de una interpretación que identifica el área mujer con acciones de asistencialismo y beneficencia. La relación con los Ministerios no ha sido sencilla. Las iniciativas que éstos apoyan con voluntad son aquellas que presentan a las mujeres en sus roles tradicionales de «protectoras» del hogar, pero las cosas no son simples cuando se trata de garantizar los derechos de las mujeres, por más formalmente reconocidos que se encuentren.

Otro factor que indica el grado de prioridad que se otorga a los organismos y su capacidad de acción es su participación en el presupuesto provincial, ya que de la disponibilidad de recursos depende la posibilidad de implementación y ejecución de las distintas acciones. Al igual que otras instituciones de género latinoamericanas (como la SAG en Bolivia, el SERNAM en Chile y la Oficina de la Mujer en Uruguay, por mencionar sólo algunas), el organismo provincial no posee recursos propios<sup>23</sup>. Desde la Asesoría (que se inicia sin presupuesto y sin lugar físico donde operar) hasta el IPPEHM, los recursos pueden sintetizarse en un mínimo apoyo económico recibido del gobierno, ayuda de cooperación internacional y el voluntariado de mujeres de muy distintos ámbitos que por convicción se unieron a la causa. Con el transcurso de los años y la permanencia del área, la cuestión del presupuesto no se solucionó: siempre fue un organismo secundario en el momento de priorizar la asignación de recursos públicos. Las partidas presupuestarias son mínimas y se agotan en el gasto fijo, no son propias ni estables sino que se determinan cada año en la discusión del presupuesto anual del gobierno. Los recursos económicos brindados por el Estado a los organismos encargados ponen de manifiesto que las políticas de género no han sido prioritarias para los gobiernos de la Provincia.

En cuanto a la coyuntura política, la Asesoría se creó en un momento político singular: retorno de la democracia, renovaciones institucionales, nuevos sujetos sociales y presiones internacionales. Sin embargo, las coyunturas políticas no siempre fueron favorables.

Las políticas dirigidas hacia mujeres son un espacio de límites y presiones: presiones en procura de incorporar políticas de promoción de derechos hacia las mujeres, perspectiva de género, garantías para todas, consideración de la diferencia y respeto por la igualdad; límites que proceden del aparato del Estado, de los gobiernos y de la propia sociedad civil.

Mendoza encuentra coincidencias con otras experiencias latinoamericanas: la débil institucionalización del espacio lo deja a merced de las coyunturas políticas y el permanente peligro del «borrón y cuenta nueva», como si nada se hubiera hecho anteriormente e ignorando las líneas de trabajo ya abiertas<sup>24</sup>. Los cambios de gobiernos produjeron cambios en las estructuras institucionales, falta de continuidad, pérdida del perfil y hasta sabotaje, la asignación de personas alejadas de la

---

<sup>23</sup> AAVV, *El cuarto propio en el Estado*, Santiago, Fempress, 1998.

<sup>24</sup> C. SORO, «Tiempo de avances», *ibidem*, pp. 19-20.

temática, el cierre de servicios legales<sup>25</sup>, e incluso el alejamiento de las organizaciones de mujeres.

En una coyuntura política propicia, la Asesoría y el Instituto favorecieron un intercambio activo con otros organismos del Estado, partidos políticos y la sociedad civil. Además mantuvieron una relación fluida con las organizaciones de mujeres, con mujeres ligadas al sector gubernamental y no gubernamental, especialistas, académicas, mujeres de sectores populares: un espectro amplio y variado que se fue diluyendo con el transcurso de los años hasta quedar el área totalmente aislada de quienes históricamente vienen luchando por los derechos de las mujeres.

En cuanto a la relación con el Poder Ejecutivo, si bien los gobernadores Bordón, Gabrielli y Lafalla pertenecían al mismo partido político y estaban estrechamente vinculados entre sí, la sucesión de las gestiones no implicó continuidad ni en cuanto a la autoridad, ni a las denominaciones, ni al sentido del organismo. El cambio de gobierno, en el año 1999, marcó un corte tajante. De este modo, cada cambio de gobierno ha significado una gran pérdida de espacios y renegociación. Los criterios de elección de las funcionarias también han estado determinados por factores políticos, dependiendo de las relaciones casi personales con el gobernador de turno y no de criterios impersonales basados en las capacidades para la administración pública y en el conocimiento y compromiso con la temática a abordar<sup>26</sup>.

En la medida en que el espacio es frágil y está ligado a las internas partidarias, sin respaldo legal ni diseño institucional que establezca los perfiles requeridos, sin políticas diseñadas como políticas de Estado, la continuidad depende de la permanencia de la voluntad personal de algunas/os funcionarias/os. Las discontinuidades a nivel de estructura y de políticas están también ligadas al origen: espacios creados por presiones que generalmente implican la satisfacción de demandas disruptivas respecto del orden establecido y los intereses políticos de los gobiernos, que ven a menudo en las mujeres un instrumento para la satisfacción de las necesidades de niños/as y desamparados/as, las cuidadoras de la vida, pero no sujetas con intereses propios y ciudadanas con derechos. Además, la designación de autoridades y la conformación del equipo profesional reflejan el estado de las relaciones entre las diferentes fuerzas políticas. En este contexto, las personas designadas deben adecuar sus propuestas a los lineamientos generales del gobierno y del partido político de pertenencia, y a la lógica de funcionamiento de los sectores estatales. Al no poder traspasar los límites de acción que establece el Estado, se encuentran en una permanente tensión entre lo que es deseable y lo que es políticamente posible, entre el organismo de pertenencia y las demás áreas del gobierno. En consecuencia, los estilos de liderazgo y las trayectorias personales de sus autoridades han influido en gran medida en el funcionamiento y la perspectiva de los organismos de género,

---

<sup>25</sup> Durante la gestión de Zuccardi, con dinero de Cooperación Italiana se equiparon alrededor de 20 comisarías con una sala especial para recibir las denuncias de violencia en un ambiente adecuado y atendidas por personal policial femenino capacitado. Estas salas fueron desmanteladas.

<sup>26</sup> M. BELLUCCI, LUVECCE, MARIANI y ROFMAN, *op. cit.*



aunque siempre vinculados a los marcos estructurales que establecen los límites para la realización de políticas de género desde el Estado<sup>27</sup>.

En el caso de Mendoza, la época en que mayor incidencia logró el área fue durante la gestión de Zuccardi, quien tenía experiencia en política y reconocimiento de su partido (PJ) a la vez que, por su compromiso y militancia en grupos de mujeres y en la defensa de los derechos de las mismas, tenía aceptación en las organizaciones de mujeres<sup>28</sup>. Esta trayectoria, unida al conocimiento de la temática de género y a un momento permeable a la temática, le permitió trazar objetivos y acciones coherentes entre sí. Con un estilo de conducción fuerte, gran capacidad de negociación y de conciliación, logró en poco tiempo, aunque no sin esfuerzo, adhesiones de casi todos los sectores de la sociedad, incluyendo sectores muy antagónicos como las feministas, las iglesias y la clase política. Pero una vez que se retiró Zuccardi, la nueva configuración de fuerzas, marcada por la coyuntura política, frena el desarrollo del organismo en el carril que se venía produciendo. Desde mi punto de vista, estos logros tuvieron su límite en el mismo personalismo que permitió construirlo: la necesidad de una personalidad fuerte en la conducción, si bien permitió ganar espacios, no permitió la construcción de una organización interna sólida y sostenible en el tiempo. De ahí en más, los gobernadores asignaron para la conducción del área a mujeres con personalidades menos avasallantes, alejadas del feminismo y sin mucho conocimiento ni compromiso previo con la temática de género. En el caso de Espínola, provenía de la militancia de base del PJ, había trabajado en barrios urbanos marginales pero sin interés en cuestiones relativas al género y con poca experiencia como dirigente. Era una mujer ajena al área que llegó a cumplir un mandato que otras habían empezado, en un lugar que se había dividido y que había perdido su objetivo después de la salida de las anteriores presidentas. A esto se sumaba la falta de convicción de Espínola en la tarea que debía realizar: sobre la base del esquema «contradicción principal y secundaria», percibía las políticas de género como estrategias de dominación y delegación de las responsabilidades del Estado en tiempos de crisis económica<sup>29</sup>. Posteriormente, Lafalla asignó al Consejo a María Elisa Nicolau, una militante del PJ cuya condición de trabajadora social (según el mismo gobernador manifestó a Nicolau) garantizaría una «conducción democrática». Si bien se había encontrado muchas veces con problemas relacionados con el género, ella nunca los había tratado desde esa perspectiva. Su mayor interés era llegar a las mujeres de sectores populares, poniendo el acento en la cuestión de clase más que de género. Se interesó por aprender sobre el tema y buscar asesoramiento de especialistas, como mujeres del ámbito académico y feministas. Tuvo una actitud de apertura del área, convocaba a mujeres de diversos sectores

---

<sup>27</sup> V. GUZMÁN y R. TODARO, «Plan de Igualdad de Oportunidades», en AAVV, *op. cit.*, pp. 38-40.

<sup>28</sup> Zuccardi había ocupado cargos de conducción ligados a lo partidario, como secretaria de la Rama Femenina del PJ en Mendoza.

<sup>29</sup> Entrevista inédita de C. ANZORENA a H. Espínola, Mendoza, 2002.

políticos y sociales, lo que muchas veces provocó desacuerdos con sus compañeras/os de Partido. Nicolau logró imprimir a su conducción características democráticas y horizontales. Sin embargo, no tuvo la fuerza personal ni el apoyo de las organizaciones de mujeres suficientes para resistir al descrédito del trabajo que se realizaba en el Consejo ni a la ofensiva por achicar el área, lo que llevó a la desjerarquización y marginación del organismo dentro del aparato del Estado. Finalmente, Graciela Herranz, una abogada militante de la UCR allegada al gobernador, era encargada del Área de Prevención de la Violencia de la Municipalidad de la Capital. Herranz significó un cambio rotundo en el perfil de la institución. Volviendo al sentido de las políticas del IPPEHM, ella basa su discurso en una teoría que busca la «equidad» entre varones y mujeres, donde cada una/o tenga los mismos derechos y oportunidades basados en la diversidad, es decir, equidad entendida como dar a cada cual lo que le corresponde. Herranz no puede visualizar la existencia de una estructura social hetero-patriarcal que pone a mujeres en una situación de subalternidad, sino que el lugar está dado por el mérito personal al estilo del discurso dominante. Celebra la sensibilidad posmoderna hacia las diferencias sin considerar el contexto de aumento de las desigualdades, ni las desigualdades que las relaciones de poder generan (un poder que está indudablemente del lado de los varones). La posición sostenida por Herranz la impulsó a generar un espacio híbrido, que no es para varones, puesto que éstos no reclaman políticas de género, ni tampoco para mujeres, puesto que las líneas que habían sido desarrolladas por las gestiones anteriores fueron abandonadas por considerarse políticas asistencialistas o de discriminación positiva<sup>30</sup>.

## 2.1. UNA DIFÍCIL TAREA: TRASFORMAR LAS RELACIONES DE GÉNERO

Transformar las relaciones de género no sólo implica trastocar la situación de las mujeres, sino también poner en revisión los contenidos atribuidos a «lo femenino» tanto como a «lo masculino» y las prácticas sociales asociadas<sup>31</sup>. Esto desata múltiples resistencias porque significa trastocar el orden simbólico establecido. La Asesoría tenía como finalidad lograr instalar en la agenda política y en la sociedad en general los problemas y las inquietudes de las mujeres. Los años de la Asesoría y el Instituto fueron de gran apoyo y participación de las mujeres y varones de la sociedad y de las organizaciones de mujeres. Existía aceptación del tema, y esto llevó a que muchas mujeres se comprometieran como voluntarias en las acciones que se realizaban. Pero este primer impulso amainó en las gestiones siguientes y se

---

<sup>30</sup> Actualmente el IPPEHM trabaja dos programas: Programa Violencia Intrafamiliar y Programa Violencia en el Noviazgo. Sin entrar en el tema de lo deficiente de los programas, en ambos se trabaja con el lenguaje masculino/femenino, por ejemplo en los folletos, como si mujeres y varones estuviesen en la misma condición y posibilidad de ser víctimas de violencia. Ver «<http://www.mendoza.gov.ar/Paginas/ippehm.htm>».

<sup>31</sup> V. GUZMÁN y R. TODARO, *op. cit.*



fue profundizando la distancia entre las organizaciones de mujeres y el organismo del Estado.

El ámbito gubernamental es fuertemente patriarcal, y como tal tiene estructuras jerárquicas muy bien delimitadas. El Estado reproduce las estructuras sociales y su desigual distribución del poder. En este marco, los organismos de género, como espacio de y para mujeres, son frecuentemente desestimados por ser «cosas de mujeres», aceptados cuando tratan de atender a la mujer como «débiles, minusválidas y vulnerables» y rechazados cuando se intenta romper con los modelos preestablecidos de desigualdades entre los géneros.

El trabajar en un área con esta carga simbólica expone a sus funcionarias a tratos ofensivos y a la trivialización de la problemática por parte de muchos/as de los/as funcionarios/as y empleados/as de los demás organismos. No es de extrañar, entonces, que las posibilidades reales de articular hayan estado vinculadas con gestiones de conducción fuerte y con una buena ubicación en la trama institucional del Estado. El trabajo de las funcionarias dentro de los organismos de género es una permanente lucha por legitimar el tema y legitimarse ellas mismas, dentro y fuera del aparato gubernamental y estatal. La falta de comprensión sobre las demandas de las mujeres y el estrecho umbral por el que pueden ingresar en el espacio público aparece con claridad: difícil de instalar en el Estado, difícil de legitimar en la sociedad civil e incluso entre las mujeres mismas, el tema de los derechos de las mujeres está sujeto a constantes oscilaciones. Aún más, hasta los logros (más bien escasos) pueden convertirse en un factor contraproducente. El frecuente «¿qué más quieren las mujeres?» suele ir acompañado de la idea de que ya está todo logrado. A esto se suma la constante ofensiva de los sectores conservadores, que intentan devolver y mantener a las mujeres en los espacios tradicionalmente asignados.

Las diferencias de énfasis en los objetivos de las sucesivas gestiones (complementariedad, promoción comunitaria y destino trascendente en el caso de la Asesoría y el Instituto; atención a las mujeres de sectores populares, en el caso del Consejo; políticas tendientes a transformaciones culturales en búsqueda de la autonomía en el caso del IPPEHM) constituyen formas de autorreconocimiento y autodefinición ligadas a las pertenencias partidarias e ideológicas de las funcionarias a cargo, a la vez que también un interesante indicio de las variaciones en el discurso relativo a los derechos de las mujeres. Si hemos de creer el discurso, se habría transitado de la complementariedad a la autonomía, de una asesoría a un instituto, esto es, al parecer se habría avanzado en el fortalecimiento de una perspectiva inclusiva para las mujeres y en un afianzamiento institucional. Sin embargo, en el campo de las políticas públicas no todo pasa por el discurso.

Por más que se inscriban los discursos en el marco de la política de derechos y promoción de la ciudadanía, de la igualdad o de la equidad de género, en la práctica, por lo general, la meta de estos organismos (intencionalmente o no) queda lejos de la crítica y modificación de los estereotipos de género asignados, acercándose más a la ejecución de políticas focalizadas dirigidas hacia sectores vulnerables o vulnerabilizados por la crisis o por las relaciones patriarcales, o donde la lógica liberal limita su finalidad al mejoramiento de la productividad y rentabilidad de las mujeres, abandonando las instancias dirigidas a la garantía de los derechos de la mayoría.



### 3. CONSIDERACIONES FINALES

El retorno a la democracia abrió un espacio para el hacer y el pensar sobre las demandas de derechos ciudadanos para las mujeres: nos permitió ver que no basta con reconocer la dimensión objetiva de un problema, sino que además es necesario hacerlo visible en el espacio público y presionar políticamente para que sea tomado en cuenta. Es así que la democracia instó a las mujeres a fortalecer sus organizaciones y movimientos, y a crear nuevos canales de participación, haciendo posible la instalación de la problemática en la sociedad y la creación de algunos organismos en el Estado. Las nuevas condiciones en los noventa llevaron a que los gobiernos y el poder fueran desviando la mirada hacia otras situaciones y problemas que siempre son considerados más urgentes o más importantes, sin tomar en cuenta las especificidades de género en las diferentes problemáticas sociales. La pérdida del dinamismo de los movimientos sociales, la oscilación de los espacios destinados a la realización de políticas para mujeres, la redefinición del Estado bajo las presiones del neoliberalismo y la profunda crisis económica hicieron que los derechos de las mujeres fueran vistos como irrelevantes o secundarios, por lo que los espacios estatales destinados a las políticas hacia mujeres se vieron reducidos.

En el caso particular de Mendoza, un espacio institucional con casi veinte años de existencia con un solo cambio de partido en el gobierno, no tiene un marco legal que lo respalde y le dé estabilidad: ha tenido cuatro nombres diferentes, seis presidentas (tres de las cuales en la misma gestión), tres cambios de dependencia y un gran número de programas comenzados y dados por terminados. Si bien la Asesoría y el Instituto (al igual que la primera Subsecretaría Nacional de la Mujer) se podría decir que comenzaron un camino de ascenso en cuanto a algunas leyes y políticas de igualdad y equidad de género, este camino quedó trunco. No lograron un grado de institucionalidad que les diera estabilidad más allá de los avatares políticos y personales; como así tampoco un grado de legitimidad propia y del tema en la sociedad civil y el Estado, ni el apoyo de los organismos de mujeres, que dieran prioridad a sus tareas y presencia. El tema, precariamente instalado tanto en el Estado como en la sociedad civil, ha dejado a estos organismos sometidos a las oscilaciones de las coyunturas políticas.

Tras variaciones en las denominaciones y fuertes cambios de orientación en las conducciones máximas, actualmente el IPPEHM ha quedado muy reducido en su capacidad de incidencia y en su ubicación dentro de la estructura del Estado. En un clima marcado por una ofensiva permanente por achicar y hasta cerrar el área, la presencia de la cuestión de género en el Estado se ha visto reducida, en una coyuntura adversa, marcada por el avance del ajuste y de la desigualdad.



«BUT THAT I BE NOT TEDIOUS»: WOMEN'S ROLE,  
REPRESENTATION, AND LACK OF RELEVANCE IN  
*OF PLYMOUTH PLANTATION* BY WILLIAM BRADFORD

María Carmen Gómez Galisteo  
IUIEN-Universidad de Alcalá

RESUMEN

«But that I be not tedious» (para no ser tedioso) es la excusa que Bradford emplea para explicar su omisión de la perspectiva de las mujeres en el mítico viaje del Mayflower hasta el Nuevo Mundo. En este ensayo analizaré cómo en *Of Plymouth Plantation*, Bradford deliberadamente elige durante la mayor parte de su diario bien minimizar o bien ignorar la participación de las mujeres en la creación de la colonia de Plymouth y la forma negativa en que retrata a las mujeres en las contadas ocasiones en que éstas aparecen. Señalaré que la aparición de mujeres en esta obra es excepcional y como medio para ilustrar las maldades de las sucesoras de Eva.

PALABRAS CLAVE: William Bradford, *Of Plymouth Plantation*, mujeres puritanas, cuáqueros, Nueva Inglaterra.

ABSTRACT

«But that I be not tedious» is the excuse William Bradford uses to explain his omission of women and their perspective on the Pilgrims' now-mythical journey from the Netherlands to the New World, as well as their thoughts and sufferings and the problems the journey implied. In this essay I will analyze how in *Of Plymouth Plantation* Bradford deliberately chooses for most of his journal to minimize or simply ignore women's participation in the creation of the colony of Plymouth and the derogatory and negative ways in which he portrays women in the very few instances when women appear in his narrative. That way, I will show that women's representation is an exception and, when they appear, more often than not, it is just in order to illustrate the evils of Eve's successors.

KEY WORDS: William Bradford, *Of Plymouth Plantation*, Puritan women, Quakers, New England.

INTRODUCTION.  
WRITING THE HISTORY OF THE NEW WORLD

When William Bradford began to write *Of Plymouth Plantation*, the historical chronicle of the events that led to the foundation of the colony of Plymouth

and the description of its first twenty-seven years of existence, he could not imagine (despite his intention of leaving a document for the perusal of future generations) how extensively it would be read and used. His journal is used not only to learn about this particular period of history but also to help define what being Puritan is like; accordingly, its most Puritan-like elements being emphasized while those considered to be «unpuritan» have been dismissed<sup>1</sup>.

In other words, what Bradford wrote, to a very large extent, has come to be what is known, taught and accepted to be what actually happened, since *Of Plymouth Plantation* is the most complete account of that period in colonial history. Most seventeenth- and eighteenth-century documents (such as diaries, autobiographies, and saints' lives<sup>2</sup>) that could give scholars an insight on the Puritan character «are generally inaccessible; the published copies are widely scattered, and many of the diaries are still in manuscript»<sup>3</sup>. The result is that, for a number of reasons, what Bradford recorded became to be regarded as what actually happened; what he omitted, misrepresented or silenced, got inevitably lost in most cases, with very few exceptions.

No matter that at the end of the account, disillusioned and disappointed by the course of events, Bradford had changed his mind as to the object of his journal and no longer considered it a public document but a private project, or that the work has been perused uncritically and in excerpts rather than as a whole<sup>4</sup>. It seems to be of scarce importance that, in some instances, Bradford was not as objective as he intended and his personal opinion blurred his impartiality. As an example, his very negative description of Morton, atoned by historians who have been able to recover other contemporary accounts of Morton's life and personality to present him in a light which is very different (and more positive) than Bradford's. These flaws considered and all in all, *Of Plymouth Plantation* remains in many aspects the sole source of information on this particular historical period.

This is why it is fundamental to analyze how women are represented (if at all) in the writings of the second governor of the colony, the type of women that appears, the exceptional circumstances that made women liable to be included and the reasons for surprising omissions. Among these, personal information, most prominently his own wife's controversial death, an omission which has prompted numerous speculations of various sorts. For practical purposes, in the first place I will focus on the instances in which the female members of the Pilgrims' community were ignored and, then, in the cases of women who are present in the pages of the journal.

<sup>1</sup> A.B. HOWARD, «Art and History in Bradford's *Of Plymouth Plantation*». *The William and Mary Quarterly*, vol. 28, núm. 2 (1971), pp. 237-266, pp. 238-239.

<sup>2</sup> Saints were those belonging to the group of the Elect, not saints in the Catholic sense.

<sup>3</sup> C.G. WOLFF, «Literary reflections on the Puritan character». *Journal of the History of Ideas*, vol. 29, núm.1 (1968), pp. 13-32, p. 13.

<sup>4</sup> R. DALY, «William Bradford's vision of History». *American Literature*, vol. 44, núm. 4 (1973), pp. 557-569, p. 568, y A.B. HOWARD, *op. cit.* p. 238.

## 1. IGNORING WOMEN

When it was first published in 1856 what is now called *Of Plymouth Plantation*<sup>5</sup> was then referred to as the «Mayflower log». Neither is Bradford's journal merely an account of this mythical journey nor does it start with it. After placing himself within a certain historiographical tradition<sup>6</sup>, Bradford starts by explaining the situation at England that would lead the Scrooby congregation to flee to the Netherlands and ultimately to America. Bradford tells in a very detailed manner the motivations (their imprisonment, the persecution they suffered...) and reasons prompting such a removal but in so doing, his point of view is a male one. This is a decision taken by the male members of the community but, that, obviously, would affect the Scrooby congregation as a whole. But not once are women mentioned, ignoring that they also «had their houses beset and watched night and day, and hardly escaped their hands; and the most were fain to flee and leave their houses and habitations»<sup>7</sup>. Furthermore, the Low Countries are described as a place «where they heard was freedom of religion for all men»<sup>8</sup>, as if the female members of the Scrooby congregation were not as devote and pious as their male counterparts. One might be tempted to say that Bradford, because of practices related to the economy of language, only used the form «men» to refer to the community as a whole. However, the following examples will show that he does explicitly refer to women to put the blame specifically on them and not on men or the whole community.

The best example of women not being taken into account in the decision-taking process of the community is the removal to the Low Countries. Then, having decided that men would go on board in the first place, immediately followed by women and children, the possibility of their being apprehended («but after the first boatful was got aboard and she was ready to go for more, the master espied a great company, both horse and foots, will bills and guns and other weapons, for the country was raised to taken them»<sup>9</sup>) made them sail without the women and children. Here Bradford does admit what a desperate condition being left completely alone was for the women and children. Still, though acknowledging this, Bradford seems to be far more concerned for the men's feelings than for those who were left behind:

But the poor men which were got aboard were in great distress for their wives and children which they saw thus to be taken, and were left destitute of their helps; and

---

<sup>5</sup> This is the title that appears in the first page of the manuscript, in Bradford's own handwriting.

<sup>6</sup> Eusebian for Daly and Augustinian for Gay and Howard; Daly, *op. cit.*, pp. 557-558.

<sup>7</sup> W. BRADFORD, *Of Plymouth Plantation: 1620-1647 by William Bradford Sometime Governor Thereof*. Samuel Eliot MORISON (ed.), New York, Alfred A. Knopf, 1952, p. 10.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 13.



themselves also, not having a cloth to shift them with, more than they had on their backs, and some scarce a penny about them, all they had being aboard the bark<sup>10</sup>.

Thus, he seems far more concerned for men's sufferings —both emotional and practical— and their material well-being than for the sufferings of those who had been literally abandoned in the hands of their persecutors, who

after they had been thus turmoiled a good while and conveyed from one constable to another, they were glad to be rid of them in the end upon any terms, for all were wearied and tired with them. Though in the meantime they (poor souls) endured misery enough; and thus in the end necessity forced a way for them<sup>11</sup>.

Bradford does acknowledge women's (and children's) sufferings but gives them less space («to be short»<sup>12</sup>) than their husbands', who were more or less safely carried to the Netherlands and had succeeded in escaping from their persecutors. The physical integrity of women and children, left at the hands of their English persecutors, is obscured by men's material well-being, deprived of their families' assistance. Bradford, who is such a detailed chronicler in almost every other aspect, though recognizing that «pitiful it was to see the heavy case of these poor women in this distress»<sup>13</sup>, still «but that I be not tedious in these things, I will omit the rest, though I might relate many other notable passages and troubles which they endured and underwent in these their wanderings and travels both at land and sea; but I haste to other things»<sup>14</sup>. Bradford, then, chooses to omit women's perspective, though he often concedes that he is too prolix even at the verge of boredom —«the special passages of his [Shirley's] letters I shall here insert as shall be pertinent to these things; for though I am weary of this tedious and uncomfortable subject, yet for the clearing of the truth I am compelled to be more large in the opening of these matters»<sup>15</sup>.

Despite his future intention to dwell further into this matter («I might relate many other notable passages and troubles»<sup>16</sup>), Bradford will not fulfil his promise and his subsequent numerous depictions of the Pilgrims' sufferings will mention only the problems undergone by the community as a whole, or more specifically, even exclusively, by the male members, but not women's plights (or children's, for the same reason). Bradford, himself on the ship, could not know by then women's perspective but he chose never to include it; but he could have asked

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 256. As a result of this tediousness, in his edition, Morison places most of these additions in the appendixes rather than in the text itself.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 14.

women what their own point of view was, given that he started the writing of his journal in 1630, twenty years after the removal to the Netherlands.

This is just the very first instance of women being ignored when taking such an important decision as the removal to a foreign land is. Once more, when leaving for America, women are ignored. The only mention to women is their being an obstacle for some of the men to partake in the voyage since «the length of the voyage was such as the weak bodies of women and other persons worn out with age and travail (as many of them were) could never be able to endure»<sup>17</sup>. Not only are women's opinions not taken into account when it comes to decide the removal to America («this proposition being made public and coming to the scanning of all, it raised many variable opinions amongst men and caused many fear and doubts among themselves»<sup>18</sup>) but they are perceived as obstacles preventing the due course of events. Women are made responsible for the delay of the journey just as they were when going to the Netherlands. Then, «it so fell out that they were there a day before the ship came, and the sea being rough and the women very sick, prevailed with the seamen to put into a creek hard by where they lay on ground at low water»<sup>19</sup>. In two instances, Bradford makes clear that women are an obstacle for the carrying out of their (male-made) plans.

This situation of women's discrimination that begins in their journeys will be extrapolated to the New World. There, women will be consistently ignored when it comes to the social organization of the new community, when we are told how «they» [doubtless, the men] chose their government, constructed their houses, «met and consulted of laws and orders, both for their civil and military government as the necessity of their condition did require»<sup>20</sup>. In matters relating to gender roles and division, the Puritans faithfully followed St. Paul, their favourite theologian, who demanded women's absolute compliance and «it was unlikely that Puritans could ever reject the notion that God required submission of women»<sup>21</sup>. They opposed any reinterpretation of biblical commands in reference to women's role either in church or in society<sup>22</sup> while regarding themselves as Old Testament patriarchs<sup>23</sup>. That a typological reading of the Bible (*i.e.*, drawing parallelisms between oneself and Biblical characters or situations) was one of the founding stones of Puritanism also helped to encourage this. Finally, women's submission to their husbands was further reinforced by the importance Puritans attributed to the *pater*

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 76.

<sup>21</sup> M.M. DUNN, «Saints and sisters: Congregational and Quaker women in the early colonial period». *American Quarterly*, vol. 30, núm. 5 (1978), pp. 582-601, p. 584.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 596.

<sup>23</sup> M.J. WESTERKAMP, «Puritan patriarchy and the problem of revelation». *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 23, núm. 3 (1983), pp. 571-595, p. 573.



*familias* in religious terms<sup>24</sup>: «the wife submitted to her husband, just as a female soul<sup>25</sup> gave herself up to Christ»<sup>26</sup>.

This discrimination of women was more of a Puritan invention rather than a translation of European or generalized Protestant practices. This series of circumstances prevented Puritan women from enjoying a freedom that, for instance, the women in the Chesapeake region had, since in the New England area «environmental and economic factors conspired to prevent patriarchal family practice (as opposed to ideals) from taking root, at least during the first three-quarters of the 17<sup>th</sup> century»<sup>27</sup>. This submission of Puritan women to their husbands or fathers prevented their having the freedom from social constraints and conventions the removal to America involved for other Protestant women (and for men in general). It also made it impossible for Puritan women to share religious and church organization in an equal basis with men, as the Quaker women did<sup>28</sup>.

To understand women's role in Puritanism, we have to take into consideration that, despite their lack of a voice, «women shared fully in the excitement that creation of a new religious settlement produced, and they responded to the challenge with intelligence, vigour and enthusiasm»<sup>29</sup>. Actually, Puritanism's appeal to women, up to a large extent, was «because it gave them an important hand in shaping Puritan culture and offered them many opportunities to exercise indirect influence over others and establish their social authority as exemplary Christians»<sup>30</sup>.

Up to now, we have seen cases in which women appeared in regards to the community; in a more personal tone, Bradford even silences his own wife's existence. Among the most astonishing omissions, Bradford's failure to register his wife's death ranks high. In fact, the only contemporary account of Dorothy Bradford's death appears in Cotton Mather's *Magnalia Christi Americana*<sup>31</sup>: Bradford's «dearest consort, accidentally falling overboard, was drowned in the harbor» (quoted in XXIV). For Morison, this omission is «consistent with his modest reticence about his own rôle of leadership in the colony»<sup>32</sup> but it has given way to the suspicion that Dorothy May Bradford might have committed suicide, a hypothesis Morison does not deny. Actually, he almost seems to embrace by pointing out the differences

---

<sup>24</sup> M.B. NORTON, «The evolution of white women's experience in early America». *The American History Review*, vol. 89, núm. 3 (1984), pp. 593-619, p. 596.

<sup>25</sup> All souls were female for the Puritans.

<sup>26</sup> E. REIS, «The Devil, the body, and the feminine soul in Puritan New England». *The Journal of American History*, vol. 82, núm. 1 (1995), pp. 15-36, p. 22.

<sup>27</sup> NORTON, *op. cit.*, p. 597.

<sup>28</sup> DUNN, *op. cit.*, p. 583.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 585.

<sup>30</sup> A. PORTERFIELD, «Women's attraction to puritanism». *Church History*, vol. 60, núm. 2 (1991), pp. 196-209, p. 209.

<sup>31</sup> D.H. KELSO, «William Bradford». Pilgrim Hall Museum. 14 July 1998. Date of access: 14 July 2005. Available at «<http://www.pilgrimhall.org/bradfordwilliam.htm>».

<sup>32</sup> BRADFORD, *op. cit.*, p. XXIV.

these women encountered when compared to their native land<sup>33</sup>. However, others fiercely oppose this idea, such as George Ernest Bowman in his article «Governor William Bradford's First Wife Dorothy Bradford Did Not Commit Suicide» (1931), especially since the primary source for the idea of suicide «retracted his claim»<sup>34</sup>. And although there are no statistics about suicide rates among female inhabitants of the Plymouth colony (or of the male ones), «in New England, where the theocracy insisted upon it with unusual vigour —where anxiety about election was not only normal but mandatory— hysteria, breakdowns, and suicides were not uncommon»<sup>35</sup>. Also, mortality rates show that a year later, almost all the women who had come in the *Mayflower* had perished<sup>36</sup>. Whether it was a suicide or just an accidental death, the fact that remains is that Bradford concealed it, thus testifying to women's neglect in his journal.

What are the reasons for all these omissions? For Daly, «the principle governing Bradford's selection, then, is clear enough. He records only those events which affect or clarify the progress of his colony»<sup>37</sup>. Similarly, for Perry Miller «to chronicle the providence of God in the settlement of New England was the entire purpose of New England historians»<sup>38</sup>. This would also explain why Bradford omitted his second wedding, the birth of his children from his second marriage, or the fact that his first child (a son) by his first wife was among those left behind when the first group moved to America. However, that principle of selection is not always so clear-cut throughout the whole narrative. Multiple and often repetitive series of documents are sometimes included to illustrate one single event, like the three documents by three ministers he includes to explain that adultery is both a sin and a crime<sup>39</sup>. They are not so absolutely necessary and so enlightening as to justify the inclusion of them all. As the author of the history, Bradford chooses to include what he considers relevant<sup>40</sup>, and this for Bradford means relevance for the progress

---

<sup>33</sup> Bradford's omission not only of his wife's death but of women's distress when arriving at the New World has also had literary outcomes. Poet Sophie Cabot Black, to help re-create what Dorothy Bradford's feelings and thoughts might have been, retells the *Mayflower* voyage from her perspective in *The Misunderstanding of Nature* (1994).

<sup>34</sup> «William Bradford (1590-1657)». Wikipedia. The Free Encyclopedia. 8 Oct. 2005. Date of access: 10 October 2005. Available at «[http://en.wikipedia.org/wiki/William\\_Bradford\\_\(1590-1657\)](http://en.wikipedia.org/wiki/William_Bradford_(1590-1657))».

<sup>35</sup> S. BERCOVITCH, *The Puritan Origins of the American Self*. New Haven and London, Yale University Press, 1975, p. 23.

<sup>36</sup> BRADFORD, *op. cit.*, p. 77, editor's note.

<sup>37</sup> DALY, *op. cit.*, p. 562.

<sup>38</sup> P. Miller, *The New England Mind: The Seventeenth-Century*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1939, p. 360.

<sup>39</sup> BRADFORD, *op. cit.*, pp. 404-413.

<sup>40</sup> This is what provokes that Miller, according to Murphey, though having read all the documents of any sort written by the Puritans, still «could not observe the majority of the community, and his generalizations therefore involved an inferential leap». M.G. MURPHEY, «American civilization in retrospect». *American Quarterly*, vol. 31, núm. 3 (1979), pp. 402-406, p. 403.



of the colony (following Daly's hypothesis). Therefore, given that women are ignored, we must necessarily infer that women's actions did not help in any possible way the colony to go forward and, in some cases, were just a hindrance and an impediment to the colony.

## 2. REPRESENTATION OF WOMEN: FASTIDIOUS WIVES AND LUSTFUL WOMEN

Up to now, we have dealt with women being ignored. So, now the question is how women were represented in Bradford's journal in the rare instances in which they appear. As I have already noted, women's innate weakness was one of the reasons alleged against the convenience of the journey. Once in America, their presence was perceived as a weak point and a hindrance for the profitability of the Plymouth colony, were it not for God's interest in their succeeding. To illustrate that the success of a given settlement lies more in God's decision than its members' capability, Bradford uses the following example:

This was the end of these [Weston's men], that some time boasted of their strength (being all able, lusty men) and what they would do and bring to pass in comparison to the people here, who had many women and children and weak ones amongst them. And said at their first arrival, when they saw the wants here, that they would take another course and not to fall into such a condition as this simple people were come to. But a man's way is not in his own power, God can make the weak to stand. Let him also that standeth take heed lest he fall<sup>41</sup>.

This way, Bradford underrates the role and importance of women in the management of family affairs and their active participation in the running of the family business. He ignores that the adult woman occupied a clearly defined place in the seventeenth-century family —so much so that she was seen more as a part of that system and less as an autonomous person. Indeed, her authority derived from her role as mistress of the household for she directed the household's daily affairs (under her husband's supervision, of course), and in his absence she could act on his behalf<sup>42</sup>, becoming what Linda Kerber defines as «deputy husband».

If the community succeeds, therefore, in Bradford's eyes, it will be only because God wanted it so, no matter the drain women, children, and others, constitute. However, that women were such a drain is questioned by Norton, who considers that it was women's need to work at the family business which, in turn, made them less independent and not the other way around. Women were ignored at an institutional and public level but at an economical level, since in this pre-

---

<sup>41</sup> BRADFORD, *op. cit.*, pp. 118-119.

<sup>42</sup> NORTON, *op. cit.*, p. 597.



Industrial Revolution era the home was also the main production centre, the centre of the family business, women had more power and exerted a greater influence on the decisions taken at a domestic level («familial spending decisions»), than their contemporaries in Chesapeake, for instance<sup>43</sup>. This is especially significant because, in contrast, Quaker women did share «religious experience and church governance» on a more equal basis and «were not so bound by either scriptural or society as Puritan women»<sup>44</sup>.

Thus, if we base our understanding of Puritan society on Bradford's journal, wives do not seem to have been much of a help in the establishment of the colony. Rather, they are almost accessory beings, mere companions for the male colonists. This is just the way in which Bradford depicts the death of Mrs. John Carver, who, «being a weak woman, died within five or six weeks after him [her husband]»<sup>45</sup>. Bradford offers an image of widowhood not too different than the traditional Indian ritual of burning the widow alive in her husband's funeral pyre: having lost her function as the governor's wife, it seems to Bradford the most natural resolution her following him in the course of a few weeks, this being further grounded on women's traditional weakness too. Having lost her function as wife, her lack of relevance within the community (her social death) is naturally followed by her physical death.

About wives and husbands portrayed in Bradford's history, we see that the submission of wives to husbands imposed by Puritans made the men free from any possible questioning by their wives about their doings, business, and any other activity in which they might involve themselves. In turn, this practice rendered women ignorant and what is more, exposed to danger and possible divine punishment due to their husbands' faults, for, as in regular court cases, ignorance of the law does not imply immunity. This was the case of Mr. Lyford's wife. Once her husband's actions had been made public («he thought to bring shame and disgrace upon them, but instead thereof opens his own to all the world»<sup>46</sup> [OPP, 166]), Bradford presents her as driven by her distress, which makes women indiscreet and unreliable («his wife was so affected with his doings as she could no longer conceal her grief and sorrow of mind, but opens the same to one of their deacons and some other of her friends, and after uttered the same to Mr. Pierce»). Bradford does not seem to pity this woman at all and, what is more, considers it reasonable her fear of being punished either by God or the Indians («she feared some great judgment of God would fall upon them and upon her, for her husband's cause, now that they were to remove. She feared to fall into the Indians' hands and to be defiled by them»<sup>47</sup>). To compensate for her husband's sins and crimes, the wife is to be pun-

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, pp. 600-601.

<sup>44</sup> DUNN, *op. cit.*, p. 583, p. 595.

<sup>45</sup> BRADFORD, *op. cit.*, p. 86.

<sup>46</sup> BRADFORD, *op. cit.*, p. 166.

<sup>47</sup> *Ibidem*, pp. 166-167.





ished, as stated in the Bible («I will raise up evil against thee and will take thy wives and give them»<sup>48</sup>). That way, innocent women with no role in the government or organization of the community were made responsible of the activities of their husbands, to whom they were submitted, and may even have to pay for their crimes, which they knew nothing of.

Women are also perceived by Bradford as a potential threat for the community's unity and integrity. To start with, it was them who almost prevented the voyage to America on the grounds of their innate weakness, which made them unable (or, at best, highly unlikely and most unsuitable) to endure the long and perilous voyage. Old people and children can be somewhat excused for their weaknesses lie on a temporary situation —childhood and old age— but Bradford implies that women can be no other thing than weak and feeble beings, regardless of considerations such as age, health... That some men chose, or rather, were forced to stay behind on consideration to their wives' inability to go with them, was the first step for the division of the original Scrooby congregation. And once in America, not only did women threaten the unity of the community but they actually disrupted and destroyed it with the division of the Plymouth church into several smaller ones:

First, those that lived on their lots on the other side of the Bay, called Duxbury, they could not long bring their wives and children to the public worship and church meetings here, but with such burthen as, growing to some competent number, they sued to be dismissed and become a body of themselves<sup>49</sup>.

For Bradford, the split of the community was a severe blow because he thought that nothing good could come out of the division of the community, as he had already stated at the very beginning of the journal by presenting the case of their own congregation in England: «these people became two distinct bodies or churches, and in regard of distance of place did congregate severally»<sup>50</sup>. The result was that this other church, led by Mr. John Smith, «falling into some errors in the Low Countries, there (for the most part) buried themselves and their names»<sup>51</sup>.

Bradford puts all the blame for the formation of new churches (and the subsequent dispersal of the original one) on wives because of the difficulties in bringing them to the original church site. Families are thus presented as a «burthen», a load, and, moreover, a danger for the maintenance and survival of the colony, at least of the colony as a whole. Women (and children) are repeatedly represented almost like objects throughout the history. Already at the beginning of the journey to the Netherlands we are told that «the women and children with the goods were sent to the place in a small bark which they had hired for that end; and the men

---

<sup>48</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 253.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>51</sup> *Ibidem*.

were to meet them by land»<sup>52</sup>. That way, women and children are equalled to objects.

There might have been other good reasons underlying the breaking apart of the community; to start with, the fact that not all them were members of the original Scrooby congregation<sup>53</sup>, and, therefore, might have had —and actually had— different beliefs, ideas, thoughts<sup>54</sup>, not always compatible with those of the Puritans'. But Bradford finds it easier to accept the most at-hand and observable excuse, without taking the trouble to look further for more concealed explanations for such a decisive split. Given that they grew «to some competent number», might this not be a symptom that the original settlement was becoming too populated? Was there room, and more important, financial opportunities for everybody? Was the need for room of these who left the community a need for physical or religious room? Was everybody keen to live under public scrutiny in a place where even private sins were not a private matter but the business of the entire community? For the Puritans, good behaviour was not just a matter of the «chosen» ones —the saints— but of the community as a whole. Whether by natural inclination or by force and coercion, all citizens were to behave in the proper way (no matter if this obedience was external and imposed). To achieve this, the saints were in charge of creating laws and the means to enforce them in the natural inhabitants, with the result that the non-Puritan members were to live by the Puritan rules and laws<sup>55</sup>. But Bradford, so inquisitive most times, in this occasion chooses to accept the trite excuse of his fellow men and not inquire any further.

Women seem to be pernicious influences for the community in many different ways. Quite often, as we have seen, they were used as scapegoats, either collectively or individually. One of these individual scapegoats is William Brewster's own daughter, Fear<sup>56</sup>. Fear, married to Isaac Allerton, is often mentioned in reference to

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 12.

<sup>53</sup> «The old Adam», as the Puritans called them in contrast to members of the congregation. Note that old Adam only has the meaning of natural men (*e.g.*, not saints) whereas female associations with Eve involve seduction, deceit and sinful connotations.

<sup>54</sup> One of the most notable examples of the problems derived of the differences between the Pilgrims' beliefs and the non-Puritan inhabitants' is the celebration of Christmas. Since English and Scots Puritans did not celebrate it on the grounds of 25<sup>th</sup> December not being Christ's real birth date, this festivity was not celebrated at the colony either. Though those wishing to celebrate it were allowed to do so, conflicts arose the very first year about how it should be celebrated —displaying their leisure in the streets or quietly and devoutly at home. BRADFORD, *op. cit.*, p. 97. This is also an instance of the community establishing rules according to Puritans beliefs, rules to be applied to the Puritan and the non-Puritan members of the community alike.

<sup>55</sup> P. MILLER, «Preparation for salvation' in seventeenth-century New England». *Journal of the History of Ideas*, vol. 5, núm. 3 (1943), pp. 253-286, p. 255.

<sup>56</sup> Fear Brewster is referred to by Bradford as Mr. Allerton' wife (just as he did with Mrs. Carver and Mrs. Lyford) or Mr. Brewster's daughter, but he does not mention her first name. Her being Mr. Brewster's daughter gives her some sort of individuality, though. DUNN (*op. cit.*, p. 589) notes that «in almost most churches, women were referred to as 'wife of'; first names generally went



her husband's more than dubious dealings and commercial agreements as the cause why they continued trusting him (and assigning him the undertaking of their commercial dealings with the English Partners) even after his untrustworthiness had been already proved beyond any reasonable doubt after a number of incidents. Rather than admitting that it was his very own and other prominent (male) citizens' naïveté what made them reluctant to cut off all contact with Allerton, Bradford over and over again reminds us of Allerton's kinship with their respected deceased reverend Mr. Brewster, whom Bradford admired to a large extent<sup>57</sup>. That ignoring the fact that Brewster himself was among the people his son-in-law swindled<sup>58</sup>.

But, by far, the group to which most of the women who appear in the pages of Bradford's journal belong to is that of the lustful, fallen woman. Following the Puritan belief that women were more likely to sin due to their innate weakness, Bradford depicts many instances of sinful women. We are told about the maidservant of Fells, who turned out to be his concubine, as many already believed but couldn't prove<sup>59</sup>, Indian women committing «uncleanness» with white men<sup>60</sup>, Sir Christopher Gardiner's relationship with his «cousin» about whom «it was suspected she, after the Italian manner, was his concubine»<sup>61</sup>, the girl Arthur Peach got pregnant<sup>62</sup>, the girl defiled by Lyford<sup>63</sup>... It is interesting to note that, in their natural predisposition to sin, Bradford considers white women and Indian women alike, when he would have never put himself and his fellow citizens on the same level with Indian men.

These women are thus presented, at best, as stupid creatures likely to be seduced and defiled and, at worst, as people prompt to sin<sup>64</sup> who, just like Eve, make pious men fall into temptation along with them. This second view is the dominant one throughout the whole text given that for the Puritans, women were inferior and, as Eve had proved, «a vehicle for Satan, not able to see through his wiles, wanting in intellect, needing protection»<sup>65</sup>. According to Westerkamp, for the Puritans «women were thought to be characterized by specific evil tendencies, a corrupt strain» they could not avoid, as the precedent set by Eve was evidence of<sup>66</sup>. To this natural tendency it was added their naïveté, which made them be easily

---

unrecorded. [...] By 1660, in all of the church records examined [...], silence had been enjoined on women in the matter of relation». Bradford does the same, given that adult females' status in the colonies was established by their marital status. NORTON, *op. cit.*, p. 600.

<sup>57</sup> Bradford's admiration and reverence for Brewster is seen in many instances throughout the text, but most particularly in the elegy he wrote praising his life. Bradford, *op. cit.*, pp. 324-330.

<sup>58</sup> BRADFORD, *op. cit.*, p. 242.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 233.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 247.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 299.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 166.

<sup>64</sup> REIS, *op. cit.*, p. 16.

<sup>65</sup> DUNN, *op. cit.*, p. 584.

<sup>66</sup> WESTERKAMP, *op. cit.*, p. 576.

talked into sin and be deluded —though this natural inclination of women's did not constitute a mitigating circumstance at all. Therefore, men were in charge of the duty to enlighten women and guide them spiritually for their salvation.

### 3. WOMEN FOR THE PURITANS

Women's innate weakness and men's greater knowledge and capacity to enlighten women, in the Puritan mind, were best explained by the dichotomy between body and soul. Whereas the body was strong and male, «Puritans regarded the soul as feminine and characterized it as insatiable, as consonant with the supposedly unappeasable nature of women»<sup>67</sup>. This was grounded on another belief at the core of the Puritans' beliefs: that the stronger the body, the more capable the soul would be to resist temptation. That way, while demonizing women, men were depicted as less likely to be tempted by Satan, due to the greater difficulty of this scheme.

As I have already mentioned, for Daly, Bradford's inclusions and omissions in his journal obey to one single reason: recording all that was relevant to the community's progress and leaving out what was not, although it might be crucial for Bradford himself —as his wife's death. So, what could be Bradford's motivation for including all the instances of adultery<sup>68</sup> and fornication among the pages of his journal? The conclusion that can be drawn from this is that he not merely recorded these cases in order to reveal the progressive decay of their unfulfilled ideal of establishing a saints' community in Earth (the «ineluctable declension, the departure of God's special providence, the failure of their mission»<sup>69</sup>), the sinfulness and the rotten character of those others living with them but not being part of the Elect. Bradford records these cases as a sign of the moral decadence of the colony<sup>70</sup> but, also, and more important, because these events reflect the Puritans' obsession with sin, sex, and punishment<sup>71</sup>.

---

<sup>67</sup> REIS, *op. cit.*, p. 15. The predisposition of women to sin would later on reach its prime in the witchcraft trials.

<sup>68</sup> The definition of adultery was a very loose one for the Puritans: «to look after a woman with a lusting eye is adultery» because for them «even the smallest sin of the flesh could lead inexorably to the most hideous, unthinkable offences while only the most rigid control over bodily functions could suffice for salvation» (W. PERKINS, *A Golden Chain*. London, 1592, p. 84; quoted in WOLFF, *op. cit.*, p. 19).

<sup>69</sup> DALY, *op. cit.*, p. 566.

<sup>70</sup> According to Schnucker, one of the reasons why Puritans condemned adultery so fiercely was their «three-fold fear that a bastard brood might ruin both the commonwealth and the body of Christ». R.V. SCHNUCKER, «Elizabethan Birth Control and Puritan Attitudes». *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 5, núm. 4 (1975), pp. 655-667, p. 664.

<sup>71</sup> This is the same reason underlying his minute recording of cases of bestiality. Other journal writers or diarists (for instance, John Winthrop and Samuel Sewall, respectively) also included cases of bestiality in their works. Sometimes, these cases were removed by editors; for instance, James Kendall Hosmer did so when editing Winthrop's *Journal of New England*.

Puritans were indeed very concerned with their sexuality and this is reflected in their diaries and journals alike. For Wolff, «journals reflect the Puritans' efforts to control their 'sinful,' natural desires and the pitiful despair when they are unable to do so»<sup>72</sup>. Since Bradford does not compile events of a private, personal nature in his journal (*i.e.*, events about his own life, as a diarist would do) but events dealing with the community (or personal events that had an impact on the community's well-being), it is therefore reasonable that the sins and the temptations he records are not his own but his neighbours'. With the same strength that other diarists chronicle their «struggle to preserve sanity and identity»<sup>73</sup> by thoroughly examining their own character, Bradford thoroughly examines his community and its citizens' moral behaviour and righteousness in order to preserve the sanity and the identity of the community at a time when both were being threatened by the corruption, vices and sins of its members and the creation of new communities.

#### 4. BRADFORD'S WOMEN

The conclusions that can be reached from all this is that colonial women were not as better off as the publishing of Elisabeth Anthony Dexter's book *Colonial Women of Affairs* in 1924 misled to believe, giving raise to a golden age theory, as refuted by Norton in «The Evolution of White Women's Experience in Early America». As evidenced in Bradford, women's participation in the management of the family (*i.e.*, domestic) affairs was underrated, ignored, and given no importance to the development of the community. Not only this, but women were made scapegoats when things went wrong, and considered a drain on the community, and a threat to its unity and survival, while ignoring the fact that the community was not as homogenous (*i.e.*, not all of them were Pilgrims) as Bradford implies.

As a result, for Bradford, women could only belong to one out of two categories: the pious (somewhat burdensome and fastidious) wife or the slut, two archetypes in use even nowadays. In reproducing this second image, we can see in Bradford's journal not only the progress of the colony but also the Puritans' concern—and most particularly the Puritan diarists'—with the observation of morality, chastity and sexual impulses on the community. Bradford, in his examining the community's sins, transforms Puritan diarists' self-examination of their own individual moral righteousness in the community's and his fellow citizens'.

---

<sup>72</sup> WOLFF, *op. cit.*, p. 20.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 21.

# «ALLÍ SE OYEN CANTAR LOS PAJARILLOS»: EL ESPACIO UTÓPICO Y LAS MUJERES EN EL *DECAMERÓN*

Enrique Galván Álvarez  
Universidad de Alcalá

## RESUMEN

Este ensayo analiza el espacio creado en el *Decamerón* en torno a diez jóvenes que, escapando de la peste de Florencia, se reúnen para contarse historias mutuamente. Este espacio podría considerarse como «espacio utópico» por sus características arcádicas y por constituirse en un núcleo en el que el grupo de jóvenes se conforma en una «pequeña sociedad» que parece oponerse, en numerosos aspectos, a la «gran sociedad» florentina de la que provienen y de la que escapan. Uno de los elementos más llamativos de este espacio es el papel desempeñado en él por las mujeres, lo que permite a Boccaccio dar voz a este colectivo y así contraponer a la misoginia dominante ciertos discursos que conectan con los valores femeninos.

PALABRAS CLAVE: Boccaccio, *Decamerón*, utopía, pequeña sociedad, misoginia, voz femenina.

## ABSTRACT

This essay aims to explore the space that arises in the *Decameron* when ten young women and men flee to the countryside to indulge in storytelling as a way of escaping Florence's plague. This space could be thought of as «utopian» because of its Arcadian features and also because it provides the group with a centre in order to construct itself as a «small society» which seems to oppose in many ways the Florentine «big society». Perhaps one of the most interesting peculiarities of this space is the role played by women within it. The (virtually endless) possibilities opened by this space allow Boccaccio's women to speak for themselves and contest the misogyny of the dominant discourses of the time.

KEY WORDS: Boccaccio, *Decameron*, utopia, small society, misogyny, female voices.

## INTRODUCCIÓN

La compleja y vasta compilación de historias que constituyen el *Decamerón* surge a raíz de la huida al campo de diez jóvenes que buscan refugio de la peste que asola Florencia. La huida al campo crea un nuevo espacio, en el que los personajes tienen la oportunidad de expresar ciertas actitudes acerca de la sociedad de la época

desde el distanciamiento que les proporciona su retiro. Esta «pequeña sociedad» se convierte de alguna forma en un modelo utópico *avant la lettre*<sup>1</sup> que mira muchas veces a la «gran sociedad» con ojos críticos y con destilada ironía.

El propósito de este ensayo<sup>2</sup> es mostrar cómo el contexto en el que las múltiples narraciones tienen lugar constituye un espacio utópico y cómo ese espacio crea un ámbito abierto a la crítica de la sociedad. Es también de mi interés comentar de qué modo ciertos aspectos de la «pequeña sociedad» que constituyen los diez jóvenes desafían o subvierten las convenciones de la «gran sociedad», y con qué fines se llevan a cabo estas alteraciones del orden establecido. De especial relevancia me parece también el papel desempeñado por las mujeres en la «pequeña sociedad», cómo hablan de las mujeres de la «gran sociedad» y en qué medida sus actos y palabras contravienen las expectativas del momento.

En primer lugar definiré cómo y por qué la huida de los diez jóvenes fuera de Florencia puede ser vista como una experiencia utópica, en relación con los modelos utópicos presentes en la tradición clásica y medieval-renacentista, tales como el de la Arcadia. En segundo lugar, abordaré la cuestión principal, esto es, la sarcástica mirada que recibe la sociedad europea de la época a través de los relatos de los jóvenes. Y por último, intentaré elucidar cuán relevantes son las imágenes y actitudes de y hacia las mujeres en la crítica a la sociedad, y cómo éstas se reflejan en la construcción de la mencionada utopía.

Me interesa resaltar, en relación con este último aspecto, que aunque es evidente que Boccaccio abordó de una forma relativamente original el tema de la mujer, lo que obviamente ha sido objeto de atención por parte de la crítica especializada (no sólo en relación con el *Decamerón*<sup>3</sup>, sino también con respecto a otras

---

<sup>1</sup> La obra señera del género utópico es naturalmente la de Tomás Moro, *Utopía*, publicada en 1516, casi dos siglos después de la composición del *Decamerón* (1348-1353). Pero es evidente que este tipo de ficciones, con importantes elementos satíricos, se hallan en las literaturas antiguas y que Moro no las inventó en absoluto. Los estudiosos del género utópico suelen referirse, por ejemplo, a la *Historia verdadera* del griego Luciano de Samosata (véase L. de SAMOSATA, *Historia verdadera. Prometeo o el Cáucaso. Timón o el misántropo. Diálogos de las hetairas*. Edición de E. VINTRÓ, Barcelona, Las Ediciones Liberales, Labor, 1974), o a las fiestas saturnales latinas, como modelo del *mundus inversus* de Moro y otros escritores renacentistas, como Erasmo. Véase A.E. KINNEY, *Humanist Poetics, Thought, Rhetoric and Fiction in Sixteenth-Century England*. Amherst, MA, University of Massachusetts Press, 1986, p. 57.

<sup>2</sup> Agradezco a M<sup>a</sup>. Beatriz Hernández su lectura de una primera versión de este ensayo así como sus consejos y recomendaciones bibliográficas.

<sup>3</sup> El gran especialista en Boccaccio, V. BRANCA, se refiere al papel de la mujer en el *Decamerón* como «central», pues «aparece representada, naturalmente, en sus varios aspectos físicos y morales, y a través de las diversas reacciones que suscita en los individuos y en la sociedad» (*Boccaccio y su época*. Traducción de Luis Pancorbo, Madrid, Alianza Editorial, 1975, p. 91). En numerosas páginas posteriores (91-112) explora Branca esa diversidad de roles femeninos y su relación con modelos y modos genéricos muy diferentes (desde lo lírico a lo religioso, pasando, entre otros, por lo cómico-burlesco de los *fabliaux*), resaltando especialmente el de la exaltación de la eterna feminidad. De modo singular hay que citar al menos algunas de las referencias más recurrentes en este tema, como son las relativas al personaje de Griselda (de amplísima difusión en casi toda la Europa medieval), no sólo en

obras, como su tratado latino sobre mujeres ilustres *De mulieribus claris*, de gran influencia en todo el mundo europeo de finales del Medievo)<sup>4</sup>, el contexto del entorno utópico y el empleo en él de la ironía le permiten ahondar particularmente en el tratamiento de lo femenino desde una óptica que —hasta donde he podido ver— ha sido poco analizada por la crítica hasta ahora. El caso de Boccaccio en relación con la mujer medieval es, además, particularmente interesante, pues su actitud ante la cuestión femenina puede calificarse de ambigua en términos globales, ya que junto a la defensa que manifiestan *De mulieribus claris* y, como veremos, diversos episodios del *Decamerón*, también fue portavoz en su época de las corrientes misóginas predominantes, tal como revela su *Corbaccio*<sup>5</sup>.

## 1. ESPACIO MÍTICO, TIEMPO SIN TIEMPO

La búsqueda de un lugar apacible que sirva de refugio a aquellos que se ven amenazados por la peste es lo que motiva la partida a la naturaleza de los diez jóvenes, siete mujeres y tres varones. La función de este contacto con lo natural, que en este caso se opone a la corrupción —tanto higiénica como moral— en el que se

---

la obra boccacciana sino también en su adaptación por Petrarca y por Chaucer. Véase a este respecto el interesante estudio de L. JOHNSON, «Reincarnations of Griselda: Contexts for the *Clerk's Tale*», en R. EVANS y L. JOHNSON (eds.), *Feminist Readings in Middle English Literature. The Wife of Bath and All her Sect*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994, pp. 195-220. Asimismo el ensayo de R. KIRKPATRICK, «The Griselda story in Boccaccio, Petrarch and Chaucer», en P. BOITANI (ed.), *Chaucer and the Italian Trecento*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, pp. 231-248; y el último capítulo («The three Griseldas») del libro de N.S. THOMPSON, *Chaucer, Boccaccio, and the Debate of Love. A Comparative Study of The Decameron and The Canterbury Tales*. Oxford, Oxford University Press, 1996, pp. 279-312.

<sup>4</sup> La herencia de *De mulieribus claris* fue sin duda muy importante en otros textos del Medievo, como sobre todo en la obra clásica sobre la mujeres de la Edad Media de Christine de Pizan, *Livre de la cité des dames*. Véase un análisis de la relación entre Boccaccio y Pizan en el artículo de M. QUILLIGAN, «Allegory and the textual body: Female authority in Christine de Pizan's *Livre de la Cité des Dames*», en M. BROWNLEE, K. BROWNLEE y S.G. NICHOLS (eds.), *The New Medievalism*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1991, pp. 272-300 (especialmente pp. 275-279 y 282-287). La ya citada colección de P. BOITANI contiene también otro ensayo sobre *De mulieribus claris* en relación con Chaucer: el de P. GODMAN, «Chaucer and Boccaccio's Latin works», pp. 269-295, así como otros que estudian las relaciones entre la obra boccacciana y la del autor inglés, pero que no son pertinentes en el caso que nos ocupa. Pero tal vez el estudio que mejor contextualiza esta obra de Boccaccio en el ámbito de defensa de los valores de la mujer en el mundo medieval es el libro de A. BLAMIRE, *The Case for Women in Medieval Culture*. Oxford, Clarendon Press, 1997, que permite trazar los orígenes y el desarrollo de los discursos a favor de la mujer a lo largo del todo el Medievo (para una comparación entre *De mulieribus claris* y la obra de Christine de Pizan, véanse especialmente las pp. 180-182 y 222-230.)

<sup>5</sup> Significativos fragmentos de este texto pueden encontrarse, con otros muchos que ayudan a contextualizar sus orígenes, en la compilación de A. BLAMIRE, *Woman Defamed and Woman Defended. An Anthology of Medieval Texts*. Oxford, Clarendon Press, 1992, pp. 166-176.





halla la sociedad urbana, no es sólo ofrecer un espacio a salvo de la enfermedad y la depredación que vive Florencia, sino también proporcionar un alivio emocional y espiritual a través de los deleites que ofrece la vida rural. El escape al campo se plantea, pues, como una solución temporal, un alivio que libere la presión que supone vivir en una ciudad asolada por la peste. Esta huida de lo urbano y su consecuente búsqueda de lo rural tienen ciertas concomitancias con la huida de la existencia cotidiana y mundana, limitada por la enfermedad, la muerte y el envejecimiento, y una búsqueda de un espacio idílico, donde estas limitaciones se suspenden y donde el disfrute atemporal juega un papel muy importante<sup>6</sup>.

A partir de ahora nos referiremos a este espacio como utopía, ya que entendemos que, aunque se hayan dado otros sentidos al término a lo largo de la historia, siempre subyace esa idea de trascender o superar de algún modo las limitaciones que hacen infeliz al ser humano<sup>7</sup>. La propia palabra *utopía*, creada por Tomás Moro a partir del griego (*u-topos*, «no-lugar»), nos sugiere la inexistencia de ese espacio, o al menos la imposibilidad de hallarlo en el plano vital donde reinan las limitaciones antes mencionadas. Cabe decir que cuando hablo de utopías no me refiero sólo a aquellas de carácter social tales como la marxista, sino también a las religiosas, tales como la cristiana o la musulmana, que localizan en la vida después de la muerte ese espacio sin tiempo y sin limitaciones donde el sufrimiento ha sido superado. La utopía existe en la mente humana como esa cristalización de un mundo perfecto, y aunque la propia palabra nos indica que no se halla en ninguna parte, al menos no en un lugar convencional, esto no ha sido obstáculo para que muchos hayan intentado materializar sus «utopías». Se trata, pues, de un proceso de exteriorizar un ideal y de proyectarlo en una realidad concreta de tal modo que ésta se convierte en ese espacio mítico sin tiempo. Esta suspensión del tiempo conecta muy bien con el mito de la eterna juventud, que busca ofrecer consuelo al miedo de morir, envejecer

---

<sup>6</sup> V. BRANCA dedica unas iluminadoras páginas a este singular marco, que ha sido objeto de análisis diversos por la crítica anterior. Véase el capítulo 2, «Coherencia ideal y función unitaria de la Introducción», *op. cit.*, pp. 59-70. Si bien no se refiere a un espacio utópico propiamente, sí que alude a uno de sus motivos o aspectos más habituales: «la *beata solitudo* de su refugio fiesolano» (p. 63). Y añade más adelante: «Frente a las acciones desesperadas y a las voces bestiales, a las desenfrenadas codicias y a las obscenas bacanales que se montan en la ciudad, en la colina fiesolana se producen gestos y actos que parecen modularse al compás de una secreta armonía, y desarrollarse a paso de danza, casi como si fueran una representación de una humanidad ideal que considera a la gentileza, a la concordia, al amor, las leyes supremas, porque dictadas por imperativos íntimos e instintivos: representación que es un presupuesto absolutamente necesario para el desarrollo de la 'comedia humana', en sus aspectos ejemplares y en sus sensaciones eternas» (p. 67).

<sup>7</sup> Para un estudio comparativo del término, los conceptos que cubre, y sus usos en filosofía, literatura, y en la ciencia, véase el capítulo primero («Procès de l'Utopie») del libro de A. CIORANESCU, *L'avenir du passé. Utopie et littérature*. París, Gallimard, «Les Essais», CLXXI, 1972. En la p. 22 concretamente define Cioranescu el género utópico como «la description littéraire individualisée d'une société imaginaire, organisée sur des bases qui impliquent une critique sous-jacente de la société réelle». De esa crítica de la sociedad real precisamente pretendo ocuparme en las páginas que siguen.

y enfermar. La eterna juventud es también eterna lozanía e inmortalidad. Algunas de estas ideas las hallamos en el mito de la Arcadia, un lugar poblado por jóvenes pastores que dedican su tiempo al galanteo, a la música y al amor. La juventud juega aquí un papel muy importante, porque el ser joven se asocia con la plenitud física y amorosa, y por tanto con la mayor capacidad de disfrute que puede alcanzar el ser humano. Es interesante observar cómo algunas utopías religiosas utilizan esta misma idea y caracterizan la vida después de la muerte como un estadio donde se es perpetuamente joven, o se está en contacto con esa frescura de la juventud<sup>8</sup>. Lo que mueve a los diez jóvenes del *Decamerón* a huir al campo es precisamente ese deseo de proteger y gozar su juventud, lejos del peligro de la peste. El espacio que buscan y en el que establecen su refugio es descrito en términos que evocan aquellos de las utopías nombradas previamente:

Allí se oyen cantar los pajarillos, se ven verdear las colinas y los llanos, y los campos de mieses ondear como el mar, y unas mil especies de árboles, y el cielo más abiertamente, que, aunque esté aún enojado, no por ello nos niega sus bellezas eternas, que son mucho más bellas de contemplar que las murallas vacías de nuestra ciudad; y allí, además, el aire es mucho más fresco y mucha más abundancia de esas cosas que son necesarias para la vida en estos tiempos, y es menor el número de molestias<sup>9</sup>.

El mundo natural es visto como una gracia divina, un lugar donde el orden de la naturaleza y de Dios aún prevalecen, a diferencia de la ciudad. Es curioso cómo el cielo «físico» y el cielo como autoridad divina (que también conecta con el cielo como Edén) son mencionados a un mismo tiempo a mitad del párrafo, sirviendo de vínculo entre la belleza del paraje idílico y su vínculo con lo divino, su dimensión eterna e inmutable. Queda claro, pues, que la búsqueda del espacio natural es también una búsqueda de trascendencia y de superación del sufrimiento. También hallamos aquí una imagen de la naturaleza como fuente de abundancia, imagen que podría identificarse con lo femenino («fuente» es igual a «matriz generadora») y que identifica el espacio idílico con la madre que todo lo provee (por ejemplo, Ceres en la tradición latina). Más adelante retomaré esta función de lo femenino en la utopía, dada la importancia de las mujeres (mujeres concretas) en la(s) trama(s) del *Decamerón*.

Otra de las características del espacio utópico es la ausencia de la obligación, la responsabilidad social y el trabajo. Todas las actividades que se llevan a cabo tienen como fin el disfrute y son hechas por puro disfrute. No hay preocupación

---

<sup>8</sup> Podría ponerse como ejemplo el paraíso musulmán, en el que aquellos que son recompensados disfrutan de la compañía de un abundante número de jóvenes vírgenes, y también el reino de Vrindaban, donde los devotos de Krishna, después de morir, viven en una sociedad pastoril, siempre jóvenes y disfrutando de la vida rural y de la música que mana de la flauta del mencionado dios.

<sup>9</sup> Cito de la edición de M. HERNÁNDEZ y G. BOCCACCIO, *Decamerón*. Madrid, Cátedra, Letras Universales, 1995, pp. 131-132. En lo sucesivo daré los números de las páginas, entre paréntesis, en el texto.





por procurarse el sustento, ya que la tierra da sus frutos generosamente y sin esfuerzo. Esta concepción recuerda al Jardín del Edén de las mitologías judía y cristiana, donde antes de que el hombre probara el fruto prohibido vivía sin temor ni dolor, en un estado semejante al que se describe en el espacio utópico. La expulsión del Edén representa el comienzo de la preocupación, del esfuerzo y del sufrimiento; la fácil y despreocupada existencia de Adán y Eva se ve quebrada y esto da origen al envejecimiento, a la enfermedad y a la muerte. Parece que lo que pretenden nuestros jóvenes, y la mayoría de los utópicos de un modo u otro, es dar el paso contrario, desandar el camino y volver al estado primordial. Esta Edad de Oro, presente en muchas mitologías y cosmovisiones en todo el mundo, se identifica con la juventud y con la plenitud que ella encierra. Es un estado de perpetua juventud donde las responsabilidades y cargas de la edad adulta son obviadas y donde hay lugar para el entretenimiento y la recreación<sup>10</sup>.

Si observamos las descripciones que se hacen de la vida cotidiana de los jóvenes una vez instalados en el campo, veremos cómo sus actividades se limitan a aquello que produce deleite y descanso: comer, dormir, entretenerse con danzas y canciones y contar historias. Este ambiente de recreación se repite día tras día, salvo dos días consagrados a la oración que los jóvenes observan, creando un continuo en el que la percepción del tiempo se disuelve. A los ojos del lector parece como si los jóvenes se hallaran en un estado de continuo goce, que no está delimitado por las constricciones temporales de la ciudad (horarios y calendarios que marcan los períodos de oración, de trabajo, de descanso, etc.). Es curioso ver cómo Dioneo se burla precisamente, en su cuento de la segunda jornada, del excesivo control que las diferentes festividades ejercen en la vida sexual de Micer Ricciardo. Todas estas limitaciones temporales son ajenas a la vida que llevan los jóvenes en el campo. Sus vidas se rigen por el ritmo del sol y de las comidas, un ritmo que podríamos considerar «natural», en oposición al tiempo más estructurado de la ciudad. Las horas parecen discurrir sin que a los jóvenes les produzcan mayor preocupación. Muchos puntos de referencia han desaparecido y con ellos el sentido de urgencia. Esta característica es propia también de los espacios utópicos, donde el tiempo es trascendido o suspendido temporalmente (como es el caso del *Decamerón*). Las utopías religiosas teístas nos presentan la eternidad como un estadio sin muerte ni nacimiento, en el que por tanto no pueden existir ni el pasado ni el presente ni el futuro. La utopía marxista, por ejemplo, presenta la sociedad ideal como el fin de la historia y, de algún modo, sugiere que significaría la restitución de la sociedad previa al nacimiento del dinero, otra limitación, al igual que el tiempo. Como vemos, los pensa-

---

<sup>10</sup> El segundo capítulo del citado libro de A. CIORANESCU se titula «Nostalgies et tentations», y alude, entre otros aspectos, a la mítica Tierra de Cucaña (o Jauja) y la fabulosa Edad de Oro. Este capítulo había sido publicado anteriormente como artículo en la revista *Diogenes*, vol. 75 (1971), pp. 85-121, con el título inglés de «Utopia: Land of Coccagne and Golden Age». Me interesa señalar aquí las palabras de los títulos en francés y en inglés por las razones que pronto se verán en el desarrollo del ensayo.

mientos utópicos aspiran a reestablecer estadios, ya sean espirituales, sociales, políticos o incluso artísticos, que se entiende que son «originales» o «esenciales». Se parte de la idea de una «Edad Dorada» (Jardín del Edén, etc.) que ha sufrido degeneraciones y que ha de restaurarse, tarde o temprano, tal y como fue.

Esta dimensión, como comentamos antes, está libre del tiempo y por tanto de la vejez y de la muerte. Es el sentido de temporalidad lo que trae consigo el sufrimiento, así que el espacio utópico está exento de este sentido y se caracteriza por ser atemporal (esto es, por abarcar la eterna juventud). Otro modo en el que se refleja esa elasticidad temporal en el *Decamerón* es a través del tamaño de los relatos. Cualquiera que lea el *Decamerón* sabe que es imposible que diez historias, en ocasiones muy largas, puedan ser contadas en el tiempo que el autor nos dice que los jóvenes dedicaban a la narración. No pretendo ajustar el tiempo de la narración al tiempo real, pero creo que este hecho sugiere que el contar historias les proporciona a los jóvenes una evasión del tiempo y, por tanto, de la muerte. El hecho de contar las historias de otros y de vivirlas, al identificarse con los personajes que en ellas aparecen, hace que tanto el que escucha como el que cuenta se alejen de sus circunstancias personales y puedan vivir las de otros, liberados del peso (y del paso) del tiempo<sup>11</sup>.

## 2. LAS DOS CARAS DE LA VERDAD: HIPOCRESÍAS E IRONÍAS

Como ya se ha comentado antes, el pensamiento utópico lleva consigo un afán reformista. Este reformismo no debe ser entendido sólo en términos políticos, sino como ese afán nostálgico (las «Nostalgies» del libro de Cioranescu) que aspira a volver a tiempos que —siempre— fueron mejores. El referente de esta nostalgia no es siempre un tiempo concreto, y a veces la propia Edad de Oro no es más que una invención para poder justificar la «vuelta» a algo que el discurso utópico presenta como correcto y original. Fuera como fuese, una de las características del período degenerado (que sigue a la pérdida de la inocencia primordial) es la existen-

---

<sup>11</sup> Este aspecto «moral» de las historias (en su sentido etimológico), si se quiere, entronca con la cualidad que Vittore Branca destaca como más importante de esta obra, pues el *Decamerón* permite fundir la tradición de los «ejemplos», muy fragmentaria y en muchos aspectos abstracta, con la de las anécdotas burguesas características de los *fabliaux*. Escribe BRANCA, *op. cit.*, p. 155: «Se diría que, por una parte, la larga tradición 'ejemplar' de la Edad Media, demasiado abstracta y fragmentaria, consigue finalmente expresarse mediante un lenguaje *suyo*, apropiado y denso que se inserta en la representación de las grandes fuerzas que rigen y que deciden la vida en el *Decamerón*; y por otra parte, se diría que la altura de este compromiso rescata de su dispersivo carácter episódico a los tradicionales temas de los cuentos y la anecdótica burguesa del estilo de los *fabliaux*. Y ello porque el *Decamerón* representa verdaderamente el punto de referencia para el encuentro de estos dos grandes filones literarios —la tradición 'ejemplar' y la anecdótica burguesa— que en la Edad Media se presentaban desunidos y extraños entre sí; y así, Bocacio, llevándoles desde su nivel abstracto y episódico hasta dentro de la historia, ha sabido renovarlos, darles finalmente un lenguaje apropiado».



cia de la mentira. Además de ser considerado inmoral, el mentir crea una dicotomía entre lo que es verdad y lo que no, y oscurece la frontera entre los dos lados, dando lugar a la confusión.

Esta dualidad conduce a la hipocresía y a la ironía. Ambas se basan en la dualidad entre lo que realmente se es y lo que se aparenta ser (verdad y mentira). La hipocresía consiste en aparentar aquello que no se es realmente y la ironía desmascara ese juego, al tomar con demasiada seriedad el lado aparente —y falso— de las cosas, tal y como si fuera verdadero. Estas tensiones entre lo verdadero y lo falso están continuamente presentes en el *Decamerón*. El mismo marco del que arranca la trama, el encuentro de los jóvenes en la Iglesia de Santa María Novella, es en sí mismo irónico, ya que como nos indica María Hernández<sup>12</sup> en el estudio introductorio de su edición:

En Florencia, desde hacía muchos años, los dominicos, desde el interior de la iglesia que ellos habían hecho levantar (Santa María Novella), venían impartiendo y difundiendo su «cultura de la penitencia»; desde el púlpito se podía oír con una especial intensidad la voz de sus predicadores invitando a los pecadores a la meditación, al arrepentimiento, a la oración, y sobre todo a la penitencia.

La oposición entre las dos visiones del mundo y de la vida es clara: mientras los dominicos centran su pensamiento en la importancia de la muerte y la miseria humana como camino hacia lo divino, los jóvenes gozan de la divinidad de su juventud y la expresan en términos de eternidad. Esto representaría una blasfemia para la ideología religiosa dominante, que monopolizaba los valores de eternidad y trascendencia. En cualquier caso, parece que Boccaccio pudo haberse inspirado en una pintura (o serie de pinturas) de la época. La descripción que de ellas hallamos en la introducción a la obra de María Hernández nos muestra una curiosa disposición, que puede servirnos de modelo para analizar las corrientes cruzadas de hipocresía e ironía. Las pinturas podrían pertenecer a un género común, ya que ambas tienen por título «Triunfo de la Muerte». Se nos dice que en ellas<sup>13</sup>:

se sintetiza con toda precisión y plasticidad la esencia de esa «cultura de la penitencia»: en el ángulo superior izquierdo están los ermitaños, los penitentes, dedicados a la plácida meditación; abajo están los efectos de la muerte, los cadáveres putrefactos, las almas arrancadas de los cuerpos de los muertos que ángeles y demonios se disputan, y la muerte en el centro, con la guadaña, acechando a un grupo de diez jóvenes que aparecen en el ángulo inferior derecho del fresco, en actitud ociosa en un idílico jardín.

Aquí vemos claramente cómo la muerte ocupa un lugar central, tanto en el espacio mental como en el de la pintura. En torno a este centro hallamos una

---

<sup>12</sup> G. BOCCACCIO, *op. cit.*, p. 60.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 62.

estructura vertical: arriba los religiosos que han superado el terror y el sufrimiento de la muerte gracias a la penitencia, y abajo un grupo de jóvenes entregados inconscientemente al disfrute, a los que la muerte se aproxima. Esta perspectiva niega la eternidad de la juventud y el disfrute como camino de trascendencia, presentando a ambos como meros engaños transitorios que, una vez llegada la muerte, desaparecerán. Así pues, la vía que queda es la del sufrimiento y la penitencia. Esta doctrina niega el valor del goce y el disfrute, en sus propios términos «mundanos», y los convierte de algún modo en algo negativo que ha de ser evitado. Cabría decir que tal vez para Boccaccio los valores del disfrute y de la juventud no sean «mundanos», sino que puedan corresponder a otra forma de entender la vida y la eternidad, a otra concepción de lo sagrado, que la ideología religiosa dominante intenta suprimir clasificándolos como triviales y superficiales<sup>14</sup>.

María Hernández considera el hecho de que el retiro al campo surja de una iglesia una prueba de que Boccaccio *opone* su forma de ver la vida y el mundo a la de la ideología dominante de la época. Así, en relación con el cuadro anteriormente descrito, nos dice<sup>15</sup>:

Conociera o no Boccaccio este fresco, está claro que el motivo en la cultura de su época, y que él lo retoma con la habitual libertad con la que maneja las fuentes y con su también habitual vehemencia al reaccionar para darle al motivo un significado opuesto: como alternativa polémica a la vida ascético-penitencial, que el autor siempre con tanta violencia va a atacar, él opone ahora un proyecto hedonista de disfrute literario que conduzca al hombre a la regeneración mediante el empleo de la inteligencia; a la cultura religiosa de la penitencia, Boccaccio opone la cultura laica de la inteligencia.

El modo en que está construida esta argumentación parece sugerir una dicotomía tajante. Quizás el presentar los dos discursos como opuestos nos priva de contemplar la interrelación que existe entre ellos. La ideología cultural dominante y la «alternativa subversiva» que Boccaccio propone guardan una conexión que permite el doble juego de la hipocresía y la ironía. Si los jóvenes rompiesen por completo con la cultura del momento, no habría lugar a la ironía ni a la burla, ya que ésta necesita que el pensamiento del ironizado sea compartido y asumido por el ironizador, que está llamado a mostrar su incongruencia. Debemos recordar que la experiencia utópica nace de una iglesia, a la que las jóvenes acuden diariamente a rezar, y no de la quema de una iglesia. Tal vez la frase tan repetida durante el Mayo del 68, «La nueva sociedad ha de nacer del vientre de la vieja», podría servirnos aquí para comentar el curioso hecho de que la trama del *Decamerón* comience en una iglesia.

---

<sup>14</sup> No tendría nada de extraño que Boccaccio estuviera evocando en este caso las corrientes gnósticas, que tuvieron un evidente desarrollo durante todo el Medievo y el Renacimiento especialmente.

<sup>15</sup> G. BOCCACCIO, *op. cit.*, pp. 62-63.





La Iglesia puede perfectamente ser identificada con un vientre, no sólo por su forma cóncava, sino por su caracterización femenina (la Madre Iglesia) en el discurso cristiano. La iglesia de Santa María Novella, tanto en su condición de lugar físico como de espacio de oración, sirve de matriz y de inspiración al proyecto. Podría incluso decirse que la inspiración es divina, ya que surge espontáneamente del espacio sacro, sin previa deliberación de las muchachas pues, como escribe Boccaccio, fueron «llevadas no ya por algún propósito, sino reunidas por azar en una de las partes de la iglesia, tomando asiento casi en círculo...» (p. 128). El hecho de que hayan sido «reunidas por azar» indica que la determinación no nace de ellas, y que algo podría operar a través de ellas, conduciéndolas en una cierta dirección. Esta situación es ciertamente llamativa desde la óptica de la Florencia contemporánea, pues en ella la mujer carecía de relevancia pública, por lo que sin duda Boccaccio nos está brindando en esta ocasión un contraste muy agudo con la realidad, con la «gran sociedad» que estas jóvenes dejan atrás al refugiarse en el campo<sup>16</sup>. También el hecho de que se sienten en círculo es relevante, dado el importante valor simbólico del círculo. María Hernández nos sugiere que el círculo ofrece las más amplias posibilidades de comunicación, ya que todos pueden ver a todos, y todas las posibles combinaciones de diálogo están abiertas. Esto es cierto, pero no podemos obviar el papel simbólico que desempeña el círculo. El círculo es la representación de la perfección y de la plenitud, carece de aristas y de ángulos y por tanto engloba la totalidad que abraza todas las parcialidades y polaridades. Los seres divinos de muchas religiones son a menudo representados con un círculo detrás de sus cabezas. El círculo es la forma geométrica base a partir de la cual se pueden desarrollar otras infinitas formas geométricas. Esta condición de base o matriz asocia al círculo con lo femenino. En cuestiones de comunicación, el círculo proporciona un modelo igualitario, donde la relación entre el hablante y el oyente no está fijada como en púlpitos, tarimas y escenarios; tanto el rol del hablante como el de los oyentes rota continuamente, sin necesidad de que éstos tengan que desplazarse. Muchas sociedades han usado el círculo en sus órganos de expresión política, sentándose sus

---

<sup>16</sup> Esta reunión de mujeres por azar, que luego tendrá su importancia al constituirse en un núcleo de poder (el poder de la palabra: el de dar y retirar la posibilidad de contar), contrasta fuertemente con lo que sabemos que sucedía en la Florencia republicana de la época, donde la mujer no jugaba ningún papel de autoridad en la vida pública. Como ha señalado Pamela Benson, frente al rol que tenía la mujer en las cortes feudales, en la Florencia del siglo XIV no gozaba prácticamente de ningún protagonismo. Al contrario, podría decirse que la participación pública le estaba vedada a la mujer. Como escribe esta autora con respecto al régimen público florentino: «Neither their government nor their domestic arrangements had room for female authority, perhaps because their communal government had been consciously and painfully formed in opposition to the power and the practices of local feudal noble families in which women could have considerable authority. The commune was republican and offered increasingly wide opportunities for citizen participation, but participation was exclusively male». Véase P. BENSON, «Debate about women in Trecento Florence», en T. FENSTER y C.A. LEES (eds.), *Gender in Debate from the Early Middle Ages to the Renaissance*, Nueva York, Palgrave, 2002, p. 167.

representantes de tal modo que todos están en igualdad de condiciones. Ejemplos de esto son los Caballeros de la Mesa Redonda, el ágora griega o el foro romano, en el que se inspiran los parlamentos de nuestro tiempo. Es este sentido de perfección y de plenitud, manifestado a través de la igualdad de todas las presentes, lo que parece presidir la espontánea reunión de los jóvenes. Este primer círculo, al que luego se unirán tres hombres, va a volver a formarse (de nuevo de modo espontáneo) en la «pequeña sociedad» que los jóvenes establecerán en el campo. La «circularidad» de esta «pequeña sociedad» se expresará en un sistema de poder rotatorio, donde cada día se elige a un nuevo rey que dispone cómo han de llevarse a cabo las actividades de la jornada. El hecho de que sean diez los jóvenes que cuentan cada uno una historia (10 historias al día, por tanto) durante 10 días también conecta con ese sentido de perfección y plenitud, ya que el 10 es el número «redondo» o perfecto en el sistema numérico decimal.

Dejando de lado los valores simbólicos que puedan esconderse detrás de la trama principal, lo cierto es que la peste que afectó a Florencia hizo que la miseria humana y la proximidad de la muerte estuvieran más presentes que nunca. Las imágenes de la muerte que se exhibían tanto en la pintura como en los sermones, y que estaban destinadas a infundir temor, se convirtieron en espejismos y ecos frente a la realidad de la peste. La desolación y la enfermedad fueron de algún modo una confirmación de los discursos religiosos, que interpretaron el suceso como un castigo divino y pusieron más énfasis en la doctrina de la penitencia y el arrepentimiento. Es interesante que la alternativa a este modo de encarar la tragedia surja de una iglesia y adopte una actitud tan diferente a la de la Iglesia del momento. En vez de adoptar una jerarquía, es decir, un modelo social vertical, como el que estructuraba la Iglesia, los jóvenes se sientan en círculo expresando así la igualdad de todos los miembros de su «pequeña sociedad»; en vez de enfrentar el sufrimiento con la circunspección de la penitencia, los jóvenes glorifican su juventud buscando el disfrute y miran a la sociedad de su tiempo en clave de humor e ironía; y en oposición al clero, dominado por hombres célibes que miran a la mujer como una tentación (en la que a veces caen), los jóvenes constituyen una sociedad dominada por mujeres donde la interacción entre sexos ocurre libremente y donde la posibilidad del amor, como sentimiento y como realidad física, es insinuada muchas veces.

Como he dicho antes, la «pequeña sociedad» formada en el campo representa una excepción y un contrapunto a la «gran sociedad» de la ciudad. Este sentido de excepcionalidad y de contrapunto me lleva a revisar el concepto bajtiniano del Carnaval. Si, como nos dice Bajtín, el Carnaval supone que «las jerarquías se invierten (los locos se convierten en sabios, los reyes en mendigos), los opuestos se mezclan (fantasía y realidad, cielo e infierno) y lo sagrado se profana: se proclama una ‘festiva relatividad’ de todas las cosas. Cuanto es autoritario, rígido o serio se subvierte, relaja o ridiculiza»<sup>17</sup>, es evidente que existe un componente carnavalizante

---

<sup>17</sup> Tomo la referencia del libro de R. SELDEN, *La teoría literaria contemporánea*. Traducción de Juan Gabriel López Guix, Barcelona, Ariel, 1989 (nueva edición), p. 27.

en el *Decamerón*. Aparte de la alteración del orden establecido que supone la constitución de la «pequeña sociedad», muchos de los cuentos, especialmente los de la Jornada segunda, que intentan ilustrar los reveses de la fortuna, nos presentan situaciones donde los papeles sociales se subvierten, siendo (casi) siempre (casi) restituidos a su estado original.

Tomemos, por ejemplo, la historia de Alessandro y del abad que resulta ser la hija del rey de Inglaterra. Ambos proceden de un origen noble y adinerado, pero la adversidad de las circunstancias (la guerra civil que se desata en Inglaterra) hace que los dos pierdan su posición y de algún modo se conviertan en lo contrario de lo que eran. La atractiva y joven hija del rey deviene en un importante y austero abad, mientras el próspero Alessandro, que mantenía a sus parientes arruinados —aunque también de origen noble— en Italia, tiene que emigrar al haber perdido su influencia. El camino de huida los une y el amor que nace entre ambos —una vez superado el equívoco sobre la identidad sexual del abad— hace que ambos recuperen su posición social original y que incluso mejoren su situación. Hay muchos aspectos irónicos interesantes en este cuento, que comentaré más adelante, pero por el momento me limitaré a decir que se trata de un ejemplo perfecto en el que los personajes pierden su posición y les es restituida tras pasar por ciertas aventuras. Ésta es la estructura del carnaval, que permite que durante un corto período de tiempo los roles sean subvertidos haciendo de los ricos pobres y de los pobres ricos, por poner un ejemplo, y que culmina con la restauración del estado original de las cosas.

El componente irónico de esta «carnavalización» está en los pormenores de la subversión (el disfraz de abad, etc.) y no en el proceso en sí de abandono y vuelta a los valores convencionales. Pero si consideramos el cuento de Alatiel, hija del Sultán de Babilonia, veremos cómo hay una gran ironía en el hecho de que después de acostarse con nueve hombres a lo largo de largos meses, sea «restituida al padre como doncella». Aquí vemos cómo la tal restitución no es más que una apariencia, ya que la virginidad no puede ser devuelta, y por tanto un acto de hipocresía (y de implícita ironía del narrador). Lo que se nos está sugiriendo aquí y en otros cuentos en los que el período del Carnaval se presenta como auténtico, irreversible o verdadero, es que el proceso del Carnaval no es una subversión, sino que la subversión, la verdadera alteración, es el orden establecido.

Quizás ejemplifique mejor lo que he dicho el cuento de Paganín y Ricciardo (y la mujer que entre ambos media), que narra Dioneo al final de la segunda Jornada. En este relato vemos cómo la mujer de Ricciardo, magistrado que pospone continuamente sus deberes sexuales para con su mujer y que se justifica mediante una estricta observación del calendario religioso, tras ser «secuestrada» por Paganín —un acto de carnavalización— no desea volver ya con su marido. La joven esposa de Micer Ricciardo descubre junto al pirata Paganín los placeres del sexo, que mientras vivió con su marido rara vez tuvo ocasión de disfrutar, y se niega a volver al régimen de vida de Micer Ricciardo, jalonado por ayunos y marcado por la abstinencia. La esposa pasa por un proceso de carnavalización, pero se resiste a volver al orden establecido. Parece obvio que se nos intenta decir que ese nuevo estado, en el que obtiene la satisfacción de la compañía masculina a diario, es su estado natural; el

estado natural de una joven en la flor de la edad, donde el deseo y el disfrute son mayores. Una vez hemos leído el cuento de este modo, vemos que el marido es el secuestrador (que frustra la voluntad sexual de la esposa) y que el raptor es el liberador, que rescata a la mujer de una situación impropia para su edad y la restituye al goce juvenil. Si seguimos esta línea argumental, observamos cómo el orden establecido no es más que un carnaval, una mascarada, un acto de hipocresía. La restitución a lo «original», que ha sido identificado, pues, con lo visto como «subversivo», ocurre a través de la ironía, que es un proceso de desenmascarar, de rasgar y de burlar(se). Esto da lugar a la «festiva relatividad» de la que habla Bajtín, pero que aquí ya no es más un estado de excepción, sino el orden natural de las cosas.

Como mencioné anteriormente, el pensamiento utópico usa como referente un orden que es considerado natural, original y esencial. Nunca intenta producir algo nuevo, sino restituir un estado previo (y primigenio). Esto hace que esta forma de pensamiento considere el estado presente de las cosas como esencialmente degenerado y antinatural. El pensamiento utópico es a un tiempo conservador y subversivo: conservador porque considera que existe un orden natural de las cosas y que debe ser preservado, y subversivo porque piensa que la situación presente tiene que ser cambiada, ya que representa una contravención del orden natural. La historia que relata Pampinea en la Jornada primera comienza con una crítica a las mujeres de su tiempo, que reproduce este modelo conservador-subversivo (y nostálgico) del pensamiento utópico. Pampinea comienza describiendo las virtudes de las jóvenes de antaño, que no sólo superaban a las del presente, sino también a los hombres<sup>18</sup>:

Valiosas jóvenes, como en las noches claras son ornamento del cielo, y en primavera las flores de los verdes prados, así las ingeniosas ocurrencias lo son de las loables costumbres y de las gratas conversaciones; las cuales, como son breves, son mucho más propias de las mujeres que de los hombres, porque es menos propio de las mujeres que de los hombres hablar largo y tendido, si se puede evitar, aunque hoy han quedado pocas o ninguna que entiendan alguna ingeniosa ocurrencia, o si la entienden sepan responder a ella: para vergüenza general nuestra y de cuantas viven.

El siguiente párrafo enfatiza el aspecto nostálgico y afila la diatriba contra las jóvenes del momento, fortaleciendo la idea de que el estado presente es una degeneración de otro más antiguo y auténtico<sup>19</sup>:

Porque la virtud que hubo antaño en las almas de nuestras antepasadas las modernas la han cambiado por adornos para el cuerpo; y la que se ve encima las ropas de más colores y dibujos y con más adornos se cree que tiene que ser mejor considerada y honrada que las demás, sin pensar que un asno, si hubiese quien se las pusiese por encima, llevaría muchas más que todas ellas, y no por eso habría que honrarle más que a un asno.

---

<sup>18</sup> G. BOCCACCIO, *op. cit.*, p. 201.

<sup>19</sup> *Ibidem.*

Aquí vemos cómo lo que Pampinea critica es lo que nosotros llamaríamos la «mujer florero», que en este caso es más una «mujer perchero», que mide su valía por la cantidad de ornamentos que lleva encima. Esta mención a los adornos recuerda la recomendación, frecuente en la época y aparentemente fundamentada en los escritos de Pablo de Tarso, «que ‘sugería’ a las mujeres que se ‘adornasen’ con el discreto silencio en la ciudad gobernada por el discurso político»<sup>20</sup>. El deseo de «vestir» a la mujer con el «decente» velo del silencio parece ser una constante en los discursos masculinos de todos los tiempos, pero algunas mujeres que precedieron a Pampinea dan la impresión de haber burlado dicha «recomendación». Sin embargo, en los días en que el personaje habla las subversiones de sus antepasadas parecen escasear. Por tanto, lo que subyace al alegato de Pampinea es una crítica feroz a un sistema de valores que relega a la mujer a ser un objeto, valorado sólo por su apariencia y por aquello que viste, silenciando sus posibilidades de expresión y de creatividad<sup>21</sup>. Pampinea alude con cierto orgullo y nostalgia a una tradición de mujeres («Porque la virtud que hubo antaño en las almas de nuestras antepasadas») que tenían una actitud activa y participativa en el campo de la interacción social. Las mujeres a las que alude Pampinea deben pertenecer al mundo inmediatamente anterior al que se escribió el *Decamerón*. A pesar de que tradicionalmente se ha creído que el Renacimiento fue una época en la que las mujeres gozaron de mayor espacio para crear, pensar e interactuar con sus compañeros varones, esto no parece corresponderse demasiado con la realidad. Prueba de ello es que humanistas tales como Leonardo Bruni declararon que «las mujeres virtuosas no deben seguir ‘indignamente’ estudios avanzados»<sup>22</sup>. Esta afirmación conecta con una larga tradición que asocia la virtud y la honestidad con la pasividad y el silencio femeninos<sup>23</sup>. La crítica al silencio impuesto va pareja con una defensa de la inteligencia y del ingenio, cualidades que la mujer no debe suprimir, a pesar de que en el tiempo presente (de entonces)<sup>24</sup>

<sup>20</sup> Citado por R. RIUS, «Isotta Nogarola: una voz inquieta del Renacimiento», en F. BIRULÉS (ed.), *Filosofía y género. Identidades femeninas*, Pamplona-Iruña, Pamiela, 1992, pp. 65-91, p. 76. La referencia de San Pablo se encuentra en su *Primera Epístola a Timoteo*, 2: 8-15.

<sup>21</sup> Pamela Benson, en su artículo ya citado, se hace eco de las opiniones de la época sobre la vestimenta de la mujer. Cita a Antonio Pucci, defensor de la causa femenina en la Florencia del siglo XIV, que en su *Contrasto delle donne [Disputa sobre las mujeres]* achaca a la hipocresía social la costumbre de atribuir la culpa de la extravagancia en el vestir a las mujeres. Como escribe P. BENSON, *op. cit.*, p. 178: «he attributes women's desire for fine clothes to social ambition [...] but he also claims that husbands' social and economic ambitions make them desire fine clothes for their wives: 'Ognum mercenaio/Vuol bella donna' [Every man involved with goods for sale/Wants a beautiful woman]. He points out the self-defeating foolishness of the husband who gets the desired attention for his wife and then reacts with jealousy». Boccaccio, sin embargo, en su *Corbaccio*, refleja la extendida misoginia con respecto a los vestidos de las mujeres (véase A. BLAMIRE, *op. cit.*, 1992, p. 168).

<sup>22</sup> *Cit.* por Rosa Rius, «Isotta Nogarola: una voz inquieta del Renacimiento», p. 75.

<sup>23</sup> Sigue diciendo Rius en su ensayo ya citado: «Los confines señalados por Bruni se inscribían de lleno en la antigua tradición —de tenaz persistencia— que desde la Grecia clásica, pasando por Roma y el cristianismo eclesiástico, aconsejaban-imponían el silencio a las mujeres» (p. 75).

<sup>24</sup> G. BOCCACCIO, *op. cit.*, p. 202.

llegan a creerse que el no saber conversar entre damas y gentilhombres es por pureza de ánimo, y a su estupidez le han puesto el nombre de honestidad, como si no hubiese señora honesta más que la que habla con la sirvienta o con la lavandera o con su panadera; porque si la naturaleza lo hubiese querido, como ellas pretenden creer, las habría limitado el charlar de otra manera.

Es curioso que Pampinea, que aparece desde el principio como líder natural por su sentido común y su cabalidad —y que por tanto se espera que esté más próxima a los valores convencionales—, sea la que critique tan abiertamente a la sociedad de su tiempo. Además, la crítica desenmascara otro acto de hipocresía, la de aquellos que presentan su falta de inteligencia como un signo de honestidad moral. Esto implicaría que no sólo la estupidez se enmascara como honestidad, sino que la moral establecida actúa como represora del ingenio. Esta represión, a pesar de ser presentada como natural en el discurso del momento, no es más que una excusa que intenta ocultar la «estupidez». Pampinea se rebela contra la idea de honestidad de la época, sugiriendo que implica el menosprecio de la mujer y de su intelecto. También reclama otra concepción de lo natural (y sugiere la antinaturalidad del discurso dominante), que no limite lo que a lo largo de la obra viene presentándose como normal: el disfrute de la juventud y la interacción social entre sexos.

Esta burla a la moral sexual establecida es muy frecuente en el *Decamerón*. De hecho, gran parte de la ironía que se dirige hacia la Iglesia tiene que ver con su rigidez en materias sexuales. Como ya he comentado, el clero es una institución principalmente masculina, donde la mujer se considera algo negativo, un objeto (y agente) de tentación que ha de ser evitado. Es importante recordar que en ciertos discursos religiosos<sup>25</sup> (no sólo el cristiano), que son elaborados por y para hombres célibes, la mujer es vista como un ser inferior, dado que se dice que tiene más deseos que el hombre y que es por naturaleza «descontrolada», representando así una amenaza para el celibato masculino. El *Decamerón* ironiza sobre esta visión de las cosas. Un claro ejemplo es el cuento de Dioneo de la primera Jornada, donde habla de «un monje caído en pecado digno de muy severo castigo, reprendiendo oportunamente a su abad por esa misma culpa». Aquí tenemos el perfecto ejemplo de cómo la ironía es empleada para desenmascarar la hipocresía. Dioneo, el gran defensor de la diversión, asume la moral de la Iglesia, y censura al monje por el pecado de acostarse con una joven, pecado que, según se nos da a entender, el propio Dioneo debe de

---

<sup>25</sup> M.W. LABARGE, *La mujer en la Edad Media*. Traducción de Nazaret de Terán, Madrid, Editorial Nerea, 1988, p. 15, escribe: «la mayoría de las afirmaciones medievales sobre las mujeres, ya fueran expresadas por teólogos y legisladores tanto de la Iglesia como del Estado [...] encarnaban lo que los clérigos pensaban de las mujeres. Al percibir, en general, a las mujeres como amenazas a su castidad, tenían en consecuencia una visión atemorizada de la fuerza de la sexualidad femenina y albergaban una actitud hostil hacia el matrimonio. Cayeron de nuevo en el cómodo estereotipo de la responsabilidad de Eva por la existencia del pecado en el mundo, ya que esto, pensaban, proporcionaba una explicación adecuada para justificar la posición inferior de la mujer y reforzaba el derecho divino que el hombre tenía para gobernarla».



haber cometido unas cuantas veces. Aquí el mecanismo de la ironía se manifiesta al asumir el ironizador el punto de vista del ironizado y defenderlo con extrema seriedad y vehemencia. Esto es un acto de hipocresía, ya que se trata de asumir una identidad falsa, una máscara. Pero esa máscara no tiene como función ocultar nada, sino que, al contrario, el enmascarado la lleva para dejarla caer y mostrar el absurdo que encierra. El fin es la burla de la propia máscara que ha sido adoptada con tanta seriedad anteriormente. De este modo Dioneo y el abad que reprende al monje quedan a un mismo nivel, criticando ambos un pecado del que son culpables. Aunque ambos queden a un mismo nivel, el abad es hipócrita y Dioneo irónico, ya que del abad se espera que sea célibe y un ejemplo de la moral que predica, y Dioneo está simplemente adoptando un punto de vista para burlarse de él, siendo su discurso y sus acciones más congruentes que las del abad.

La caída de ciertos valores morales, tras haber sido expuestos a la ironía, da lugar a la «festiva relatividad» propia del Carnaval, donde los referentes morales convencionales se derrumban y los aspectos reprimidos por dichos referentes son expresados libremente. Dioneo es un personaje especialmente carnavalesco, representa los valores opuestos a los convencionales y actúa aparentemente como contrapunto de los demás jóvenes, más comedidos, más tímidos y más convencionales. En cualquier caso, este contrapunto sería tan sólo una apariencia, ya que las historias de Dioneo son recibidas entre risas de aprobación. Esto podría sugerir que Dioneo no estaría diciendo algo ajeno a lo que piensan los demás, sino aquello que verdaderamente sienten pero que no se atreven a expresar.

Otro interesante ejemplo de este doble juego de la ironía y la hipocresía es la historia, antes mencionada, del abad que resulta ser la princesa de Inglaterra y su amante Alessandro. En primer lugar, es curioso observar que es la mujer la que hace el papel de liberadora. Es ella la que libera a Alessandro y a sus familiares de sus penalidades económicas. Podríamos decir que incluso rescata a Alessandro, asumiendo de este modo un papel activo. Es el amor lo que la mueve a «redimir» a Alessandro y son sus hábitos de monje lo que le permiten llevar a cabo toda la trama. Esto podría encerrar una sátira a la redención o liberación religiosa que predicaba la Iglesia. Los hábitos del monje, que deberían guiar al joven hacia la redención, ocultan el cuerpo joven de una mujer que redime y libera a Alessandro mediante el amor. Resulta interesante que Alessandro no se sorprenda cuando el abad lo llama a su cama, y además recele de las intenciones de éste, sin dar crédito alguno a su voto de celibato. Aquí el juego de la ironía y la hipocresía vuelve a producirse, transmitiéndonos el mensaje de que los hábitos religiosos ocultaban en la época algo diferente de lo que se esperaba de ellos.

Todas estas burlas a la sociedad y sus discursos revelan sus contradicciones e hipocresía, reforzando de nuevo la idea de que el orden que se predica y el que se practica no sólo están en mutua contradicción sino que van en contra de los impulsos naturales del hombre. Esta crítica se lleva a cabo mediante un magistral juego entre lo excepcional y lo «normal» (en el sentido de norma), lo natural y lo establecido, lo divino y lo divinizado. En este juego los valores tradicionalmente ligados, por ejemplo, a lo cotidiano y a lo excepcional son alterados e invertidos, haciendo de lo excepcional una norma y de lo normal una excepción. Esto cuestiona dichos



conceptos en sí mismos y su relación estática con ciertos valores, mostrando su fluidez y flexibilidad. En cualquier caso, no creo que el objeto de la crítica de Boccaccio y sus personajes conduzca a la relatividad total. Incluso la «festiva relatividad» que produce el Carnaval tiene en el *Decamerón* ciertos valores que son fijos, tales como el disfrute de la juventud, y encierra ciertas ideas de cómo *deben* y *no deben* ser ciertos aspectos de la sociedad y la vida.

### 3. CONCLUSIÓN

A modo de conclusión cabría decir que la trama (primaria) del *Decamerón* se desarrolla en un espacio utópico, que sirve de huida y alivio a la terrible situación que vive Florencia. Este espacio utópico alberga la construcción de una sociedad igualitaria que se erige en torno al disfrute, en particular al disfrute de contar historias, historias que, a su vez, reflejan una actitud irónica frente a la hipocresía de la sociedad en la que viven los personajes (y de la que se han evadido temporalmente). Esta crítica sirve de contrapunto y de base para construir otra forma de ver el mundo que, lejos de ser novedosa, intenta identificarse con aquello que es original, verdadero e inherente a la condición humana. El papel que juegan las mujeres en este espacio utópico se nos revela, además, como elemento de crítica social al presentarnos curiosas y subversivas alternativas a las convenciones y estructuras dominantes, si bien no siempre ese discurso articula una oposición clara a la misoginia tradicional.



LEGITIMIZING THE SENSUOUS FEMALE:  
A RE-ASSESSMENT OF THE BABYLONIAN  
GODDESS IN D.G. ROSETTI'S *ASTARTE  
SYRIACA* (1875-77)\*

José María M. Villar  
Universidad de Jaén

RESUMEN

Desde una perspectiva revisionista ligada a un análisis interdisciplinar, la presente contribución pretende desestigmatizar la imagen femenina mostrada en la obra pictórico-literaria *Astarte Syriaca* (1875-77), a menudo vinculada erróneamente al mal o como alusiva a la prostituta babilónica descrita en el Apocalipsis (17:5). Pretendemos demostrar que la diosa rossettiana actúa como representación positiva de las fuerzas místicas ligadas al encuentro sexual. Apuntaremos igualmente que el pintor y poeta empleó una serie de referencias bíblicas y clásicas de calado distinto al volumen mencionado para construir un aparato legitimador que sirviera de apoyo a sus bases programáticas: es en este esquema que la mujer planteada por Rossetti se convierte en una entidad nodal que permite a su mensaje artístico cobrar pleno significado.

PALABRAS CLAVE: Estudios de la mujer, Prerrafaelismo, Dante Gabriel Rossetti, Jane Morris, Astarté.

ABSTRACT

Adopting a revisionist disposition and following an interdisciplinary pattern of analysis, this paper attempts to unstigmatize the female profile in the double work *Astarte Syriaca* (1875-77), often deviously regarded as allusive to evil or to the pagan harlot depicted in section 17:5 from the Book of Revelation. Our inquiries seek to demonstrate that the goddess rendered by Rossetti functions as a positive representation of the mystic forces bound to sexual intercourse. We will also specify that the painter-poet employed a set of biblical and classical references other than the aforementioned volume as a legitimizing apparatus which would serve his own creative and programmatic tenets: it is within this scheme that the Rossettian woman proves a primary nodal entity allowing the aesthetic message to gather full meaning.

KEY WORDS: Women studies, Pre-Raphaelitism, Dante Gabriel Rossetti, Jane Morris, Astarte.



## ON THE FUNCTION AND SIGNIFICANCE OF THE ROSSETTIAN WOMAN

In recent years, the academic sphere has experienced a new surge of interest in the visual and literary works by Dante Gabriel Rossetti, which has materialized in volumes such as Bullen's *The Pre-Raphaelite Body* (1998), Marsh's *DGR: Painter and Poet* (1999) and McGann's *DGR and the Game that Must be Lost* (2000). However, for the most part of the twentieth century, Rossetti's figure and artistic corpus seemed condemned either to abuse or ostracism. This has favoured the proliferation of critical commentaries that tend to disregard both his programmatic aims and the links between the poetic and pictorial components in his works. This state of affairs has hindered the development of a sound analysis of the so-called «Rossettian female». Actually, this type of woman has quite often been defined just on the basis of external features such as her ruby lips, curly tresses, dreamy gaze, elongated neck and bony fingers. While this has made Rossetti's style easily recognizable, the fetishistic potential of these traits has also prevented critics from attempting to go beyond the surface and assess the contents expressed through these presences.

In our view, to unveil the meaning behind this mask of sensuousness we need to take into account the status of the iconic female as a construct within Rossetti's inspirational and creative course of action. Until finally brought to full eclosion in the third period of his career, this profile was primarily understood in mystical terms, somewhat trailing behind the stilnovist *donna angelicata*. Woman appeared as an enlightening presence between two layers of reality which could be defined as an adaptation of the Neoplatonic distinction between the «sensible» and the «intelligible» realms. It was early in Rossetti's career, during his formative years (1847-1854), that this type came to be defined, additionally, as an alter-ego of the artist's creative soul, this being a conceptualization adopted from works such as Poe's «Ulalume». All in all, this cluster of contents proved a fruitful culture medium which Rossetti adopted and re-evaluated in order to give expression to the nature of inspiration together with the truth and sense of fulfilment which he aimed to find in art at a time of self-definition. Hence, we may assert that the Beatricean and the Gothic were the first two codes which he fused as one in order to bring about a female character who could adopt the roles of «muse» and «beloved». The maiden ultimately became a nodal entity between the earthly and the transcendent allowing Rossetti to link the concepts of «love», «life» and «art». Within this scheme, the last step upwards into a higher state of perception was to clutch at the lady's hand and follow her advice on the true objective of aesthetic life. Since she was regarded not just as the representation of an ideal but also as the materialization of the sensitive soul, we may assert that, in theoretical terms, by engaging in a communicative scheme with this female presence, the artist actually got to know about himself

---

\* El presente artículo se ha llevado a cabo dentro del marco de una ayuda FPV-PIF concedida por el MEC.

and the plan ascribed to his existence. It is in this sense that his seminal short story «Hand and Soul» (1850) defined this mystical presence in terms of mystery, fascination, revelation and identity:

A woman was present in his room, clad to the hands and feet with a green and grey raiment, fashioned to that time. It seemed that the first thoughts he had ever known were given him as at first from her eyes, and he knew her hair to be the golden veil through which he beheld his dreams (...) And as he looked, Chiaro's spirit appeared abashed of its own intimate presence (...) He felt her to be as much with him as his breath. He was like one who, scaling a great steepness, hears his own voice echoed in some place much higher than he can see<sup>1</sup>.

During Rossetti's medievalist period (1854-1868), mainly based upon Malory's and Tennyson's writings, the values and functions of this maiden were given expression through the «Grail damsel» type: an icon of virtue and spiritual perfection featured in works such as *Sir Launcelot's Vision of the Sanc Grael* (1857), *The Attainment of the Holy Grail* (1857-1864) and the first version of *The Damsel of the Sangrail* (1857). In all these, Rossetti projected the physical traits of his, by then, fiancée Elizabeth Siddal upon those of the chalice bearer, just as he had done in the mid-1850s when casting her as Dante's beloved in a study for the forthcoming *Beata Beatrix*, which he completed after her death and so has been deviously regarded exclusively as a *memento mori*. We cannot elude the fact that this type of projections confirmed Miss Siddal's status as Rossetti's main muse and also as an iconic portal into art's mysteries. Contrariwise to this atmosphere of spiritual achievement and insight, Rossetti felt interested as well in portraying a female referent bound to temptation and bodily issues, and this he carried out along various renderings about the illicit, destructive liaison between Sir Launcelot and Queen Guenevere. This perspective was continued in comparative terms in the canvas *Helen of Troy* (1863) or the stained glass *Tristram and Iseult Drinking the Love Potion* (1862-1863)<sup>2</sup>. Basing ourselves on these evidences, we may argue that the construct known as the «Rossettian female» commuted at the time between the two poles of a dichotomy. This spoke out loud of the difficulties that Rossetti was experiencing to reconcile two main notions: the exaltation of the spiritual, derived from the basic tenets of early Pre-Raphaelitism, and the expression of carnal desire, which he had learned to regard with suspicion on the basis of the strict religious education he had received from his mother, Frances Polidori.

However, this point of view was bound to change as a result of personal experience during the late 1850s and early 1860s: as his formerly idyllic relation with Elizabeth Siddal became more and more demanding with particular regard to marriage issues, the couple experienced spasmodic fits of attachment and emo-

---

<sup>1</sup> J. McGANN (ed.), *Dante Gabriel Rossetti: Collected Poetry and Prose*. New Haven, Yale University Press, 2003, p. 314.

<sup>2</sup> The scene on *Tristram and Iseult* was repainted in watercolour around 1867.





tional distance. In autumn 1857 Rossetti made the acquaintance of Jane Burden, who would later on marry his friend William Morris. Not without some initial objections, she finally accepted to sit as a model for him within a period of ten days following their first, unexpected meeting in Oxford. Far from the graphic monomania developed around the figure of Elizabeth Siddal during the early and mid-1850s, Rossetti was now starting to feel the call of temptation and, in this way, he projected Jane's features upon the character of Guenevere in the aforementioned panel *Sir Launcelot's Vision of the Sanc Grael* (1857); in it, unsurprisingly, Miss Siddal was cast as the angelic maiden of the Grail —indeed meaning to contrast. Even though Rossetti did not apply his own features to Lancelot, we may think that he was actually giving expression to the clash of forces taking place within himself by then. Nevertheless, although Jane and himself would actually lead an illicit relationship at a later stage of their lives, we must specify that she was not the woman who led him more directly to adopt a perspective shift regarding bodily matters. It was during the aforementioned period of instability in respect to his relation with Miss Siddal that Rossetti met Fanny Cornforth at the Royal Surrey Gardens, during a fireworks exhibition:

As they passed each other on the path, she cracked a nut between her teeth and threw the shell at him: an interesting style of soliciting. She herself gave a different story, in which she was chaperoned by an elderly cousin and accidentally bumped into Gabriel and his friends, thus dislodging her magnificent hair, but this rings less true than the tale of the nutshell<sup>3</sup>.

Fanny, whose real name was Sarah Cox, was soon invited to pose for Rossetti. Undoubtedly, the most important work for which she modelled was *Bocca Baciata* (Kissed Mouth), painted between 1858 and 1859. The title was adopted from Boccaccio's *Decameron*: the seventh tale narrated on the second day tells how Alatiel, a beautiful Babylonian princess craved by many men, is captured several times on her journey to marry the King of Garve and so gets to experience the mysteries of flesh at first hand. Once rescued and sent back to her father's court, the princess stitches a more or less believable story together to preserve her honour, so that the sultan and her potential husband, both certain that she is still a virgin, may resume the wedding arrangements. Bearing this in mind in unison with the fact that, as Bullen states, «the figure in Rossetti's *Bocca Baciata* is not Alatiel... [although both women] speak of the infinite self-regenerative aspects of human desire»<sup>4</sup>, we may precise that Fanny indeed became a referent of Rossetti's de-dramatization of sexual intercourse, presumably on the basis of personal experience. By inscribing on the back of the image's panel the motto, also from the tale, «bocca baciata non perda

<sup>3</sup> J. MARSH, *Pre-Raphaelite Sisterhood*. London, Quartet, 1998 (1<sup>st</sup> ed. 1985), p. 142.

<sup>4</sup> J.B. BULLEN, *The Pre-Raphaelite Body: Fear and Desire in Painting, Poetry and Criticism*. Oxford, Clarendon, 1998, p. 91.

ventura, anzi rinova come fa la luna»<sup>5</sup>, Rossetti was indeed celebrating «her sensuality and capacity for love», as Treuherz declares<sup>6</sup>. The painting, hung at the 1860 Hogarth Exhibition, and Rossetti's newly gained confidence with bodily matters did not pass unnoticed: his Pre-Raphaelite fellow William Holman Hunt stated that the canvas awakened in him the memory of the Venetian school, which Victorians had learned to regard as blatantly, or even infamously, sexual. Others considered that Rossetti had somewhat given up his Pre-Raphaelite origins in order to embrace the manners of Tintoretto, Giorgione or Il Veronese, and so, «had turned from painting after nature to painting as a decoration»<sup>7</sup>. We may understand that the amount of criticism received on account of this revision of Venetian patterns led Rossetti into a new type of anxiety for, in fact, he did not intend to portray an icon of moral degradation. In our view, he was rather detaching himself from the dichotomy experienced during his medievalist period between the virginal muse and the tantalizing female. But, in order to succeed along this new perspective upon bodily matters, he could not disregard artistic cohesion and expressive coherence in respect to his whole creative corpus.

The answer to this dilemma came under the form of a re-definition process during his last creative stage (1860-1882): first of all, the artist labelled himself as «painter-poet», following a semi-Blakean course of action, so that most of his works during these two decades should be regarded as «double», that is, consisting of interrelated visual and literary components. Secondly, setting a precedent for late 19th century aestheticism, Rossetti engaged in the description, through his double works, of a sublime concept of beauty, which he regarded as the main force (or *anima*) behind art. By situating this abstraction within the realm of the transcendent, the function of the Rossettian female as an intermediary (or *mediatrix*) between the sensible and the intelligible proved particularly useful to secure the artist's path to revelation: just like the muse-like lady descends from above to drag the creative subject upwards, the latter must make an effort first to go beyond his perceptive limitations, bound to the sensible realm. By disappearing within himself and getting to know the maiden as a representation of his creative soul, the artist psychically moves from «encloisterment» into «expansion». Once woman introduces him into the elevated sphere of beauty, the artist has access to a set of flashing visions which could be read as a variety of perspectives upon the same abstraction. Our view, in this sense, runs consonant with McGann's appreciations about Rossetti's interest in the early 1870s in developing a visual work tentatively entitled *Venus Surrounded by Mirrors*:

---

<sup>5</sup> (My translation) A kissed mouth does not lose its fortune; it rather renews itself like the moon.

<sup>6</sup> J. TREUHERZ, E. PRETTEJOHN and E. BECKER, *Dante Gabriel Rossetti*. London, Thames & Hudson, 2003, p. 184.

<sup>7</sup> J. MCGANN, *Dante Gabriel Rossetti and the Game that Must Be Lost*. New Haven, Yale University Press, 2000, p. 126.



Although he never executed that picture, the idea grew luxuriantly around him, not least in his many remarkable portraits and drawings of women (...) Beauty is reflexively presented in the form of visual images (...) women holding mirrors, standing before mirrors, looking into reflective pools (...) Rossetti's desire to achieve multiple perspectives in a single picture seems more Modernist than Pre-Raphaelite<sup>8</sup>.

This apparatus finally allowed Rossetti to reconcile the bodily and spiritual by regarding them as two main forces in constant tension which made up for the ideal balance that he perceived in beauty, whose main referent of stability could be defined as a central point ruled by a harmonious conjunction between them. We may ask ourselves, nonetheless, why Rossetti's works do not always show this integrative tendency. The answer could prove quite simple: he regarded beauty as an elusive reality to which he had access only under the form of a multitude of visions mediated by a female intercessor. As a consequence, women in his oils and poems appear as individual representations along the line between the bodily and the spiritual poles. But, as a group, they can be organized as a full set of interrelated truths, that is, as a dialectics —of beauty. Rather than being classified as essentially ethereal or radically fleshy, the Rossettian female is regarded in terms of potentiality between both notions: the painter-poet came to mistrust both, excessive spirituality and chaotic passion. In respect to the former idea, his revised version of *The Blessed Damozel*<sup>9</sup> depicted an emparadised woman in terms of lack within a context of divine indifference to her prayer: in it, she verbalized her eagerness to meet her lover again in the afterlife, thus stressing the emptiness of an exclusively celestial context. When addressing chaotic passion, Rossetti focused on female icons such as *Lady Lilit* (1864-70) who, encloistered within herself as she looks at her own image in the mirror, does not display the slightest sense of sincerity regarding her potential lovers, thus transforming her seductive game of appearances into the ruin of those who may fall prey to a merely formal exercise of beauty.

Given the growth of Puritanism among mainstream Victorians in the 1870s, as a restrictive follow-up to the openness of the previous decade, we may assume that spirituality was easier to defend than desire or even sexual intercourse. However, Rossetti aimed to reconcile both aspects and, most importantly, legitimize them in equal terms. After the first step taken with *Bocca Baciata* (1858-59), the painter-poet developed this notion in *La Bella Mano* (1875-77), which acquaints us with a lady dressing up for an amorous rendezvous: as she washes her hands, the poem establishes a parallel between the purity of water and that of the woman, who is compared in terms of grandeur to a Botticellian Venus. Most importantly, a consonant equation is drawn between the crystalline element and sexual desire in terms of humidity. But the final movement, drawn towards the idolization of seduction and intercourse on the basis of sincerity and compromise between the

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 105-6.

<sup>9</sup> The original version was composed about 1848.

members of a couple, is carried out through the use of several Marian references in the double work. Thus, the maiden is transformed into a «Marian Venus»<sup>10</sup>, that is, a sensual referent bearing the same level of legitimacy as a religious icon of spiritual perfection. This pattern, as a ritualistic appraisal of positive, sincere sexual attraction and complementation between the male and female sexes would be definitely glorified through the double work *Astarte Syriaca* (1875-77) which, nonetheless, has sometimes been regarded in negative terms, even as an incarnation of evil. In our view, this opinion reflects not only a misunderstanding of this double work: it seems derived as well from a tendency to project impressionistic or prejudiced opinions upon it on the basis of assumptions previous to any sound analysis of the work. Most importantly, these approaches tend to disregard its double nature and programmatic implications. Adopting as a basis this introduction on the genesis and evolution of the Rossettian damsel, the following section will now proceed to provide an answer from the field of interdisciplinary women studies which may contribute to counteract these stigmatization processes.

## 1. ISSUES OF GENDER COMPLEMENTATION UNDER THE AUSPICES OF THE ASSYRIAN VENUS

The majestic female presence in *Astarte Syriaca* (1875-77) looms up before us as a nebulous beauty in the midst of a dream, both threatening and tremendously suggestive. Rossetti employs the idea of a supernatural encounter with the goddess as a basic cohesive device allowing him to display a set of intertwined contents and readings which unfold along three main paths of expression: the oil rendering, for instance, may be read as a definite tribute to the sensuous presence of Jane Morris, who was Rossetti's main muse at the time. However, as soon as we assess its textual counterpart, we experience a movement from a formulaic description of Astarte's features into a more precise account of the forces within sexual attraction and intercourse. The interesting thing about these ideas is that they will be effectively foregrounded if we consider the links between the pictorial and literary components of the double work and, most importantly, providing that we regard these contents as complementary rather than mutually exclusive.

Very much like *Bocca Baciata* (1858-59), which we already commented upon, Rossetti's rendition of Astarte did not escape controversy. Its first owner, Clarence Edmund Fry, saw it as a representation of the Babylonian harlot depicted in the Book of Revelation (17:5):

The woman was wearing purple and scarlet and adorned with gold, precious stones, and pearls. She held in her hand a gold cup that was filled with the abominable

---

<sup>10</sup> J. MARSH, *Dante Gabriel Rossetti: Painter and Poet*. London, Weidenfeld & Nicolson, 1999, p. 489.



and sordid deeds of her harlotry. On her forehead was written a name, which is a mystery, «Babylon the great, the mother of harlots and of the abominations of the earth»<sup>11</sup>.

The cult of Astarte, which involved ritualistic prostitution<sup>12</sup>, was indeed an integral part of the cult of fertility practised in ancient Syria and Palestine. Thus, the goddess could have served as a basis for the apocalyptic female in the quote above. However, Fry's view should not be taken to the root, least it should ruin the ultimate meaning of the work, because it does not actually reflect Rossetti's unconventional rendering, but rather projects upon it a set of prejudices and stereotypes belonging to mainstream Victorian thought. In our view, his opinion was mainly based on connotative impression and negative references outside the double work, so that he proceeded to catalogue Astarte as a sinister, nightmarish profile. Unfortunately, this sort of accounts are still being uttered today. In fact, few consider that, just as he had done when preparing other works such as Proserpine or Pandora, the painter-poet had used as a documentary basis Lempriere's *Classical Dictionary*, which defines Astarte as the exotic alter-ego of a Roman Venus<sup>13</sup>. This was the sense Rossetti intended for the painting, as can be derived from the following account:

On March 1876, Jane Morris visited Rossetti at Aldwick Lodge near Bognor Regis in Sussex. It was here that he painted her as Venus, as we can see in his pastel portrait of her now in the Victoria and Albert Museum, transformed into Astarte Syriaca of 1877, now in the Manchester Art Gallery<sup>14</sup>.

The double work was initially planned as a compendium of contents bound to the field of human love and passion, which could be more easily defined as a field sanctified by the Assyrian goddess of fertility rather than as the exclusive domain of the «mother of pagan abomination». The artist attempted to offer a perspective withdrawn from the harlot label promoted by Judaeo-Christian tradition and closer to her ancient value. Hence, in the same terms as a myriad of damsels allowed him to develop a dialectics of beauty, Rossetti understood that different cultural manifestations could have referred to similar concepts throughout history; it is in this sense that drawing a parallel with Venus proves more effective. However, he had

---

<sup>11</sup> *Et mulier erat circumdata purpura et coccino, et inaurata auro et lapide pretioso et margaritas, habens poculum aureum in manu sua plenum abominationibus et immunditiis fornicationis eius; et in fronte eius nomen scriptum, mysterium: «Babylon magna, mater fornicationum et abominationum terrae».* (*Apocalypsis Ioanis*, 17: 5)

<sup>12</sup> R. MARTIN, *Diccionario de la mitología clásica (Dictionnaire culturel Nathan de la mythologie gréco-romaine)*. Madrid, Espasa. 1998 (1<sup>st</sup> ed. 1992).

<sup>13</sup> «A powerful divinity of Syria, the same as the Venus of the Greeks [*sic*]» (J. LEMPRIERE, *A Classical Dictionary: Containing a Copious Amount of All the Proper Names Mentioned in Ancient Authors*. London, Routledge, 1900 [1<sup>st</sup> ed. 1812], p. 87). The author repeats the same equation on p. 637.

<sup>14</sup> A.C. FAXON, «Pre-Raphaelite pleasures: The search for the real Rossetti». *The Review of the Pre-Raphaelite Society*, vol. 2, núm 1 (1994), p. 9.



already depicted the Roman goddess, with quite a different implication, in the painting *Venus Verticordia* (1868). In 1871, the poem «Venus Victrix» provided a more positive view of the deity. We may suppose that the introduction of Astarte allowed for a certain cosmetic variety within the notion of artistic unity. Rossetti's reevaluation of Astarte reflects his reappraisal of Venetian manners in procedural and supportive terms: both were used to serve his intention of praising and locating the flesh at a level equal to that of spiritual majesty.

Despite these considerations, *Astarte Syriaca* (1875-77) still seems deviously connected to the Book of Revelation: the word «mystery», on the forehead of the Babylonian harlot, indeed opens and closes Rossetti's sonnet. In our view, however, he employed it as a playful device allowing him to reflect upon the power of appearances, a topic which had already been dealt with in *Venus Verticordia* (1868) and *A Sea Spell* (1870-77): both works function as a warning against too obvious references and offerings which might seize the senses and lead us into error. In Rossetti's case, this routine of distraction always leads the spectator away from the concept of beauty he was addressing and that its double works intended to portray from various perspectives. *Astarte Syriaca* (1875-77) sets out this same idea on the basis of referentiality: the word «mystery» evokes fear and apocalyptic connotations because the reader or spectator is not actually looking at the canvas but somewhere else. However, if we dare to solve the riddle expounded by the author, we would see that the term actually points inwards, reinforcing the double work's self-referentiality and the links between the pictorial and the textual. Furthermore, the word «mystery» opens and closes up the sonnet not just to replicate a circular pattern of completion but also to state that the enigma expressed in symbolic terms in the oil will be unveiled in the corresponding poem, whose contents are literally encircled by this enigmatic term. Again, as we were saying, the double work points at itself.

The sonnet states that the «mystery» we are aiming at stands between the sun and the moon: if we simply have a look at the corresponding oil, we would notice that Astarte is crowned by a double aureole including both spheres: in this sense, the goddess' attributes are depicted as intrinsically related to the force they portray<sup>15</sup>. Most importantly, the sun and the moon are set in terms of a partial lunar eclipse which determines a certain interaction between the two. Since both celestial spheres were usually employed during the 19th century to refer to the masculine and the feminine principles<sup>16</sup>, we may reach at the idea that Astarte's power and the type of mystery depicted by Rossetti is essentially bound to inter-generic conjunction. It is at this point that the oil work calls our attention towards

---

<sup>15</sup> This visual rendering seems based on traditional accounts related to Astarte's Assyrian alter-ego, the goddess Ishtar, who was usually represented between the solar and moon deities, Sin and Samash (check C. VILLAR RODRÍGUEZ, *Diccionario de las Religiones [Chambers Dictionary of Beliefs and Traditions]*. Madrid, Espasa, 1992, p. 123).

<sup>16</sup> B. DIJKSTRA, *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin de Siècle Culture*. Oxford, Oxford University Press, 1986, pp. 122-127.



a central graphic element in the goddess' halo which combines a reddish circle of sanctity with a heart inscribed in an eight-pointed star also known as «octogram». Rossetti employed this motif as a cluster of symbolic meanings: stars are usually regarded as sources of mystical illumination<sup>17</sup> just like haloes refer to sanctity. Then, we may find it surprising, at first sight, that the painter-poet should use ascribe both components to his portrait of Astarte rather than to a referent of spiritual achievement. However, it is in this sense that they become especially powerful: Rossetti is actually reusing them for the purpose of legitimizing the mysteries of the flesh which, due to this transmutational process, can now hold upon an apparatus parallel to that of spiritual exaltation, thus entering a whole new dimension.

The heart in the symbolic cluster, as a reference to the amorous impulse, supports our previous mention to the portrayal of inter-generic conjunction, which is finally sealed by means of the eight-pointed star as a symbol of regeneration, thus becoming a more or less direct reference to fertility issues. Accordingly, Astarte's crown identifies her as a patronizing intermediary within a deified conception of sexual intercourse. Furthermore, owing to Rossetti's eclectic tendency to grasp elements from various currents and traditions to frame his own message, we may add that the bright halo of the goddess points back to the force of passion embodied by Venus and Aphrodite, which Martin defines as «the omnipotent creativity of desire, to which every single living creature is subject, without exception (...) Both seductive and threatening, it is one of the essential forces in the world»<sup>18</sup>.

Mystery: Lo! Betwixt the sun and moon  
 Astarte of the Syrians: Venus Queen  
 Ere Aphrodite was [...]  
 Torch-bearing, her sweet ministers compel  
 All thrones of light beyond the sky and sea  
 The witnesses of beauty's face to be<sup>19</sup>  
 (*Astarte Syriaca*, lines 1-3, 9-11)

Unsurprisingly, the female entity in the visual rendition recreates Jane Morris' countenance, thus becoming a hybrid presence between the inspiring muse from above and the actual woman who posed for the artist. Rossetti even dared to uncover her shoulders and set her in a posture midway between the classic *puditia* pose of the *Medici Venus*<sup>20</sup> and the enticing attitude of his *Venus Verticordia* (1868): this left an imprint of restraint on Astarte without compromising her erotic dispo-

<sup>17</sup> J. CHEVALIER & A. GHEERBRANT, *Diccionario de los simbolos*. Barcelona, Herder, 2003 (1<sup>st</sup> ed. 1969), pp. 484-489.

<sup>18</sup> See R. MARTIN, *op. cit.*, 1998, p. 2.

<sup>19</sup> J. MCGANN, *op. cit.*, 2003, p. 194.

<sup>20</sup> Even though the posture is traditionally identified with this marble, Rossetti could rather have derived it from Botticelli's *The Birth of Venus*, especially because he adopted this same painting as a reference in *La Bella Mano* (1875-77) to justify a concept of spotless sensuality.

sition. Not just a tribute to Miss Morris' idealized beauty, the oil may also be read as a proof of Rossetti's infatuation and sexual attraction towards her. Although it was not the type of picture that would be expected to fit a respectable Victorian woman according to traditional standards —and maybe it was in these terms that Jane considered it «an abominable portrait of herself»<sup>21</sup>— *Astarte Syriaca* (1875-77) also proved that she had not lost the slightest bit of power in the Rossettian universe. Quite on the contrary, physical distance between both artist and muse had dramatically intensified her charms. Again, despite Jane's understandable moral objections, the portrait proves more positive than it seems: Rossetti's Syrian goddess functions as the high priestess of an orderly concept of sexual legitimacy bound to beauty, just like other female representations such as *Sibylla Palmifera* (1864-1870) played the same initiatic chord in respect to aesthetic inspiration and intellectual insight. The tantalizing power of the goddess is not the chaotic or murderous force described in *Lady Lilith* (1864-70), which is often read as a contrastive companion to the aforementioned sybil<sup>22</sup>, but rather a sensuous spell leading to a harmonious correlation that runs parallel to the Pythagorean music of the spheres. It is order, not chaos, which prevails in Rossetti's depiction of Astarte.

Her twofold girdle clasps the infinite boon  
Of bliss whereof the heaven and earth commune,  
And from her neck's inclining flower stem lean  
Love-freighted lips and absolute eyes that wean  
The pulse of hearts to the sphere's dominant tune  
(*Astarte Syriaca*, lines 4-8)

## 2. «ON ASTARTE'S MAJESTY»: REFASHIONING THE RELIGIOUS FOR ARTISTIC PURPOSES

The canvas supports these contents in compositional terms through the goddess' statism or the posture and expression of her attendant angels who, looking upwards in wonderment, reinforce a notion of transcendence, permanence and timelessness. However, the concepts of unity and harmony poured into her profile do not intend to hide the fact that Astarte is still the depository of a primal sexual force equally imposing, appealing and disturbing. The impression derived from contemplating the picture reflects the individual's mixture of pleasure and anxiety in respect to sex, which proves the double work's efficiency. In graphical terms, the gilded girdle worn by the goddess embraces her breasts, hip and pubic area, stressing her function as a priestly referent of idolized sexuality. Meanwhile, the green

<sup>21</sup> J. MARSH, *op. cit.*, 1999, p. 492.

<sup>22</sup> M.M. EMMONS, «Magdalen and Madonna: The union of physical and spiritual love in Dante Gabriel Rossetti's *Lady Lilith* and *Sibylla Palmifera*». *The Review of the Pre-Raphaelite Society*, vol. 12, núm 3 (2004), pp. 17-20.

hue in her mantle and those of her attendants utters a symbolic message of amorousness. Despite the aforementioned *puditia* pose, the goddess' disposition proves somewhat enticing: her fingers, indeed close to highly erogenous areas, seem to play with the motifs in her girdle rather than just touch them. Although she lacks the nudity of the Botticellian Venus, her image proves more pronouncedly sexual; but this is not a fleshy female profile bound to the supposed opulence and depravity of the Babylonian court, since Rossetti's goddess ultimately pointed at elevation rather than corruption. We should not miss that, in the same way as he picked up an Assyrian referent to encode a set of personal and programmatic meanings, the painter-poet was quite careful about the way he used them, and it is in this sense that he even points at a certain analogy with Christian referents: Astarte's attendants, although not related to strictly ethereal matters, function as intermediaries between the sexualized deity and humanity. But maybe the most daring example of appropriation and adaptation of this material to his own discourse has to do with the use of a Messianic parallel, which he had already introduced in *Joan of Arc* (1863-1871) and would use again in (*A Vision of*) *Fiammetta* (1878): both works define the female as a projection from transcendent beauty allowing this idolized concept to manifest itself upon the sensible realm. This content, which Rossetti had initially ascribed to essentially spiritual types, had to be applied as well to icons of desire in order to assert that the ideal unity of beauty and the self rests upon a harmonious conjunction of body and spirit. The unfinished poem «Joan of Arc» (1870), which William Michael Rossetti posthumously published in 1911, codified this Messianic analogy through a «phoenix metaphor» allusive to Christ's resurrection<sup>23</sup>. Meanwhile, (*A Vision of*) *Fiammetta* (1878) employed the rainbow motif usually seen in medieval *Pantokrator* images to encode the idea of unity between heaven and earth. *Astarte Syriaca* (1875-77) applied the same course of action to bodily matters through the girdle motif, for, according to Ash, the roses a pomegranates in it «are symbols respectively of the Passion and Resurrection» of Christ<sup>24</sup>. This proves the fact that Rossetti's eclectic disposition was not based on essentially derivative tendencies, but rather that he re-used a set of contents to build up the apparatus which would help him to develop a discourse on the balance between body and spirit: in this sense, the individual not only gets to know about beauty,

---

<sup>23</sup> This metaphor was codified in the last three lines of the poem, which read «When Time is o'er and all hath sufficed/Shall the world's chief Christ-fire rise to Christ/from the ashes of Joan the Maid». The image, which proves derivative from the esoteric research carried out by Rossetti's father, refers to the interpretation that Rosycrucian lore makes of the «INRI» inscription on top of Christ's cross: read as *Ignis Natura Renovatur Integram* (Fire renovates nature completely), it uses the phoenix as a symbol of continuity and renewal—in line with the stages of spiritual perfection described in alchemic tradition. The ascension motif and the identification of the maiden with Christ brings about the link between heaven and earth which Rossetti also expressed in other double works. The painter-poet in fact was employing the contents in inherited religion as a supportive structure to encode his description and worship of beauty in full force.

<sup>24</sup> R. ASH, *Dante Gabriel Rossetti*. London, Pavillion, 1997, p. 35.

but also attempts to move towards transcendence in terms of identity, just as it happens in religious practice. The Rossettian woman is partly Messianic inasmuch as she belongs with sublime transcendence, descends upon earth and allows others to follow her on her way back to her very origin.

Although we agree with Ash's observations, we also consider that the girdle conjures a wider signification, which does not imply a cancellation of previous ones, but rather a pattern of enrichment: the pomegranate, which comes from Persia<sup>25</sup>, indeed refers to Astarte's origin. However, apart from these content nuances and the programmatic implications stated above, the fruit functions as a clue allowing us to establish a link with a Biblical text withdrawn from the apocalyptic implications usually ascribed to *Astarte Syriaca* (1875-77): at first, the presence of the pomegranate in *The Song of Solomon* seems merely coincidental. However, this toast to chance soon proves unfeasible under the light of further evidences: Rossetti had already dealt with this Biblical source in his oil *The Beloved* (1866), so we may assume not only that he was familiar with it, but also that he was fond of it. In this sense, the tone and visual structure of *Astarte Syriaca* (1875-77) proves quite close to the following lines in section (6:10) of the poem, which refer to the appearance of the beloved woman: «Who is she that looketh forth as the morning/Fair as the moon/Clear as the sun/And terrible as an army with banners?»<sup>26</sup>. In our view, Rossetti partly based his representation of Astarte upon this excerpt because he intended to adopt the skilful combination of erotic love and religion seen in *The Song of Solomon* as a strong legitimizing basis which could serve, again, his own discourse: not only do the sun and the moon replicate the pattern in the double work; Astarte echoes the beloved's presence in terms of appealing attractiveness and appalling magnificence —because of the powerful feelings both women embody. We should not miss either that this reference to Solomon holds as well upon historical facts, since the monarch himself withdrew for some time from the Jewish cult in order to adore a set of pagan deities, including Astarte<sup>27</sup>. It is in this sense that Biblical references prove helpful not to enlighten a religious concept but rather to serve an artistic message which deifies love and sensuality and muses upon a female portrait that can be identified as both «goddess» and «beloved». The double work, again, points at itself. We may add that, together with the aforementioned Messianic parallel, these coincidences further support our view about Rossetti's playful riddle on the word «mystery», which could be solved by means of observation and analysis<sup>28</sup>. Besides, these signals highlight the use of a double articulation in Rossetti's dis-

---

<sup>25</sup> G. SCOBLE and A. FIELD, *The Meaning of Flowers: Myth, Language and Lore*. San Francisco, Chronicle, 1998, p. 93.

<sup>26</sup> «Quae est ista, quae progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?» (*Canticum Cantorum*, 6:10)

<sup>27</sup> See E. BORNAY, *Las Hijas de Lilith*. Madrid, Cátedra, 1995, p. 166.

<sup>28</sup> The painter-poet intends his audience to develop their perceptive acuity and leave appearances behind, just like the sensitive and creative subject must do in order to clutch the hand of the transcending damsel leading him into the enigmatic realm of beauty.

course pointing back at the «hybrid» nature of the Rossettian damsel: the Solomonic substratum indeed allows the artist to soften Astarte's profile and also to refer to the powerful presence of Jane Morris. Both females are drawn towards a meeting point which is later on formalized and verbalized in *Astarte Syriaca* (1875-77); in this way, they prove crucial for Rossetti to proceed and progress in his aesthetic discourse.

We must clarify, nonetheless, that the painter-poet turned not only to religious texts to set up this legitimizing structure: as seen before, *Astarte Syriaca* (1875-77) had been initially planned as a rendering of Venus, but it was through the link with the Babylonian goddess expounded by Lempriere that Rossetti managed to introduce into the double work clearly exotic overtones and a certain thematic variation —apart from a safeguarding impression of cultural distancing. However, classical references were not erased from the cluster of contents poured into *Astarte Syriaca* (1875-77), maybe as a way of supporting his own message and multiperspectivist approach by showing a set of articulations with a variety of images and traditions, which reinforced his own perception of beauty as a transcending reality beyond time and space notions. The belt motif, indeed, seems derived from Lempriere who, after establishing a link between Venus and Astarte, explains the following, which somewhat blurs the line between the Roman and Greek deities of love as well:

The power of Venus over the heart was supported and assisted by a celebrated girdle, called zone by the Greeks and *cestus* by the Latins. This mysterious girdle gave beauty, grace and elegance, when worn even by the most deformed: and it excited love and rekindled extinguished flames<sup>29</sup>.

The motifs adorning Astarte's belt prove useful to settle in equal terms the notions of spiritual and sensuous elevation: this is carried out through a combination of the Messianic overtones stated above and the meaning of the pomegranate and the roses<sup>30</sup> in the girdle as symbols of fecundity and love. Both discourses, stitched together, are used to draw a parallel mode of elevation and achievement for both spirit and the flesh, and it is in this way that the corresponding poem identifies the belt as a link between the two main layers of reality. The canvas replicates this pattern visually in terms more sexually explicit by using the belt to highlight Jane-Astarte's breast and pubic area:

---

<sup>29</sup> J. LEMPRIERE, *op. cit.*, 1900, pp. 637-638.

<sup>30</sup> Together with the heart in the lower tip of Astarte's belt, the roses refer to the sensual force of beauty and passion. These flowers also reinforces Astarte's connections with Venus/Aphrodite as an echo of the story explaining the creation of the first red rose, linked to love and passionate feelings: it was the Greek deity's blood which dyed a white rose red, possibly as a metaphoric allusion to fertility issues and to the female menstrual cycle. Rossetti had already employed the Semitic equivalent of this legend, which states that the white roses in Eden blushed at Eve's beauty, in the double work *Lady Lilith / Body's Beauty* (1864-1870).

Her twofold girdle clasps the infinite boon  
 Of bliss whereof the heaven and earth commune:  
 And from her neck's inclining flower-stem lean  
 Love-freighted lips and absolute eyes that wean  
 The pulse of hearts to the spheres' dominant tune  
 (*Astarte Syriaca*, lines 4-8)

This excerpt also codifies the enticing goddess in terms of a floral image: unlike the woman in *Bocca Baciata* (1858-59), whose robust neck is compared to a tower in the corresponding poem «The Song of the Bower» (1860), Astarte's is an «inclining flower-stem» ending in her gorgeous red lips. In addition, Jane Morris' fetishized tresses would surely make for a magnificent corolla while her green tunic would complete this vegetal image of sensuousness. Nevertheless, in spite of sexual content and the nebulous atmosphere set around her, the hybrid female in *Astarte Syriaca* (1875-77) is not related to the chaotic or destructive passion expressed in *Lady Lilith* (1864-70) and *A Sea Spell* (1870-77), since her powers are ultimately codified in terms of a positive erotic abduction towards a harmonious integrating ideal. Astarte is portrayed as a catalyst allowing the sensuous sublime to dwell within the hearts of mortals. Keeping with his playful use of the word «mystery» and practical criticism of appearances, Rossetti reflects upon this idyllic process of erotic seizure through the word «wean», in line 7. This term, which implies leaving something aside, is usually complemented by «away from» or «off». By using the sequence «wean to», Rossetti is actually introducing a pun suggesting that the goddess' influence leads lovers into a trance-like, sublime sexual encounter. The reference to universal structures and celestial spheres is instrumentalized to demonstrate the importance of the goddess' powers and attributes<sup>31</sup>. Furthermore, the links between lovers find a parallel in the fusion between the earthly and the heavenly, expressed through the reference to her girdle in lines 4 to 5. This entails that the ideal conjunction between man and woman would be, in a sense, comparable to the relation between the sun and the moon and the links between the different layers of reality. In all these instances, the communicative node is no other but Astarte, thus confirming the importance of the Rossettian female as *mediatrix*. We should not miss either that the sort of perfection invoked in these alignments implies that none of the conjoined elements can be fully understood without the other<sup>32</sup>, just as it hap-

<sup>31</sup> Jane Morris becomes the primeval goddess of love and queen of earth and heaven. Astarte is an ancient pagan Venus and is shown in a narrow vertical format like a saint in a niche, or votive painting. The subject presents a secularization of iconic portraits whose earlier images were Christian. In *Astarte Syriaca* the mystery of love remains, but its object is carnal as well as incarnational. See A.C. FAXON, *op. cit.*, p. 9.

<sup>32</sup> This tendency towards balance and unity is not so clearly reflected in the relation between the visual and textual components in the double work, since only the second stanza of the sonnet is inscribed in the frame of the oil *Astarte Syriaca*. As a consequence, those who may not be acquainted with the remaining lines of this poetic work will surely get the impression that Rossetti is





pens with the tension of forces explaining the balance found in supreme beauty. We may add that the canvas replicated and reinforced the sense of solemnity in this «interaction and elevation routine» by means of its symmetric tendency and also through the posture of the attendant angels, who look upwards in wonderment: «Torch-bearing<sup>33</sup>, her sweet ministers compel/All thrones of light beyond the sky and sea/The witnesses of beauty's face to be» (*Astarte Syriaca*, lines 9-11). The goddess' assistants are also expected to pervade the senses of divine and mortal beings alike so that they may leave themselves go in the safe wings of amorous thrill. The expression «all thrones of light beyond the sky and sea» (l. 10) stresses the positive meaning of the whole process and confirms Astarte's ability to transcend heaven and earth so that she may exert her influence whenever necessary. The scene may give us the impression of finding ourselves in an oniric, sensuous realm whose monumental symmetry and sense of stability is clearly permeated by powerful undulating lines filled with rhythm. As if in the midst of a smoky fumarole, *Astarte Syriaca* (1875-77) lacks a definite setting that might distract us from contemplating the goddess, who bears something of a «Trinitarian relation» with her subordinate attendants inasmuch as their silhouettes seem mere projections of the central figure instead of individual beings<sup>34</sup>. In *Las Hijas de Lilith*, Bornay states that «the opening in the background together with the use of torchlights suggests that Astarte finds herself in the Underworld»<sup>35</sup>. But, if we have a closer look to the canvas, we may perceive that it does not contain any point of reference to Hades —apart from its dark setting, which does not always point at «evilness» in an unequivocal manner. There is no gap or opening in the background, either, but just a grey cloud partly over the unusual eclipse displayed in which the sun conceals one half of the moon from our view<sup>36</sup>. Rossetti's main intention is to make the audience

---

simply talking about the value of Astarte's ministers and the transcendent character of her powers. Besides, without the descriptive account in the first stanza, the second part of the poem grows more cryptic and generic. Readers would also miss the aforementioned references to the Pythagorean music of the spheres and the reflection of universal perfection in the sexual junction sanctified by this deity. The unity pointed out by the disposition of the word «mystery» and the sequence «betwixt the sun and the moon» in the sonnet is also lost.

<sup>33</sup> The winged nature of their carriers, together with the message of passion codified in the fire-lit torches, makes us aware of Astarte's far-reaching powers, too.

<sup>34</sup> The same pattern was already employed in *La Bella Mano* (1875-77). Rossetti's use of forms and lighting in *Astarte Syriaca* almost deceives our sight in the sense that these two angels seem to stem out from Astarte's back, as if they were two minor projections of her.

<sup>35</sup> E. BORNAY, *op. cit.*, p. 168.

<sup>36</sup> This fact calls into question the notion of generic equality and complementation involved in amorous exchanges. Although the traces of fecundity displayed by the eight-tip star stand before the sun, we may notice as well that the position of both universal bodies seem to point at the notions of an active masculine profile and a passive female one. Nonetheless, this does not invalidate the fact that both elements are of course indispensable in the process involved. Another reason explaining the superimposed position of the sun would be that, in case Rossetti had outlined the silhouette of both astral bodies, the resulting image would have proved quite «explicitly vaginal». We

focus on the goddess' portrait without taking into account many surrounding details that may end up distracting us. The apparent opening mentioned in the quote is in fact an optical effect created by the wings of Astarte's attendants.

Despite her statuary mien in the painting, the painter-poet managed to imprint a trace of movement in the goddess' profile by introducing a successful optical effect by means of which she seems to step towards the foreground, as if about to get out of the physical space defined by the canvas. This sensation holds upon the advanced position of her left thigh, the use of curvaceous lines and the triangle described by the apparently whimsical pleats in the garments of the subordinate angels. The latter resource also provides a certain impression of depth to the area that the deity is standing on. This set of effects partly justifies Rossetti's use of chiaroscuro and chromatic minimalism in the visual rendition. Not even the planetary conjunction in the background can match Astarte's prominence; consequently, it functions as a mystic aureole crowning her sovereign presence. This could be understood as another example of the use of artistic elements related to sacred art within a pagan context, in an attempt to elevate and dignify the notion of sexual intercourse, a taboo to mainstream Victorians. The joint influence of the bright astral bodies crowning this deity and the bewitching, gypsy-like beauty of her cinnamon-coloured skin make us catch a direct glimpse of her melancholic gaze and tantalizing lips: «That face, of Love's all-penetrative spell/Amulet, talisman and oracle/Betwixt the sun and the moon a mystery» (*Astarte Syriaca*, lines 12-14). The ending lines of the sonnet identify the concept of «mystery» also with the spell-binding powers of Astarte, which no will in heaven or upon earth may be able to resist. To illustrate this, Rossetti employs the phrase «penetrative spell», which could be read more aseptically or rather as an explicit reference to the goddess' influence upon sexual encounters, which could be analyzed in terms of an erotic rapture possessing the bodies of her devotees. We may add that the adjective «penetrative» is being used only to depict how Astarte's intercession acts, so that, in our view, it does not masculinize her profile. In other words, this would set a parallel Swinburne's androgynous femme fatale type only if we might read the adjective in the clichéd, monolithic terms of the «active»/«passive» distinction in respect to sexual behaviour. Rossetti reflects upon the powers leading to the sexual encounter rather than depict how it develops. This idea is finally supported by the sequence «amulet, talisman and oracle», which may be considered to sum up the goddess' attributions: as an oracle, she can be invoked in order to supervise sexual communication, so that it takes place in an effective manner. As an «amulet» or «talisman», she proves an icon propitiating erotic entrancement and a subsequent sexual encounter. After this totalizing reprise, the sonnet closes with the same image that it started with: a circular, unifying pattern of perfection. Thus, the double work *Astarte Syriaca* (1875-

---

must also call our readers' attention upon the chromatic similarity between the fires in the flanking torches of passion and the reddish star of fertility over Astarte's head.



77) confirms itself as a praising echo of the harmonic potential and legitimate nature of sexual intercourse —very much in the likes of *La Bella Mano* (1875-77). Furthermore, the double work also fronts biology (i.e. fecundity) as the element consecrating this balanced unity of two.

### 3. CONCLUSION

On the basis of the analysis carried out and the data unveiled in the present paper, we may assert that the description of the goddess in *Astarte Syriaca* (1875-77) as an evil subject or, more precisely, as a representation of the Babylonian harlot matches neither the set of contents poured into the double work nor the aesthetic and programmatic aims that it pursues. In our view, while these evaluations filtered through negativity are sometimes due to connotative impressions, there are some other times that they mainly hold upon manipulative processes to serve external discourses which do not take into account the double work itself and its main motivations. To this we could add critical disregard of the pictorial and poetic nature of many works by Dante Gabriel Rossetti, which has led to partial conclusions and, most importantly, biased constructions about the female profiles in them. We hope our essay may contribute to a better understanding of Astarte's significance as an icon of deified sexual intercourse in this particular work and of the Rossettian woman in general within the artistic corpus under evaluation.



# ALGUNAS DE LAS «VENTAJAS» DE SER UNA MUJER ARTISTA: APROXIMACIONES A LA HISTORIA DEL ARTE DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

Yolanda Peralta Sierra  
UNED

## RESUMEN

La aparición del feminismo ha supuesto una reestructuración de nuestra tradición teórica e histórica. En el campo de la Historia del arte la intervención feminista ha tratado de explicar la ausencia de las mujeres en la creación artística, poniendo en evidencia el sexismo estructural de esta disciplina y revelando todos los puntos de vista parciales que existen detrás del supuesto carácter de universalidad con el que han sido presentados los discursos histórico-artísticos dominantes. En esta tarea, la crítica feminista ha puesto en entredicho la jerarquía de valores en la que se basa el discurso artístico tradicional, desconstruyendo radicalmente las bases teóricas y metodológicas sobre las que se asienta la Historia del arte. Partiendo de un cartel de las *Guerrilla Girls* que recoge en tono satírico las trece ventajas de ser una mujer artista, en este artículo se analizan algunos de los temas que centran las relaciones entre el pensamiento feminista y la Historia del arte.

PALABRAS CLAVE: feminismo, arte femenino, feminidad, genio, Historia del arte, mujer artista.

## ABSTRACT

The rise of feminism has effected a restructuring of our theoretical and historical tradition. In the field of art history, feminist intervention has set out to explain the absence of women in artistic creation by offering as evidence the ingrained sexism of the discipline and revealing the incomplete points of view that have previously been presented as universal by dominant discussions of art history. In this work, feminist criticism has cast doubt upon the hierarchy of values on which traditional artistic discussion is based, radically deconstructing the theoretical and methodological bases on which art history is founded. Beginning with a *Guerrilla Girls* poster that satirically enumerates the thirteen advantages of being a woman artist, this article analyses some of the themes that centre upon the relationships between feminist thought and art history.

KEY WORDS: feminism, feminine art, femininity, genius, art history, woman artist.

## ¿POR QUÉ NO HA HABIDO GRANDES MUJERES ARTISTAS?

El artículo de la historiadora y crítica de arte norteamericana Linda Nochlin titulado «¿Por qué no ha habido grandes mujeres artistas?»<sup>1</sup>, publicado en 1971, está considerado como el texto fundacional de la Historia del arte y de la crítica artística feminista. En él Nochlin ponía en entredicho los criterios que han sido manejados por esta disciplina para validar a los creadores del arte universal. A partir de su aparición un gran número de investigadoras, en su mayoría norteamericanas, se lanzaron al descubrimiento de pinturas y esculturas hechas por mujeres relegadas de la Historia del arte. Como ha apuntado Estrella de Diego, la formulación de esa pregunta incómoda fue la matriz fundamental para la discusión y el embrión de otros estudios que esta disciplina ha ido generando en las últimas décadas: los «estudios de género». ¿Hasta qué punto, tal y como señalaba Nochlin en 1971, la Historia del arte ha sido desafiada por el feminismo? La crítica feminista del arte en los Estados Unidos a mediados de los setenta basó su programa en el ataque a la discriminación y a sus orígenes, la interrogación de normas y valores establecidos en la historia, la recuperación de artistas olvidadas o no reconocidas, la revisión crítica de la imagen de la mujer en el arte, la aplicación de valores feministas al arte y la crítica a la hegemonía patriarcal, entre otros aspectos. Y han sido precisamente las historiadoras del arte anglo-norteamericanas las que han cambiado radicalmente el conocimiento que se tenía sobre las mujeres artistas.

Uno de los cometidos de la intervención feminista en el campo del arte ha sido el de revelar todos los puntos de vista parciales que existen detrás del carácter de universalidad con el que se han querido presentar los discursos histórico-artísticos dominantes. En esta tarea, la crítica feminista se ha encargado en primer lugar de rescatar mujeres artistas y de detectar fracturas en el sistema de la Historia del arte y sus estrategias. Sin embargo, ha resultado insuficiente añadir los nombres de creadoras con la pretensión de hacer una Historia del arte feminista, más aún cuando únicamente se subrayan las aportaciones artísticas de las féminas para incluirlas posteriormente en el canon dominante. Ha sido y sigue siendo necesario poner en entredicho la jerarquía de valores en la que se basa el discurso artístico tradicional, desconstruyendo las bases teóricas y metodológicas sobre las que se asienta esta disciplina.

Aunque desde siempre han existido mujeres artistas, la historiografía clásica las ha presentado como excepciones, creando un estereotipo de la «mujer artista» sin tener en cuenta que detrás de esta etiqueta se ocultan numerosas experiencias que son el resultado de las relaciones que se establecen entre el género, la raza, la orientación sexual, o la clase social, en el marco de los procesos de producción y recepción artística. La historia de las mujeres artistas no es por tanto unitaria, es una historia compleja que no muestra un desarrollo continuo y uniforme que evo-

---

<sup>1</sup> L. NOCHLIN, «Why have been no great women artist?». *Art News*, vol. 69 (1971), pp. 22-39.



lucionaría de la marginación a la igualdad. Las condiciones históricas concretas en las que las artistas han desarrollado su obra no han sido siempre tan adversas como se han querido presentar. Así, uno de los peligros de la labor de rescate de las creadoras es caer en una visión inamovible de la categoría de «mujer artista», sin llegar a reconocer las múltiples reacciones o posiciones que ha podido adoptar cada fémina en función de su clase social, su educación, su religión, su personalidad individual o su orientación sexual, desde un marco histórico común compartido con otras mujeres.

A mediados de la década de los ochenta del siglo xx hicieron su aparición en el ambiente artístico neoyorkino las *Guerrilla Girls*, un colectivo integrado por mujeres, en su mayoría artistas y grafistas, que a través del uso de carteles, vallas publicitarias, revistas y acciones en la calle, se propusieron denunciar el sexismo en el mundo del arte<sup>2</sup>. En 1988 en uno de sus carteles, titulado *The advantages of being a woman artist*, las *Guerrilla Girls* establecieron en tono crítico e irónico las trece ventajas de ser una mujer artista: *Working without the pressure of success; Not having to be in shows with men; Having an escape from the art world in your free-lance jobs; Knowing your career might pick up after you're eighty; Being reassured that whatever kind of art you make it will be labeled feminine; Not being stuck in a tenured teaching position; Seeing your ideas live on in the works of others; Having the opportunity to choose between career and motherhood; Not having to choke on those big cigars or paint in Italian suits; Having more time to work when your male dumps you for someone younger; Being included in revised versions of art history; Not having to undergo the embarrassment of being called a genius; Getting your picture in the art magazines wearing a gorilla suit.*

## 1. «BEING INCLUDED IN REVISED VERSIONS OF ART HISTORY»: LAS VIDAS DE LAS ARTISTAS

Desde que en la década de los setenta del siglo xx se inició el proceso de recuperación de la obra de mujeres artistas del pasado, han sido publicados numerosos estudios y monografías, constatándose en los últimos años una tendencia a incluirlas en estudios, libros y ensayos, en ocasiones de manera forzada y con consideraciones poco apropiadas. En 1999 fue publicada la obra *Vidas de los grandes artistas del siglo xx*, escrita por el historiador del arte británico Edward Lucie-Smith (1933) con la pretensión de ofrecer, según reza el texto introductorio, «algunas de las biografías más extrañas, más tristes, más gloriosas y más intrigantes de nuestra época». De un total de cien biografías de artistas, únicamente catorce corresponden a mujeres: Kathe Kollwitz (1867-1945), Sonia Delaunay (1885-1979), Paula Modersohn (1876-1907), Gabrielle Münter (1877-1962), Varvara Stepanova (1894-

---

<sup>2</sup> En sus comparecencias públicas las *Guerrilla Girls* aparecen con el rostro cubierto por máscaras de gorila.



1958), Sophie Taeuber-Arp (1889-1943), Frida Kahlo (1910-1954), Bárbara Hepworth (1903-1975), Lee Krasner (1908-1984), Louise Nevelson (1900-1988), Louise Bourgeois (1911-), Eva Hesse (1936-1970), Liubov Popova (1889-1924) y Georgia O'Keeffe (1887-1986), todas ellas presentadas por Lucie-Smith en relación a los hombres de su vida: «a Gabriele Münter se la recuerda ahora sobre todo por su relación con Wassily Kandinsky»<sup>3</sup>. Muestra sus vidas inmersas en las de sus maridos o compañeros:

Aunque como escultora Barbara Hepworth se vio superada por otros dos o tres escultores que vivieron y trabajaron en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XX, su aportación fue aún así notable y en muchos aspectos complementaria de la de Ben Nicholson, con quien estuvo casada por espacio de veinte años<sup>4</sup>.

En la mayoría de estas catorce biografías aparece la omnipresente tutela y guía de algún hombre de su entorno, llegando a narrarse aspectos biográficos de sus compañeros. La infravaloración por parte de Lucie-Smith de la aportación de estas creadoras al arte del siglo XX conduce al autor a afirmaciones como las que siguen, referidas a Paula Modersohn-Becker: «En realidad gran parte de su trabajo lo había desarrollado en la soledad, y sin atraer la atención de los críticos. Hasta su marido se sorprendió de la cantidad de obras que dejó tras su muerte»<sup>5</sup>.

Uno de los aspectos en los que incide Lucie-Smith a la hora de abordar las biografías de estas artistas es en el relato de anécdotas concernientes a la vida amorosa y sexual de sus protagonistas, mostrando asimismo gran interés por la narración de detalles sobre sus fallecimientos. En este sentido, llaman la atención los comentarios y afirmaciones contenidas en su biografía de Frida Kahlo en la que destaca episodios como la amputación de una pierna («por debajo de la rodilla. Fue un golpe terrible para alguien que tanto había invertido en la elaboración de su propia imagen»<sup>6</sup>), su óbito («aparentemente fue a causa de una embolia, pero los que estaban cerca de ella sospechan que había encontrado un procedimiento para suicidarse»<sup>7</sup>), sus relaciones con hombres (a André Bretón «le habría gustado tener una relación sentimental con Frida Kahlo, pero lo cierto es que ella no se sintió atraída por él»<sup>8</sup>) o su vida sexual («Kahlo inició [...] una serie de relaciones con hombres y mujeres que iban a continuar durante el resto de su vida. Rivera soportaba mejor las relaciones lésbicas de su mujer que las heterosexuales, que despertaban en él violentos celos»<sup>9</sup>).

<sup>3</sup> E. LUCIE-SMITH, *Vidas de los grandes artistas del siglo XX*. Barcelona, Ediciones Polígrafa, 1999, p. 65.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 237.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 209.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 209.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 208.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 208.

Lucie-Smith ignora las condiciones sociales en las que estas artistas produjeron sus obras, no llegando siquiera a plantearse la posibilidad de que estén en relación con las de otras artistas del pasado. Junto a la escasa presencia de reproducciones de obras de estas creadoras, destacan algunos comentarios de carácter sexista:

Durante los tres primeros años de la guerra Hepworth [...] no pudo cultivar en absoluto la escultura, pero dibujaba de noche, una vez había cumplido con sus obligaciones<sup>10</sup>. [...] [Diego Rivera] estaba cansado de las rabietas de su esposa, la bella pero dominante Guadalupe (Lupe) Marín. [...] Rivera decidió sustituirla por su joven admiradora Frida Kahlo<sup>11</sup>.

En *Nacidos bajo el signo de Saturno. Genio y temperamento de los artistas desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa* (1963), Rudolf y Margot Wittkower dedican a la pintora Artemisia Gentileschi (1597-1654) un capítulo titulado «Agostino Tassi, seductor de Artemisia Gentileschi». En él sus autores subrayan por encima de cualquier otro acontecimiento, que la pintora, a la que califican de «joven lasciva y precoz», fue violada cuando contaba quince años de edad, aunque «tuvo luego una carrera distinguida y muy honorable como artista»<sup>12</sup>. Los comentarios vertidos por los Wittkower en su libro demuestran que en ocasiones el rescate de mujeres artistas y su inclusión en monografías interesa sólo si lo aconvencional ha marcado sus vidas.

Si las biografías de las artistas obviaran aspectos como la maternidad, los vínculos amorosos o los lazos familiares, se estaría destruyendo una parte de su existencia que pudo ofrecerle material para su obra. El peligro reside, como vemos, en caer en las interpretaciones que exageran el aspecto personal de las obras, sin atender a otro tipo de cuestiones. La pintura *Judith asesinando a Holofernes* de Artemisia Gentileschi se ha interpretado tradicionalmente como el castigo que la pintora le hubiera querido dar a su violador Agostino Tassi. De igual forma, las imágenes de niños, madres e hijos pintadas por María Blanchard (1881-1932) serían el vehículo a través del cual la artista exaltaría una supuesta frustración maternal. También la pintora impresionista Mary Cassat (1844-1926) convirtió las representaciones de madres e hijos en el tema por antonomasia de su obra, lo que dio pie a una serie de especulaciones posteriores centradas en su incapacidad para ser madre, sin considerar otro tipo de explicaciones como, por ejemplo, que la predilección de la artista por este tema podría responder al pragmatismo —eran obras fácilmente vendibles— y a cierta intención idealista.

Muchas de las interpretaciones que se han dado a las obras de mujeres artistas poco o nada tienen que ver con las intenciones últimas de estas creadoras. Ilustrativo resulta el caso de Georgia O'Keeffe (1887-1986). La pintora norteamericana-

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p.237.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 201.

<sup>12</sup> R. y M. WITTKOWER, *Nacidos bajo el signo de Saturno. Genio y temperamento de los artistas desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*. Madrid, Cátedra, 1988, pp. 158-160.

na abordó diversas temáticas a lo largo de su dilatada trayectoria artística, entre ellas la representación de flores, un tema por el que se interesó sobre todo a partir del año 1924. Desde ese momento la artista tuvo que enfrentarse a todo tipo de interpretaciones de carácter sexual en relación a sus obras. En su estudio sobre O'Keeffe, Britta Benke explica como:

en el clima social de los Estados Unidos de los años veinte, con un público neoyorkino simpatizante de las teorías de Sigmund Freud, las flores desmesuradas de O'Keeffe, con sus detalles de anatomía vegetal aumentados, se hacen sospechosas de implicaciones eróticas. O'Keeffe no quería saber nada de estas interpretaciones: «He conseguido convencerles para que se tomen tiempo y miren lo que yo he visto, y cuando se tomaron el tiempo para ver realmente mi flor, atribuyeron sus propias ideas sobre flores a mi flor y escriben sobre mi flor como si yo pensara y viera lo que ellos piensan de esa flor y reconocen en ella, pero ese no es mi caso»<sup>13</sup>.

Muchos de los análisis de las obras de artistas están mediatizados por su sexo, con explicaciones psicologistas en las que se pone el acento en el aspecto y el carácter personal, sin atender a otro tipo de factores más allá de la vida de la artista —factores sociales o de mercado. Resultaría del todo erróneo ocultar episodios de la vida de estas creadoras, pero también presentarlos como la clave para la interpretación de sus obras, porque sería como afirmar que las mujeres tan sólo pintan lo que tiene que ver con sus vidas y que sus trabajos artísticos únicamente pueden ser interpretados desde la psicología.

En ocasiones, las biografías de las creadoras se plantean desde el victimismo, mostrando sus vidas como una continua carrera de obstáculos y a ellas como heroínas y luchadoras incansables contra la discriminación, los prejuicios y las barreras en una sociedad hostil<sup>14</sup>. Sigue presente en la actualidad ese halo de victimismo, siendo el punto en común de la mayoría de las biografías que van descubriéndose o revalorizándose, el de las dificultades que han tenido que superar hasta bien entrado el siglo XX para realizar su vocación. Esto contribuye a imprimirle un cierto carácter heroico y novelesco a sus vidas, ofreciendo una visión de la artista como víctima, que en ocasiones se emplea para infravalorar su obra. Sirva como ejemplo del victimismo que aún hoy en día está presente en numerosos estudios, un texto reciente sobre las artistas canarias del siglo XX, en el que su autor compara el proceso de creación con el parto, presentando a las mujeres como hembras vinculadas a lo biológico:

Su propósito fue hacerse un hueco en el espinoso follaje del inhóspito ambiente social dominado por el varón, omitiendo y marginando a la mujer a otras tareas del hogar y la crianza. Aquellas osadas advenedizas, cuando no intrusas, ante los órdenes establecidos y reglados, habiendo cometido una temeridad que con toda

<sup>13</sup> B. BENKE, *Georgia O'Keeffe (1887-1986). Flores en el desierto*, Köln, Taschen, 2003, p. 38.

<sup>14</sup> Véase G. GREER, *La carrera de obstáculos. Vida y obra de las pintoras antes de 1950*. Madrid, Bercimuel, 2005.

gallardía supieron estoicamente soportar como un cilicio, pero al que su fe en ellas mismas y sus loables propósitos de saberse personas, creadoras y portadoras de un arte innato y de un lenguaje que debía salir de sus entrañas por imperiosas necesidad, como quien ha engendrado y tiene que parir inexorablemente<sup>15</sup>.

El resultado de este tipo de interpretaciones es una historia de las mujeres concebida como la historia de las excepciones.

## 2. «NOT HAVING TO UNDERGO THE EMBARRASSMENT OF BEING CALLED A GENIUS»: LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE ARTISTA: GENIO Y MASCULINIDAD

La conocida pregunta que Linda Nochlin se hacía a comienzos de los setenta remite a otra cuestión no menos importante: ¿existe el genio femenino? Desde la Antigüedad se ha justificado la supuesta inexistencia de genios femeninos esgrimiendo argumentos de tipo cultural y científico basados en la supuesta inferioridad mental e intelectual de las mujeres. Sírvanos de ejemplo uno de los episodios que relata la escritora George Sand en su autobiografía titulada *Historia de mi vida* (1855):

El señor de Keraty me siguió hasta la antesala para continuar discutiendo conmigo su teoría sobre la inferioridad intelectual de las mujeres. Sería imposible incluso para la mujer más inteligente escribir una buena obra. Y como entonces yo quise marcharme, terminó su discurso con un remate napoleónico que debía conmoverme. «Créame», dijo en tono solemne, mientras yo abría la última puerta de su santuario, «traiga niños al mundo en vez de libros!». «Querido», le contesté, pensando que me ahogaría de risa y que le estamparía la puerta en las narices, «siga usted mismo su consejo, tan bien como pueda!»<sup>16</sup>.

Esta argucia fue sustituida bien avanzado el siglo XX por la creencia en que las mujeres, aunque son igual de inteligentes que los hombres, están menos dotadas para ser genios. Como explica la investigadora científica J. Feldman:

El genio es una creación social. Conviene, pues, examinar las diversas trabas que frenan al «genio» femenino. A nivel personal, son las propias inhibiciones de la mujer; a nivel de grupo, es la ausencia de estímulo; a nivel social, en fin, es la falta de reconocimiento<sup>17</sup>.

Lo cierto es que tradicionalmente se ha concedido a la mujer méritos de copista, aficionada, seguidora, imitadora, pero nunca de genio o innovadora. Las

---

<sup>15</sup> T. MESA, *Mujeres artistas. Mujeres Musas*. Las Palmas de Gran Canaria, Club Prensa Canaria, 2004, s/p.

<sup>16</sup> Citado por S. BOVENSCHEN, «¿Existe una estética feminista?», en G. ECKER (ed.), *Estética feminista*, Barcelona, Icaria, 1986, pp. 21-58, p. 25.

<sup>17</sup> Citado por V. SAU, *Diccionario ideológico feminista*, vol. 1. Barcelona, Icaria, 2000, p.139.



mujeres en la Historia del arte aparecen como las eternas discípulas o las seguidoras de algún artista, del mismo modo que muchos creadores no occidentales aparecen incluidos en algunos manuales de Historia del arte como apéndices de algún movimiento artístico europeo. Los tradicionales parámetros de autoría, calidad e influencia, unidos al concepto de genio o de genialidad, por su carácter restrictivo y androcéntrico, han sido establecidos por esta disciplina para evaluar el discurso artístico, excluyendo todo aquello que no se ajuste a la norma establecida.

La Historia del arte se ha presentado como la historia de la genialidad individual occidental, medioburguesa y por encima de todo masculina. Una de las soluciones propuestas para romper esa equivalencia histórica entre genialidad y masculinidad ha sido la de eliminar el concepto de genio. Sin embargo, se ha apuntado otra posibilidad: la reapropiación del concepto de genio desde la óptica feminista, creando un linaje matrilineal, una genealogía de grandes mujeres artistas. Ya Virginia Woolf en 1929, en su ensayo *Un cuarto propio*, planteó en estos términos la necesidad de elaborar una tradición específicamente femenina, para el caso de las novelistas de principios del siglo XIX:

por más que el desaliento y la censura tuvieran sobre sus obras [...] eso era menos importante que la otra dificultad que les enfrentaba [...] cuando se pusieron a fijar en el papel sus pensamientos —la falta de una tradición, o una tradición tan breve y parcial que de muy poco les servía<sup>18</sup>.

El concepto de individualidad en el arte se ha asociado a la libertad en términos masculinos, perpetuándose la idea de que la individualidad es una característica intrínseca de la práctica artística y prevaleciendo una concepción romántica del artista mostrado como un héroe solitario. Así lo demuestra la tendencia a presentar la Historia del arte como una colección de monografías o historias individuales y singulares, a partir del establecimiento de un grupo de «grandes maestros» y de una lista de seguidores, lo que explicaría, en parte, la ausencia de obras de mujeres artistas y las atribuciones erróneas.

### 3. «HAVING THE OPPORTUNITY TO CHOSE BETWEEN CAREER AND MOTHERHOOD»: LOS DOMINIOS MASCULINO Y FEMENINO: LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

La división sexual del trabajo ha dado lugar a una delimitación de los ámbitos masculino y femenino sobre los que se han proyectado una serie de valores e ideologías responsables de la construcción cultural del «hombre» y de la «mujer». Esta segregación del espacio se ha utilizado para justificar la subordinación de la mujer, vinculándose el ámbito de lo doméstico con la sexualidad, la crianza y la

<sup>18</sup> V. WOOLF, *Un cuarto propio*. Madrid, Alianza, 2003, pp. 84-85.

socialización de los hijos, y el ámbito de lo público con los cambios históricos económicos, sociales y políticos. La adscripción de la mujer a lo doméstico se ha basado en esa división social del trabajo pero también en sus supuestas «aptitudes naturales» para realizar las tareas domésticas.

A finales del siglo XIX y principios del XX, el modelo generalizado dentro del estilo de vida occidental asociaba a la femina con el ámbito de lo doméstico y al hombre con el espacio público. Charles Baudelaire en *El pintor de la vida moderna* (1868) fija una imagen del artista moderno, que transformado en un *flâneur* deambula libremente por la ciudad, haciendo de los espacios de la modernidad su hogar:

Para el perfecto *flâneur*, para el observador apasionado, constituye un gozo inmenso elegir morada en el número, en lo ondulante, en el movimiento, en lo fugitivo y lo infinito. Estar fuera de casa, y sin embargo sentirse en ella en todas partes; ver el mundo, estar en el centro del mundo y permanecer oculto al mundo, tales son algunos de los menores placeres de estos espíritus independientes, apasionados, imparciales [...] El observador es un príncipe que goza en todas partes de su incógnito<sup>19</sup>.

El artista moderno camina entre la multitud de las ciudades de forma libre y anónima, sintiendo como su hogar ese escenario cambiante. Las mujeres, al no tener acceso al espacio público como observadoras, quedan convertidas en objetos. Excluidas de las tabernas y de los cafés, las féminas no podían convertirse en *flâneuses*. Los espacios de la modernidad pertenecen a la masculinidad, accediendo las burguesas sólo a determinados lugares públicos —los palcos de los teatros y los jardines— y las obreras a sus lugares de trabajo —fábricas, lavanderías, cafés y burdeles. Así, la casa es el eje en torno al cual se articula la vida de la mujer, mientras en la calle se desarrolla la del hombre. La adscripción de la mujer a los espacios de interior se justifica con argumentos como los esgrimidos por el filósofo y sociólogo alemán Georg Simmel (1918-1959) en las primeras décadas del siglo XX:

La mujer con su índole reclusa, contenida en estrictos límites, se contrapone al hombre, que, por decirlo así, propende de suyo a romper todo límite y contención [...] El sexo masculino, [...] en su naturaleza profunda es incesantemente activo, expansivo, actuante [...] En cambio, el sexo femenino [...] por su naturaleza hállase concentrado en sí mismo, recluso en su propia intimidad [...] <sup>20</sup>.

Considera Simmel el «hogar» como «la gran hazaña cultural de la mujer», su «creación cultural», su «obra de arte»:

He aquí un producto que lleva impreso el sello femenino por las peculiares facultades e intereses de la mujer, por su típica sensibilidad e inteligencia, por el ritmo

---

<sup>19</sup> Ch. BAUDELAIRE, *El pintor de la vida moderna*. Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos, 1995, pp. 86-87.

<sup>20</sup> G. SIMMEL, «Cultura femenina». *Revista de Occidente*, vol. 8, núm. 23 (mayo 1923), pp. 170-199, p. 187.





entero del ser femenino [...] para el hombre la casa es más bien un fragmento de la vida mientras que para la mujer la casa significa la vida entera plasmada a modo doméstico [...] La casa posee una especial estructura que reduce a su sosegada intimidad [...] todas las líneas del universo cultural y canaliza en cierta unidad permanente y concreta todos los momentos varios de la vida activa y creadora<sup>21</sup>.

El hogar es la creación de la mujer pero también es el lugar para la creación femenina. Aunque la realidad es que muchos talleres artísticos estaban situados en la propia casa del artista. La creación masculina tiene lugar en un espacio no doméstico, aislado de lo cotidiano y de los lugares de interior. La cotidianeidad se asocia a las mujeres y en ella se ha insertado tradicionalmente la creación femenina. En el ámbito de lo doméstico la *fémica* crea. Como apunta Virginia Woolf, la mujer para escribir necesita un cuarto propio con una cerradura en la puerta:

Los cuartos difieren tanto; son tranquilos o atronadores, dan al mar, o dan a un patio de cárcel; tienen ropa colgada a secar; o están vivos con ópalos y sedas; son duros como crin o blandos como plumas —baste entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad salte a la vista. ¿Cómo podía ser de otro modo? Porque las mujeres han estado sentadas ahí adentro, todos esos millones de años. Ahora las paredes están impregnadas de su fuerza creadora [...] pero este poder creador difiere mucho del poder creador de los hombres<sup>22</sup>.

Las paredes del hogar son por tanto testigos de la actividad creadora de las mujeres, pero también limitan y restringen la experiencia femenina, enfatizando la claustrofobia y en algunos casos el aburrimiento. En palabras de la escritora canaria María Rosa Alonso:

La vieja imagen de Penélope tejiendo su red [...] es el símbolo de la vida de la mujer en casa. Casa es red hecha y deshecha sin descanso ni tregua. La casa antigua era red de Penélope que apenas se terminaba de tejer, volvía a deshacerse [...]. El trabajo casero tradicional [...] limitó la expansión espiritual y cultural de la mujer, solo preparada para la pesca del varón, a fin de meterse luego en su casa y tejer su red, dentro del soñado inmovilismo de entonces, hasta el fin de los tiempos<sup>23</sup>.

#### 4. «BEING REASSURED THAT WHATEVER KIND OF ART YOU MADE WILL BE LABELED FEMININE»: ¿UNA FORMA FEMENINA DE PINTAR?

Todo lo que producen las mujeres se mide y se evalúa a la luz del concepto de «feminidad», empleado para devaluar una obra cuando se detecta en ella un

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, pp. 184-187.

<sup>22</sup> V. WOOLF, *opus cit.*, p. 97.

<sup>23</sup> M.R. ALONSO, *La ciudad y sus habitantes*. Tenerife, Aula de Cultura, Cabildo Insular de Tenerife, 1989, pp. 96-97.

supuesto «carácter femenino» y para colocar a su autora en un lugar secundario. Hay un estereotipo de la feminidad y en el campo del arte la feminidad equivale a arte menor.

En el siglo XIX empiezan a publicarse los primeros textos específicos sobre mujeres artistas y en ellos surge por primera vez la noción de «arte femenino», un arte que estaría caracterizado por su delicadeza y su gracia, la mayoría de las veces *amateur* y limitado al ámbito de lo doméstico, frente al «Arte» con mayúsculas, público y reservado al sexo masculino. Las artistas aparecen caracterizadas como un grupo homogéneo en virtud de su sexo separado del mundo creativo masculino, estando extendida la idea de que la creatividad masculina es más analítica y la femenina más intuitiva.

Cuando se analiza la obra de una artista se señalan rasgos como la suavidad o el detallismo, cualidades como la paciencia o la dulzura, y una temática de lo cotidiano y lo íntimo. En términos plásticos, se considera típicamente femenina la utilización de formas redondas y colores suaves, la búsqueda de armonía, tamaños pequeños o medianos, exceso de adorno, de decoración, sentimentalismo y sencillez. Así pues, la obra de las artistas se ha incluido en una categoría fija y se ha adscrito a una serie de rasgos que parecen inmutables, fijándose de forma categórica las características de un «arte femenino», sin que exista un patrón paralelo que aglutine las características artísticas de un «arte masculino». Si no existe una sola forma establecida que se corresponda con el artista masculino —porque se entiende que existen muchas formas de ser hombre artista— ¿por qué ese empeño en considerar que sólo hay una forma de ser mujer artista? Nunca hablamos de hombres artistas o del arte de los hombres, ¿por qué hablar por tanto del arte de las mujeres como algo homogéneo? Es como si al pretender establecer un cierto nexo de unión entre los pintores Degas y Cézanne, señaláramos que lo primero que les une es que son hombres. Si partimos de la idea de que el arte de las mujeres no se diferencia intrínsecamente del de los hombres, ¿por qué parece existir un consenso en lo que se denomina «arte femenino», y no sucede lo mismo con «el arte masculino»? ¿qué características podrían ser atribuidas en este último caso?

Para la escritora Virginia Woolf en el campo de la literatura era posible establecer la diferencia entre hombres y mujeres, que residiría en los temas tratados, el lenguaje en el que se expresan y en una visión distinta al describir a los personajes de género masculino o femenino:

Sería una pena que las mujeres escribieran como los hombres, o vivieran como los hombres, o parecieran hombres, porque si apenas dan abasto dos sexos, considerando la amplitud y variedad del mundo, ¿cómo nos manejaríamos con uno solo? ¿No debe la educación desarrollar y reforzar las diferencias, más bien que las similitudes?<sup>24</sup>.

La teórica del arte Eli Bartra plantea la existencia de un arte femenino, que sería aquel realizado por mujeres, distinto al arte masculino, al entender que el

---

<sup>24</sup> V. WOOLF, *opus cit.*, p. 97.



lugar específico que éstas ocupan dentro de la sociedad les hace tener una visión del mundo diferente. Bartra propone buscar las constantes en la creación femenina para mostrar su especificidad, a través de una doble vía de análisis: por un lado la investigación de la condición socio-histórica de las mujeres en general y de las mujeres que producen arte en particular, y por otro lado, el estudio de las constantes dentro de la creación misma —el lenguaje-forma, el contenido, la psique, las formas de expresión y lo que es expresado<sup>25</sup>. En la misma línea se sitúan las opiniones de la artista feminista norteamericana Judy Chicago (1939), que reconoce en su obra y en la de otras mujeres una sensibilidad específicamente femenina, una práctica que no se había dado en el arte de las mujeres del pasado:

Muchas de nosotras usamos un formato central y formas con las que nos identificamos como si se tratase de nuestro cuerpo [...]. Mi investigación del arte de las mujeres me ha llevado a la conclusión de que aquello que ha impedido a las mujeres llegar a ser grandes artistas es el hecho de que hemos sido incapaces hasta ahora de transformar nuestras circunstancias en el tema de nuestro arte<sup>26</sup>.

Linda Nochlin considera que la pintura realizada por mujeres es muy diversa, y por tanto no se puede hablar de estilo femenino o de sensibilidad femenina. Eso no significa que el hecho de ser mujer sea ajeno a la creación artística, pero el sexo es otro más de los factores a tener en cuenta como puede ser la nacionalidad, la clase social o la época en la que se ha nacido. Para Nochlin no existe ninguna particularidad específica en la obra de las mujeres<sup>27</sup>:

no hay cualidades de feminidad que puedan buscarse para agrupar los estilos de mujeres artistas. No hay ninguna esencia de feminidad que pueda unir el trabajo de Artemisia Gentileschi, Me. Vigée-Le Brun, Angelica Kauffmann, Rosa Bonheur, [...] En cada momento las mujeres artistas (y escritoras) parecen estar más cerca de sus colegas masculinos de su período que entre ellas. [...] la simple elección de un tema u objeto, o el restringirse a determinados elementos, no está en relación con el estilo y mucho menos con una especie de quintaesencia de lo femenino<sup>28</sup>.

En la misma línea se encuentran las opiniones de la historiadora del arte Patricia Mayayo, que siguiendo a Carol Duncan señala:

<sup>25</sup> E. BARTRA, *Frida Kahlo. Mujer, ideología, arte*. Barcelona, Icaria, 1994, pp. 57-58.

<sup>26</sup> L. LIPPARD, *From the Center. Feminist Essays on Women's Art*. Nueva York, Dutton, 1976, p. 227. Citado por B. PORQUERES, *Reconstruir una tradición. Las artistas en el mundo occidental*. Madrid, Horas y Horas, 1994, pp. 77-78.

<sup>27</sup> A. SUTHERLAND HARRIS y L. NOCHLIN, *Women Artists: 1550-1950*. Nueva York, Alfred A. Knopf, 1976. Citado por B. PORQUERES, *ibidem*, pp. 76-77.

<sup>28</sup> L. NOCHLIN, «Why there have not been great women artists?», en L. NOCHLIN (ed.), *Women, Art and Power and Other Essays*, Londres, Thames and Hudson, 1989, pp. 145-178, citado por M.L.F. CAO (coord.), *Creación artística y mujeres. Recuperar la memoria*, Madrid, Narcea, 2000, p. 21.

empecinarse en defender que la obra de las mujeres artistas es igual de meritoria, estéticamente que la de los artistas varones supone seguir considerando lo masculino como norma de lo universal: para preservar esa idea hay que rechazar de plano la posibilidad de que el arte de las mujeres pueda surgir de una conciencia y de un tipo de experiencia específicamente femeninas<sup>29</sup>.

Así, como apunta la filóloga y filósofa alemana Gisela Ecker:

Aunque llegáramos a recopilar un inventario completo de los rasgos de las obras de arte producidas por mujeres y luego intentáramos descubrir, por comparación con la producción artística de los hombres, qué es lo típicamente femenino, ¿descubriríamos algo esencialmente femenino? Lo que descubriríamos constituiría un montón muy variado de rasgos distintivos, en todo caso poderosamente influidos por el estado actual de cosas, como la posición de las mujeres en la sociedad y los valores generales que esa sociedad atribuye a la diferencia sexual<sup>30</sup>.

Ésta y otras controversias han generado una serie de cambios profundos en el estudio de la Historia del arte, que son reconocidos en la actualidad en los principales debates teóricos del arte a escala internacional. La intervención feminista en el seno de esta disciplina ha contribuido a revelar su sexismo estructural, teniendo hoy día los nuevos discursos feministas un efecto decisivo no sólo en la concepción misma del arte, sino también en la visibilidad de las mujeres artistas.

---

<sup>29</sup> P. MAYAYO, *Historias de mujeres, historias del arte*. Madrid, Cátedra, 2003, p. 65.

<sup>30</sup> G. ECKER, «Introducción. Sobre el esencialismo», en G. ECKER (ed.), *ibidem*, p. 10.



# (DE)WRITING WOMEN IN THE CANON OF BRITISH POSTGRADUATE STUDIES

Marina Cano López  
Universidad de Murcia

## RESUMEN

Las clases de literatura en lengua inglesa se han centrado tradicionalmente en escritores hombres, estando dominadas por autores como Shakespeare, Wordsworth, Coleridge o Joyce. Los hombres gobiernan los programas de literatura, o lo que es lo mismo, el canon de literatura inglesa. Aunque las universidades están habitadas por numerosas estudiantes y profesoras, parece que predomina el estudio de escritores. Por esta razón, este trabajo pretende comprobar empíricamente si dicha suposición es cierta. Para ello, se centrará en los programas de postgrado ofrecidos por la mitad de los departamentos de inglés de las universidades británicas, teniendo en cuenta dos parámetros principales: el tipo de universidad («ancient», «red brick» y «new») y el periodo/tema en el que los masters se centran (Romanticismo, periodo victoriano, el siglo XX y las literaturas postcoloniales, «nacionales» y de mujeres).

**PALABRAS CLAVE:** canon literario, escritoras, estudios de postgrado, universidades británicas, programas universitarios.

## ABSTRACT

Lessons on literature written in English have tended to focus on male writers, being dominated by authors such as Shakespeare, Wordsworth, Coleridge or Joyce. Men govern literature syllabuses, or what is the same, the canon of English literature. Although universities are inhabited by numerous female students and professors, the writers dealt with still seem to be predominantly male. For this reason, the present paper intends to check empirically if this common assumption is true. To do so, it will focus on the postgraduate programmes offered by half the British universities' English departments, taking into account two major parameters: the university type (ancient, red brick or new) and the period/subject the master deals with (Romanticism, the Victorian period, the 20<sup>th</sup> century and colonial, «national» and women's literatures).

**KEY WORDS:** Literary canon, women writers, postgraduate studies, British universities, university syllabuses.

## INTRODUCTION

Tertiary education represents one of the oldest institutions in Britain, some of its universities having been founded in the Middle Ages and in the Renaissance. It is also a field on which numerous battles have been fought and which has never been free from controversy. In the nineteenth century, one of the main functions of universities was to provide the means for the children of the upper-classes to socialize. Less than one per cent of the British population received some form of higher education, very few of which were women. The expansion of the university system beyond Oxbridge, which took place subsequently, depended on voluntarism, and its aim was to extend education to other members of society beyond the aristocracy or, at best, the bourgeoisie. Female students had to fight then for their right to receive an education, being repeatedly barred from it due to their sex. In fact, Cambridge did not allow the graduation of female students till as late as 1947<sup>1</sup>. In contrast, nowadays thirty per cent of British youngsters attend the different universities and colleges throughout the country, and more than fifty per cent of these students are women. Discrimination according to gender among students is, fortunately, a phenomenon of the past, but when it comes to the study of literature we may wonder if the discrimination of authors according to gender is not still a phenomenon of the present. Such an issue is inevitably linked to present-day discussions on the canon of English literature, a subject which has lately become a site of contest. Women have traditionally been excluded from the canon, as have been many other authors for various reasons. This has been the case, for instance, of black writers, not to mention black women authors. Although there is a tendency to open up the canon and include traditionally peripheral or marginal writers, what is undeniable is that academic institutions have the power to «validate» texts and, therefore, authors. Through the design of university syllabuses, they control the writers that are studied and, to some extent, those who are read, as well as the interpretation of their texts.

The number of women writers who are studied in British postgraduate programmes has not been investigated, not to our knowledge. For this reason, and because of the increasing debate on the canon, in which the most celebrated academics all over the world are getting involved, we have decided to devote our study to such topic. As Pozuelo points out: «El vendaval que la deconstrucción, los estudios de crítica feminista y los llamados cultural studies han promovido en el mundo académico norteamericano ha sido tan fuerte que ha hecho emerger con creciente aire polemista esa vieja cuestión de la teoría del canon»<sup>2</sup>. Therefore, the aim of this paper is to find out how many women writers are studied at the different postgraduate programmes depending on the period or subject they deal with (*i.e.* Ro-

---

<sup>1</sup> A. HAYTON and A. PACZUSKA, «The right to education». *The Guardian* (Friday August 30, 2002). <http://education.guardian.co.uk/higher/books/story/0,,783387,00.html> (7<sup>th</sup> February 2007).

<sup>2</sup> J.M. POZUELO YVANCOS, *Teoría del canon y literatura española*. Madrid, Cátedra, 2000, p. 17.

matic, Victorian period, Modernism and so on) taking into account the university type as well, that is, whether it is an ancient, Red Brick or new institution. To do so, this paper will consist of the following parts: study (data, data collection procedure and method), results, discussion and conclusion.

## 1. STUDY

### 1.1. DATA

There are ninety universities in the UK, twenty-two of which have been analyzed. Originally, we planned to examine 25%, but reached the conclusion that, since not all the universities have postgraduate programmes or even an English department, we had to be more selective. There are four different types of universities on the British Isles (Ancient Universities, Red Brick, New Universities and Post-1992 Universities or old polytechnics); we decided to analyze approximately 50% of the first three groups, which were deemed the ones more likely to include postgraduate programmes on English literature. Ancient Universities are those founded before the 19<sup>th</sup> century; they are medieval or renaissance universities. Four of the seven so-called ancient universities have been analyzed: Oxford, Edinburgh, St. Andrews and Trinity College Dublin. Red Brick Universities were created in the 19<sup>th</sup> and early 20<sup>th</sup> century in the industrial cities of England. They admitted men without reference to religion or background and emphasised practical rather than theoretical knowledge as done in Oxford or Cambridge. There are fifteen Red Brick Universities in the country, eight of which have been examined: Leeds, Liverpool, Hull, Newcastle, Leicester, Dundee, Wales (Swansea) and *University College (London)*. There are two types of new universities: those founded in the 1960s or Plate Glass Universities and those created in or after 1992. The latter refer mainly to the old polytechnics which were given the status of universities when the Further and Higher Education Act of 1992 came into effect. Since traditionally these institutions specialized in technology and vocational training, they do not usually offer studies on English literature or even postgraduate programmes. For this reason, it has been decided not to take post-1992 universities into account for our study. With regard to Plate Glass Universities—which will be also simply called new universities—we have studied ten out of twenty: York, Bath, Bradford, Essex, Lancaster, East Anglia, Kent, Keele, Salford and Surrey. As mentioned above, we have examined around 50% of the universities belonging to the types included. It should be noticed that not all the universities analyzed offer postgraduate programmes on English literature, although the great majority do, but we have included them for our study to be more representative of the situation of British universities.

We have analyzed the total number of 47 master programmes in the different universities mentioned above. Some universities' English departments offer up to four or five masters, but not all of them were relevant for our purpose. Owing to our interest in the study of the female authors, there was no point in including

those programmes that concentrated on Medieval or Renaissance literature. Most of the texts that have reached us from the Middle Ages are anonymous, for the concept of authorship had not been developed yet. Women began to write more professionally and to be known in the public sphere as writers around the Restoration period. Nevertheless, there are no programmes that focus on the Restoration itself, but we can only find masters on Renaissance literature in general. Therefore, we have considered those masters dealing with the Romantic period onwards. On collecting the data, some other types of postgraduate programmes have been found, such as those on creative writing (which are becoming very popular and are offered by many an English department) or those on translation and linguistics. None of these groups has obviously been considered. With regard to the authors and works studied, we have focused only on those writers who are part of the English literary world. The University of Essex, for instance, includes in one of its syllabuses a course on Hispanic authors, where they deal with García Márquez's *One Hundred Years of Solitude*. Such authors have not been included, for that would go beyond the purpose of this study. Likewise, we have concentrated on the primary reading lists required in the different courses offered in each postgraduate programme. Nevertheless, the theoretical readings have not been taken into account, that is, if the University of Edinburgh asks students taking a master on twentieth-century literature to read Baudrillard and Lyotard, these authors, who are theorists rather than creative writers, have not been counted for the present paper.

### 1.1.2. *Data collection procedure*

In order to collect the data for this study, we have used one main source: the internet. All the information concerning the authors studied in the different courses was retrieved from the web. This procedure entailed, however, one major disadvantage: some universities do not publish their reading lists, since they consider them as course materials, only available for those students who are actually enrolled on the course. This is the case, for instance, of Britain's most prestigious universities, Oxford and Cambridge. Due to the unavailability of these reading lists, some e-mails were sent to the universities of Oxford, Cambridge and Birmingham, asking them for this information. Of them, only Oxford replied providing us with the materials required. Although the English department of the University of Birmingham also answered our e-mail, no reading lists were finally supplied; so this university, together with Cambridge, was finally not included in the current study. Owing to the physical distance, the internet was our only way of having access to the information necessary for this research. Yet the problems we had to face meant that our study could not be as random as was originally intended. We had to select those universities whose reading lists had been posted on the web (or were privately provided). Nonetheless, some of the universities included here offer no masters on English literature. This is the case of the universities of Bath and Bradford, whose English departments are focused on linguistics and translation, or *University College (London)*, which does offer masters on literature but not relevant for our re-



search, since they deal with Medieval literature and Shakespeare. Nevertheless, it has been considered interesting to include these universities for this study to be more representative, since obviously not all the universities in the UK have English departments, let alone, postgraduate programmes on English literature.

Once we had found the universities whose reading lists were available online, we proceeded to count the male and female authors studied in each of the courses offered in the different programmes. When in the same subject or module several works by one author were studied, the author was counted only once, but if this writer was also studied in a different subject s/he was counted again, for it meant that this writer was considered more important and influential. Some universities offer courses which are common to several masters. In this case, the authors studied have been counted only once.

## 1.2. METHOD

The method followed in this research has been the one proposed by empirical sociologists of literature such as Verdaasdonk, also pursued by other scholars, namely, Rosengren or Mann, all of them publishing in the journal *Poetics*. Nowadays there are two tendencies in the sociology of literature: an empirical approach, represented by the above mentioned authors, and a more hermeneutic or phenomenological approach<sup>3</sup>. In this essay the first one will be followed. Verdaasdonk<sup>4</sup> defends an empirical and non-textually oriented line of work in which research problems should be precise and well-defined, and hypotheses testable. He criticizes traditional sociology in which the critic makes positive or negative value judgments. Likewise Verdaasdonk is against the overuse of linguistics made by some sociologists, who have traditionally tried to defend their value judgments through linguistic properties. He prefers to use statistics and quantitative data instead. For this reason, Verdaasdonk takes into account external elements such as literary institutions, and proposes counting the references to a text or the amount of attention an institution pays to it to determine more objectively the quality of the work of literature. Literary institutions tend to do a qualitative ranking of texts or to classify them according to author, period, genre and original language. Within the literary institutions, the academic ones are more important than publishing houses, newspapers or magazines when it comes to the ranking of literary texts, because they do not change their views so much. Their qualitative judgements change slowly and

---

<sup>3</sup> The hermeneutic method has been defended by sociologists such as Mary Rogers, who claims that the function of literature is that of connecting readers with their predecessors and with their successors. Literature has to do with beauty; it is an aesthetic pleasure whose end is to tell a story, to express meaning.

<sup>4</sup> H. VERDAASDONK, «Empirical Sociology of Literature as a non-textually oriented form of research». *Poetics*, vol. 14 (1985), pp. 173-185.



they tend to deal with old literary texts more often than the other institutions. For our study, this empirical approach to the sociology of literature will be followed. Some other scholars, besides Verdaasdonk, who may have influenced us are Rosengren and Mann<sup>5</sup>. The former developed a form of empirical study known as the mentions technique, which he claims to be an application of psychology association theory to literary sociology. In reviews, reviewers often mention other writers apart from the one being reviewed; these are what Rosengren calls «mentions», which measure how much «alive» an author is, that is, to what extent s/he survives in the reviewers' memories. So, by means of the mentions technique, Rosengren attempts to measure fame. Peter H. Mann has carried out an empirical study about romantic fiction readers, analysing first which is the most widely read genre and drawing later a statistical study of the gender, social class, age and profession of those who read romantic fiction.

The present paper will follow this empirical approach to the sociology of literature, offering a non-textual and quantitative survey about the number of female authors studied at British universities in postgraduate programmes. As Verdaasdonk mentioned, we are focusing on literary institutions, in this case the academic ones, since they also play a role in the selection and ranking of authors. We have tried to carry out an objective study and, for this purpose, have used the support of statistics. So, after counting the authors studied in the different courses, these numbers have been transformed into percentages for them to be more representative as well as comparable with those of other universities.

## 2. RESULTS

It is certainly interesting to study the number of female authors included in the syllabuses depending on the type of postgraduate programme. The divisions have been made mainly according to the period the master focuses on. In this way, we have obtained the categories of Romantic, Victorian and twentieth-century masters, since in the previous epochs not many women wrote and fewer published. Some other categories considered are postcolonial studies, «national» literatures (mainly Irish or Scottish), women studies and «others», a miscellaneous group where we have included some masters on science fiction and cultural studies. In some of the first categories, the university type has also been taken into account.

The Romantic period meant the explosion of writing by women. With authors such as Mary Wollstonecraft, Mary Shelley and Jane Austen, it seemed that women had finally managed to get hold of the pen. But are the syllabuses of eighteenth-century literature courses representative of such a revolution? If we have a look at figure two, we can notice that ancient universities include a minimum of

---

<sup>5</sup> K.E. ROSENGREN, «Time and literary fame». *Poetics*, vol. 14 (1985), pp. 157-172. P.H. MANN, «Romantic fiction and its readership». *Ibidem*, pp. 95-105.

female authors in their masters on Romantic literature (only 12% of the writers are female), and it is new universities that include most female authors. Actually, the number of women writers studied overtakes that of men (63,16 versus 36,84 per cent), whereas Red Brick universities stay more conventional and give much more importance to male authors. Probably the reason for some of these remarkable results is that two of the new universities examined, York and Lancaster, have masters on eighteenth-century literature, where subjects such as *Women, Poetry and the Novel in the 1790s* or *Femininity and Literary Culture: English Women Writers and the Politics of the 1790s* are offered. This fact obviously makes the number of women authors present in these courses' reading lists increase dramatically.

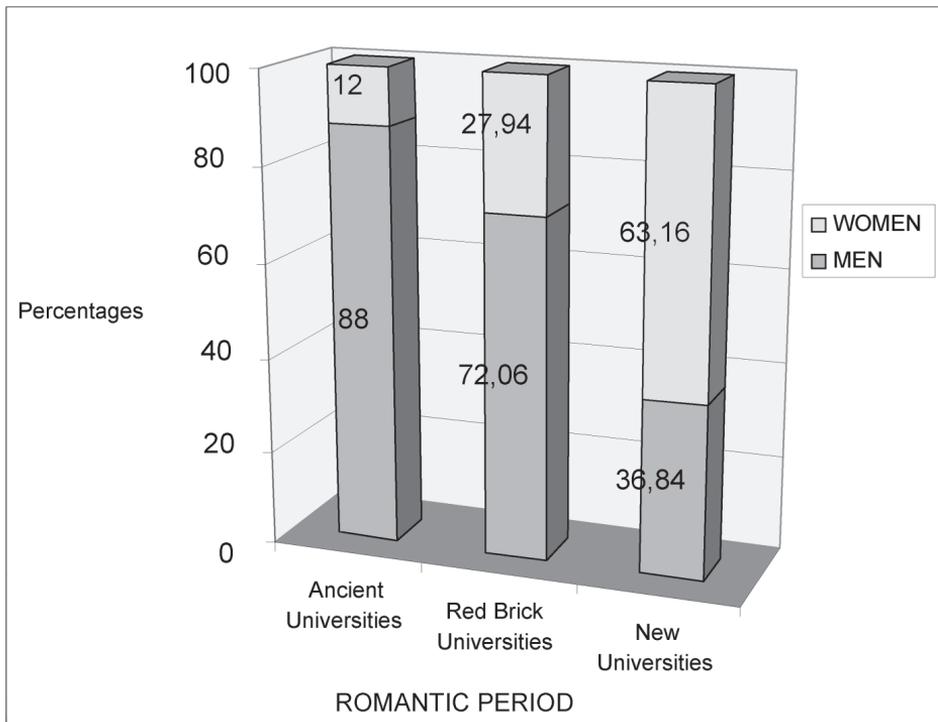


Figure 1.

The Victorian period also witnessed the birth of many a woman writer; one only has to consider the Brontë sisters, who immediately come to mind when talking about Victorian female writers. One's expectation would be that in this period more female authors be studied, for women were gaining ground, despite the restrictions of the period, as writers. Many of them had to publish under male pseudonyms, as is the well-known case of Emily, Charlotte and Anne Brontë, initially known as Ellis, Currer and Acton Bell. Yet our hope on approaching this study is

that the writings of these Victorian female authors have survived, and since they wrote in a period which is closer to ours that, if originally silenced, they have been rediscovered.

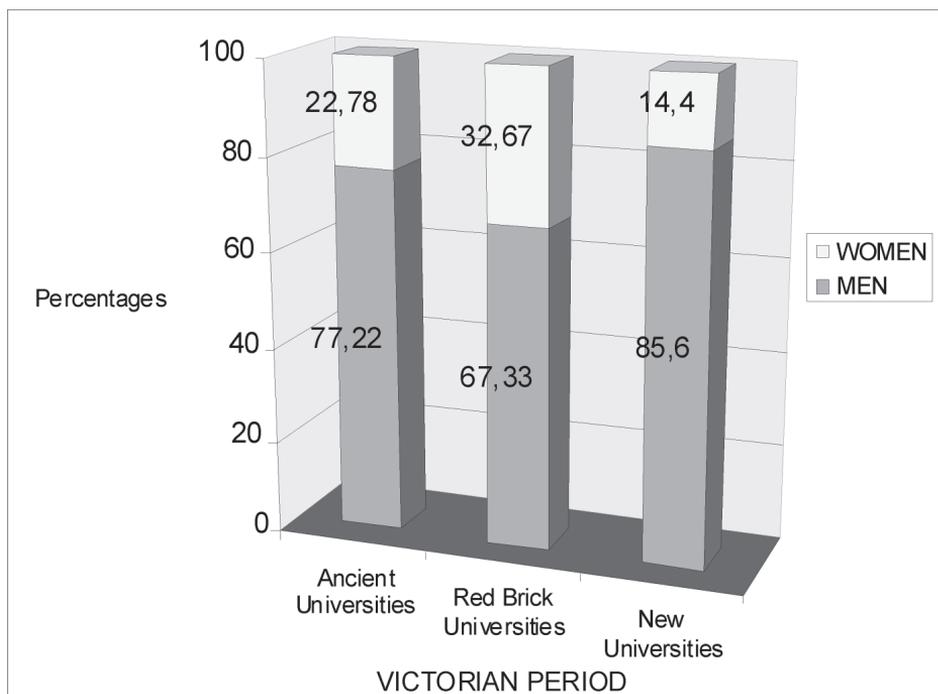


Figure 2.

Figure three shows that effectively more women are studied in the masters on Victorian than Romantic literature as far as ancient and Red Brick universities are concerned. Nevertheless, in this case numbers are more even, and the difference between one type of university and another is minimal. Certainly, new universities do not include so many female authors in their syllabuses as they did in the case of Romantic literature. On the contrary, unexpectedly it is Plate Glass universities that include the smallest number of female authors in their syllabuses on this occasion, since only 14% of the writers studied are women.

Concerning twentieth-century literature, the obvious expectation we have on approaching this type of postgraduate programme is one: equality. The twentieth century has seen the rise of feminism and the proliferation of authors such as Virginia Woolf and Angela Carter. After the First World War, the world changed for women; they had access to jobs and careers, and could take up professions which had been traditionally barred to them. But although it is true that more female authors are included in these courses' reading lists, the number is not so

large as might be expected. There is not a very big difference between one university type and another. In ancient and new ones, only around 30% of the writers studied are women. As seen in the first section, it is Red Brick universities that give more importance to female authors, for almost half the writers included in their syllabuses are in this case women, as shown in figure four.

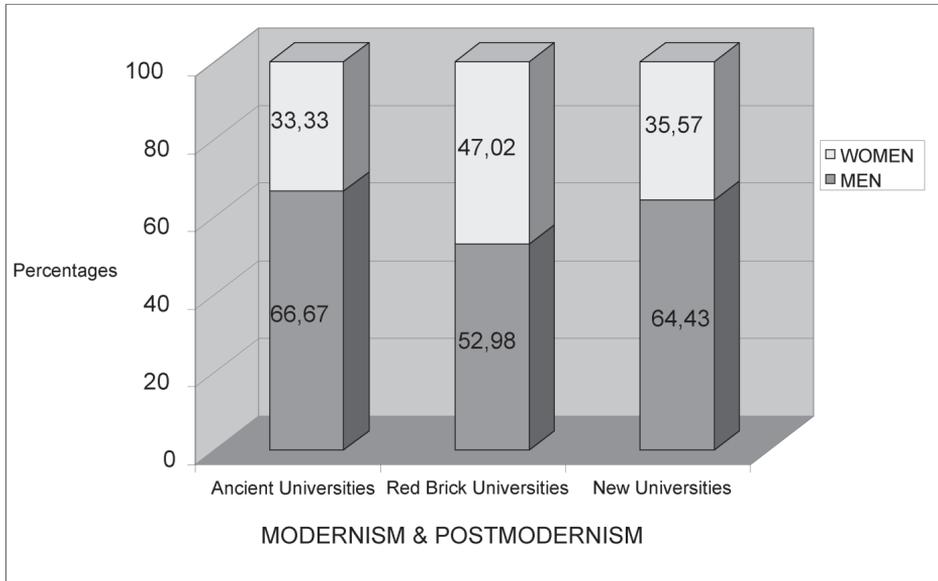


Figure 3.

Yet which is the real difference between the number of female and male authors studied in one period and another? Which is the difference according to the type of subject the programme focuses on? Up to now, we have analyzed the three most important literary periods, as far as the presence of women writers is concerned, bearing in the mind the type of university, but one of the most interesting parts of this study is to analyze which is the difference not only between one period and another but between the subjects some other masters deal with. If we consider all the universities examined together as a whole, we have that in the masters which focus on the Romantic period, as mentioned above, most of the authors studied are male: 56,38% versus 43,62%. If the difference between the number of male and female authors studied is not as great as could be expected it is due to the huge number of women writers included in some of the new universities' syllabuses. In contrast if we focus on Victorian postgraduate programmes, we can see that the great majority of writers are male, in fact more than 70% of them. It seems surprising that more female authors are dealt with in masters on Romantic than on Victorian literature. There certainly were important male authors in the

Victorian period, but also in the Romantic one, and if the nineteenth century is Dickens', the eighteenth century is Coleridge's and Wordsworth's. As mentioned above, the situation is a bit more egalitarian when it comes to Modernism and Postmodernism, but still not quite. In this case, almost 60% of the writers are men and 40%, women. It is surprising that, if the twentieth century is the time of equality, the difference between the number of male and female authors studied is still considerable.

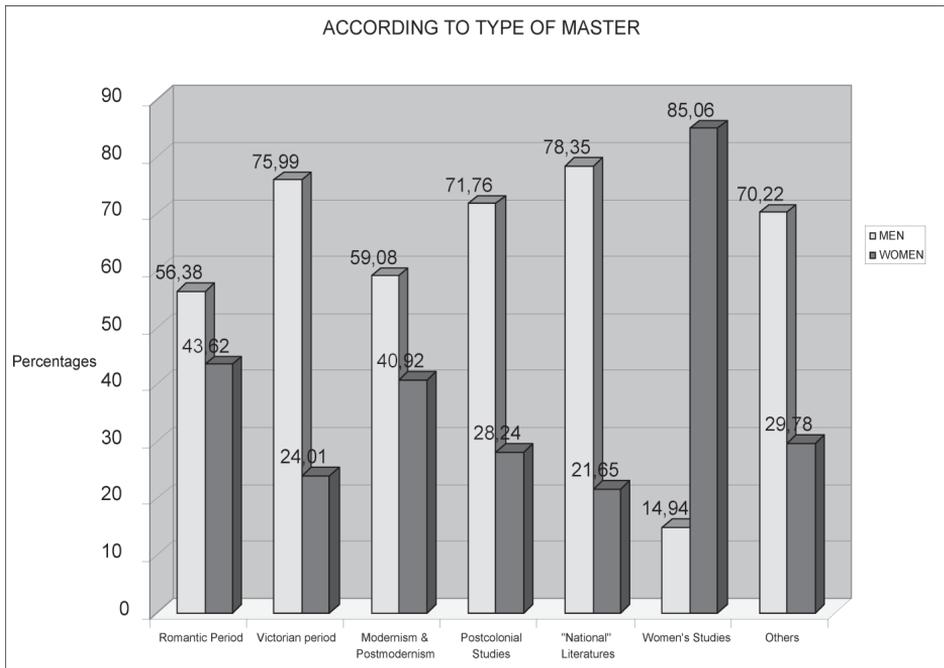


Figure 4.

These three categories, Romantic, Victorian and twentieth-century literature, are the ones considered above also depending on the type of university. We have taken into account besides some other postgraduate programmes which focus on certain topics: postcolonial, «national» and women's literature. The former comes to us as a shock. The usual expectation would be for masters on postcolonial studies to include approximately the same number of male and female writers or at least attempt to be egalitarian. These masters often emerge from the desire of scholars from the former colonies to claim their own identity as a nation and denounce the metropolis as an oppressor. So, black, Indian and other scholars decide to set a master where they study Salman Rushdie, V.S. Naipul and J.M. Coetzee. However, instead of the expected equality, what we find in postcolonial syllabuses is that more than 70% of the authors studied are again men whereas only 29% are women.

This situation is quite remarkable, since postcolonial studies, which supposedly fight against racial discrimination, are adhering to gender discrimination. They denounce the oppression of the metropolis, but not that of patriarchy.

A similar, and equally shocking, situation is what we find in the case of «national» literatures. Masters on Scottish, Welsh and Irish literature seem to be emerging and, like in the case of postcolonial studies, their intention is to enhance their cultural background, where literature is of course included. These are the «national» literatures from the regions of the British Isles which have been historically invaded, oppressed and exploited by England. For all these reasons, one would also expect them to be more «generous» when it comes to the inclusion of female authors in their syllabuses. Nevertheless, this does not seem to be the case, for almost 80% of the writers in these programmes are male whereas only 20% are women. This situation begs the further question: didn't Scottish women write? They probably did, but what seems to be a fact is that women have traditionally written about what they know, that is, about domestic environments. So, since these programmes on «national» literatures probably tend to emphasize political issues, such as invasion and oppression, it is understandable why Scottish or Irish women writers have been left out, and a similar reason can be given to account for the state of affairs in postcolonial studies.

The final group included, apart from our miscellaneous category, is that of women writers. Nowadays, some universities offer masters devoted to women's studies or women's literature, like the ones in Trinity College, the University of Liverpool or the University of Hull. Obviously, most of the authors studied here are women (85%), although it is still remarkable that some male authors are included (15%). Finally, in the category of «others», which includes some masters on science fiction, cultural studies and life writing, the great majority of the authors included are male, presenting a similar situation to what we found in categories such as Victorian, postcolonial and «national» literature: in all these cases more than 70% of the writers dealt with are men.

To conclude this section, as was expected, masters on twentieth-century literature present the largest number of female authors (apart from masters on women's writing), although the programmes on the Victorian period contain fewer women writers than those on Romanticism. Quite surprisingly, postcolonial and «national» literature postgraduate studies include very few women, contrasting with the vast number of male authors. The results obtained show that the number of female writers studied at postgraduate levels is appalling in comparison to that of male authors.

### 3. DISCUSSION

This study meant to offer a view on the number of female writers studied in master programmes at British universities. As was expected very few women writers are included in the syllabuses in comparison with the number of male authors. Those postgraduate programmes dealing with twentieth-century literature



included more female authors than those focusing on the eighteenth and nineteenth centuries. What has surprised us has been the small number of female authors studied in masters on postcolonial and «national» literatures, for one could imagine scholars rebelling not only against the oppression of the metropolis, but also against the oppression of patriarchy, or at least to show some solidarity with the cause of female writers. This situation begs the further question of why so few female writers are studied in the syllabuses of English literature in comparison with male writers. The first answer that may come to mind, although an inaccurate one, would be that men have traditionally written more than women, that is, we study more male authors because there are more than female ones. Another possible answer would be that women have traditionally written about domesticity, about everyday life, and this subject, when compared with the more political writings often produced by men, has tended to be devalued. In other words, whereas women have written about the private sphere, men have tended to do it about the public one. This discussion about how much or how little men and women have written was already going on as early as the beginning of the nineteenth century, when Jane Austen wrote *Persuasion*, a novel in which some references to our topic can be found:

But let me observe that all histories are against you-all stories, prose and verse. If I had such a memory as Benwick, I could bring you fifty quotations in a moment on my side the argument, and I do not think I ever opened a book in my life which had not something to say upon woman's inconstancy...But, perhaps, you will say, these were all written by men. Perhaps I shall. Yes, yes, if you please, no reference to examples in books. Men have had every advantage of us in telling their own story. Education has been theirs in so much higher a degree; the pen has been in their hands. I will not allow books to prove anything<sup>6</sup>.

This discussion between Austen's heroine and one of the male characters already touches on our subject of debate. The pen has certainly tended to be in male hands, and this is maybe one of the reasons why so few female writers are studied; but we should not forget that the canon of English literature has also been in their hands. Male scholars have traditionally decided which authors are canonical, and therefore should be studied at university, and which are not. The canon is chosen by dominant social groups, schools or institutions. On the one hand, we may think that in effect women have written less than men; on the other, we should also consider how much of this female writing has been left out of the canon by male critics and scholars. In other words, are there very few women in the canon of English literature because they have not written much or because what they wrote has been deemed unimportant or uninteresting, not worth including in our reduced list of books to read and study before one dies?

---

<sup>6</sup> J. AUSTEN, *Persuasion*. London, Penguin Popular Classics, 1994, p. 235.

Establishing a canon implies judging, evaluating which texts are left out and which are not. The canon is a construct and through the changes it has undergone throughout history we can see the process of building up. There must always be a reason, an explanation behind each choice and behind every author that is left out, as Pozuelo<sup>7</sup> suggests. As has been seen in the present study, universities contribute to this process of building up the canon; by including some authors and not others, they are establishing the canon of English literature, one in which the number of female authors is much smaller than that of male writers.

The English canon was not constituted till the nineteenth century, and has been defined by Bloom<sup>8</sup> as a catalogue of approved authors. The canon is variable; it depends on aesthetic principles which are changeable. Bloom in his famous work *The Western Canon: The Books and School of the Ages* establishes his own literary canon, where curiously enough out of twenty-six authors only four are women. He claims to include the writers he considers authoritative to our culture, and approaches them with nostalgia, as can be seen in the very title of his first chapter, «An Elegy for the Canon». Nowadays, Bloom asserts, «things have... fallen apart, the center has not held, and mere anarchy is in the process of being unleashed upon what used to be called 'the learned world'»<sup>9</sup>. He claims that these twenty-six authors are selected «for their sublimity and their representative nature»<sup>10</sup>; so we may wonder if only four female authors are sublime and representative of our culture. Isn't it rather that Bloom is talking about *his* male, patriarchal culture? The critic claims that authors are canonical because of their strangeness and originality. This assertion seems to explain his disregard for female authors, who as mentioned above have mainly written about their domestic life, something Bloom probably considers neither strange nor original. He does not restrict himself to the canon of English or American literature, but also includes French and Spanish writers. It is even more shocking then that only four women, Jane Austen, Emily Dickinson, George Eliot and Virginia Woolf, are worth considering as members of the Western canon in the last two thousand years. Besides, in his «Elegy for the Canon», Bloom constantly forgets about female authors as he continues mentioning Milton, Beckett and, of course, Shakespeare, whom the critic worships throughout the book, describing him as the centre of the Western Canon. Bloom has very traditional and reactionary ideas. One cannot forget, for instance, that feminism is one of the branches of what he calls the School of Resentment, as he complains about feminists' attempts to open up the canon in order to include more female writers.

Nevertheless, there are many more women writers than the ones we have usually heard of, that is, the few ones that find their way to the syllabuses of English

---

<sup>7</sup> *Op. cit.*

<sup>8</sup> H. BLOOM, *The Western Canon: The Books and School of the Ages*. London, Macmillan, 1995.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 1.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 2.



literature. Elaine Showalter, for instance, in her famous work *A Literature of Their Own: British Women Novelists from Brontë to Lessing*<sup>11</sup>, mentions many marginal and unknown nineteenth-century female authors, such as Mary Cholmondeley, Flora Annie Steel, Fanny Penny, Margaret Barber or Mrs. Henry Wood. Everyone has heard of Jane Austen and Charlotte Brontë but no one of Ada Cambridge and Dora Greenwell. Institutions of education have played a role in the selection of writers and in the ignorance of many female authors, as our study suggests. Not only have academics contributed to this process, but also anthologies and histories of literature. *The Norton Anthology of English Literature*<sup>12</sup>, for one, seems to be struggling to include more women writers, and although authors such as Lady Mary Wortley Montagu and Mary Wollstonecraft have already been anthologized, writers as canonical as Jane Austen have not.

Going back to the issue of the canon, Pozuelo defends a more tolerant and easygoing position than Bloom. The former wonders who is working on the modification of the canon and in which way, who is contributing to the mobility within the canon and who preventing it. Literary movements, anthologies and aesthetic manifestoes, Pozuelo claims, are all collaborating in the mobility of the canon. In our case, universities and the scholars who design the syllabuses are the ones contributing to change or fix it. Harris<sup>13</sup> defines the functions of the canon: it supplies models of morality and ideals of inspiration, transmits some inherited thoughts, creates some common cultural frames, legitimizes a theory and offers a view of the changing visions of the world at different historical moments. For Harris, a canon is constituted according to how texts are read. It does not depend so much on the texts themselves as on how we read them. Kermode<sup>14</sup> presents a similar idea and, although defending the Western canon like Bloom, does it for different reasons. Texts, he claims, survive mainly because critics comment on them and not so much for the texts themselves. These comments change from one generation to another, just as the needs of society change, but what matters is to go on talking. A continuous attention and interpretation is the basic criteria that allows for a text's canonicity. Hence, for Kermode, the changing opinions on a text are what allow us to transform an object without destroying it; this is what he regards as the canon.

Because society's needs change, ours is a generation in which marginalized groups, such as women or racial minorities, are trying to catch up in many of the domains of life, literature included. This fact can be seen in the growing tendency to include more options on women's literature and gender issues in general or in the

---

<sup>11</sup> E. SHOWALTER, *A Literature of their Own: British Women Novelists from Brontë to Lessing*. Princeton, Princeton University Press, 1977.

<sup>12</sup> M.H. ABRAMS and S. GREENBLATT (eds.) *The Norton Anthology of English Literature*. New York, Norton, 2000 (7<sup>th</sup> ed.).

<sup>13</sup> W. HARRIS, «La canonicidad», in E. SULLÁ (ed.), *El canon literario*, Madrid, Arco/Libros, 1998, pp. 38-60, in POZUELO, *op. cit.*

<sup>14</sup> F. KERMODE, *Formas de atención*. Barcelona, Gedisa, 1988, *ibidem*.

proliferation of postgraduate programmes on postcolonial studies. Universities, and in this case their postgraduate syllabuses, establish what to read and which authors are worth reading, although the current state of affairs suggests that disagreements about the canon within the academia are bound to go on. Despite the present attempt to enhance the study of marginalized groups, it seems that when it comes to women, as Jane Austen claimed, the pen has always been in men's hands, both male writers' and scholars'. Obviously, we have been unable to include in our research all the British universities, but since we have examined around fifty per cent of all them, excluding the former polytechnics, it should be quite representative of the situation in British postgraduate programmes. Studies like ours reveal that sometimes female writers are very much disregarded and that, in spite of the present tendency to set more options on women's writing, there is still a long way to go.

#### 4. CONCLUSION

The aim proposed at the beginning of this paper was discovering how much importance was given to female authors in British postgraduate studies, focusing on the different periods and subjects masters dealt with. Bearing in mind the results obtained and in relation to the goal originally established we can reach the following conclusions: when considering the type of master analyzed, it is surprising to find that there is not a regular and progressive increase in the number of female authors studied, for masters on Victorian literature include fewer women than those on the Romantic period. Programmes on twentieth-century literature present, of course, a more balanced number of male and female writers. Nevertheless, in programmes on postcolonial and «national» literatures, the number of male authors studied is much larger than that of female ones, and it is surprising that whereas these fields of study tend to react against racial discrimination, they are gender biased. Masters on women's literature present the reverse situation: very few male authors are dealt with. To sum up, as has been shown, the number of female writers being studied at postgraduate levels is appalling in comparison with that of men. Women's writing has not focused on politics, history or invasions. On the contrary, it has traditionally been domestic; women have tended to write about private lives, about what goes on in the drawing-room and not on the battlefield. Hence, the fact that they have traditionally written about the private domain, and not about the public one like men, may be one of the reasons that account for their having been ignored by academics. But we should not forget that these scholars and academic institutions are, by doing so, setting the canon of English literature; they are judging and validating texts and authors, and still putting the pen in male hands.

# (RE)CONSTRUYENDO MITOS: CRÍTICA FEMINISTA SOBRE LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA SEXUALIDAD FEMENINA Y SUS REPERCUSIONES EN LA VIOLENCIA SEXUAL

Ana Porroche Escudero  
Sussex University

## RESUMEN

En este ensayo, a través de la crítica feminista sobre la construcción social de la sexualidad, intentaré desmitificar los argumentos que sugieren que la violencia sexual es el resultado de la pobreza, clase social, enfermedad mental, etnia, alcohol o religión. Por el contrario, sugiero que el problema de la violencia sexual no procede del hombre, sino del propio sistema social que legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica en la que el hombre y la mujer son vistos como dos variantes, superior e inferior, fruto de la división de sexos. Mi análisis pretende probar que las creencias de los violadores y maltratadores sobre las mujeres coinciden con las opiniones de la mayoría de las personas en nuestra sociedad. Consecuentemente mi pregunta es: ¿estaría justificado entonces su comportamiento violento y (a)normal?

PALABRAS CLAVE: violencia sexual, violencia de género, salud, teoría feminista, sexualidad.

## ABSTRACT

This paper examines the mythology around men's aggressiveness and explores its implications for the global problem of sexual violence. My analysis draws on feminist approaches to the mythical, social and scientific definition of sexuality which legitimates the subordination of women in society. Through close examination, I show that the beliefs of rapists and killers are in fact shared by many members of our society. Thus, the question would be whether this fact might justify such violence. Therefore, I suggest that the meaning of sexual violence must be interpreted not as a pathology of the human being but of a phallogocentric society.

KEY WORDS: sexual violence, health, gender violence, feminist theory, sexuality.

## INTRODUCCIÓN

Imagínese<sup>1</sup> por un momento la siguiente conversación:

Hace varias semanas estaba cenando con unos amigos cuando salió a relucir el sonado caso judicial en España en el que un jugador del equipo inglés del Leicester era acusado de violación en el año 2004. Desde el principio, la opinión de uno de



mis amigos era que la mujer estaba mintiendo descaradamente. Según su opinión, el motivo oculto por el que la mujer (¿víctima?) había denunciado al jugador de fútbol fue para obtener dinero y notoriedad en la todopoderosa prensa (rosa) española. Como estaba desmontándole sus argumentos, mi amigo recordó que el futbolista finalmente había admitido que sí que habían tenido sexo *consentido* tras una noche de coqueteo y seducción. Dicho de otro modo, mi amigo estaba culpabilizando a la mujer por su comportamiento insinuante y provocador, y por supuesto, por haber bebido, pero aun así, estaba totalmente convencido de que no se trataba de una violación (pues violación es un vocablo un tanto radical y extremo, sin vuelta atrás, que casi nos da miedo hasta pronunciar). Recuerdo que ante sus argumentos machistas y obtusos le pregunté: ¿Es lo mismo violar a una mujer que mantener relaciones sexuales con ella? Entonces, ¿por qué crees que el jugador de fútbol tenía derecho a violarla, incluso a pesar de que ella le hubiese estado provocando? Si tú quieres, porque era una zorra que sabía cómo excitarlo y engatusarlo. ¿Acaso la mujer no tenía derecho a decir «no, basta», de elegir si quería sexo o no, y de elegir cuándo y con quién? ¿Quizá sólo estaba siendo educada, amable, como se espera de nosotras las señoritas, y él fue tan egoísta y egocéntrico que entendió que la mujer deseaba mantener relaciones sexuales con él? ¿Qué te hace estar tan seguro de que es *él* quien dice la verdad y no ella?

Dicha conversación con mi amigo fue una discusión cualquiera que, sin embargo, refleja el imaginario colectivo como conciencia práctica, como forma de vida<sup>2</sup>. La anécdota no sólo resulta interesante porque atañe a personajes públicos que supuestamente son el paradigma de la deportividad y la compostura (¡al menos entre el mundo juvenil!), sino porque a través de los argumentos de mi amigo podemos percibir los sistemas de valores y creencias en torno a la sexualidad y que justifican la violencia sexual (femenina). En este ensayo, a través de la crítica feminista sobre la universalidad de la construcción social de la sexualidad, intentaré examinar cómo el tema de la violencia sexual es mucho más complejo que las hipótesis que sugieren que la violencia sexual es el resultado de la pobreza, la clase social<sup>3</sup>, la enfermedad mental<sup>4</sup>, la etnia, filiación política, preferencia sexual<sup>5</sup>, alco-

<sup>1</sup> En este contexto hago uso de la palabra «imagínes» deliberadamente. De acuerdo a la definición de Federico García Lorca, «el trabajo específico de la imaginación consiste en definir 'relaciones que no se sospechaban' entre hechos, o en hacer 'más precisas las relaciones entre ellos dentro de la lógica más pura'» F. GARCÍA LORCA, *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1965, p. 86, citado por J. FRIGOLÉ, *Un etnólogo en el teatro. Ensayo antropológico sobre Federico García Lorca*. Barcelona, Muchnik Ediciones, 1995, p. 14.

<sup>2</sup> Datos extraídos de la clase impartida por la doctora Susana Narotzky en su asignatura Antropología Política. Universidad de Barcelona, curso 2001/02.

<sup>3</sup> A.L. KORNBLIT, «Domestic violence. An emerging health issue». *Social Science and Medicine*, vol. 30, núm. 9 (1994), pp. 1181-1188.

<sup>4</sup> S. González Montes, «Two cultural approaches for understanding the reproductive health consequences of marital violence in an Indian area of Mexico», en C.M. OBERMEYER (ed.), *Cultural Perspectives on Reproductive Health*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pp. 233-252.

<sup>5</sup> N. RICO, «Violencia de género: un problema de derechos humanos». Naciones Unidas Serie Mujer y Desarrollo, julio 1996, p. 8.

hol o religión<sup>6</sup>. Por el contrario, sugiero que el problema de la violencia sexual no procede del hombre, sino del propio sistema social que legitima una relación de dominación y objetivización sexual inscribiéndola en una naturaleza biológica, previamente construida socialmente, en la que el hombre y la mujer son vistos como dos variantes, superior e inferior, fruto de la división de sexos. Más aún, si a lo largo de este ensayo puedo probar que las creencias de los violadores y maltratadores sobre las mujeres coinciden de hecho con las opiniones de la mayoría de las personas en nuestra sociedad, ¿estaría justificado entonces su comportamiento violento y (a)normal<sup>7</sup>? La cierto es que la respuesta resulta perturbadora, especialmente porque cuestiona el *statu quo* de nuestro sistema social, considerado natural y normal.

## 1. VIOLENCIA SEXUAL

La violencia sexual ha sido y es un tema central dentro del feminismo, tanto desde los movimientos activistas «que denuncian la seriedad del problema y tratan de que los estados asuman la responsabilidad que les corresponde»<sup>8</sup>, como desde el movimiento intelectual que trata de entender y (des)construir el origen del problema inscrito en un marco de sociedad patriarcal que ignora, «cuando no tolera e incluso ‘recomienda’» la violencia contra la mujer<sup>9</sup>. La violencia sexual es mucho más que un mero acto sexual. Es un acto de dominación, de demostración de poder<sup>10</sup>, de castigo, incluso de venganza<sup>11</sup>. También puede ser utilizada como estrategia para el genocidio en tiempos de guerra<sup>12</sup>. La violencia sexual tiene sus raíces

---

<sup>6</sup> N. VALERA, *Íbamos a ser reinas. Mentiras y complicidades que sustentan la violencia contra las mujeres*. Barcelona, Ediciones B, Grupo Z, 2002.

<sup>7</sup> R. LITTLEWOOD y M. LIPSEGE, *Aliens and Alienists. Ethnic Minorities and Psychiatry*. Londres, Unwin Hyman (2ª ed.), 1989.

<sup>8</sup> AMNISTÍA INTERNACIONAL, «Cuerpos rotos. Mentes destrozadas. Tortura y malos tratos a mujeres», en «<http://www.es.amnesty.org/nomasviolencia/camp.php>», 2001 (13 /12/2005).

<sup>9</sup> M.P. MATUD, R. MARRERO, M. CARBALLEIRA, O. MORAZA y L. AGUILERA, «Mujeres maltratadas por su pareja: atribuciones causales y dinámicas de la violencia». *Clepsydra. Revista de Estudios de Género y Teoría Feminista*, vol. 2 (2003), pp. 57-69.

<sup>10</sup> S. JACKSON, «Social context of rape: sexual scripts and motivation», en P. SEARLES y R.J. BERGER (eds.), *Rape and Society. Readings on the Problem of Sexual Assault*, Boulder, Westview Press, University of Wisconsin-Whitewater, 1995, pp. 16-27.

<sup>11</sup> D. SCULLY y J. MAROLLA, «Riding the bull at Gilley's: Convicted rapists describe the rewards of rape», *ibidem*, pp. 58-73.

<sup>12</sup> Las violaciones en masa han sido descritas como técnica de genocidio, como «armas políticas de destrucción y masacre para establecer la superioridad de un grupo sobre otro» (T. SALZMAN, «Rape camps, forced impregnation, and ethnic cleansing. Religious, cultural, and ethical responses to rape victims in the former Yugoslavia», en A. LLEWELLYN (ed.), *War's Dirty Secrets. Rape, Prostitution, and Another Crimes against Women*, Cleveland, Ohio, The Pilgrim Press, 2000, p. 63-92, p. 71). El objetivo es fecundar a la mujer del enemigo con la finalidad de erradicar los miembros de una



en una cultura global que niega que las mujeres tengan los mismos derechos que los hombres, y que legitima la apropiación violenta del cuerpo femenino como medio para satisfacer deseos individuales o conseguir objetivos políticos<sup>13</sup>.

Es importante señalar que por violencia sexual entiendo tanto la violación como las violaciones en masa en tiempos de guerra, la pornografía, el acoso sexual, la prostitución sin elección, y la violencia de género o violencia doméstica<sup>14</sup>. Con frecuencia, la cuestión de la violencia de género no es vista como fruto de la violencia sexual. De hecho, se establecen tres tipos de violencia contra las mujeres claramente diferenciados: la violencia física, «que incluye una serie de actos que van desde una bofetada... hasta el uso de un arma letal; la psicológica, con conductas tales como intimidación, amenazas, humillaciones, desvalorizaciones...; y la sexual, definida como la imposición de cualquier contacto sexual no deseado»<sup>15</sup>. Sin embargo, a través de la comprensión de la definición del sexo como atributo biológico, y la sexualidad como construcción social —género—, seremos capaces de entender con mayor profundidad la erotización y el simbolismo sexual implícito en la agresión física y psicológica. En este sentido, Bourdieu<sup>16</sup> sostiene que el privilegio de la masculinidad conlleva el deber de afirmar en cualquier parte su virilidad, especialmente por oposición a la feminidad: «virilidad entendida como capacidad reproductora, sexual y social, pero también como aptitud y para el ejercicio de la violencia (en la venganza sobre todo)».

---

comunidad étnica, racial o religiosa. La táctica se basa en el punto de vista androcéntrico que limita a las mujeres a sus capacidades reproductoras para poblar la nación. Se cree que es solamente el varón el que determina la etnia y personalidad del bebé, sin tener en cuenta la función desempeñada por la madre y la cultura en la que el bebé pueda ser educado. Por ejemplo, los bebés fruto de violaciones en el conflicto Bosnia-Herzegovina se consideraban serbios; por tanto, futuros enemigos. Una consecuencia directa del embarazo era que muchas de las mujeres embarazadas se suicidaban al darse cuenta de que estaban embarazadas. Ser violada y engendrar un enemigo era una humillación peor que la muerte. El suicidio era una forma de evitar la vergüenza personal y también la deshonra familiar. Además, las mujeres «contaminadas» con la semilla serbia dejaban de ser consideradas como «madres potenciales» de su propia etnia; consecuentemente, eran incapaces de encontrar un futuro marido. Véase I. CHANG, «The Rape of Nanking», *ibidem*, pp. 46-56.

<sup>13</sup> AMNISTÍA INTERNACIONAL, *op. cit.*, p. 7.

<sup>14</sup> Personalmente no me gusta utilizar las palabras «violencia doméstica» porque reduce la violencia a la esfera doméstica, por lo tanto, minimiza la gravedad y el alcance de la violencia sobre las mujeres. Además, según las feministas anglo-americanas, el término «doméstica» encubre el género/sexo del maltratador. Por contra, violencia de género es un término más amplio que engloba la mayoría de abusos cometidos contra la mujer, precisamente por su condición de mujer. Naciones Unidas entiende por violencia de género «el ejercicio de la violencia que refleja la asimetría entre las relaciones de poder entre varones y mujeres, y que perpetúa la subordinación y desvalorización de lo femenino frente a lo masculino. Ésta se caracteriza por responder al patriarcado como sistema simbólico que determina un conjunto de prácticas cotidianas concretas, que niegan los derechos de las mujeres y reproducen el desequilibrio y la inequidad existente entre ambos sexos». NACIONES UNIDAS, *op. cit.*, p. 8.

<sup>15</sup> M.P. MATUD *et al.*, *op. cit.*, p. 58.

<sup>16</sup> P. BOURDIEU, *La dominación masculina*. Barcelona, Anagrama, 1999, p. 22.

## 2. VIOLENCIA SEXUAL Y MODELOS SOCIALES

Para aprehender plenamente el alcance de la violencia sexual contra las mujeres en tiempos de paz y de guerra es fundamental comprender los «esquemas» o «modelos sociales» y el orden social en el cual están inscritos<sup>17</sup>. De acuerdo a Bourdieu<sup>18</sup>, se podría comparar el orden social con «una máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya», donde el comportamiento sexual a su vez es el producto de una relación causal circular en la cual los pensamientos, nuestra capacidad para interpretar y percibir el mundo que nos rodea, así como todas las instituciones, son producto del sistema de dominación masculina<sup>19</sup>.

En este ensayo, considero violencia sexual no sólo aquel comportamiento vejatorio típico de los violadores y asesinos, sino también todo aquel comportamiento social e institucional que colabora, reproduce y legitima la opresión de la sexualidad femenina por no tomar medidas responsables para prevenir, actuar y detener tales abusos<sup>20</sup>. En consecuencia, se podría decir sin tapujos que en la mayoría de las ocasiones la policía, los jueces, abogados, doctores, agentes gubernamentales, trabajadores sociales, prensa, e incluso nosotros mismos los ciudadanos, somos los principales responsables de «reproducir una visión del mundo que enmascara la violencia de los hombres sobre las mujeres»<sup>21</sup>. Es decir, los argumentos que sugieren que estas mujeres de alguna manera habían provocado la situación y se lo merecían, que estaban dramatizando y exagerando los hechos, o que estaban «histéricas» por lo que necesitan internamiento psiquiátrico, son tan nocivos como los violadores mismos. Aquí es donde entran en juego conceptos como la violencia simbólica<sup>22</sup> y la victimización secundaria<sup>23</sup>.

Entonces, en una cultura machista que relega la violencia sexual a la esfera privada y que siempre culpabiliza a la víctima, deberíamos preguntarnos cómo y por qué hombres «normales» se vuelven agresivos, violadores e incluso asesinos. Más aún, la pregunta, aunque algo perturbadora, debería ser: ¿cómo es posible que algunos —muchos— hombres no sean violadores o violentos en un contexto que totalmente favorece la posibilidad de un asalto sexual<sup>24</sup>? Por poner un ilustrativo ejemplo,

<sup>17</sup> S. JACKSON, *op. cit.*, p. 16.

<sup>18</sup> P. BOURDIEU, *op. cit.*, p. 22.

<sup>19</sup> D. JULIANO, *Las que saben. Subculturas de mujeres*. Madrid, Horas y Horas, 1998.

<sup>20</sup> AMNISTÍA INTERNACIONAL, *op. cit.*, p. 10.

<sup>21</sup> W. HOLLWAY, «I just wanted to kill a woman. Why? The ripper and male sexuality», en P. SEARLES y R.J. BERGER (eds.), *op. cit.*, pp. 123-133, p. 124.

<sup>22</sup> Bourdieu argumentaba que la sociedad no sólo se nutre de la violencia física para mantener y reproducir el sistema (androcéntrico) social. De hecho, la violencia simbólica puede llegar a ser mucho más efectiva como mecanismo de control social. Este tipo de violencia es sutil, casi «invisible, ignorada como tal, elegida tanto como sufrida, sustentada en la confianza, el compromiso, la fidelidad personal, el don, la deuda, la moral, el honor y el castigo social», *op. cit.*, p. 219.

<sup>23</sup> Por «victimización secundaria» se entiende la violencia simbólica ejercida por las instituciones sociales al negar, ignorar o minimizar la existencia de cualquier tipo de violencia.

<sup>24</sup> D. SCULLY y J. MAROLLA, *op. cit.*, p. 71.



algunas intelectuales feministas denuncian que el matrimonio es la legalización de los abusos sexuales y violaciones<sup>25</sup>, o que la pornografía representa «la expresión misma de la cultura proclive a la violación femenina»<sup>26</sup> que sugiere que las mujeres disfrutaran siendo degradadas<sup>27</sup>. Digámoslo de un modo más popular: «de vez en cuando a las mujeres les gusta ser enderezadas». Y siguiendo la línea popular de este argumento, se podría decir que «la pornografía es la teoría y la violación o los abusos sexuales son la práctica»<sup>28</sup>.

La sexualidad ha sido siempre definida en torno a los roles de género y a través de la división sexual de la legítima utilización del cuerpo<sup>29</sup>. Esta división de la sexualidad es siempre desigual y jerárquica<sup>30</sup>, por lo tanto «es en sí misma una estructura de poder»<sup>31</sup>. Por un lado, el imaginario tradicional de la sexualidad femenina representa a las mujeres como pasivas, frágiles, temperamentales, volátiles y dependientes del pene-hombre. Defensa de mi argumento es el patético, retrógrado y denigrante discurso que la Iglesia Católica utilizaba en sus manuales para la preparación al matrimonio en los años noventa, (no mucho tiempo atrás), en el cual definía a la mujer como un ser inestable que «necesita un marco de firmeza y sana autoridad para sentirse segura»<sup>32</sup>. Por otro lado, los hombres son caracterizados como activos, fuertes y racionales, y sin embargo, somos las mujeres las que nos tenemos que cubrir el cuerpo con ropas modestas para ayudar al hombre «a guardar la cara» y no reducirse a instinto. Ironías de la llamada *Ciencia*.

Con frecuencia, el cuerpo femenino es reducido a un objeto que debe ser explotado comercialmente a través de la prostitución, la pornografía, la moda o la cirugía estética. Las mujeres son concebidas como pura materia. Cuerpos dislocados sin alma, sin sentimientos<sup>33</sup>, mente o iniciativa<sup>34</sup>. Las mujeres nunca contradi-

<sup>25</sup> Palabras de la profesora Stevi Jackson en una de sus clases en el Centro de Estudios de las Mujeres de la Universidad de York. Curso 2005-06.

<sup>26</sup> D. SCULLY y J. MAROLLA, *op. cit.*, p. 75.

<sup>27</sup> C. MACKINNON, «Sex and violence: A perspective», en P. SEARLES y R.J. BERGER (eds.), *op. cit.*, pp. 28-34, p. 33.

<sup>28</sup> L. SECAL, *Is the Future Female? Troubled Thoughts in Contemporary Feminism*. Londres, Virago, 1987, p.107.

<sup>29</sup> P. BOURDIEU, *op. cit.*, p. 22.

<sup>30</sup> F. HERITIER, *Masculino/femenino. El pensamiento de la diferencia*. Barcelona, Ariel, 1996, p. 206.

<sup>31</sup> C. MACKINNON, «Sex and violence: A perspective», en P. SEARLES y R.J. BERGER (eds.), *op. cit.*, pp. 28-34, p. 31.

<sup>32</sup> N. VARELA, *op. cit.*, pp. 163-170.

<sup>33</sup> De acuerdo a los soldados veteranos japoneses que sobrevivieron a la guerra contra China, éstos declararon sentir poca o ninguna culpa por las violaciones en masa perpetradas por el ejército japonés en Naiking. «Tal vez, cuando la estábamos violando la miramos como si fuese una mujer», escribió Azuma, «pero cuando la matamos sólo pensamos que era algo parecido a un cerdo u otro animal», CHANG, *op. cit.*, p. 48.

<sup>34</sup> C. WINKLER (con K. WININGER), «Rape trauma: Contexts of meaning», en T. CSORDAS (ed.), *Embodiment and Experience. The Existential Ground of Culture and Self*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 248-268, p. 250.

cen. Las mujeres son sexo, objeto, propiedad y recipiente para concebir el futuro de la nación. Llámese división de sexos, jerarquía, estructura de poder, misoginia o patriarcado, pero al final de cuentas todo conlleva a la deshumanización del ser humano femenino.

Es esta construcción androcéntrica de la sexualidad femenina, con sus prácticas sociales y sanciones lo que reproduce la dominación de los hombres sobre las mujeres. De hecho, para Mackinnon<sup>35</sup> *es o se convierte* en violencia desde el mismo instante en que la sexualidad de las mujeres es controlada.

### 3. ALGUNOS ARGUMENTOS QUE JUSTIFICAN LA VIOLENCIA SEXUAL DE LOS HOMBRES

Existe toda una mitología en torno al porqué los hombres son agresivos, que neutraliza y enmascara así las raíces del problema. Pero la verdad más punzante es que los mismos discursos legales, psiquiátricos, mediáticos y psicológicos, antes en el nombre de Dios y ahora en el nombre de la ciencia, siguen perpetuando dichas suposiciones androcéntricas según las cuales la sexualidad femenina es definida por oposición: activo/pasiva; dominante/ dócil; sexualmente activo/ asexual; violación/ consenso; sexo/ abuso sexual, etc.

El sexo en lugar de la violencia se convierte en el principal argumento en los medios de comunicación que tratan el tema de las violaciones; distorsión que encubre factores como la venganza, el miedo, los sentimientos de inadecuación y otros motivos enturbiados tras la violencia sexual<sup>36</sup>.

#### 3.1. AGRESIVIDAD NATURAL

La agresividad natural masculina es el razonamiento más típico para describir el comportamiento o arrebatos violentos de los hombres. Contra este argumento algunos grupos feministas declaran que los hombres sólo demuestran violencia si el contexto se lo permite<sup>37</sup>. Este argumento queda manifiesto en las más que frecuentes repuestas superficiales y pasivas a incidentes de violencia en la esfera doméstica por parte de la policía, profesionales de la salud o trabajadores sociales<sup>38</sup>. Se considera que la violencia «doméstica» es un problema privado que sólo atañe a la pareja, por lo tanto debe permanecer en la esfera doméstica. Nadie debe interferir

---

<sup>35</sup> C. MACKINNON, *op. cit.*, p. 130.

<sup>36</sup> L. SECAL, *op. cit.*, p. 104.

<sup>37</sup> FEDERACIÓN DE MUJERES PROGRESISTAS, «IV Informe de Sentencias contra los Malos Tratos», en <http://www.fmujeresprogresistas.org/>, 2003 (12/2005).

<sup>38</sup> M. MAYNARD y J. WINN, «Women, violence and male power», en V. ROBINSON y D. RICHARDSON (eds.), *Introducing Women's Studies*, Basingstoke, Palgrave, 1997, pp. 175-197.



en la intimidad de la relación. Vale la pena decir que investigaciones en Estados Unidos demuestran que la policía había atendido entre el 80 y el 95% de los casos donde más tarde se produciría un homicidio. El siguiente pasaje del caso de Sara Thronton, que asesinó a su marido, habla por sí mismo:

La policía atendió la casa de los Thronton en numerosas ocasiones y raramente tomaron ninguna medida. En una ocasión su marido le pegó un puñetazo en la cara en frente de dos compañeros de trabajo, quienes intentaron intervenir hasta que la policía llegó. Como Malcolm Thronton ya se había calmado cuando la policía llegó, éstos se fueron sin hacer nada<sup>39</sup>.

No obstante, como nos recuerda Nuria Varela, no hace falta irse del país para encontrar abundantes ejemplos de victimización secundaria.

El trabajo de Todd Salzman es otro claro ejemplo que demuestra que la tendencia de los hombres a ser agresivos depende enormemente de si el contexto es transigente o no con la violencia sexual. Salzman, refiriéndose al conflicto de Bosnia-Herzegovina, demuestra que hubo una correlación entre el incremento de la atención y censura internacional sobre los asaltos y abusos sexuales (se estima que alrededor de más de veinte mil mujeres fueron torturadas y violadas en esta guerra), y el descenso de las denuncias por violación. Para Salzman, esto «era una evidencia de que los comandantes podían controlar a los perpetradores si querían hacerlo [...] de hecho, se ejercía una política que exhortaba el uso de la violación sexual como método de limpieza étnica»<sup>40</sup>.

En vista de que el mito sobre el carácter de los hombres justifica que hay una tendencia inevitable hacia la violencia, Herscheberger<sup>41</sup> irónicamente se pregunta si: «¿es éste el rol categórico que se espera de la costilla de Adán?». En otras palabras, ¿siempre debe ser la mujer la responsable de neutralizar la agresividad de los hombres? ¿Acaso significa esto que en última instancia las mujeres también somos culpables de provocación al no saber apaciguar la violencia de los hombres?

### 3.2. DESEO SEXUAL INCONTROLABLE

El determinismo biológico desempeña un rol importante en la reproducción de la imagen, que sugiere que todos los hombres tienen un deseo sexual incontrolable que debe ser satisfecho cualesquiera que sean las consecuencias. El argumento es como sigue: las mujeres (que son vistas como un objeto sexual) despiertan en los hombres la necesidad sexual, por lo tanto, deben pagar por provocación<sup>42</sup>.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 186.

<sup>40</sup> T. SALZMAN, *op. cit.*, p. 71.

<sup>41</sup> R. HERSCHBERGER, *Adam's Rib*. Nueva York, Harper and Row, 1948, p. 16.

<sup>42</sup> S. BORDO, *Unbearable Weight. Feminism, Western Culture and the Body*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press (1ª ed. 1993), 2003, p. 6.

Este razonamiento, por supuesto, se construye desde una perspectiva androcéntrica. De aquí que las violaciones y abusos sexuales no tengan en cuenta la existencia de las mujeres como individuos con derecho a la autodeterminación e independencia. Sin embargo, Margaret Mead<sup>43</sup> demostró en 1963 que el abuso sexual era desconocido entre los Arapesh de Nueva Guinea. De hecho, ambos sexos tenían permitido iniciarse en relaciones sexuales basadas en el acuerdo mutuo. Para los Arapesh, cualquier forma de abuso era visto como un acto terrible. De este modo, la violación o el abuso sexual eran impensables según el modelo social de los Arapesh. En consecuencia, no se puede afirmar como hecho universal que el deseo sexual de los hombres debe satisfacerse, cualesquiera que sean la víctima y las consecuencias<sup>44</sup>.

### 3.3. DUDOSO ESTILO DE VIDA: LA PUTA *VERSUS* LA VIRGEN

La construcción social de la sexualidad ha dividido a las mujeres en dos categorías: la perfecta ama de casa y esposa, y la puta. La primera debe ser obediente, hermosa, femenina, pasiva y asexual. A la segunda categoría pertenecen todas aquellas mujeres que no conforman las características de la primera. Ni que decir tiene que la perfecta esposa representa el bien, y la puta representa el mal, el pecado y la inmoralidad<sup>45</sup>. Se da por sentado que las prostitutas, como adultas, tienen la oportunidad de elegir si quieren vender su cuerpo o no, sin tener en cuenta lo que las propias prostitutas tienen que decir al respecto.

Las prostitutas representan el tabú, porque el sexo en las mujeres es todavía tabú; consecuentemente las prostitutas son culpables de ser muy sexuales<sup>46</sup>. Y yo me pregunto: ¿qué nos escandaliza más: que como mujeres gocen libremente del sexo<sup>47</sup>, o que puedan disfrutar de los placeres carnales en el ejercicio de la prostitución<sup>48</sup>? Por esta misma razón, el famoso violador que aterrorizó durante meses el norte de Inglaterra, Peter Sutcliffe, alegaba que tenía una misión divina en la que tenía que matar a todas las prostitutas: «Dios me ha llamado para matar a esa gente

---

<sup>43</sup> M. MEAD, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*. Nueva York, Morrow, 1963; citada en S. JACKSON, *op. cit.*, p. 27.

<sup>44</sup> S. JACKSON y S. SCOTT, «Sexual skirmishes and feminist factions. Twenty-five years of debate and sexuality», en S. JACKSON y S. SCOTT (eds.), *Feminism and Sexuality*, Edinburgo, Edinburgh University Press, 1996, pp. 27, p. 6.

<sup>45</sup> J. BUTLER, «Militarized prostitution. The untold story (USA)», en A. LLEWELLYN (ed.), *op. cit.*, pp. 204-233, pp. 204-206.

<sup>46</sup> W. HOLLWAY, *op. cit.*, p. 131.

<sup>47</sup> C. ALBORCH, *Solas. Gozos y sombras de una manera de vivir*. Ediciones Temas de Hoy, 2004 (1ª ed. 1999).

<sup>48</sup> J.L. SOLANA RUIZ, «Cuestionando estereotipos sobre las mujeres prostitutas». *Gaceta de Antropología*, vol. 18 (2002), Texto 18-08. [http://www.ugt.es/~pwlac/G18\\_08JoseLuis\\_Solana\\_Ruiz.html](http://www.ugt.es/~pwlac/G18_08JoseLuis_Solana_Ruiz.html).



llamada escoria y que no pueden justificarse a sí mismas»<sup>49</sup>. Más llamativo aún resulta que el violador sabía qué mujeres no eran inocentes por el modo en el que caminaban. Pero paradójicamente, a pesar de que las prostitutas eran escoria y él era el responsable de eliminarlas por orden divina, ¡siempre se alardeó de tener relaciones sexuales con ellas!

Como vemos, una vez más queda manifiesto el «doble principio» moral e hipócrita que siempre culpa a las prostitutas y no a sus clientes masculinos<sup>50</sup>, quienes ven los cuerpos de las prostitutas como comodines sexuales, objetos sin valor a los que pueden humillar, degradar y forzar a mantener determinadas relaciones sexuales que serían impensables con las mujeres «respetables»<sup>51</sup>. Como diría mi amigo y compañero de oficina, que es economista y todo lo raciocina a través de las lentes de la economía: si hay prostitutas es porque hay demanda.

Esta obsesión moralista, ofuscada en constreñir la sexualidad femenina, resulta obvia en el hecho de que las mujeres que han tenido varios compañeros sexuales o toman la iniciativa sexual, «despiertan las mayores especulaciones y suspicacias en torno a su vida privada»<sup>52</sup>. Igualmente, son etiquetadas de una manera menospreciativa e insultante. A este respecto son sumamente ilustrativos dos ejemplos cotidianos en nuestra sociedad, no tan arcaicos y lejanos como nos gustaría admitir. El primer ejemplo se refiere a la rapidez pasmosa con la cual una chica joven pasa de ser «decente» a «facilona» a los ojos de la comunidad cuando ha tenido varias relaciones sexuales; y sin embargo, cómo su homólogo masculino pasa de ser un joven a ser un hombre(cito) muy saludable y viril, valga la redundancia. El segundo, se refiere a la tendencia machista de penalizar socialmente con el desprecio a aquellas mujeres que toman responsabilidad por sus cuerpos y por su salud al precaverse con preservativos para disfrutar plenamente de sus cuerpos.

El contrapunto negativo de estas actitudes machistas resulta en que muchas jóvenes se nieguen y se sientan ofendidas al tener que usar preservativos porque como ellas dicen: «yo no soy una prostituta». A este respecto es muy interesante el trabajo de Woollett y Marshall<sup>53</sup> en el que examinan las ambigüedades y conflictos a los que las jóvenes londinenses se enfrentan hoy en día a la hora de tomar decisiones respecto a sus cuerpos y su sexualidad: ¿puta *versus* embarazada o con el SIDA = puta?

<sup>49</sup> W. HOLLWAY, *op. cit.*, p. 130.

<sup>50</sup> S. JACKSON y S. SCOTT, *op. cit.*, p. 3.

<sup>51</sup> Recuerdo haber leído en una «revista para mujeres» un artículo sobre sexualidad que me impactó bastante. El artículo entrevistaba sobre las fantasías sexuales de los hombres, y uno entre muchos confesaba que le gustaba practicar el sexo anal y oral con las prostitutas, pero no con su novia, pues su novia era una chica decente.

<sup>52</sup> C. ALBORCH, *op. cit.*, p. 185.

<sup>53</sup> A. WOOLLETT y H. MARSHALL, «Reading the body: Young women's accounts of their bodies in relation to autonomy and independence», en K. DAVIS (ed.), *Embodied Practices: Feminists Perspectives on the Body*, Londres, Sage Publications, 1997, pp. 27-40.

### 3.4. LA MUJER SE LO MERECEÍA... ¿PROVOCACIÓN?

En noviembre de 2005, un popular periódico inglés<sup>54</sup> ponía de manifiesto las creencias de los británicos sobre la violación y el abuso sexual. Las mujeres que coquetean, llevan ropas «reveladoras», han tenido varios compañeros sexuales o estaban bebidas tienen gran parte de la culpa si son violadas. Estas creencias no deben sorprender en España, puesto que son el producto de una mitología cultural en torno a la sexualidad de las mujeres que sugiere que las mujeres (sexualmente) independientes son manipuladoras y dignas de desconfianza; por lo tanto, pertenecen a la categoría de las putas. Para el lector o la lectora desconfiada, baste leer las denominadas «cifras de la vergüenza» que Nuria Valera<sup>55</sup> expone al final de su libro, para ver la facilidad con que un caso de violación puede ser desestimado en nuestro país ¡solamente porque la chica llevaba minifalda!

La mejor estrategia para des-responsabilizarse de las acciones de uno mismo es culpando al otro por provocación. Para los hombres, la policía, los jueces y la sociedad en general, la forma en la que vestimos es una manera de provocación. ¿Pero quién tiene el poder para determinar qué es y qué no es provocativo? Desde que somos niñas pequeñas nos han socializado para estar bonitas y atractivas ante los hombres. Revistas, películas, anuncios televisivos y las tiendas de mujeres están ahí para reforzar el mensaje, pero por otro lado somos culpabilizadas cuando tratamos de emular aquellas imágenes que nos son vendidas como eróticas para los hombres. Entonces, ¿dónde están los límites entre púdico y erótico? ¿y entre erótico y obsceno? Parece ser que no existen, parece más bien una estrategia sofisticada de la máquina simbólica donde las mujeres, no importa lo que hagan, siempre llevan las de perder.

### 3.5. VENGANZA Y CASTIGO

Venganza y castigo son también dos argumentos que justifican la violencia sexual masculina. Estas excusas están infundadas en un discurso —yo me atrevería a decir universal—, que considera a la mujer como propiedad del hombre<sup>56</sup>. Cada día se abusa de miles de mujeres, en España y en el mundo entero, en el nombre del honor (¡masculino!), o se las acusa de deshonestar a la familia y a la comunidad. Estos razonamientos han de entenderse como parte inherente del discurso de la máquina

---

<sup>54</sup> J. HIGGINSON, «Flirting women 'asking for rape'». *Metro*, 21 de noviembre de 2005. [http://www.metro.co.uk/home/article.html?in\\_article\\_id=9008&in\\_page\\_id=1](http://www.metro.co.uk/home/article.html?in_article_id=9008&in_page_id=1).

<sup>55</sup> N. VALERA, *op. cit.*, pp. 281-288.

<sup>56</sup> Véanse los trabajos de P. GAY y BLASCO, *Gypsies in Madrid. Sex, Gender and the Performance of Identity*. Nueva York y Oxford, Berg, 1999; N. LUKE, I. WARRINER, y S. WATKINS, «'Rairu doesn't rhyme with Western medicine': Lay beliefs and illness networks in Kenya», en C.M. OBERMEYER (ed.), *op. cit.* pp. 58-82; A.L. KORNBLIT, *op. cit.*; M. MAYNARD y J. WINN, J., *op. cit.*



simbólica que basa la legitimación y el control de la sexualidad femenina en la moralidad, la etiqueta o el honor<sup>57</sup>.

Además, la violación puede llevarse a cabo como un medio para conseguir la venganza o satisfacer y afirmar el ego masculino cuando éste ha sido cuestionado, puesto que la violación sexual representa el poder masculino sobre el femenino. De hecho, el primer asesinato del violador británico Sutcliffe «se produjo cuando una prostituta lo tildó de ser ‘jodidamente inútil’ porque le estaba costando mucho tener una erección»<sup>58</sup>. En este caso la violencia sexual estaba justificada porque la prostituta había dañado de forma irreparable su ego masculino. Dicho de otro modo, su masculinidad estaba siendo seriamente amenazada por la sexualidad femenina.

### 3.6. LA FANTASÍA SOCIAL DE LA VIOLENCIA SEXUAL: LE ESTOY HACIENDO UN FAVOR...

A través de los cuentos de princesas y príncipes, novelas románticas, películas, pornografía e incluso a través del último polémico anuncio de Dolce y Gabbana, en el que una modelo tumbada posa como si estuviera siendo sometida por un modelo masculino que la agarra de las muñecas, recibimos un mensaje subliminal que sugiere que las mujeres disfrutamos siendo dominadas por los hombres<sup>59</sup>.

Todos conocemos la archiconocida imagen en la cual la princesa o heroína rechaza al príncipe o al malo de la historia, que da la casualidad que siempre es guapo y viril. En nuestra imagen, la protagonista lucha tímidamente contra la atracción sexual que siente por él, pero tanto el villano como nosotros mismos presumimos que sabemos acerca de los secretos y anhelos de la sexualidad femenina, así que deducimos que nuestra protagonista desea en su fuero más interno ser forzada a mantener una relación sexual. Deducido y hecho, y el villano mágicamente somete la obscena voluntad de nuestra protagonista con apasionada violencia hasta que ésta se derrite en sus brazos, agradecida porque no ha tenido que revelar públicamente la ignominiosa realidad.

El mito de la «mujer que lo está deseando»<sup>60</sup> está mucho más arraigado en el imaginario colectivo de lo que pensamos. Claro ejemplo es la estupefacción que causó en el público la denuncia del anuncio de Dolce y Gabbana por parte de diversos grupos feministas: «pero... ¡es una foto preciosa!, ¿dónde está la violencia?» fueron algunos de los comentarios que se escucharon en el debate público. El mito de que la mujer desea ser sometida está tan naturalizado en nuestro sistema de creencias, que para el ciudadano profano resulta difícil percatarse de detalles tan

---

<sup>57</sup> P. BOURDIEU, *op. cit.*, pp. 28-44.

<sup>58</sup> W. HOLLWAY, *op. cit.*, p. 129.

<sup>59</sup> Para una información más detallada, véanse los trabajos de S. JACKSON, *op. cit.*; C. MACKINNON *op. cit.*; R. HERSCHBERGER, *op. cit.*; D. SCULLY y M. MAROLLA, *op. cit.*

<sup>60</sup> R. HERSCHBERGER, *op. cit.*, p. 25.

subliminales como la boca semi-abierta de la modelo, más insinuante que resistente, o las caderas femeninas alzadas por la excitación en busca del pene masculino.

Así pues, vemos que el supuesto que sugiere que las mujeres desean y disfrutan siendo sexualmente dominadas y, que cuando una mujer dice no, quiere decir sí, está patente en nuestras vidas diarias, desde las percepciones de los violadores hasta las actitudes públicas, como hemos visto en el caso de Dolce y Gabbana o en las sentencias judiciales<sup>61</sup>.

La investigación de Scully y Marolla<sup>62</sup> demuestra que muchos violadores, incluso después de admitir sus crímenes, continúan creyendo que la víctima disfrutó de la violación, «a pesar del uso de un arma, de agresiones físicas serias, o incluso la muerte». Así lo demuestran las palabras de un violador entrevistado por los autores: «el sexo por la fuerza es genial, es difícil que te pillen y además, a las mujeres les pone calientes». Muchos otros violadores evitaban reconocerse a sí mismos como tal, pero argumentaban que usaron la violencia porque así hacían las fantasías de la víctima realidad; de hecho, le estaban haciendo un favor. Legalmente, muchos de

---

<sup>61</sup> Las autoras KITZINGER y FRITH en su estudio sobre análisis de la conversación y violencia de género sostienen que el mito que dice que cuando una mujer dice «no» quiere decir «sí», es una muestra más de los engrimientos del patriarcado subyacente en los programas de defensa personal para mujeres. El objetivo de estos programas es que las mujeres digamos «no» a una proposición sexual indeseada de una forma clara, directa, categórica y sin rodeos. Para las autoras, el énfasis en decir solamente «no» para rechazar cualquier tipo de relación es doblemente contraproducente. Por un lado, implica que otros modos de rechazo como los silencios, rodeos, excusas, desinterés, incluso el débil consentimiento, no sean válidos ni ante la ley ni ante el agresor. Lógicamente, tampoco son válidos en casos extremos en los cuales la víctima está amordazada, o acepta mantener una relación sexual porque el agresor la está seriamente amenazando con un arma. Por otro lado, las autoras señalan que todos los estudios sobre análisis de la conversación y la declinación de ofertas han demostrado que todos los rechazos «son complejos y sutilmente organizados en el transcurso de la interacción conversacional» (*op. cit.*, p. 294). Las autoras enfatizan que el hecho de rechazar cualquier tipo de invitación o proposición, no sólo la de índole sexual, resulta difícil para todo el mundo y no únicamente para las mujeres. La sutil y educada forma con la que declinamos una oferta está basada en la normativa cultural y la etiqueta social sobre el rechazo. Un «no» directo es sinónimo de desprecio, desaire, repulsa e incluso ofensa que puede desembocar a su vez en violencia. Dados estos valores culturales profundamente arraigados en el imaginario colectivo, a muchas mujeres que participaron en el estudio de Kitzinger y Frith les preocupaba, y con razón, herir los sentimientos de los hombres (p. 303). Disculpas, excusas, pausas, demoras a la hora de contestar, e incluso agradecimientos por la invitación, eran tácticas frecuentemente usadas por las mujeres (y por todo el mundo en general) para aliviar el daño causado por el rechazo. Las autoras concluyen que el problema no radica en el malentendido, sino en que los hombres no admiten el rechazo por parte de las mujeres; ni admiten el rechazo directo, sinónimo de desprecio e injuria del ego masculino, con las consecuentes probabilidades de desatar la ira y el orgullo del hombre. Ni tampoco admiten los códigos socialmente reconocidos como formas de rechazo en nuestra vida diaria, tales como disculpas, agradecimientos por la invitación seguidas de excusas, pausas, silencios... con lo cual, la invitación «rechazada» da lugar a la violencia sexual. Para una información más detallada y sumamente provocativa, véase el artículo de C. KITZINGER y J. FRITH, «Just say no? The use of conversation analysis in developing a feminist perspective on sexual refusal». *Discourse & Society*, vol. 10, núm.3 (1999), pp. 293-316.

<sup>62</sup> D. SCULLY y M. MAROLLA, *op. cit.*, pp. 61-68.



estos argumentos de abuso sexual no son estimados como violación, puesto que se considera que es simplemente sexo<sup>63</sup>.

También la excusa del «malentendido» justifica el asalto sexual. Por ejemplo, las mujeres que caminan solas por la noche o hacen autostop son vistas por los violadores, y por muchos jueces, fiscales y jurados, como una señal de disponibilidad sexual<sup>64</sup>: «algunos hombres no consideraban este tipo de violencia como violación, puesto que ellos creían que una mujer sola caminando por la calle era una prostituta». Así mismo, Sutcliffe era capaz de discernir si sus víctimas eran prostitutas o no por la forma en la que caminaban: ¡solas por la noche! Sin embargo, vale la pena señalar que algunas de sus víctimas eran prostitutas pero otras muchas no, porque Sutcliffe era víctima de la misoginia y los prejuicios según los cuales el único pecado era ser mujer<sup>65</sup>.

La sociedad (incluyendo la policía, doctores, trabajadores sociales, jueces, abogados, etc.) tampoco está exenta de la influencia de los estereotipos acerca de la sexualidad femenina. Factores como caminar sola por la noche, hacer autostop, actuar seductoramente, llevar ropas descocadas, estar bebida o tener una vida sexual activa son vistas como un signo de provocación sexual, como un signo de «jugar con fuego»<sup>66</sup>, que tiene como resultado la culpabilización y descrédito de las víctimas.

A modo de ejemplo, veamos el siguiente párrafo que describe el caso de un fiscal responsable de decidir si seguir adelante con una investigación de violación o no. Como claramente se puede percibir, el fiscal cuestiona el testimonio de la víctima en base a prejuicios acerca del área donde la víctima se encontraba (*Center Heights*) y sobre las razones por las que caminaba sola por la noche. Al final, acaba concluyendo que la víctima debía de ser una prostituta que andaba buscando droga o sexo. Esta conclusión, y no el abuso cometido, es razón suficiente para desestimar el caso, ya que sería prácticamente improbable conseguir una condena:

El policía y el doctor dicen que no tiene ningún trauma —se lo ha montado con seis tíos. Eso sí que me preocupa. Y no hay restos de semen. A mí me parece más bien que ella es un «fresita» que estaba necesitada de crack [...] La calle le ha hecho polvo. ¿Qué hacía una mujer en una zona desconocida como *Center Heights*?... No me lo trago<sup>67</sup>.

Por si los prejuicios no son suficientes, se requieren evidencias científicas para la desestimación del caso. Se recurre a infalibles y complicadas técnicas para la detección de posibles signos de abuso sexual: la presencia de semen en el área genital o recto. ¿Pues en qué año se inventaron los preservativos? Parece ser que en

<sup>63</sup> C. MACKINNON, *op. cit.*, p. 31.

<sup>64</sup> D. SCULLY y M. MAROLLA, *op. cit.*, pp. 66-69.

<sup>65</sup> W. HOLLWAY, *op. cit.*

<sup>66</sup> S. ESTRICH, «Is it rape?», en P. SEARLES y R.J. BERGER (eds.), *op. cit.*, pp. 183-193, p. 187.

<sup>67</sup> L. FROHMANN, «Discrediting victims's allegations of sexual assault: Prosecutorial accounts of case rejections», *ibidem*, pp.199-214, p. 205.

España los preservativos se utilizan como medida anticonceptiva y de prevención de enfermedades de transmisión sexual desde principios del siglo pasado, y más popularmente a partir de la segunda mitad del siglo XX<sup>68</sup>. Sobra decir que no estoy de acuerdo con el protocolo «científico» de investigación.

Como vemos, la definición de comportamiento sexual «normal» entre hombres y mujeres es definido desde el punto de vista androcéntrico, y es socialmente aceptado como la verdad incontestable. De este modo, a través de las justificaciones que alegan que las mujeres merecen y desean ser forzadas podemos enumerar algunas suposiciones sobre la sexualidad femenina.

La primera suposición sugiere que las prostitutas nos recuerdan los peligros de la sexualidad activa de las mujeres (y recuérdese que en la categoría de las prostitutas están incluidas todas aquellas mujeres que no son obedientes, pasivas y asexuales). De aquí que las prostitutas sean culpables de ser sexuales e inmorales. Las prostitutas no valen la pena y no merecen respeto social y protección, pero yo me pregunto: ¿merecen entonces respeto aquellos hombres que tienen relaciones sexuales o abusan de ellas?

Del estereotipo de la sexualidad activa de las mujeres deriva la segunda suposición de que las prostitutas deben estar disponibles veinte y cuatro horas al día, durante trescientos sesenta y cinco días al año a todo aquel que quiera tener sexo con ellas. Esto es, damos por sentado que no tienen derecho a la autodeterminación: no tienen el derecho de elegir qué tipo de sexo quieren vender, cuándo y con quién.

La tercera suposición, muy en línea con la primera y la segunda, está basada en la idea perniciosa de que las mujeres sexualmente activas e independientes, que salen solas por la noche, flirtean o llevan ropas provocativas son busconas reclamando sexo.

### 3.7. ALCOHOL, CLASE SOCIAL, DROGAS, INFANCIA PROBLEMÁTICA... PSICÓPATAS

La violencia sexual es un problema universal, y contrariamente a lo que se piensa o nos hacen pensar, no entiende de etnias, clases sociales, filiaciones políticas o preferencias sexuales<sup>69</sup>, «de igual manera que las enfermedades mentales, la pobreza, las drogas o el alcohol no son motivos de los malos tratos ni los justifican... El único factor de riesgo es ser mujer»<sup>70</sup>.

El peligro de estas creencias radica en que están profundamente arraigadas en el imaginario colectivo de la sociedad, dificultando así la (des)construcción de los mitos sobre el comportamiento masculino y la concienciación ciudadana sobre la abrumadora *frecuencia* con la que ocurre. De hecho, muchas de las investigacio-

---

<sup>68</sup> L. GUEREÑA, «Elementos para una historia del preservativo en la España contemporánea». *Hispania: Revista Española de Historia*, vol. 64, núm. 218 (2004), pp. 869-896.

<sup>69</sup> NACIONES UNIDAS, *op. cit.*, pp. 7-8.

<sup>70</sup> N. VARELA, *op. cit.*

nes sobre el tema han demostrado que «menos de un 5% de los hombres eran sicóticos cuando cometieron la violación»<sup>71</sup>.

Ante este argumento, yo me pregunto: ¿es posible que *toda* la armada japonesa en 1937, *toda* la armada americana en tiempos de guerra, o *todos* los serbios durante la guerra de Yugoslavia fueran psicópatas, alcohólicos o drogadictos para llevar a cabo semejante violaciones en masa? Más bien parece que la sociedad inventó dichos mitos para silenciar la vergonzosa frecuencia con que la violencia sexual tiene lugar.

#### 4. LEGITIMANDO LA VIOLENCIA SEXUAL

En el imaginario colectivo de la sociedad se cree que una violación «real» es fruto de un ataque por la noche a manos de un psicópata<sup>72</sup>. Sin embargo, tanto las estadísticas españolas<sup>73</sup> sobre violencia de género como las americanas<sup>74</sup> demuestran que el 47% la violencia sexual se produce a manos de los compañeros sentimentales de las víctimas, el 19% se produce en el seno de la familia, un 17% es perpetrado por amigos y conocidos, y tan sólo un 12% se produce por desconocidos. Así mismo, quede manifiesto que el 40% de las agresiones no se produce en lugares de dudosa reputación, sino en el hogar. Quizá, es debido a esta ceguera colectiva que el abuso sexual constituye todavía uno de los crímenes menos denunciados<sup>75</sup>. El abuso sexual conlleva estigma social, especialmente para la víctima<sup>76</sup>. Por un lado se cree que es un hecho aislado cometido por enfermos mentales o extraños; por lo tanto, la víctima es también culpable por caminar sola por lugares y sitios no recomendables; por otro lado, si el agresor es alguien cercano a la víctima, se cree que éste actuó con violencia previa provocación, o simplemente se trató de sexo consentido.

El mayor problema a la hora de abordar y reconocer el problema del «abuso real» radica en que pone en tela de juicio la familia como institución social que proporciona seguridad y afecto a sus miembros. En otras palabras, para la sociedad resulta escalofriantemente vergonzoso admitir la frecuencia con la que este tipo de abusos suceden. Como MacKinnon señala, «según la ley (elaborada por el hombre), una violación es considerada como un acto sexual, y por eso mismo no se considera crimen, puesto que parece sexo»<sup>77</sup>. En la práctica, esto supone que la

<sup>71</sup> D. SCULLY y J. MAROLLA, *op. cit.*, pp. 58.

<sup>72</sup> M. HESTER, L. NELLY y J. RADFORD, *Women, Violence and Male Power*. Buckingham, Filadelfia, Open University Press, 1996.

<sup>73</sup> FEDERACIÓN DE MUJERES PROGRESISTAS, *op. cit.*

<sup>74</sup> J. ROLLINS, *Women's Minds. Women's Bodies. The Psychology of Women in a Biosocial Context*. Nueva Jersey, Prentice Hall, 1996, p. 207.

<sup>75</sup> S. ESTRICH, *op. cit.*

<sup>76</sup> C. WINKLER (con K. WININGER, K.), *op. cit.*

<sup>77</sup> C. MACKINNON, *op. cit.*, p. 172, citado en A. EDWARD, A., «Gender and sexuality in the social construction of rape and consensual sex: A study of process and outcome in six recent rape

mayoría de los abusos sexuales no sean condenados, porque como ya dije con anterioridad, la mayoría de los abusos sexuales no son perpetrados por extraños sino por familiares, amigos o conocidos, gente «normal» y «respetable».

Susan Estrich<sup>78</sup> sugiere que el principal factor que determina si la policía sigue adelante con la investigación se basa en la relación de la víctima con el agresor, seguido de las pruebas de agresión física y la presencia de testigos. Esto supone que en EEUU (y en España también) un 75% de las denuncias por abuso sexual no son tenidas en cuenta, ya que la agresión ha sido perpetrada por los maridos, familiares o amigos, y porque la mitad de todos los abusos se producen en la intimidad del dormitorio<sup>79</sup>.

Como vemos, el abuso sexual en la mayoría de las ocasiones es definido como sexo consentido, iniciación sexual o erotismo, minimizando de este modo la violencia que las mujeres sufren a manos del patriarcado, y justificando todos los argumentos anteriormente enumerados. Sin duda, el siguiente testimonio de una mujer víctima de abuso sexual en el hogar ejemplifica la persistencia de los mitos anteriormente expuestos:

La diferencia entre la violación en el cine y la violación conyugal es que no podemos gritar, porque nuestro hijo o hija, que duerme en la habitación contigua, podría despertarse. O que nuestro hijo o hija está al lado mismo nuestro, con el rostro crispado de horror. Y otra diferencia es que quien nos hace esto es alguien a quien amábamos, alguien que una vez fue la persona en quien más confiábamos. Y hay todavía una diferencia más, que los demás dicen que nos lo hemos inventado todo<sup>80</sup>.

## 5. CONCLUSIÓN

No hay razón por la que no pueda concluir este ensayo sin argumentar que la definición legal y social de la violencia sexual está determinada por creencias androcéntricas culturales sobre la sexualidad (femenina). Es decir, sobre cuál es el comportamiento femenino adecuado y cuáles las respuestas «razonables» de los hombres ante la sexualidad de las mujeres. La socialización tradicional fomenta la idea de que los hombres son viriles, superiores, activos sexualmente y deben disfrutar de los placeres carnales para canalizar el exceso de energía (negativa). Por otro lado, las mujeres son educadas para ser la mercancía sexual de los hombres. Esto implica disponibilidad sexual, sumisión, y obediencia. En otras palabras, en España como en la mayoría de las sociedades, «las mujeres *siempre* deben ponerse a sí mis-

---

trials», en J. HOLLAND y L. ADKINS (eds.), *Sex, Sensibility and the Gendered Body*, Londres, Macmillan, 1996, pp. 178-201, p. 186.

<sup>78</sup> S. ESTRICH, *op. cit.*, p. 186.

<sup>79</sup> C. MACKINNON, *op. cit.*, p. 34.

<sup>80</sup> AMNISTÍA INTERNACIONAL, «No Más Violencia Contra las Mujeres», en «<http://www.es.amnesty.org/nomasviolencia/noticia83.php>», 2007 (13/5/2007).



mas las últimas en una larga lista de obligaciones»<sup>81</sup> y si no, ya se encargará el sistema social de que no olvide su posición de inferioridad<sup>82</sup>. Como hemos visto, la propia definición de violencia sexual es violencia *per se*. Niega las experiencias de agresión y terror sufridas por las mujeres a manos del patriarcado. Sexo en lugar de violencia se convierte en la justificación por excelencia de la agresividad masculina. Esta definición se centra tan sólo en casos extremos<sup>83</sup>: en aquellos casos en los que hay evidencia de *excesiva* violencia, uso de arma, o son niños y ancianos los afectados. Además, debe haber habido penetración (¡con restos de semen!), requisito que evidencia una vez más el punto de vista falocéntrico de lo que puede ser definido como violencia sexual y lo que no. Por lo tanto, muchos casos de agresión sexual también quedan excluidos de esta definición.

Antes de finalizar, me gustaría enfatizar una vez más que cuando nos referimos a la violencia sexual es extremadamente importante tener en cuenta que la violencia sexual no es sólo la perpetrada por maltratadores, violadores o asesinos. Como dije al principio de este ensayo, la violencia sexual engloba la violencia simbólica ejercida por la sociedad al emborronar, justificar o negar la agresión a la mujer. La violencia sexual y la estructura social están íntimamente ligadas; comprender las causas de la violencia sexual nos dirá mucho sobre el funcionamiento de nuestra sociedad, y comprender el modelo social nos iluminará sobre la procedencia de la violencia sexual. De este modo, en lugar de teorizar sobre el perfil psicológico de los agresores, sería más fácil intentar desmitificar por qué unos hombres ejercen violencia y otros no.

Como conclusión, sugiero que desde el punto de vista de la salud pública y la igualdad de derechos hay una necesidad imperante de adoptar una perspectiva social frente al problema de la violencia sexual<sup>84</sup>. No es suficiente crear recursos para las mujeres que han sido víctimas de abusos sexuales, ni es suficiente castigar o reeducar a los criminales si la causa original del problema, el propio sistema social, permanece inalterado. En cambio, medidas más prácticas y a la larga mucho más

<sup>81</sup> D. VUKELICH, «Nicaragua: In my country of water and fire...», en A. LLEWELLYN (ed.), *op. cit.*, pp. 139-154, p. 146 (énfasis añadido).

<sup>82</sup>A este respecto, cito las palabras de Lucía Acosta Martín en su recensión sobre el libro de Audrey Mullender, *La violencia doméstica... una nueva visión de un viejo problema*: «Es lamentable que una de las principales razones que se esgriman a la hora de atender adecuadamente a las mujeres sea la cuestión de los hijos. Aunque necesario para la seguridad y bienestar de los últimos, la cuestión de los derechos de las mujeres a no ser objeto de abuso debe valer por sí misma a la hora de actuar frente a situaciones de violencia contra ellas». Claro ejemplo son aquellas leyes que «posibilita(n) informar al cónyuge del paradero de la mujer con el objetivo de que pueda ver a sus hijos, con la consecuente amenaza para ella». L. ACOSTA MARTÍN, «Recensión sobre el libro de Audrey Mullender, *La violencia doméstica... Una nueva visión de un viejo problema*». *Clepsydra. Revista de Estudios de Género y Teoría Feminista*, vol. 2 (2003), pp. 159-162.

<sup>83</sup> M. HESTER, L. NELLY y J. RADFORD, *op. cit.*, p. 21.

<sup>84</sup> R. WILKINSON, *Unhealthy Societies. The Afflictions of Inequality*. Londres, Routledge, 1996, p. 21.

efectivas serían empezar por desconstruir y admitir el peso nocivo de los mitos anteriormente señalados, «haciendo especial mención a la consecución de una educación no-sexista (e igualitaria) como herramienta que nos ayude a abordar un problema cuya magnitud nos está superando»<sup>85</sup>.



---

<sup>85</sup> J. FERRER RIERA, «La educación sexual como recurso en la prevención de la violencia hacia las mujeres». *Educació i Cultura: Revista Mallorquina de Pedagogia*, vol. 15 (2002), pp. 131-146.

# GÉNERO, MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y ¿ESPECIALIZACIÓN?

María Pilar Matud Aznar, Carmen Rodríguez Wangüemert  
y Joaquín Grande Baos  
Universidad de La Laguna

## RESUMEN

Éste es un estudio que expone, de forma deductiva, una descripción y una reflexión sobre la investigación que se viene llevando a cabo sobre medios de comunicación y la aplicación de la perspectiva de género entre las rutinas de trabajo de los profesionales de los medios informativos. La comunicación es uno de los ámbitos más dinámicos de las sociedades actuales, con cambios que se suceden rápidamente. Por ello, se revisan, con una mirada multidisciplinar, las propuestas para la especialización periodística en género de los periodistas, que desde áreas de investigación y desde la formación académica se están difundiendo.

**PALABRAS CLAVE:** género, medios de comunicación, rutinas periodísticas, especialización periodística.

## ABSTRACT

This study shows, in a deductive way, a descriptive and reflective appraisal on the research being done about mass media and their involvement in the application of a gender perspective in their daily professional work. Communication is one of the most dynamic fields in modern societies with substantial changes in constant development. Because of this, it is necessary to revise, in a comprehensive way, the proposals for gender specialisation of professional journalists, which are currently being issued from the areas of research as well as from academic teaching.

**KEY WORDS:** gender, mass media, routine of the professionals, journalistic specialization.

## INTRODUCCIÓN

Tres grandes nociones se conjugan entre las pretensiones de este trabajo<sup>1</sup>, que consiste en reflexionar sobre género, medios de comunicación y la especialización temática de los asuntos de que se ocupan las informaciones. Nos interesan fundamentalmente las investigaciones que las interrelacionan, su proceso y evolución, y, en especial, las tendencias que proponen. Es prolífica la emisión de investi-

gaciones, desde las áreas de la comunicación y más concretamente desde la Periodística, que interrelacionan género y comunicación, como inmediatamente veremos en un somero repaso descriptivo. Mucho menor es la que se ocupa de la especialización de los profesionales en relación con esos dos ámbitos, si bien las categorizaciones resultantes de algunas de los recientes trabajos apuntan levemente hacia ésta. Al menos es así para algunas secciones temáticas en las que se agrupan, por criterios de sistematización, las informaciones. Así parece que se busca que sea para violencia de género o mujer y salud, por ejemplo. Plantear cuestiones a esa probable especialización incipiente es uno de nuestros objetivos: ¿habrá de ser más especializado el periodista en perspectiva de género para unas secciones que para otras? ¿Convendrá a las mujeres ser ellas esas especialistas? Nos referimos a las periodistas cuya presencia cuantitativa ha aumentado entre las redacciones y, aunque en mucho menor medida, en los staff de los propios medios. Esto es, ¿será sólo responsabilidad de ellas?

La comunicación es uno de los ámbitos más dinámicos e influyentes de las sociedades actuales, merced, en especial, a la tecnología cambiante. Ese dinamismo no opera por igual en los cambios internos de las empresas de la comunicación, en las que se mantienen algunos de los convencionalismos estructurales y de organización que fueron apuntados desde siempre por Franquet<sup>2</sup>, sobre una jerarquización que no contribuye a superar el tratamiento discriminatorio. La misma autora, recientemente, al frente de un equipo de investigación creado para el estudio de la representación de género en los medios de comunicación *online*<sup>3</sup>, asegura que a pesar de la premisa de que los formatos por red prometían innovaciones e inclusión de nuevos asuntos y enfoques de interés informativos, las organizaciones siguen los parámetros de su empresa matriz.

No por ello cabe plantearse el abandono de la premisa del valor de los medios de comunicación en el entorno de nuestra cultura occidental como vehículo para el cambio social. En ese sentido, si los medios de comunicación han contribuido a transmitir a la opinión pública los estereotipos que tradicionalmente marcan los roles sociales de los géneros, también estarán en condiciones de participar en que se eliminen y en que se traslade a la sociedad el carácter limitador que tradicionalmente conllevan<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte de un proyecto de investigación que realizamos un equipo de investigadores de la Universidad de La Laguna y que tiene por título «El género como categoría social y realidad personal en la sociedad española actual», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General de Investigación. Proyecto SEJ 2004-00749/PSIC.

<sup>2</sup> R. FRANQUET, «Por un discurso no androcéntrico en los medios de comunicación», en *El sexismo en la Ciencia*, Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 1982.

<sup>3</sup> Trabajo de investigación promovido por GRISS (Grup de Recerca en Imatge So i Síntesis), bajo la dirección de Rosa Franquet, titulado: «Representación de género en los principales medios de comunicación *on line*».

<sup>4</sup> P. MATUD, C. RODRÍGUEZ, R. MARRERO y M. CARBALLEIRA, *Psicología del género: implicaciones en la vida cotidiana*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

Nuestro propósito persigue superar la certeza de que las representaciones de una cultura se manifiestan no sólo en las prácticas sociales sino también en los intercambios comunicativos de la vida cotidiana y, por tanto, en los discursos de los medios de comunicación. Pero también en que no son inamovibles. Si así fuera, sobrarían cada una de estas palabras. Perseguimos combinar expectativas, propuestas de cambios y posibilidades de mejora en los medios, para favorecer, desde una clara perspectiva de género, efectos entre unas audiencias integradas por sujetos «fragmentados y abiertos», en un escenario de los medios de muy distintas dimensiones<sup>5</sup>.

## 1. BREVE APROXIMACIÓN A LOS CARACTERES DE LA PERIODÍSTICA Y DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Seguramente podrá inferirse por cuanto venimos apuntando que nos dedicamos exclusivamente al campo de la información, al de la comunicación periodística, cuyos rasgos se analizan metodológicamente dentro de la Periodística, que abarca las principales tareas de sus profesionales, el quehacer y las funciones de los periodistas.

Referimos genéricamente los medios de comunicación social, en atención a los parámetros que conjuntamente comparten todos aquellos mensajes que se emiten a través de ellos, aunque presuponemos implícitamente las diferencias con las que provienen de las Relaciones Públicas o de la Publicidad (sobre la que se registra el mayor número de trabajos sobre género). Tampoco distinguimos entre los diferentes medios: televisión, prensa y radio o estos mismos medios en el sistema digital por Internet, porque, en la actualidad, imperan los multimedia y los contagios entre ambos en lo que a las rutinas profesionales se refiere. Encuadrada así nuestra reflexión, nos hallamos en disposición de exponer al menos las tres características más relevantes para entender algunos de los supuestos laborales que analizaremos en relación con la probable especialización. Cuatro elementos son reseñables:

- a. El conflicto y la espectacularización.
- b. Lo cambios de paradigmas en la relación emisor-receptor.
- c. El discurso social y la acción social.
- d. El interés informativo.

Los conflictos constituyen una materia prima de la información, dado que la construcción de la imagen de los otros se establece también a través de la repre-

---

<sup>5</sup> J. BENAVIDES, «Sobre los efectos de los medios», en S. CARCELÉN GARCÍA, C. RODRÍGUEZ WANGÜEMERT y N. VILLAGRA GARCÍA (eds.), *Propuestas para una comunicación de calidad. Contenidos, efectos y formación*, Madrid, Edipo S.A., 2006, pp. 267-279.



sentación mental de los conflictos, que forman parte natural de los individuos en relación con otros miembros de una sociedad. Utilizaremos un planteamiento descriptivo y desde la perspectiva de género para analizar cómo. A nadie inmerso en la sociedad actual se le escapa la importancia que para la construcción de las representaciones mentales tienen los medios de comunicación en el imaginario social y, concretamente, el papel relevante de la prensa, por su alto grado de influencia ideológica, enfatizada a través de la reconocida espectacularización que importa al criterio de elección de los mensajes.

Por otra parte, el conocimiento de lo que acontece no es lineal, como ha venido a mostrar la red y, por consiguiente, se están observando cambios en los paradigmas tradicionales de comunicación. El mensaje informativo, objeto del análisis de la Periodística, que llegaba al receptor de una manera lineal (emisor-mensaje-receptor), sigue, a efectos prácticos, emitiéndose de la misma manera, pero, en la actualidad, se presenta imbuido en un ámbito de interconexiones entre la multiplicidad de mensajes cuyos contenidos de interrelacionan y se contagian para la reformulación continua de los nuevos mensajes.

Los mensajes constituyen así el centro de la galaxia comunicativa y los que mantienen las características periodísticas se difunden junto a un amplio espectro de la información con las características siguientes, siguiendo las aportaciones de Casals Carro<sup>6</sup>: a. Superabundancia de información, actualmente inabarcable. b. Rapidez e inmediatez: el tiempo entre el hecho y la difusión del hecho pretende ser instantáneo, características (a y b) que ha aportado la nueva sociedad global, frente a las siguientes, con las que suponen una constante desde la aparición de la prensa de masas a mediados del siglo XIX, y que son: c. Valor de mercancía y de servicio público: la dicotomía que produce que la información esté sometida a las leyes del mercado, de la oferta y la demanda y que sea a la vez servicio de importancia social se presenta insalvable. d. La información es poder y los poderes quieren ejercer su control.

El análisis que planteamos, centrado en la configuración del discurso social que se formaliza a través de la prensa, se establece, pues, desde el entendimiento de que el periodismo es un sistema de acción social que vive en la actualidad cambios paradigmáticos, por los que precisamente se hace imprescindible registrar el sentido del periodismo, que estaría fundamentado principalmente en:

- a. Selección de la información con criterios de servicio público.
- b. Elaboración de mensajes con claras reglas para el entendimiento del destinatario: diferenciación de los géneros periodísticos; pluralismo; verificación y documentación de la realidad y la búsqueda de una realidad más allá de la creada por el poder con ampliación de los criterios de selección de la información y la ampliación del sistema de fuentes; todo en aras de una repre-

---

<sup>6</sup> M.J. CASALS CARRO, *Periodismo y sentido de la realidad. Teoría y análisis de la narrativa periodística*. Madrid, Fragua, 2005.

sentación social más real a través de los medios de comunicación convencionales.

Porque sólo así adquirirá sentido la realidad representada por los medios de comunicación, la realidad construida desde la explicación de realidades complejas en la que intermedia el periodismo, para explicar el sentido de la realidad y difundirlo a la opinión pública. Y porque sólo por ese fin podrá entenderse la necesaria colaboración y entendimiento entre los profesionales periodistas y la diversidad de fuentes informativas para el eficaz conocimiento del entorno.

Conveníamos la necesidad de una reflexión, y no se nos escapa que, expuesta con los anteriores parámetros, en la fundamentación teórica de nuestro trabajo se vislumbra un cierto alejamiento de lo que la «realidad» de los medios ofrece, o, de forma más precisa, de lo que la opinión pública tiene percibido y aprehendido sobre los efectos y las tareas de los medios de comunicación social. En absoluto. Las dimensiones de la información periodística actual obligan a analizar aquellas facetas en las que la tarea informativa y sus rutinas se sumergen en los descontroles que, en ocasiones, por la extralimitación de la espectacularización ya mencionada, el entretenimiento y su búsqueda de ampliar los públicos, llevan a denostar esa tarea de servicio para las sociedades democráticas. Por ello, sí entendemos necesario incidir —cuando de la adopción de trabajos orientados desde la perspectiva de género se trata— en la tarea selectiva de los medios de comunicación y en sus criterios, de manera que se pueda entender el punto de partida de nuestro trabajo sin connotaciones negativas que desviarían el sentido de sus precisiones, que son —a nuestro entender— acatar, para poder valorar sus efectos, todas las rutinas profesionales. Y atacarlas, con el objeto de proponer que se atajen, cuando así se justifique. Esto es, desde el análisis periodístico asumimos el criterio que impera en el marco de la actualidad, en la que la selección temática se decanta por aquellos acontecimientos que representen los conflictos, y, en especial, los conflictos sociales y humanos de entre los acontecimientos acaecidos.

La principal explicación proviene de la teoría del acontecimiento, que establece que para que sea considerado interesante, el acontecimiento periodístico ha de suponer la ruptura de la normalidad. Lo que acontece, en términos de selección periodística precisa, por tanto, novedad. En ese sentido, en un momento en el que se ha observado, siguiendo las aportaciones de Casals sobre cómo los medios periodísticos han abierto sus agendas para la inclusión de temas fuera de los fabricados por las agendas políticas. Cómo suscitan el debate social y muestran los problemas sociales con mejores métodos y mayor responsabilidad, habrá que reflexionar sobre los criterios de selección de la información, que se realizan entre los de interés general y lo importante y el interés público y lo interesante:

el interés general define el periodismo junto con el interés público. Son dos conceptos diferentes pero complementarios. El primero proporciona un sentido de la realidad respecto al mundo que habitamos. El segundo, respecto a la actividad y parcelas inmensas del ser humano, de utilidad y de cultura. El equilibrio entre ambos conceptos selectivos constituyen lo esencial del periodismo. El desequili-

brio, o peor, la falta de estos criterios selectivos de la información, sirven a una actividad seudoinformativa que no debe ser considerada como periodismo sino como acción propagandística encubierta o como infoentretenimiento, depende de los casos. [...] Si hubiera una palabra que resumiera el ideal de las funciones sociales del periodismo ésta sería integración. Integración de los individuos en su sociedad, integración de culturas diferentes, integración de exigencias democráticas, integración para la convivencia y la paz, para el avance del conocimiento. Esa es la responsabilidad exigible a los medios de comunicación en general y al periodismo en particular. Aunque no todo es como debiera ser<sup>7</sup>.

## 2. COMUNICACIÓN SOCIAL Y ESTUDIOS CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

La reseña de todos los estudios centrados en género y comunicación resultaría una labor inabarcable. Durante treinta años de investigación se han configurado varias etapas, la primera de ellas claramente enmarcada en el estudio de símbolos de poder androcéntrico en los medios y la escasa presencia cuantitativa de las mujeres como profesionales y como influyentes en las tomas de decisiones. Todas esas aportaciones han nutrido las reflexiones de nuestro trabajo que se sintetizan ahora en las últimas tendencias de proponer perspectiva de género para los cambios de las rutinas profesionales del periodismo. Sí deseamos retomar un análisis de 1997 en que se recogen algunas propuestas para la aplicación de la perspectiva de género valoradas por Rodríguez Dorantes<sup>8</sup>, que asegura que, si bien mujeres y hombres han sido sujetos de indagación en estos asuntos, no es sino hasta la aparición de la perspectiva de género como propuesta filosófica, ética, política, conceptual, teórica y metodológica, cuando en el campo del estudio de la comunicación la condición de género y la situación de vida de mujeres y hombres se hacen visibles a través de una mayor complejización analítica de los fenómenos de la comunicación social. Asegura así que la perspectiva de género es no sólo una nueva forma de abordar teórica y metodológicamente el estudio de la condición de vida y situación vital de mujeres y hombres, sino que es una posición filosófica y política frente al mundo; en este sentido, no se debe dejar de lado su carácter eminentemente crítico frente a lo establecido, lo cual implica asumir una labor de cambio.

Y dado que la perspectiva de género surge como una herramienta conceptual y metodológica necesaria, se apuesta por un enfoque que permite conocer y entender mejor sus identidades personales y sociales de la mujer y el hombre, así como las modalidades en que ambos géneros se comportan dentro de las intrinca-

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 266.

<sup>8</sup> C. RODRÍGUEZ DORANTES, «Género y medios masivos de comunicación: una propuesta de investigación». *Razón y Palabra*, Primera Revista Electrónica en América Latina Especializada en tópicos de Comunicación. Primera Edición Especial Generación MacLuhan, julio 1997.

das y complejas estructuras que las sociedades han creado para su funcionamiento, en la que está la representación y el sentido de la realidad que circunda a los individuos transmitida como símbolos culturales a través de los medios. La perspectiva de género, y por tanto los estudios sobre la comunicación social basada en ella, ha hecho las siguientes aportaciones: a) Permite poner entre paréntesis muchos de los postulados sobre el origen de la subordinación femenina y permite replantear la forma de entender o visualizar cuestiones fundamentales de la organización social, económica y política. b) Permite sacar del terreno biológico lo que determina la diferencia entre los sexos y colocarlo en el terreno simbólico. c) Permite delimitar con mayor claridad y precisión cómo la diferencia entre mujeres y hombres cobra dimensión de desigualdad. d) Permite identificar las diversas áreas en las que se concentra el poder masculino y en las que la participación de la mujer es marginal o secundaria. e) Permite mirar la sociedad, sus órdenes e intersticios a partir de los intereses de los géneros oprimidos; y f) Está permitiendo la formalización de una teoría sobre la división del mundo y del trabajo. Conviene ahora recordar cómo se anunciaban los efectos que supondrían en un futuro próximo, a través de Bach Arús y cols.<sup>9</sup>, según sus palabras redundaría en que:

- 1) Se haría real la manifestación, a través de los contenidos informativos de los medios de comunicación, de que hombres y mujeres han sido socializados de manera diferente.
- 2) Se eliminaría la noción identificativa que existía, según la cual muchos de los problemas sociales eran únicamente de «las mujeres».
- 3) Se daría significación a las diferencias cualitativas y cuantitativas relacionadas con demografía, educación, arte, tecnología, religión, etc.
- 4) Se eliminarían los estereotipos, para hombres y para mujeres.
- 5) Se ofrecerían datos mucho más completos y profundos en las informaciones.
- 6) Se abriría el campo de actuación para la interpretación y análisis de la sociedad.
- 7) Se extendería el problema a las personas de la colectividad.

Globalmente, las ventajas de incidir en la perspectiva de género en la información estribarían en que la convierten en una cuestión global que, sin excluir a nadie, hombre o mujer, resalte la asimetría debida al sistema social y cultural.

Con Bach se sintetizan las probabilidades de la futura imagen con la adopción, paulatina, de nuevas formas de mirar, pensar y elaborar los contenidos de los mensajes de los medios de comunicación. Finalmente, es objetivo que, como insisten las mencionadas autoras, no se establezca por ninguna de las medidas propuestas ningún atisbo de sexismo (con la connotación peyorativa del término), ya que también a consecuencia de algunas medidas feministas a través de la opinión públi-

---

<sup>9</sup> M. BACH ARÚS, E. ALTÉS, J. GALLEGRO, M. PLUJA, y M. PUIG MOLLET, *El sexo de la noticia. Reflexiones sobre el género en la información y recomendaciones de estilo*. Barcelona, Icaria, Sociedad y Opinión, 2000.



ca, algunas respuestas masculinas recurren a la reivindicación de discriminación, en ese caso, por la actuación inversa (la no visibilidad femenina, por otra parte tan relevante).

### 3. PERSPECTIVA DE GÉNERO Y RUTINAS PROFESIONALES

El futuro próximo mencionado sigue siendo una aspiración, como veremos a través de una breve descripción de Altés y Gallego<sup>10</sup>, que recoge cómo en las redacciones se mantienen y transmiten los estereotipos de género debido a unos mecanismos que estas autoras han cotejado en las redacciones a través de un estudio de campo. Así, ahí, como en la titulada *La prensa por dentro*<sup>11</sup>, han categorizado esos mecanismos como: a) debidos a la organización empresarial, b) a la cultura profesional y periodística, c) al contexto sociocultural y d) a la idiosincrasia individual, a través de los que se muestra que:

el discurso informativo no contempla entre sus presupuesto la dimensión de género. Ni la contempla ni sabe en qué consiste. Por tanto, es fácil comprender que haya un estado de confusión elevado por lo que respecta al abordaje que se hace de los temas relacionados con el género, que puede oscilar desde el rechazo a la comprensión<sup>12</sup>.

Apuntan de esta manera las mencionadas autoras que puede coexistir —sin voluntad de unidad de criterio dentro de un mismo medio— algún texto informativo enfocado con perspectiva de género y otro en el que se observen pautas discriminatorias, ya sean advertidas, premeditadas o no.

### 4. DELIBERACIONES SOBRE ESPECIALIZACIÓN

Este desequilibrio de criterio no conviene al periodismo, ni a la deseable representación social de los individuos de la comunidad a la que se dirige a través del constructo cultural social de los medios de comunicación. Supone un verdadero acicate para estas investigaciones, y en concreto para la nuestra, que quiere advertir sobre una descompensación importante, en el caso de que se instaure la especializa-

---

<sup>10</sup> E. ALTÉS y J. GALLEGO, «Estereotipos y roles de género en los medios de comunicación», en P. LÓPEZ DÍAZ (ed.), *Manual de información en género*, Instituto Oficial de Radio y Televisión, Madrid, 2004, pp. 37-69.

<sup>11</sup> J.J. GALLEGO (dir.), *La prensa por dentro. Producción informativa y transmisión de estereotipos de género*. Barcelona, Los libros de la Frontera, 2002.

<sup>12</sup> E. ALTÉS *et al.*, *op. cit.* 2000, p. 110.

ción en perspectiva de género si ésta fuera identificada con la sistematización en una sección informativa, diferenciada del resto de las secciones por las que formal y tradicionalmente se han confeccionado los medios, principalmente por instauración de sus rutinas. Y esto se está ya proponiendo en algunas redacciones: la creación de secciones específicas para mensajes que traten de Violencia de Género, por ejemplo, como respuesta a la crítica que reciben los medios de comunicación sobre el trato espectacular, escabroso y siempre relacionado con conflicto social, nos ilumina sobre esa posibilidad.

Siquiera temporalmente podría estimarse esa posibilidad, si la iniciativa sólo se vislumbra como una fórmula temporal para paliar el tantísimo tiempo de la historia del periodismo en la que se ha trabajado desde el desconocimiento, la negación, la incompreensión o el rechazo cuando se trata de abordar las cuestiones de género. En términos generales, aun así, la consolidación definitiva de secciones para temas abordados con perspectiva de género supondría una nueva forma de discriminación, un maquillaje a la conciencia «políticamente correcta» de los medios a través del reconocimiento y la consideración como «valor noticia» de la propia esencia de la perspectiva de género. La perspectiva de género es una cuestión más global, íntegra, y que, en nuestra opinión, ha de sentirse imbuida y afectar a todas las secciones tradicionales que se han configurado en sus propias rutinas el periodismo (Política, Economía Sociedad, etc.), y a aquellas que se formalicen a partir de las fragmentaciones del conocimiento. Y en ningún caso constituye un capricho aleatorio nuestro: nada tenemos en contra de la especialización en perspectiva de género entendida como y para ese proyecto global del entendimiento igualitario de las personas de una sociedad. Pero también para todas las gestiones y materias de interés periodístico.

Para refrendar nuestras posturas, baste aproximarnos a la idea de que la especialización periodística, a la que no tenemos nada que objetar —porque en esencia mejora desde luego el servicio de conocimiento al público y a las propias fuentes de la información—, aspira siempre a la presencia continua y a la existencia de cada vez más espacios «especiales», de tratamiento diferenciado, entre los que seleccionan los medios para agrupar asuntos desde la mirada temática. Al respecto, Berganza<sup>13</sup> advierte sobre las ventajas y desventajas de que la sectorización de la ciencia, tan característica de nuestra época, es consecuencia de los avances científicos y técnicos de la sociedad. Esta parcelación es, por una parte, inevitable y positiva, pues ha permitido profundizar y desarrollar las distintas áreas de conocimiento. Sin embargo, por otra, también posee consecuencias negativas. En ese sentido, con las disquisiciones de otros autores, advierte que uno de los peligros es que el profesional especializado puede sentirse más especialista cuanto más ha reducido su campo de acción, lo que constituye una barbarie. La especialización verdadera es la que

---

<sup>13</sup> C. BERGANZA, *Periodismo Especializado*. Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2005.



se enfoca ampliando su visión y sin olvidar nunca el conjunto, y se enfoca integrándola en un sentido. La perspectiva de género es una postura global que ha de dotar de significación informativa a los acontecimientos, la realidad y la experiencia, atravesados como están por el hecho de que los seres humanos pertenecemos a dos sexos socializados de diferente manera y que viven historias, estructuras y situaciones sociales diferentes. La perspectiva de género en los medios de comunicación, por ignorada, ya ha padecido muchas etapas de barbarie.



## SARAH WINNEMUCCA: «PRINCESA» Y VOZ DE LOS PAYUTES

Sarah Winnemucca ha pasado a la historia de los Estados Unidos como la primera mujer nativoamericana en publicar un libro: *Life among the Paiutes: Their Wrongs and Claims* (1883). Éste es quizás el más visible y fundamental de sus méritos, pero no el único. Aunque, indudablemente, el pertenecer a una minoría doblemente marginada (como india y como mujer), hace que Sarah Winnemucca sea una figura relevante desde tres puntos de vista: como exponente de la cultura india, como voz combativa frente al gobierno americano y, por último, como representante de los valores de la mujer india. Todo ello la ha convertido en un personaje de excepción para conocer mejor la cultura india y, más concretamente, la verdadera situación de la mujer dentro de la tribu, mucho más igualitaria y avanzada que la que experimentaba la mujer blanca en la misma época.

Nació probablemente en 1844 en la región de Pyramid Lake, cerca del río Humboldt, en lo que hoy día es el estado de Nevada. Era nieta del gran jefe Truckee e hija del jefe Winnemucca, de la tribu de los payutes. Éstos conformaban una tribu nómada que se abastecía de recursos naturales y que cambiaba su lugar de residencia en función de la estación del año. Su medio de vida era sobre todo la caza, la recolección de semillas (especialmente piñones de pino) y la pesca en ríos y lagos. Sarah Winnemucca pasó gran parte de su infancia en el Valle de San Joaquín en California, y fue allí donde aprendió español. Más tarde residiría brevemente en un convento católico en San José (California), hasta que las quejas provenientes de padres de las niñas blancas, sobre la no conveniencia de que sus hijas tuvieran contacto con una niña india, hicieron que fuera expulsada. Su abuelo la llevaría posteriormente a la casa de William Ormsby, en Carson City (hoy capital del estado de Nevada), para que fuera educada según las costumbres blancas, y así se convirtió en una de las pocas payutes que aprendieron a hablar y escribir en inglés. Fue en esta época cuando asumió el nombre de «Sarah», ya que su nombre original era el de Thocmetony («*shell flower*» o «flor del paraíso»). A la edad de 14 años ya sabía hablar varias lenguas: español, inglés y tres dialectos indios. Esta habilidad lingüística sería fundamental para su vida futura.

Estamos ante una mujer que vivió en una encrucijada entre dos mundos: el anglosajón y su propio mundo indio. Su trayectoria estuvo determinada por el carácter amigable de su abuelo con respecto a los colonizadores blancos, que en muchos casos se comportaban realmente como invasores. Truckee, nombre indio que significaba «bueno», era un hombre que pensaba que los blancos y los indios





habían sido en un tiempo anterior hijos de los mismos padres y habían convivido en paz, pero que más tarde se pelearon y tuvieron que alejarse, poblando distintos puntos de la tierra. Sin embargo, también estaba convencido de que en algún momento ambos debían reencontrarse y hacer las paces. Es por esto que siempre recibía afablemente a los soldados o simplemente a los hombres blancos que iban a parar a sus tierras, prestándoles ayuda y considerándolos «hermanos», pues pensaba que eran descendientes de esos hijos blancos cuyos padres tenían en común. El «capitán» Truckee tuvo relaciones especialmente cercanas con algunos miembros del ejército americano. Entre otras cosas, actuó como guía para el capitán John C. Fremont durante su expedición por las vastas tierras de lo que hoy se conoce como la Gran Cuenca, un enorme territorio que ocupa 250.000 km cuadrados o, lo que es lo mismo, una amplísima extensión que hoy forma parte de los estados de Nevada, Utah, California, Idaho, Oregón y Wyoming. También colaboró con el ejército en la guerra contra México (1845-1848), yendo con Fremont y once de sus mejores hombres hasta California para luchar contra los mexicanos.

Sarah heredaría de su abuelo la misma predisposición bondadosa hacia los blancos, aunque su percepción de ellos estuvo siempre mediatizada por el comportamiento muchas veces reprobable de algunos, y en el texto que se incluye se aprecia cierta dosis de ironía cuando se refiere a ellos como «esa gente a la que mi abuelo llama sus hermanos blancos». En cualquier caso, Sarah Winnemucca contribuyó muchísimo al entendimiento entre indios y blancos. Así, entre 1866 y 1875 trabajó como intérprete para el ejército en el fuerte McDermitt en Nevada y en el campamento Harney en Oregón. Después de fracasar su matrimonio con el teniente Edgard C. Bartlett, abandonó el fuerte y volvió con su tribu a la reserva de Malheur en Oregón. Allí fundaría una escuela local y también actuó como intérprete para el agente indio Samuel Parrish<sup>1</sup>, quien resultó ser un hombre de principios y gracias al cual los payutes llevaron a cabo un buen proyecto agrícola. Sin embargo, el sustituto de Parrish después de cuatro años, William Rinehart, no fue precisamente un benefactor de los payutes, pues incluso se negaba a pagarles por su trabajo en los campos, les robaba los suministros que el gobierno enviaba a la reserva y los vendía a cualquiera que pudiera pagarlos. Las condiciones de vida en la reserva de Malheur fueron deteriorándose y la situación de miseria se hizo insostenible. A esto hay que añadir el hecho de que los colonos blancos poco a poco se iban apropiando de las mejores tierras pertenecientes a los indios. En 1878 los payutes y los bannock<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> La figura del agente indio fue muy relevante en la vida de todas las tribus indias de aquella época. Aunque relevante no es sinónimo de beneficiosa. Al contrario, los agentes indios eran en la mayoría de los casos personas corruptas y de moral muy reprobable que, lejos de cumplir su función como intermediarios entre las tribus indias y el gobierno de Washington, promoviendo las buenas relaciones y el entendimiento entre ambos, se limitaban a aprovecharse de los recursos de las comunidades indias, a robar y comerciar con los abastecimientos proporcionados por el gobierno, y, en definitiva, a actuar en su propio interés.

<sup>2</sup> Los bannock eran, como los payutes, una tribu nómada, que poblaban lo que actualmente es el sudeste de Oregón y el oeste de Idaho.

abandonaron la reserva y los bannock comenzaron a asaltar poblados blancos al sur de Oregón y norte de Nevada, dando lugar en 1878 a lo que se conoció como la Guerra Bannock (*Bannock War*).

Durante esta guerra, Sarah Winnemucca trabajó como traductora y guía para el ejército de los Estados Unidos, aunque no fue justamente recompensada por esta labor. Después de la guerra, los payutes debían haber sido devueltos a la reserva de Malheur pero, en vez de eso, fueron confinados en la reserva de Yakima, situada en el estado de Washington, al noroeste del país y en la frontera con Canadá. El viaje se realizó en invierno y los payutes no tenían vestimentas adecuadas para soportar el terrible frío y la nieve. Muchos de ellos murieron en el camino. La vida en esta reserva resultó una tortura para los payutes, que no estaban acostumbrados a las gélidas temperaturas de esta zona, y donde conseguir sustento utilizando sus métodos tradicionales era una empresa totalmente imposible. A consecuencia de las duras experiencias vividas en Yakima, Sarah decidió recorrer California y Nevada dando conferencias para que el público conociera las condiciones de vida y los padecimientos de su tribu a manos del gobierno y los agentes indios. El *leit-motiv* de este proyecto era defender los derechos de su tribu, que estaba retenida en contra de su voluntad en la reserva de Yakima<sup>3</sup>. En el invierno de 1880 ella y su padre fueron a Washington DC y obtuvieron permiso del secretario del Interior, Carl Schurz, para regresar a Malheur. Sin embargo, esta promesa se incumplió durante muchos años y los payutes tuvieron que permanecer en el infierno de Yakima por más tiempo del que deseaban.

Mientras daba conferencias en San Francisco<sup>4</sup>, Sarah conoció y se casó con Lewis H. Hopkins, un empleado del Departamento de Asuntos Indios. Con él viajó al este y en Boston conocieron a las hermanas Elizabeth Peabody y Mary Peabody<sup>5</sup>, quienes promocionaron su carrera como conferenciante en diversas ciu-

---

<sup>3</sup> Winnemucca también pretendía obtener oficialmente el estatus de «ciudadanos» para su tribu, algo que paradójicamente las poblaciones indias sólo conseguirían después de la I Guerra Mundial, y como recompensa por la participación de soldados indios en la guerra.

<sup>4</sup> Fue en esta ciudad donde el *San Francisco Chronicle* le puso el apelativo de «princesa Sarah», debido al estilo tan inusual que desplegaba en sus charlas, donde contaba anécdotas y chistes, relataba historias y mitos de su pueblo, podía ser melodramática y sarcástica a la vez. La forma de expresarse que tenía Sarah Winnemucca era totalmente ajena a lo que el público blanco conocía, y esto era precisamente lo que hacía tan atractivas sus conferencias, que en algunos casos se convertían realmente en «performances» donde bailaba, actuaba y, por supuesto, hablaba.

<sup>5</sup> Las hermanas Peabody, tal como han pasado a ser conocidas, eran Elizabeth (1804-1894), Mary (1807-1887) y Sophia (1809-1871). Las tres fueron figuras muy conocidas en los círculos liberales e intelectuales de Boston, apoyando causas humanitarias como el Movimiento Abolicionista, por ejemplo, o los derechos de los nativoamericanos. Sobre todo Elizabeth formó parte de los movimientos más progresistas de la época. De hecho, fue una figura relevante del Movimiento Transcendentalista, editora de la revista del movimiento —*The Dial*— durante dos años, y contribuyó muchísimo a establecer en los Estados Unidos lo que se conoce como el «Kindergarten Movement». Este movimiento estaba inspirado en las teorías del educador alemán Friedrich Froebel, que creía en la necesidad de articular una transición educativa para los niños desde el hogar hasta la escuela





dades del este. Entre abril de 1883 y agosto de 1884 Sarah Winnemucca dio alrededor de trescientas charlas en ciudades como Boston, Nueva York, Baltimore o Washington DC. Las hermanas Peabody le conseguían los fondos para sus viajes, y, lo más importante, la ayudaron a preparar la redacción de *Life among the Paiutes*, pues aunque Winnemucca hablaba bien el inglés, necesitaba ayuda para corregir fallos de ortografía y gramática.

Después de regresar a Nevada nuevamente, Sarah fundó en 1884 una escuela para niños indios, la *Peabody Indian School*, que practicaba el bilingüismo, pero que ponía especial énfasis en reafirmar y enseñar el estilo de vida y las lenguas indias. Pero esta escuela funcionó sólo durante cuatro años, ya que en 1887 la Ley *Dawes Severalty* estableció que los niños indios fueran a escuelas donde se les obligaba a hablar inglés y se les prohibía hablar sus lenguas maternas. Algunos de estos niños llegaron a ser literalmente arrebatados de los brazos de sus madres y llevados a estas escuelas, que funcionaban además como internados, pues la intención del gobierno era romper todos los vínculos de los niños con su pasado indio. De nada sirvió que en 1886 Sarah publicara un panfleto titulado «Sarah Winnemucca's Practical Solution to the Indian Problem», una lista de sugerencias para evitar que cerraran la escuela que había fundado. Las medidas asimilacionistas del gobierno americano se cumplían al pie de la letra y la máquina para borrar los rasgos culturales indios funcionaba a pleno rendimiento. Después de lo que ella consideró su último fracaso, Sarah Winnemucca se fue a vivir con su hermana a Henrys Lake (Idaho) y allí murió de tuberculosis el 16 de octubre de 1891, a la edad de 47 años aproximadamente.

### *LIFE AMONG THE PAIUTES: THEIR WRONGS AND CLAIMS* (1883): CARACTERÍSTICAS Y RECEPCIÓN CRÍTICA

Aunque el libro de Sarah Winnemucca ha sido definido como una autobiografía, habría que aclarar que presenta algunas diferencias con respecto a lo que en la tradición literaria occidental se conoce como tal. Si en las autobiografías al uso el primer objetivo es el de presentar un autorretrato de la protagonista, ocupando ella el lugar principal y hablando desde su perspectiva personal, en ésta no encontramos tal intención. Al contrario, la motivación de Winnemucca no es hablar de ella misma, sino de su tribu. La identidad individual se funde, pues, con la identidad colec-

---

formal. En 1840 acuñó el término *kindergarten*, literalmente «jardín de infancia», y concibió esta fase de la educación como un paso necesario para los niños, donde primaba el concepto de «actividad» en sus diversas manifestaciones: cantar, bailar, jugar, etc. Elizabeth Peabody acogió estas ideas inmediatamente, ya que ella misma era educadora y maestra de ideas avanzadas. En una época en que la educación se constituía como un rígido sistema disciplinario en el que los niños debían aprender de forma mecánica y aburrida las diversas disciplinas, el ideario del *Kindergarten Movement* aparecía como una forma de aliviar al niño el paso brusco del hogar a la escuela.

tiva de su gente y el libro es realmente el relato de la relación de los payutes con los blancos. Su objetivo principal es dar a conocer al público las miserias y los padecimientos de su gente provocados por los soldados americanos, los colonos o los agentes indios enviados por el gobierno. Por lo tanto, no es realmente una autobiografía, sino un texto que defiende la causa de los indios payute y que promueve una imagen de los mismos muy alejada de aquella que la mentalidad blanca traía consigo en términos de salvajes, sanguinarios, crueles... Hay que tener en cuenta que las tribus indias no tienen una concepción de la subjetividad individual similar a la cristiano-occidental, donde prima la expresión del «yo». Desde su percepción, la identidad fundamental está asociada a la comunidad, la tribu.

Sarah Winnemucca ha construido una identidad dialógica en el sentido de que es capaz de hablar de su tribu al mismo tiempo que se adapta a dos formas de expresión que son totalmente ajenas a su propia cultura: la lengua inglesa, por un lado, y la autobiografía, por otro. Éste es un gran mérito del libro, pues refleja el afán conciliador de su autora, que se dirige directamente a los lectores a lo largo del texto, apelando a su sensibilidad y comprensión para conseguir ser entendida. Por otro lado, se trata de un libro bastante complejo en el que encontramos muchos elementos distintos: mitología, etnografía, historia, aventuras, oratoria y ensayo filosófico. Es, en definitiva, un compendio de elementos diversos que se exponen a través de una lectura fácil y entretenida.

Pero también estamos ante una obra subversiva, ya que Winnemucca fue capaz de explotar los recursos que le ofrecía la autobiografía para que la población blanca conociera las injusticias cometidas contra su gente. En este sentido, cuando alguien de una cultura indígena usa la autobiografía está participando en un proceso que Mary Louise Pratt ha denominado «transculturación»<sup>6</sup>, es decir, la manera en que grupos subordinados o marginados seleccionan y reinventan materiales propios de la cultura opresora para conseguir algún fin. Winnemucca ha sido, pues, muy hábil en diseñar su texto como una autobiografía, ya que así introduce una perspectiva personal que resulta adecuada para que un público blanco llegara a comprender que los indios estaban siendo víctimas de un tratamiento inhumano, que incluía desde la contaminación de sus ríos y lagos por la introducción de ganado traído por los colonos blancos, hasta la violación sistemática de sus mujeres<sup>7</sup>, y pasando por el hecho de que muchas veces los blancos quemaban los alimentos que tenían almacenados para pasar el duro invierno.

Aunque cada vez hay más, realmente se puede considerar escasa la bibliografía crítica que existe sobre esta autora. Esto se debe a que cuando la literatura

---

<sup>6</sup> Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London, Routledge, 1992.

<sup>7</sup> La propia hermana menor de Sarah Winnemucca fue violada en varias ocasiones, lo que ella apunta veladamente en el texto, pero sin hacer una referencia directa, pues no quería pecar de indecorosa tratando asuntos que los blancos de clase media seguramente considerarían escabrosos o inmorales.



india empezó a ser estudiada en los departamentos de las universidades americanas, en la década de 1970<sup>8</sup>, la mayoría de los críticos privilegiaba un tipo de literatura combativa y activista que denunciara de forma clara y explícita la situación de opresión que padecían los indios. El texto de Winnemucca fue tachado de demasiado «asimilacionista», ya que, según esta apreciación, el tono empleado por la autora era demasiado suave y sumiso con respecto al tratamiento recibido de parte de los blancos. Algunos críticos llegaron incluso a acusarla de «traicionar» a su gente. Pero yo creo que en ningún momento hubo sumisión por parte de Winnemucca. Más bien, pienso que ella era consciente de que cierto grado de asimilación es necesario si pretendía la supervivencia personal y de su tribu y, por supuesto, la mejoría de sus condiciones de vida. En un contexto político como el que se encontraron los payutes y demás tribus indias, en el que el equilibrio de fuerzas estaba claramente decantado hacia el lado blanco, hay que hacer determinadas concesiones políticas en pro de un objetivo a más largo plazo, como era el de la no erradicación total de los payutes. En este sentido, Winnemucca se vio obligada a hablar con un lenguaje que fuera entendible para los blancos y con una actitud que fuera aceptada por los mismos. Su intención final, como ya he dicho, era la de atraer la atención y la simpatía del público blanco.

Los extractos seleccionados pertenecen a los dos primeros capítulos. El primero de ellos se puede entender como una especie de introducción al mundo de los payutes, y sus primeras relaciones con los blancos. En el segundo, que tiene un carácter bastante etnográfico, la autora nos informa de costumbres sociales, estilos de vida, y la propia organización política de su tribu. El resto del libro se centra en relatar episodios mucho más específicos, como por ejemplo el capítulo VII, que se titula «The Bannock War», o el VIII, titulado «The Yakima Affair». En ambos, la perspectiva de Winnemucca sigue siendo colectiva más que individual y esto es precisamente lo que caracteriza de forma peculiar esta autobiografía, que hoy en día se ha convertido en un texto fundamental en los estudios indios en general, y en el de la literatura nativoamericana en particular.

## SELECCIÓN DE TEXTOS

### CAPÍTULO I. PRIMER ENCUENTRO ENTRE LOS PAYUTES Y LOS BLANCOS

Nací alrededor de 1844 pero no sé exactamente cuándo. Era muy pequeña cuando los primeros blancos llegaron a nuestras tierras. Llegaron como leones, sí,

---

<sup>8</sup> Este movimiento académico coincidió con la fundación en 1968 del *American Indian Movement*, que en términos similares a los del *Civil Rights Movement* con la población afroamericana, pretendía defender a los indios del abuso policial, la marginación social y política y la supresión institucional de su cultura. Era un movimiento activista y político que tuvo un desarrollo paralelo en las universidades, que poco a poco fueron creando departamentos de *Indian Studies*, encargados de recuperar y estudiar la literatura nativoamericana.

como leones rugiendo y así han continuado desde entonces. Nunca he olvidado su primera venida. Mi gente estaba en aquella época diseminada a lo largo y ancho de lo que hoy es el territorio conocido como Nevada. Mi abuelo era el jefe de toda la nación payute y estaba acampado cerca de Humboldt Lake con una pequeña parte de su tribu cuando vieron venir a un grupo de gente que viajaba hacia el este desde California. Cuando le dieron la noticia a mi abuelo preguntó que cómo eran físicamente. Cuando le dijeron que tenían pelo en la cara y que eran blancos, saltó de su asiento, apretó sus manos y gritó muy alto:

¡Mis hermanos blancos —mis largamente buscados hermanos blancos han llegado por fin!

Inmediatamente reunió a algunos de sus mejores hombres y fueron al lugar donde aquel grupo había acampado. Al acercarse a ellos, le ordenaron que se parara de una manera que entendió rápidamente sin necesidad de intérprete. El abuelo enseguida hizo gestos amistosos tirando su manto al suelo y levantando sus manos en alto para mostrarles que no llevaba armas; pero fue en vano —lo mantuvieron a distancia. No sabía qué hacer. Había guardado tantas expectativas agradables para cuando llegaran sus hermanos blancos que, después de mirarlos con pena durante un rato, se alejó sintiéndose muy infeliz. Pero no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente. Cogió a algunos de sus hombres de confianza y los siguió día tras día, acampando cerca de ellos durante la noche y viajando con ellos durante el día, esperando así ganarse su confianza. Pero se decepcionó, ¡pobre hombre!

Me puedo imaginar sus sentimientos puesto que yo he bebido también de la misma copa. Cuando pienso en mi vida pasada y en los amargos trances por los que he pasado, difícilmente puedo creer que siga viva y, sin embargo, lo estoy; y con la ayuda de Aquél que ve la caída de la flecha me propongo luchar por mi oprimida raza mientras tenga vida.

Viendo que ellos no iban a confiar en él, mi abuelo los dejó diciendo, «Quizás vuelvan otra vez el próximo año». Entonces convocó a su pueblo y les contó este relato:

Al principio del mundo había solamente cuatro, dos niños y dos niñas. Nuestros padres eran sólo dos y nosotros somos sus hijos. Todos ustedes saben que hace mucho tiempo había una familia feliz en este mundo. Un niño y una niña eran oscuros y los otros eran blancos. Durante un tiempo se llevaron bien pero pronto empezaron a pelear y entonces empezaron los problemas. Se enfadaban y peleaban y nuestros padres estaban muy apenados. Ellos rezaban por que sus hijos recapacitaran pero no sirvió de nada; más tarde el ambiente se hizo tan difícil que el padre y la madre vieron que debían separar a sus hijos; entonces nuestro padre les preguntó, «¿por qué son tan crueles entre ustedes?». Ellos bajaron la cabeza sin decir nada. Estaban avergonzados. Él les dijo: «¿Acaso no he sido amable con todos ustedes y no les he dado todo lo que han necesitado? Mis queridos hijos, tengo el poder de daros toda la caza que necesitéis pero también tengo el poder de separar a mis hijos si no se portan bien entre ellos». Entonces les dijo: «Separaos, hijos crueles; traspasad el inmenso océano y no sean una amenaza los unos para los otros».



Entonces, el chico y la chica blancos desaparecieron y sus padres nunca más los volvieron a ver. Se apenaron mucho aunque sabían que sus hijos eran felices. Y poco a poco los hijos oscuros crecieron y se convirtieron en una gran nación; nosotros creemos que pertenecemos a esa nación y que la nación surgida de los hijos blancos algún día enviaría a alguien a encontrarse con nosotros y solucionar todos los problemas. Por tanto, la gente blanca que vimos hace unos días deben ser seguramente nuestros hermanos blancos y yo quiero darles la bienvenida. Quiero amarlos tanto como los amo a ustedes. Pero ellos no me dejaron; tenían miedo. Pero vendrán otra vez y yo quiero que ustedes prometan que, si yo no vivo lo suficiente para acogerlos yo mismo, no les tocarán un solo pelo de la cabeza, sino que les darán la bienvenida como yo he tratado de hacer.

Qué bueno por su parte el que intentara curar la herida pero qué vanos fueron sus esfuerzos. Mi gente nunca había visto a un hombre blanco y, sin embargo, ellos existían y eran una raza muy fuerte. La gente le prometió a mi abuelo lo que él les pidió y todos volvieron a su trabajo.

Al año siguiente vino un gran grupo y acamparon cerca de Humboldt Lake. El nombre del hombre al frente de los carros era el capitán Johnson, y permanecieron allí tres días para dar descanso a los caballos, pues tenían ante sí un largo viaje. Durante su estancia mi abuelo y algunos de sus hombres los visitaron y todos se dieron la mano y, cuando nuestros hermanos blancos se fueron, le dieron a mi abuelo una bandeja de hojalata blanca. ¡Oh! ¡Qué bien se lo pasaron con aquel hermoso regalo —era tan brillante! Cuando se fueron, mi abuelo llamó a toda su gente y les enseñó el hermoso regalo que había recibido de sus hermanos blancos. Todos estaban encantados; nunca habíamos visto nada igual. A mi abuelo le gustó tanto que le hizo unos agujeros y se lo puso en la cabeza, lo llevaba como un sombrero. Con mucho orgullo. Aquel invierno no hablaron de otra cosa que de sus hermanos blancos. La siguiente primavera llegaron noticias de Humboldt River, informaban de que iban a venir más hombres blancos y que había algo entre ellos que ardía como una llamarada. Mi abuelo les preguntó a qué se parecía. Ellos le dijeron que se parecía a un hombre; tenía brazos y piernas y una cabeza pero la cabeza se había quemado y se había quedado negra. Hubo un gran revuelo entre mi gente alrededor de aquellos hombres que ardían como llamas. Estaban entusiasmados porque pensaban que sólo existían indios y blancos en el mundo y no sabíamos de dónde habían venido los otros y seguimos sin saberlo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!, ¡qué cosa más ocurrente! ¡Eran dos negros con camisas rojas!

Al tercer año vinieron más personas y en el verano vino el capitán Fremont, que es ahora el general Fremont. Mi abuelo lo conoció y se hicieron amigos. Se conocieron justo donde el ferrocarril cruza el río Truckee, que ahora se llama Wadsworth, en Nevada. Fremont le dio a mi abuelo el apelativo de capitán Truckee y también le puso el mismo nombre al río. Truckee es un nombre indio, significa «de acuerdo» o «muy bien». Un grupo de doce hombres de mi gente fue a California con el capitán Fremont. No sé cuánto tiempo estuvieron allí. [...]

A la primavera siguiente, antes de que mi abuelo regresara, hubo un gran revuelo entre mi gente debido a unas noticias que provenían de distintas tribus. Informaban de que aquella gente a la que llamábamos nuestros hermanos blancos



estaban matando a todo aquel que se encontraban en el camino y que todas las tribus indias se habían ido a las montañas para salvar sus vidas. Entonces mi padre nos dijo que debíamos cazar y almacenar comida y todos nos fuimos a las montañas. A los niños nos contaron una historia horrible. Nuestras madres nos dijeron que los blancos mataban a todo el mundo y se los comían. Así que todos les teníamos miedo. Cada vez que se levantaba polvo en los valles pensábamos que eran los blancos. A finales del otoño mi padre le dijo a su gente que fueran a los ríos a pescar, todos fuimos a Humboldt River y las mujeres se dedicaron a recoger semillas que luego molían con dos piedras. [...]

¡Oh! Qué miedo pasamos una mañana cuando oímos que algunos blancos iban a venir. Todos corrimos tan rápido como pudimos. Mi pobre madre se quedó rezagada con mi hermana pequeña y conmigo. ¡Oh! Nunca podré olvidarlo. Mi pobre madre cargaba a la pequeña a la espalda e intentaba que yo corriera; pero yo estaba tan asustada que no podía mover los pies. Mientras mi madre intentaba hacerme correr, mi tía nos alcanzó y le dijo a mi madre: « ¡Vamos a enterrar a las niñas, o nos matarán y nos comerán a todas!». Así que se pusieron a trabajar y nos enterraron y nos dijeron que no gritáramos aunque oyéramos ruidos, ya que si lo hacíamos los blancos nos matarían y nos comerían. Nuestras madres nos enterraron a mí y a mi prima, y nos pusieron hojas de arbustos encima para que el sol no nos quemara y nos dejaron allí todo el día.

¡Oh! ¿Alguien puede imaginar mis sentimientos al ser *enterrada viva*, pensando a cada minuto que iba a ser desenterrada y comida por esa gente que mi abuelo amaba tanto? [...] Al final, gracias a Dios, vino la noche. Oímos susurros. Podía oír pasos acercándose más y más. Pensé que el corazón se me iba a salir por la boca. Después oí a mi madre decir: «¡Es aquí mismo!» ¡Oh! ¿Se pueden imaginar cómo me sentí cuando fui desenterrada por mis pobres padres? [...]

Bien, mientras nosotros estábamos escondidos en las montañas, la gente que mi abuelo llamaba nuestros hermanos blancos vinieron hasta donde guardábamos nuestras provisiones para el invierno. Le prendieron fuego a todo. Era una imagen tenebrosa. Era todo lo que teníamos para el invierno, y lo quemaron todo en una noche. Mi padre cogió a algunos de sus hombres para intentar salvar algo pero no pudieron; antes de llegar allí, ya estaba todo calcinado. [...]

Uno de los amigos de mi abuelo se llamaba Scout y el otro Bonsal. Después de llegar al río San Joaquín, su amigo cazaba para él y su gente. Nosotros permanecemos allí durante algún tiempo. Entonces, el abuelo nos dijo que se había hecho cargo de los caballos y el ganado del Sr. Scout y que iba a llevarlos a las montañas para cuidárselos a sus hermanos blancos. Él quería que mis tíos y sus familias y mi madre y sus dos hijos y tres hijas nos quedáramos donde estábamos. [...] Mi madre empezó a gritar y dijo: «¡Oh Padre, no nos dejes aquí! Mis hijos podrían ponerse enfermos, y no habría nadie que nos pudiera ayudar, o algo peor podría ocurrir». Entonces él dijo otra vez: «No creo que mis hermanos hagan nada malo contra ti o tus hijos». Entonces mi madre le preguntó a mi abuelo si podía llevar a mi hermana con él. Mi pobre madre pensaba que su hija no estaría segura porque era muy joven y guapa. «Me gustaría llevármela», dijo, «pero quiero que aprenda a trabajar y a cocinar. Scott y Bonsal dicen que cuidarán muy bien a ti y a tus hijas. No las voy a

dejar completamente solas; vuestros hermanos estarán con ustedes». Así que nos quedamos. Los dos hombres eran dueños de una barca y tenían un montón de dinero. Mis hermanos cuidaron de sus caballos y sus vacas todo el invierno, y ellos les pagaron muy bien por su trabajo. ¡Pero cuántos problemas tuvimos durante un tiempo! Los hombres que nuestro abuelo llamaba sus hermanos venían a nuestro campo y le pedían a mi madre que les diera a mi hermana. Venían por la noche y todos gritábamos y llorábamos pero eso no los detenía. Mis hermanos y tíos no se atrevían a decir nada por miedo a que les dispararan. Así que cada noche después de oscurecer nos íbamos y nos escondíamos y volvíamos al campamento por la mañana. [...]

## CAPÍTULO II. COSTUMBRES DOMÉSTICAS Y SOCIALES

A nuestros niños se les enseña a querer a todo el mundo. Aunque no necesitamos que nos enseñen a querer a nuestros padres y madres. Los queremos sin que tengan que decírnoslo. Nuestro primo décimo es tan cercano como nuestro primo hermano. Y no nos casamos con parientes. Las chicas jóvenes no pueden hablar con ningún joven que no sea su primo, excepto en las festividades cuando ambos se ponen sus mejores galas, adornadas con cuentas, plumas o conchas [...] Ésta es una ocasión muy especial para la gente joven.

Hace mucho tiempo, cuando mi gente era más feliz de lo que es ahora, solían celebrar el Festival de las Flores en la primavera. Yo sólo he ido a tres de ellos a lo largo de mi vida. [...] Todas las chicas que tienen nombre de flor bailan juntas y todas las que no también bailan juntas. Nuestros padres y abuelos nos hacen sitio para poder bailar. Cada cual corta la flor que tiene por nombre y entonces todas tejen coronas y bufandas con ellas y se visten con ellas.

Mi gente ha sido tan infeliz últimamente que ahora quieren disminuir, en vez de multiplicarse. Las madres tienen miedo de tener más descendencia por miedo a que sean hijas, las cuales no estarían seguras ni siquiera en presencia de sus madres.

Las abuelas ponen un cuidado especial en las chicas justo antes de convertirse en mujeres. Las chicas tienen prohibido casarse antes de ser mujeres; ese período es una cosa sagrada, es el tema de un festival y tiene unas costumbres muy peculiares. A la joven se la aparta para que la cuiden dos de sus amigas, mayores que ella, y se hace una pequeña tienda para ellas llamada *tipi*, a la que se retiran. Ella realiza ciertos trabajos que la fortalecen y que duran veinticinco días. Por ejemplo, durante cinco días, y tres veces al día, ella debe acumular y apilar tan alto como pueda cinco montones de madera. Esto hace quince montones cada día. Al final de los cinco días sus ayudantes la llevan a un río para que se bañe. Ella no puede comer carne durante estos veinticinco días y continuará haciéndolo durante cinco días al mes durante el resto de su vida. Al final de los veinticinco días, ella regresa con sus padres y le da toda su ropa a las chicas que la han ayudado como paga por atenderla. Algunas veces el vestuario es bastante grande.

Así se sabe públicamente que hay otra chica casadera disponible y cualquier joven que esté interesado en ella, o que quiere formar una alianza, se le puede



acercar. Pero el cortejo es muy diferente al cortejo de la gente blanca. Él nunca le habla ni visita a la familia, sino que se esfuerza por atraer su atención mostrándole sus habilidades de jinete, etc. Como él sabe que ella se acuesta al lado de su abuela, entra en la tienda totalmente vestido después de que la familia se ha retirado a descansar y se sienta a los pies de ella. Si ella está durmiendo, su abuela la despierta. Él no habla ni a la anciana ni a ella pero, cuando la chica desea que él se vaya, se levanta y se acuesta al lado de su madre. Entonces él se va tan silenciosamente como entró. Esto sigue así durante un año más o menos si la chica todavía no se ha decidido. Nunca la obligan a casarse en contra de sus deseos. Cuando ella sabe lo que quiere, se lo comunica a su abuela y entonces el joven es llamado por el padre de la chica, quien le pregunta en presencia de ella si realmente ama a su hija. Le recuerda, si él dice que sí, todas las obligaciones de un marido. Entonces le hace a su hija la misma pregunta y le recuerda las tareas que tendrá que desempeñar. Y estas tareas no son sencillas. Tiene que preparar la caza, cocinar, limpiar las pieles, hacerle a él los mocasines, arreglarle su pelo, traer toda la madera —en definitiva, hacer todas las tareas de la casa. Ella promete «ser él mismo» y debe cumplir su promesa. Entonces él y todos sus parientes son invitados a una fiesta. Pero después del compromiso se hace un tipi para almacenar los regalos que llegan por ambas partes.

En la fiesta de la boda se trae toda la comida en cestos. La joven se sienta junto al chico y le da el cesto de comida preparado por ella con sus propias manos. Él no lo coge con la mano derecha sino que toma su muñeca y lo coge con la mano izquierda. Esto constituye la ceremonia de la boda y el padre los declara marido y mujer. Ellos van a una tienda propia en la que viven hasta que nace su primer hijo. Este acontecimiento también se celebra. Tanto el padre como la madre se abstienen de comer cualquier tipo de carne y el padre asume la tarea de apilar la madera durante veinticinco días, haciendo todo el trabajo de su mujer durante ese tiempo. Si él no hace su parte en el cuidado del niño se le considera un marginado. Cada cinco días tiene que cambiar la cesta del niño y las cinco cestas se apartan al final de esos días, siendo la última la que contiene el cordón umbilical envuelto cuidadosamente. Todo se pone bajo un árbol y al niño se le coloca en un cesto nuevo y muy bien decorado. Todo este respeto hacia la madre y el niño hace que los padres sientan su responsabilidad y que el vínculo entre padres e hijos sea muy fuerte. Las madres jóvenes muchas veces se reúnen e intercambian sus experiencias sobre las atenciones de sus maridos; se preguntan unas a otras si el marido se ha portado bien con el recién nacido o si se preocupan por la salud de sus esposas. Cuando ellos se casan, tiran toda la ropa que habían llevado hasta entonces y se visten con ropas totalmente nuevas.

Nuestros chicos se convierten en «hombres» cuando son capaces de cazar ciervos y carneros. Antes de los quince o dieciséis años sólo cazan piezas pequeñas, como conejos, liebres, aves, etc. Nunca comen lo que han matado ellos mismos sino sólo lo que mata su padre o sus hermanos mayores. Cuando un chico es lo suficientemente fuerte para usar arcos más grandes hechos con nervio y flechas adornadas con plumas de águila, entonces caza por primera vez una pieza grande, un ciervo, un antílope o un carnero. Entonces trae a casa la piel y su padre la corta haciendo un carcaj que se enrolla y el chico lo coge y se lo pone a la espalda como si

fuera a ir a cazar, cogiendo su arco y sus flechas. Ahora por primera vez come el animal que ha matado y desde ese momento puede comer todo lo que mata. Ahora puede hacer lo que quiera porque ya es un hombre y no se le considera un chico. Si hay una guerra puede ir; pero a los payutes y a otras tribus al oeste de las Montañas Rocosas no les gusta la guerra. Yo sólo vi una danza de guerra una vez en mi vida. Siempre son los blancos los que comienzan las guerras para sus fines egoístas. El gobierno no se preocupa de mandar a agentes buenos; hay bastantes que se esforzarían por entender a los jefes indios y aprender que tienen buena voluntad hacia los blancos. Pero los blancos no han esperado a ver que los indios son buenos ni a entender las ideas que tienen de Dios, iguales a las de Jesús, a quien llaman Padre, igual que hace mi gente [...]. Mi gente enseña a los niños que no deben burlarse de nadie, no importa cómo sean. Si ves a tu hermano o a tu hermana haciendo algo mal, mira para otro lado o aléjate de ellos. Si te ríes de las personas malas, te pones a un nivel más bajo que ellos. Sé amable con todo el mundo, ricos y pobres y ofrece comida a todo aquel que venga a tu tienda, y tu nombre será recordado en todos lados. De esta manera harás muchos amigos. Sé amable con los buenos y con los malos porque no te conoces a ti mismo. Ésta es la manera en que mi gente enseña a los niños. Ha sido transmitido a través de las generaciones. Nunca en mi vida he visto a nuestros niños comportarse tan groseramente como los niños blancos con la gente mayor en las calles.

La tienda del jefe es la más grande y es la tienda del Consejo, adonde acude todo aquel que necesita ayuda. Por las tardes, los hombres más importantes van allí a hablar sobre todos los asuntos, ya que nuestros jefes no gobiernan como tiranos; discuten de todo con su gente, igual que un padre haría con su familia. Muchas veces se pasan toda la noche hablando. Si un chico va por el mal camino, lo hablan y, si las mujeres están interesadas, también pueden participar en las conversaciones. Si no hay suficiente espacio dentro, salen fuera y forman un gran círculo. Los hombres se ponen en el círculo central pues hay demasiado humo para las mujeres. Los hombres nunca hablan sin fumar primero. Las mujeres se sientan detrás de ellos en otro círculo y, si los niños quieren escuchar, también se les permite estar. Las mujeres saben tanto como los hombres y muchas veces se les pide consejo. Nosotros tenemos una república como ustedes. La tienda del Consejo es nuestro Congreso y todo el que tenga algo que decir puede hablar, las mujeres y todo el mundo. Ellas siempre se interesan por lo que sus maridos hacen o piensan. Y participan de alguna manera incluso en las guerras. Siempre están cerca cuando hay luchas, preparadas para llevarse a sus maridos si resultan heridos o muertos. Una mujer fantástica con la que se casó mi hermano Lee, después de morir su primera mujer, fue al campo de batalla cuando mataron a su tío y llegó hasta el frente para animar a los hombres. El caballo de su tío estaba vestido con un magnífico manto hecho con plumas de águila y ella lo cogió antes de que ellos pudieran cogerlo, pues les gusta mucho alardear de las cosas que les quitan a los que matan. Entonces lo agitó enfrente de ellos como diciéndoles, «No pueden quedarse con esto —aquí lo tengo yo seguro»; y allí se quedó, tomó el lugar de su tío y fue tan valiente como cualquiera de los hombres. Esto es lo que se quiere decir cuando las mujeres prometen a sus padres que harán de sus maridos *ellas mismas*. Es decir, están a su lado en todos los peligros



que puedan correr. No sólo cuidan de los hijos juntos sino que hacen todo juntos; y cuando se quedan ciegos, que desgraciadamente ocurre muy a menudo, debido al humo que acaba dañándoles los ojos, cuidan dulcemente el uno del otro. El matrimonio es algo dulce cuando ambos se aman. Si las mujeres pudieran ir a vuestro Congreso creo que se haría justicia más rápidamente con los indios. No puedo hablar por todos ellos pero sé que mi propia gente es amable con todo aquel que no les haga ningún mal; pero no les gusta que se les imponga nada y, cuando la gente es demasiado mala, se levantan y se rebelan. Esto me parece bien. Es distinto de ser vengativos. No hay nada cruel en mi gente. Nunca le han arrancado la cabellera a un ser humano.

Matilde MARTÍN GONZÁLEZ  
Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres  
Universidad de La Laguna



J.M. ADOVASIO, OLGA SOFFER y JAKE PAGE, *The Invisible Sex. Uncovering the True Roles of Women in Prehistory*. Smithsonian Books/Harper Collins Publishers, 2007.

Los autores de esta obra, James M. Adovasio, director del *Institute Archaeological Mercyhurst* de Pennsylvania, Olga Soffer, profesora de Antropología de la Universidad de Illinois, y Jake Page, escritor de temas científicos, comienzan su libro sobre el lado femenino de la evolución humana haciéndose eco de una estimulante frase: «la ciencia no es una verdad, sino un método para disminuir nuestra ignorancia».

Por su contenido, el enfoque de estos investigadores se suma a los estudios publicados en las últimas décadas que, con perspectiva de género, han denunciado el claro sesgo androcéntrico presente en el discurso científico, en general, y en la interpretación de la evolución humana, en particular. Una prueba que cortocircuita y demuestra la falacia de una meta fallida: la Ciencia no ha sido tan objetiva y neutra como se pretende creer. Contrariamente, ha estado sosteniéndose en modelos patriarcales que privilegian un sexo sobre otro. Sólo recientemente se ha empezado a admitir que quien hace ciencia afecta a la ciencia que produce. Y las disciplinas que configuran los estudios sobre el pasado humano (paleoantropología, antropología, arqueología, prehistoria...) han conformado un ámbito esencialmente masculino, tal como ha sucedido en muchos otros campos del saber.

Adovasio, Soffer y Page desafían a esa ortodoxia científica convencional al proporcionar evidencias de las implicaciones de las hembras humanas en un amplio rango de actividades. Se

oponen así a la tradicional perspectiva según la cual desde las épocas más remotas nuestra subsistencia ha dependido de una actividad exclusivamente masculina: la caza. El esfuerzo para llevar a cabo con éxito tan peligrosa actividad, sumado a la tensión generada entre cazadores y animales, habría sido la causa inductora del desarrollo de las principales características que nos definen como humanos (el andar bípedo, el desarrollo de un gran cerebro, la fabricación de herramientas o la capacidad de hablar). Las hembras, que se limitaban a esperar pasivamente a que sus compañeros le trajeran la carne de sus presas para alimentarse a sí mismas y a sus crías, no habrían contribuido en nada al surgimiento de todas esas singulares características. Con estos mimbres se erigió el celebrado «modelo del hombre cazador», tan arraigado en la mentalidad académica y en la imaginaria de lo popular que ha llegado casi intacto hasta el presente.

Pese a todo, a partir de la década de 1970, la universalmente admitida inferioridad femenina empezó a cuestionarse con rigor y coraje, principalmente gracias a los argumentos esgrimidos por un grupo trasgresor de mujeres científicas que empezaban a ligarse al mundo académico. Se publicaron entonces estudios que denunciaban sin ambigüedades el acusado sesgo androcéntrico del ensalzado modelo del cazador. Con datos recogidos a partir de un amplio espectro de líneas de investigación (concretamente, trabajos de campo con primates no humanos, estudios etnográficos, de anatomía comparada, paleontología, arqueología y prehistoria), investigadoras especializadas (apoyadas por algunos colegas masculinos) consolidaron el llamado «modelo de la mujer recolectora». Basán-





dose en la importancia de la recolección —una actividad considerada mayoritariamente femenina—, sostenían que las hembras han sido contribuyentes fundamentales para la dieta alimenticia y, por lo tanto, activas participantes en la subsistencia. El supuesto sedentarismo, pasividad y dependencia femeninos, propio de los modelos tradicionales, quedaba en entredicho al tiempo que alimentaba y promovía una dilatada y tensa polémica.

El trabajo de Adovasio, Soffer y Page se incorpora a este apasionante debate, dedicando una parte significativa de su libro a desmontar el modelo del hombre cazador. En diversos capítulos, las tópicas suposiciones del aludido modelo emergen ridiculizadas y reducidas a una suerte de meros «cuentos de hadas». Según estos autores, las bandas de toscos cazadores que persiguen rebaños de mamuts y vuelven cargados de carne a los campamentos de agradecidas mujeres, constituye un relato desfasado para una creciente fracción de la comunidad paleontológica. Como ellos afirman, son simples mitos producto de exaltadas especulaciones. Muy gráficamente lo expresan señalando «que un grupo de humanos armado sólo con herramientas de piedra osara atacar a una criatura del tamaño de un mamut es por supuesto absurdo. Probablemente, habrían usado todas sus habilidades para apartarse con rapidez del camino de tan peligroso depredador».

No obstante, aunque en *The Invisible Sex* se nos expone con gran claridad que numerosas concepciones de la vida prehistórica no son otra cosa que imaginativas fantasías, también se subraya que su precisa articulación con el pensamiento dominante ha permitido que prevalezcan durante largas décadas. En este sentido, recuerdan los autores que, cuando en 2004 se descubrieron en la isla indonesia de Flores los restos de una diminuta especie del género *Homo*, un artista científico la dibujó con barba y llevando una lanza y la carne fresca de un roedor gigante sobre sus hombros, a pesar de que el hallazgo principal había sido el de una hembra.

Sin duda, los últimos capítulos del libro son los más novedosos e interesantes. Aquí los investigadores nos sitúan en el Paleolítico Superior, que en Europa empezó hace unos 35.000

años y terminó hace 10.000. Desde el punto de vista arqueológico, ese período está aderezado por los fascinantes descubrimientos de decenas de estatuillas femeninas, unas pequeñas esculturas diseminadas en el extenso espacio geográfico que va desde los Pirineos hasta las llanuras de Siberia. Con el fin de explicar su origen y el propósito de quienes las tallaron, numerosos especialistas han teorizado largamente sobre ellas sin llegar todavía a consenso alguno. Casi todas las especulaciones se han centrado en las exageradas partes del cuerpo de ciertas estatuillas: los enormes pechos, las marcadas caderas y los vientres con el sexo muy definido, considerándolas desde diosas de la fertilidad hasta juguetes eróticos masculinos.

En un ejemplo verdaderamente notable del valor de un cambio de perspectiva, Soffer y Adovasio llaman la atención sobre un aspecto de las pequeñas esculturas muy raramente considerado: algunas de ellas llevan piezas de ropa. «Los expertos han estado mirando estos objetos durante años, pero desafortunadamente, sus mentes estaban en otro sitio», ha dicho Adovasio. «Muchos de ellos no reconocieron la ropa como ropa. Si notaron algo, malinterpretaron lo que veían, considerándolo tatuajes o arte corporal». Pero Adovasio y Soffer han descubierto que muchas estatuillas llevan cinturones, faldas de cuerdas, sombreros, brazaletes, tallados con sutiles pero intrincados detalles que ofrecen la más notable evidencia de que las gentes del Paleolítico ya habían dominado una revolucionaria habilidad que durante largo tiempo se pensó que había surgido mucho más tarde en la historia humana: la capacidad para tejer fibras extraídas de las plantas.

Dado que la mayor parte de la comunidad científica asume que los materiales de origen vegetal fueron inicialmente utilizados por las mujeres, entonces cabe suponer que ellas habrían sido las pioneras en el uso de fibras trenzadas con el fin de elaborar utensilios. En *The Invisible Sex* estos autores argumentan que las mujeres podrían haber iniciado lo que ellos llaman «la revolución de la cuerda», convirtiéndose en las primeras tejedoras y expertas en textiles de la prehistoria.

Tomar conciencia de que los productos vegetales podían explotarse con otros fines que no

fuesen los de la alimentación, según razonan Adovasio y Soffer, fue un acontecimiento al menos tan central para los intereses humanos como la producción de las herramientas de piedra. La cuerda y el tejido potenciaron actividades de gran beneficio y utilidad; por ejemplo, la capacidad de trenzar algún tipo de «saco» o «mortal» con el que asegurar una criatura al cuerpo de la madre, algo que facilitaba el desplazarse y recolectar con mayor libertad. O bien, al elaborar contenedores (bolsas o cestos) en los que transportar o almacenar. Igualmente, el uso de la cuerda permitió confeccionar redes que se convertirían en la mejor manera de atrapar animales sin los riesgos del combate cuerpo a cuerpo. Asimismo, con estos materiales podrían construirse herramientas complejas compuestas de madera y piedra, amarrando unas partes a otras. «La revolución de la cuerda fue un profundo acontecimiento en la historia humana», han manifestado Adovasio y Soffer. «Cuando la gente empezó a utilizar las plantas y sus productos se abrió una vasta perspectiva para el progreso humano».

Los autores concluyen su libro con optimismo, apoyados en una esperanzadora convicción: de ahora en adelante, quienes opten por estudiar la vida prehistórica deberán superar la noción de que nuestro pasado estuvo caracterizado por un patriarcado mundial monolítico y opresor de las mujeres. Hoy podemos lanzar la mirada atrás hasta hace miles o incluso millones de años y constatar que las hembras y las mujeres de ninguna manera eran invisibles. Simplemente ha sucedido que quienes se han sumado a interpretaciones sesgadas son los que han estado largo tiempo ciegos para moverse en territorios más cercanos a la verdad.

En realidad, el hilo argumental de este trabajo se apoya en uno de los supuestos mejor contrastados en las ciencias sociales: el progreso material se debe a la materialización de ideas que

han conllevado el diseño de técnicas orientadas a multiplicar los resultados de los esfuerzos humanos. En este caso, las mujeres gestaron una tecnología transformadora, importante de cara a fortalecer los cimientos de la supervivencia. Quizás sea esclarecedora la ironía del contraste entre las silenciosas mutaciones de las creaciones *soft* y las contundentes y visibles realizaciones de lo *hard*. ¿Será este aspecto otro trasunto del combate entre la «fuerza masculina» y la «habilidad femenina»? Felizmente, está creciendo el número de investigadores que intentan superar esa dialéctica simplista frente al análisis de lo complejo.

Antes de terminar, quisiera señalar que desafortunadamente este texto parece no haber sido revisado con suficiente cuidado, ya que acarrea errores impropios de la calidad científica de sus autores. Por ejemplo, confunden la situación geográfica de La Garganta de Olduvai, situándola en Kenia en vez de en Tanzania. O bien, consideran que los homínidos pertenecen todos al género *Homo*, cuando sabemos que los australopitecos (y los miembros de otros géneros descubiertos con posterioridad) también son homínidos. Pero, hecha esta salvedad, me interesa remarcar que la lectura de este libro resulta tan excitante como sugestiva, pues arroja un necesario soplo de aire fresco sobre los anquilosados y rancios modelos evolutivos convencionales. Unos aires que para la causa del feminismo, bien entendido, ya empiezan a tener la fuerza de esos temporales que arrasan las frágiles construcciones de domésticas y provisionarias maneras de existir sin solucionar y explicar las causas de fondo.

Carolina MARTÍNEZ PULIDO  
Instituto Universitario  
de Estudios de las Mujeres  
Universidad de La Laguna



ESTEBAN CALDERÓN DORTA y ALICIA MORALES ORTIZ (eds.), *La madre en la antigüedad: literatura, sociedad y religión*. Madrid, Signifer Libros, 2007.

Este libro está compuesto por un conjunto de trabajos que tienen en común el tratamiento del tema de la maternidad en el mundo antiguo desde diferentes puntos de vista. Se inicia con el capítulo titulado «Le madri nel mito greco: paradigma e rappresentazioni» de Ezio Pellizer, quien realiza aquí un análisis de los distintos arquetipos de la madre en la mitología, la religión y la literatura de la Grecia antigua.

«El agón y la maternidad: mujeres guerreras, cazadoras y atletas de la mitología griega» de Jesús-M. Nieto Ibáñez, trata sobre agones y ritos premaritales, sobre la mujer cazadora, donde se estudian la virginidad de Ártemis y la maternidad de Cirene. Se trata también acerca del agón entre hombre y mujer haciendo referencia a famosas figuras mitológicas como Atalanta o Penthesilea, entre otras, y finalmente se trata acerca de la mujer como premio del agón a través de casos como el de Hipodamía o Ariadna.

Jolanda Capriglione, en «*Ikelon*», se ocupa de cómo se concibió en la antigüedad el papel de la madre en el proceso reproductivo, y divide su trabajo en una parte en la que se analiza cómo el mundo de las mujeres es representado por los hombres, y en otra en la que constata el pensamiento existente en la época acerca de la superioridad masculina.

En «Madres divinas y madres mortales en la *Iliada*», de Diana de Paco Serrano, se investiga, dentro del apartado dedicado a diosas madres, sobre Tetis y su relación con Aquiles, también de forma secundaria sobre Afrodita y Eneas, y por último sobre Hera y su hijo Hefesto. En cuanto a las madres humanas se señala que en la *Iliada* se limitan a sufrir, diferenciándose de esta forma de las madres divinas.

«Las madres en la *Eneida*», de Dulce Estefanía, diferencia en esta obra entre personajes colectivos femeninos, como las troyanas o las latinas, que se limitan a lamentarse, y personajes femeninos individualizados que son madres, como Andrómana, Ameta, Creúsa o la madre de Euríalo, que suelen recurrir al diálogo.

Giuseppe Giangrande analiza, en su contribución «En torno al tópicus del amor materno y del amor filial en la tragedia griega», la existencia en la tragedia de variantes al tópicus bien conocido de que el amor materno era más profundo que cualquier otro, entre las cuales es famoso el caso de Medea. El autor estudia cómo los trágicos solucionaban el problema de la responsabilidad en el caso de actos antinaturales como el matricidio, el infanticidio o la inmolación de hijos, haciendo notar que éstos se esforzaban por justificar la realización de estas acciones.

En «La maternidad y la madre en la tragedia griega», Alicia Morales Ortiz observa que la maternidad en la tragedia es generalmente fuente de sufrimiento. La maternidad aparece como el fin último de la vida femenina, convirtiéndose en algo terrible para las heroínas trágicas la no consecución de ésta. Deben llevar en su vientre el peso de los hijos dados por el padre, pero embarazo y parto no tienen una representación frecuente en los textos. Aparece analizado también el  $\mu\alpha\sigma\tau\acute{o}\varsigma$  como símbolo de la maternidad, junto con los  $\pi\acute{o}\nu\upsilon\omicron\iota$  del parto y la crianza y el amor materno hacia los hijos. El duelo materno aparece representado por Hécuba.

Vicente Ramón Palerm, en «Perfil literario de Yocasta en *Edipo rey* de Sófocles», observa que el personaje ha sido objeto de numerosas investigaciones durante los últimos siglos desde perspectivas muy diferentes. Él se centra en su artículo en el análisis de las intervenciones de Yocasta en la tragedia sofoclea, que se inician en el verso 634 y concluyen en el 1072, y destaca la unidad literaria y formal del papel como madre y esposa de ésta.

María de los Ángeles Durán López señala en su artículo «La maternidad de Semele, una fuente de conflictos» que la maternidad en sus aspectos felices está poco retratada en los textos literarios. Generalmente se sitúa a la madre en situaciones extremas. Después de hacer referencia a varios casos, se centra en el de Semele, madre de Dioniso, a través de la tragedia *Bacantes* de Eurípides.

Carmen Morenilla estudia la figura de Andrómaca en «La maternidad en el reforzamiento de la polis: *Andrómaca* de Eurípides». Ésta aparece en la *Iliada* caracterizada como perfecta



madre y esposa en función del héroe Héctor, pero Eurípides introduce cambios respecto a esto. En *Andrómaca* es la mujer de un nuevo hombre y la madre de un nuevo hijo, quien se convierte fundamentalmente en detonante de los celos de Hermíone, esposa legítima de aquél pero sin descendencia varonil.

Esteban Calderón Dorta, en su artículo «La madre en el *NT*: Sociedad y religión», repasa la figura materna en estos textos y expone cómo la visión de ésta es siempre positiva en ellos, a pesar de la poca consideración en que se tenía a la mujer en el judaísmo.

Concluye este libro José C. Miralles Maldonado con «La figura de la madre en la fábula grecolatina y en sus adaptaciones medievales». Se centra especialmente en la relación madre-hijo en esos textos. Repasa varios aspectos como el de madre educadora, el de ésta como fuente de ternura y afecto, el elogio de la madrastra o las disputas entre fecundidad y maternidad.

Gloria GONZÁLEZ GALVÁN  
Instituto Universitario  
de Estudios de las Mujeres  
Universidad de La Laguna



EMMA GRIFFITHS, *Medea*. Londres y Nueva York, Routledge, 2006.

Medea, la maga de la Cólquide, protagonista de la tragedia euripidiana del mismo nombre, es el objeto de estudio de este interesante trabajo de la profesora de la Universidad de Manchester Emma Griffiths. Esta figura mítica no ha dejado de ser revisada desde los más dispares puntos de vista a lo largo de los siglos, siendo este hecho precisamente una de las razones argüidas por Griffiths para justificar el presente trabajo sobre la maga.

Este libro, con una estructuración que lo convierte en fácil herramienta de consulta, se divide en nueve capítulos, a su vez pertenecientes a tres partes principales. La primera de ellas está dedicada a explicar el porqué de la elección del personaje que da título al trabajo, además de acercarnos a las referencias sobre él que se pueden encontrar, y consta de dos capítulos. El primer capítulo del libro es una introducción a la figura de Medea, donde se hace referencia a la universalidad del mito y a las leyes que lo caracterizan y donde también se ofrece una biografía mítica además de las más usuales genealogías del personaje. El segundo capítulo analiza la transmisión del mito oral y hace un recorrido por las fuentes literarias del mismo: literatura arcaica, Píndaro, la tragedia clásica, el período helenístico, las interpretaciones romanas y otras fuentes tardías, sin desdeñar la importancia y repercusión del arte visual antiguo, entre el que se pueden contar los vasos pintados.

La segunda y más extensa parte de este libro se centra en los temas fundamentales que se relacionan con Medea. Así el capítulo tercero está dedicado al estudio de los orígenes del personaje, al cuento popular y al estructuralismo aplicado a todo ello. En el cuarto capítulo Griffiths se acerca a aspectos intrínsecos de la hija de Eetes como la magia, los niños, y lo relativo a la muerte de éstos, y las conexiones sociales de to-

dos estos temas. Se ofrece testimonio también del paralelismo atestiguado en fuentes visuales entre Heracles y Medea, ya que ambos causaron la muerte de su progenie. Otros aspectos son las relaciones de ésta con lo divino, con Hécate y con el rito. En el quinto capítulo se comentan otras características que intervienen en la construcción del personaje de Medea como la etnicidad o el género. Se tienen en cuenta tratamientos filosóficos y puntos de vista feministas en el acercamiento a estos aspectos. En el siguiente capítulo, el sexto, la autora del libro reseña a la Medea retratada en la tragedia griega y especialmente en la obra de Eurípides. En el séptimo capítulo, y último de esta segunda parte, la autora sigue las huellas del mito de Medea hasta Roma. Se persigue su rastro a través de las muestras pictográficas y de autores como Apolonio de Rodas, Ovidio, Séneca o Valerio Flaco.

La última parte del libro, compuesta por los capítulos octavo y noveno, recoge la pervivencia de Medea después de la época grecorromana. Se recoge su interacción con el mundo cristiano, o la reaparición a través del infanticidio de una Medea moderna. Se enumeran también algunas de las revisiones de este mito durante los siglos XX y XXI en terrenos como el dramático, el fílmico o el literario, sin dejar de reseñar también el interés continuado de los investigadores por el personaje.

En conclusión, el trabajo de la profesora Griffiths sobre la figura de Medea y sus múltiples manifestaciones e interpretaciones se revela concienzudo, pero a la vez ameno. Sirve como instrumento de acercamiento al mito para quien no lo conoce y también es una valiosa herramienta de trabajo para los estudiosos de esta figura mítica que no cesa de sorprender.

Gloria GONZÁLEZ GALVÁN  
Instituto Universitario  
de Estudios de las Mujeres  
Universidad de La Laguna



CELIA AMORÓS, *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*. Madrid, Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer, 2005.

No son difíciles de imaginar las causas por las que cundió por estos pagos, con más arraigo y persistencia que en otras partes donde sólo había a su favor genuinos argumentos positivistas, la costumbre de mostrarnos la filosofía política —y no menos su propia historia— como un saber aséptico y muy higiénico, artificialmente saneado de todo lo que oliera a incrustación social e histórica, originaria de ámbitos tan zafios y poco edificantes como la discusión política. Funcionó bien como pretexto y como engaño, al objeto tanto de cauterizar esos males como de conferirle a la filosofía cierto aura de disciplina eminente y exquisita, la dificultosa *abstracción* de los textos filosóficos, que poco se aviene —se decía— con las menudencias que florecen en los contextos políticos. Y como ocurre con algunos dolores, que no languidecen apenas se extirpa el mal que los ocasiona, aún hoy es un padecimiento demasiado común escuchar sobre «los problemas de la filosofía», como si fueran sólo suyos o no se originaran más que en su privilegiado y exclusivo interior; o leer extractos de «historia de la filosofía», pulidos y sin aristas, bajo la indisimulada consigna de que su pasado teje un continuo separado y autónomo, librado de aquellas insidiosas incrustaciones... Pero también, y por fortuna, cada vez está más extendida la asunción de que los discursos no encuentran en el *nivel de abstracción* una barrera que los encapsule como divertimentos especulativos o que impida que se propaguen por todos los contextos políticos, sea cual sea su grado de institucionalización formal. Esto es, abunda ya el supuesto de que los textos filosóficos —por sibilino que sea el envoltorio deliberadamente higiénico y abstracto en el que se nos presentan— constituyen acciones políticas, de carácter no menos práctico que teórico, que se realizan siempre entre ciertas coordenadas discursivas y que en modo alguno se encuentran segregadas —o de antemano neutralizadas...— en su relación con la sociedad en la que intervienen. Y, confluyendo con el escarnio de tanta limpidez sociohistórica, también son

hoy menos los que identifican el texto filosófico con un género literario abstruso, sistemático o no pero de pésima prosa, que es incompatible con las difusas licencias del ensayo...

En la pieza de Celia Amorós, galardonada con el Premio Nacional de Ensayo, convergen la brillantez en el estilo con la intensidad de la intervención política apasionada, la lucidez teórica con la exhortación cívica. Y resulta de difícil comprensión —si no hipócrita, bajo el parapeto de una imposible neutralidad— escandalizarse de que en estos casos se juzgue algo más que la calidad literaria de los textos. El reconocimiento político sería una objeción y un atenuante si no fuera porque se me ocurren muy pocos premios que no tengan algo de eso, y ello por la sencilla razón de que también son muy pocos los textos verdaderamente filosóficos que no sean a su vez acciones políticas, con independencia de su nivel de abstracción o de gélido distanciamiento. De modo que mejor será, antes que entrar en polémicas estériles y demasiado suspicaces, identificar las pugnas políticas en las que el libro de la profesora Amorós interviene discursivamente. El proyecto feminista que desde hace décadas suscribe y elabora la autora de *La gran diferencia y sus pequeñas consecuencias... para las luchas de las mujeres*, arraigado en los ideales ilustrados, no tiene en la actualidad pocos adversarios ideológicos, ni encuentra en éstos una resistencia menor o sólo residual que no esté acompañada de un amplio predicamento social. Por una parte, se las tiene que ver con el virulento rebrote de cierto conservadurismo político y doctrinal, de impronta tradicionalista, que no carece de recursos y de respaldo para cumplir con su propósito de glosar y celebrar la realidad de los universales genéricos. Apenas sorprende ya que en este caso, y según una tradición que viene de lejos, se reúnan o se sintonicen los opuestos, según convenga. Porque al tradicionalista no le turba ni le genera mayores problemas —prácticos antes que ideológicos— decretar la inquebrantable realidad esencial de los dominios que santifica y preserva mientras ello no le obligue a renunciar al nominalismo, cuanto más radical mejor, en el momento en el que abre la puerta y sale de su caluroso manto protector. Y como es de suponer, según costumbre que tam-



bién viene de lejos, el tradicionalista detesta la historia científica, y no le faltan razones pragmáticas para hacerlo. Si se le reprocha que consagra la familia tradicional, dirá que es la verdadera —el en-sí— que, en el mejor y más refinado de los casos, constituye un concepto verdadero que sobrevuela en un plano muy distinto al de los usos históricos del lenguaje que podrían erosionarlo. En cambio, si se le dice que no tiene en cuenta los nuevos tiempos que corren responderá que nada pueden contra dos mil años (¡o más!) de familia verdadera. Pero lo cierto es que una ligera dosis de criticismo histórico —otra forma, a fin de cuentas, de practicar el racionalismo crítico...— enseguida mostrará, con la carga de la prueba bien cubierta, que el encadenamiento presuntivo de antecedentes normativos, de origen no fechado y que fija con carácter prescriptivo la validez de algunas instituciones, no es más que un mito ideológico que no tiene nada ni de verdadero ni de inmemorial.

En este sentido las páginas que dedica Celia Amorós a estudiar la domesticidad familiar en la que con tanto celo las mujeres han sido ahebradas, y en particular las que escribe sobre el modelo protestante de contratación conyugal —adherido de cierta fuerza emancipadora mientras se tome en serio la virtualidad universalizante de la libre interpretación de los textos sagrados—, contribuyen a desacreditar uno de los mitos más potentes, reactivos y persuasivos con los que el tradicionalismo conservador defiende sus postulados no feministas y, en demasiadas ocasiones, expresamente antifeministas. Pero la eficacia política de este tipo de intervenciones, que en el caso que nos ocupa parecen constituirse como actos indirectos de crítica —quizá porque está del todo perdida la esperanza de persuadir a los más recalcitrantes de que su venerada familia tiene orígenes históricos más «pecaminosos» y «siniestros» de lo que quieren creer—, siempre tendrá en su contra que al ideólogo tradicionalista no suele estomagarle actuar como un cínico político, simular que desconoce las tesis positivas del criticismo histórico y aún más sus consecuencias. Si se permite decirlo así, la verdad no es mal recurso para mentir a sabiendas. Y mentir es bastante

más fácil que molestarse con las refutaciones empíricas.

Por otra parte, el programa ilustrado y vindicativo que suscribe Celia Amorós, además de enfrentarse con adversarios de esa ralea, tiene también que lidiar con planteamientos que se dicen feministas y que, sin embargo, se encuentran en sus antípodas teóricas o filosóficas. Ahora la confrontación surge sobre todo en ámbitos académicos —e incluso academicistas, en el peor de los sentidos—, pero la manifiesta debilidad con la que el llamado «feminismo de la diferencia» sobrevive a las tentaciones del transfigurismo político induce a no minusvalorarlo en lo que se refiere a su presumible funcionalidad social y pragmática. El caso es que las teóricas de la diferencia —o de la identidad, si se prefiere— intensifican el recelo y la sospecha que en el feminismo clásico suscitan los ideales de la modernidad ilustrada, pero lo hacen en un sentido que ya no tiene que ver con la denuncia de la incoherencia con la que esos mismos ideales se ponen en práctica con la quiebra del Antiguo Régimen y la paulatina institucionalización de las democracias formales. En efecto, ya no se trata de someter a crítica —con alcance práctico, por supuesto— que los conceptos universalizantes que se postulan en la Ilustración, liberados de prerrogativas de orden adscriptivo y constitutivos de un género neutro en el que la igualdad individual se presume irrestricta, se hayan materializado de manera incoherente en la medida en que la exclusión de las mujeres de la esfera pública —o que se las haya recluso en los espacios naturales y privados de la domesticidad familiar— supone que se restituya la facticidad de aquellos privilegios adscriptivos que los ilustrados se vanagloriaban de erradicar, sino más bien de argüir que ese género neutro —con todas sus pretensiones universalizadoras— es poco más que una impostura por la que se hace pasar lo que es intrínsecamente masculino. En lugar de vetustas y anquilosadas reivindicaciones de igualdad, la exigencia propia del feminismo se resume ahora en la constitución de una identidad femenina que no sufra de desnaturalización por obra de semejantes imposturas, y su debido cumplimiento resultará tanto más urgente cuanto mayor y más diáfano sea el convencimiento

de que no hay mediación que valga con esa identidad que se esconde detrás de la engañosa máscara de la neutralidad...

Son muchas las objeciones que se le pueden hacer a los feminismos de la identidad, y todas o casi todas rondan en torno al realismo más o menos vacilante con el que teorizan sobre los universales de género. Pero creo que hay al menos dos, de entre las que les dedica Celia Amorós, que además de tener difícil réplica les convierten en algo así como feminismos subrogados, incapaces de constituirse por sí mismos. En primer lugar, conviene subrayar que las pretensiones del «pensamiento de la diferencia» se entrecruzan muchas veces con demandas propias de un movimiento tan polifacético como el multiculturalismo, y de entre todas esas reivindicaciones la principal y más sustantiva clama por el establecimiento de políticas que propicien el reconocimiento público de las identidades (nacionales, religiosas, étnicas, etc.) que han sido cercenadas y oprimidas en la sociedad que sea al caso. Pero ese reconocimiento que se reclama —y no importa aquí cómo se construya o se conciba la identidad femenina que se oculta tras el omnipresente velo de la neutralidad— no es viable ni adquirirá nunca rango público mientras no se satisfaga la condición previa, sobre la que basculan siempre las reivindicaciones del feminismo clásico, de que en la sociedad de marras exista igualdad efectiva entre hombres y mujeres —en un sentido que no es, por tanto, en exclusiva formal, a la vista del constante ninguneo público a que han sido sometidas las mujeres con toda la pulcritud jurídica que quepa imaginar—, y ello en razón de que sin cumplir con ese requisito no hay forma política y discursiva de que se hagan valer las pretensiones de la diferencia. De este modo, y según estarían dispuestas a reconocer algunas feministas de la diferencia, sólo sobre la base de los logros sociales, jurídicos y políticos que ha conseguido allegar el feminismo ilustrado es posible que las lucubraciones académicas de cuño identitario traspasen los cercos entre los que surgen y se filtren por la sociedad en su conjunto. Pero esto no implica necesariamente, y aquí es adonde quiero llegar con la segunda objeción a la que hacía referencia, que el pensamiento de la dife-

rencia sea un estadio más avanzado de la lucha feminista que deba agradecer los servicios prestados por sus precedentes ilustrados, para luego despedirles con afecto. Como en tantas otras ocasiones, los problemas con la realidad de los universales comienzan cuando llega el momento de acotar la cosa e identificar su contenido, y en esto los feminismos de la diferencia no tienen menos dificultades ni la encuentran menos huidiza que otros planteamientos filosóficos. Con todo, las teóricas de la diferencia parecen dividirse —en su búsqueda de una realidad lo bastante evasiva como para no dejarse agarrar a la primera— entre quienes aspiran a rescatar la identidad femenina tal cual es y aquellas otras que, por el contrario, y con la fundada sospecha de que ese «tal cual es» deje demasiado regusto a pasado, prefieren descubrirla y constituirla con independencia de las dos caras —femenina e impostoramente neutra— del patriarcado. Pero ambas coinciden en que la constitución de la identidad femenina debe realizarse —se pare luego en lo que se pare...— de forma tal que las denigrantes definiciones del patriarcado queden en un silencioso margen que con anterioridad, y con no pocas dosis de voluntarismo, ya ha sido neutralizado. El problema radica, con consecuencias semejantes para unas y otras, en que con ello no se consigue deshacer los efectos prácticos y simbólicos de la identidad femenina que ha sido heterodesignada desde los pactos patriarcales y que pervive, en muchos aspectos, con total vigencia. De este modo, y antes de comenzar con la tarea de descubrir o rescatar diferencias perdidas, es necesario quebrar —como facticidad que es y que no deja de ser efectiva por mucho que se le dé la espalda— la malla de significados y juicios totalizadores que envuelve la identidad de las mujeres. Y esta operación de quiebra, si quiere ser negación *concreta* de la identidad que adjudica el patriarcado, no puede sino realizarse en los propios términos nominalistas —redefinidos y ampliados— que éste ofrece. Entonces, sólo entonces, será viable realizar la crítica del androcentrismo y desmascarar lo que tiene de masculino el género humano.

Sin embargo, no parece que sean estos —el tradicionalismo conservador y el feminismo de



la diferencia— los adversarios que mayor resistencia le pueden ofrecer a los embates críticos del feminismo vindicativo clásico. Después de todo, se trata de planteamientos que, cada uno a su manera —bien porque se desentiendan cínicamente de él, bien porque lo sometan a desfundamentación—, no se muestran dispuestos a recoger ni siquiera lo más granado del bagaje ilustrado. Sus cartas son muy distintas, y en absoluto les importa que se conozcan, a las que tiene que arriesgar el feminismo de la vindicación. Las cosas cambian bastante, y creo que se vuelven todavía más interesantes, cuando el destinatario de la intervención discursiva es cierto liberalismo político y doctrinal que, guste o no, tiene su asiento en raíces que lo emparentan con el discurso feminista clásico. Y de todos es sabido que las disputas familiares suelen ser las más acaloradas y dolorosas... Sea como fuere, las tesis nominalistas que suscribe ese liberalismo — y con él muchas mujeres que han alcanzado el éxito profesional, político, etc.— son mucho más radicales y extremas que las defendidas en clave feminista, y lo son de tal manera que le permiten concluir —sin que en esto tenga que ser necesariamente insincero o maléfico— que basta con la libre concurrencia en el mercado y la igualdad jurídico-formal para darle satisfacción a los derechos y exigencias que con razón reclaman las mujeres. Conforme a este apotegma no distaría mucho —un pequeño tramo subsidiario sólo de que afloren de una vez tantos méritos reclusos y desapercibidos...— para la realización de una sociedad ideal de individuos libres en la que el escaso gusto liberal por las veleidades utópicas permite, por supuesto, que esa sociedad sea en casi todo agonística, que se encuentre profundamente juridificada y que, incluso, conserve aquellos aspectos del Estado social de derecho imprescindibles para la multiplicación exponencial del tráfico económico.

La objeción más obvia —y no por ello de menor importancia— que se le puede hacer a estas posiciones teóricas y políticas abunda en que todavía hay filtros estructurales —independientes de la «pura» concurrencia en el mercado o de la «pura» igualdad jurídico-formal— lo bastante recurrentes, rocosos y de difícil elusión como para que sólo sea cosa de semanas —y de

méritos— competir igualitariamente en una sociedad de individuos libres. Es de exigir, por tanto, que se arbitren e implementen medidas de promoción diferencial que aseguren la erosión —y, a ser posible, la pronta desaparición— de esos filtros que obstaculizan la realización del propio proyecto liberal, en la medida en que desmienten la igualdad de oportunidades —en política, empresa, investigación, etc.— y la poca igualdad material que todavía puede reclamarse, según el lema «a igual trabajo igual salario». Y tal vez no esté de más decir que, mientras se sea consecuentemente nominalista, la reparación administrativa de aquellos filtros tiene que ser coherente con su finalidad y, por tanto, encontrarse precedida de interpretaciones y cálculos que ponderen tanto la necesidad de emplearlos a título provisional como su eficacia en la resolución de los males que aborda.

No obstante, hay una objeción menos obvia y mucho más sutil que se le puede hacer a los planteamientos liberales y que sólo de forma indirecta guarda relación con la solución administrativa que se le ha de buscar a esos obstáculos estructurales. En efecto, entre los supuestos liberales que rara vez llaman la atención de sus críticos se encuentra la presunción de que el lenguaje ordinario, como medio público que es, garantiza que en todo momento puedan abrirse paso y ganar predicamento contenidos que contradicen las creencias que dominan la esfera pública y que se depositan en ese mismo medio. Por paradójico que parezca, hay muchos liberales que con optimismo abrigan el tácito convencimiento de que la situación ideal de comunicación es algo que cualquiera puede encontrarse en las más variadas interlocuciones. Ciertamente es que la publicidad del medio permite que el destino de las palabras sea muy distinto del que previeron y quisieron fijar los usuarios que las acuñaron del modo que fuera, ese destino desagradable por el que con ellas mismas —y con su misma acuñación, reformulada— se les consigue redargüir en sus pretensiones de validez. Ciertamente es también que un ejemplo indeleble de esto lo proporcionó el feminismo clásico cuando denunció la incoherencia ilustrada que conllevaba reclamar la abolición de los privilegios estamentales al tiempo que —y mientras que se escribía

de igualdad y universalidad— se constituía «un tercer estado dentro del tercer estado». Pero no por ello es menos verdad, y aquí es donde la objeción menos obvia y más sutil de Celia Amorós cobra toda su fuerza, que redargüirle no es algo que con tanta facilidad y fluidez se le pueda hacer a un adversario con el que, de ningún modo, se debate en igualdad de condiciones. Esas condiciones no se dan cuando, como es el caso, en el lenguaje no se ha neutralizado la relación entre opresores y oprimidos por la cual una de las partes establece e instituye las propias reglas *asimétricas* de la comunicación, y ello de tal modo que los significados y designaciones que se van sedimentando con su uso y aplicación y que con cada palabra constituyen la identidad femenina logran una hegemonía y una eficacia sociopragmática tal que de entrada no admiten réplica discursiva. Con todo, una de las tareas del feminismo sigue siendo dinamitar esos sedimentos en los que se ha conglomerado la identidad femenina y sustituirlos por un orden nuevo de autodesignaciones que culmine la negación concreta —y nominalista— del orden simbólico que se instituye con el patriarcado. Pero esta tarea ya no es tan fácil como nos hacía suponer la ingenuidad liberal que lo fiaba todo a la discusión entre iguales. En primer lugar, porque no hay réplica que en verdad sea discursiva si no es ella misma práctica, y no lo será mientras se limite a edulcorar con eufemismos o con argumentos estoicos las relaciones de desigualdad que se establecieron con el dominio de las reglas de comunicación. En segundo lugar,

porque la consolidación de un nuevo discurso público, en el que con eficacia política se le dé réplica discursiva al orden patriarcal de las definiciones, no es cosa que pueda hacerse a título individual por parte de ninguno de los átomos que son designados como tales en el lenguaje asimétrico que se filtra por todos los niveles de la comunicación. Para que se elabore con éxito un nuevo orden de significados resulta imprescindible que los individuos se organicen en grupos que potencien y establezcan el lenguaje con el que combaten las definiciones dominantes, y esto es si cabe más necesario cuando la innovación discursiva se ejerce contra el imperio de reglas asimétricas que impiden el reconocimiento y sin embargo establecen un férreo monopolio de la definición. Pero quien no lo crea así y conserve intacta su fe en los recursos discursivos que el lenguaje pone a disposición de los individuos lo tiene fácil: es suficiente con que dé algún ejemplo histórico de lenguaje político al que le haya bastado para constituirse en medio de discusión pública con el recurrente genio retórico de un solo héroe del pensamiento, canónico y universal. Mientras esperamos quedémonos con la hipótesis de que es esta, la producción de un discurso nominalista e ilustrado en el que con alcance político las mujeres se designen a sí mismas, una de las tareas más encomiables, exigentes y provechosas que debe seguir articulando el feminismo contemporáneo.

Guillermo ESCOLAR  
Universidad Complutense de Madrid



VIRGINIA TRUEBA MIRA, *El claroscuro de las luces, escritoras de la Ilustración española*. Barcelona, Montesinos, 2005.

El eje fundamental de *El claroscuro de las luces* se encuentra en la mujer como hacedora, como ente público que escribe y que tiene voz. Se centra, principalmente, en el último tercio del siglo XVIII, que es donde aparecen las cuatro mujeres creadoras de las que se va a tratar: Josefa Amar, Inés Joyés, Rosa Gálvez y Margarita Hickey. La autora advierte que éstas no son todas las mujeres que escribieron en este momento pero sí aquellas que en su opinión poseían unos textos de mayor interés histórico y estético.

El contexto en el que estas escritoras desarrollan su obra es complejo. En España se vivía un atraso generalizado en el siglo XVIII y las ideas ilustradas tuvieron un avance moderado. En el resto de Europa el pensamiento revolucionario adquiere fuerza, se expanden conceptos racionalistas, reformistas y combativos. Se emerge de una época oscura y se empieza a pisar un terreno lleno de luz, ciencia y, sobre todo, de razón.

El desarrollo de este movimiento intelectual encuentra en España cierta dificultad debido al profundo arraigo religioso de la época. Aunque, por otro lado, grandes personalidades fueron consagrando la Ilustración en el país como Benito Feijoo, Gaspar Melchor de Jovellanos, Moratín o Meléndez Valdés. Entre estas figuras tan importantes y masculinas hubo otras voces que empezaron a abrirse paso con dificultad en el mundo de las letras. Voces femeninas componentes de una sociedad en la que ellas no participaban en todos sus aspectos, habitantes de una España donde existía una gran diferencia social y educacional con respecto a la mujer.

Virginia Trueba Mira, profesora de la Universidad de Barcelona y especialista en Literatura contemporánea y en Literatura de mujeres, se hizo eco del sentimiento de Safo de Lesbos cuando dijo «Os aseguro que alguien se acordará de nosotras en el futuro». Y eso hizo, rescatar del olvido a estas autoras poco estudiadas y recordadas, queriendo con ello no sólo ofrecer un estudio sobre su vida y obra, sino una visión panorámica de las barreras a las que tuvieron que

enfrentarse, por ser mujeres y por ser ilustradas. Es un hecho atestiguado que la vida cultural en todos los terrenos ha contado con presencia femenina dotada de talento y que ésta ha pasado inadvertida debido a la conocida distribución de roles de la época. Pero algunas de estas mujeres también dispusieron de la palabra pública convirtiéndose en protagonistas y creadoras de muchos discursos del siglo XVIII. Fue en vano que los hombres pretendieran decidir por ellas: si podían o no escribir, porque esto sólo dependía de su voluntad femenina y de los titánicos impedimentos que debían ser salvados.

La obra, subvencionada por el Instituto de la Mujer, arranca con una pequeña e interesante introducción que ayuda a situar al lector en el panorama europeo y español, seguida de siete capítulos y de la conclusión final de la autora.

La primera parte, de carácter más general, se aborda delimitando las consecuencias de ser hombre y de ser mujer en el siglo XVIII. Se da una visión breve de una sociedad que ve con sorpresa y reticencia el inesperado papel que la mujer de clase elevada quiere desempeñar. Hasta entonces, explica la autora, la mujer había estado relegada al ámbito de lo doméstico, a los hijos y a la aguja. Sólo había dos caminos para ella, ése o el religioso. La presencia femenina estaba destinada a un estado de infancia eterna, su sexo reservado a la procreación y socializado únicamente como esposas, madres e hijas de los hombres. En definitiva, educadas para ser obedientes, vivían encerradas y calladas. Una de las razones que se daba para explicar este sometimiento era la tendencia natural de la mujer hacia el vicio y hacia la frivolidad, además del incipiente consumismo del que tanto los defensores de la mujer como las propias mujeres ilustradas hacen responsables a los hombres. Es culpa de ellos ese nuevo comportamiento femenino que lleva a la mujer a salir a teatros y paseos, a comprar vestidos y a coquetear, porque ellos son los que las han privado de educación. Por otra parte, ese libertinaje se achaca también al tedio, las mujeres acomodadas del siglo XVIII se aburrían terriblemente.

Virginia Trueba acude a López de Ayala y su texto de 1786 en defensa de las mujeres, en el que se explica cómo con la educación femenina



se podría construir una sociedad más justa en la que la mujer dejaría de ser una carga, y por supuesto, de ser ociosa. Y es que el acceso de la mujer española de clase media-alta a la cultura y a la educación en esta etapa histórica fue mínimo, y nulo, en el caso del resto de mujeres. Las estadísticas señalan que sólo un quince por ciento de ellas estaba alfabetizada. Otro discurso en defensa de las mujeres fue el de Feijoo (1726), con el que se abre un debate sobre el sexo femenino y proliferan los ensayos sobre su educación. Es el momento de la polémica sobre la diferencia y complementariedad de sexos, tema recurrente en el pensamiento ilustrado y sobre el que algunas mujeres también empiezan a opinar.

La autora hace especial hincapié en las Sociedades Económicas de Amigos del País, muy importantes en ese momento, que, apoyadas por el Rey, promovían el desarrollo de España sin permitir en un principio el ingreso de las mujeres. En otros países europeos, como Francia, la mujer culta había demostrado que podía debatir como los hombres en espacios semipúblicos como los salones o las tertulias. Mientras que en nuestro país, la presencia de las mujeres en dichos ambientes fue más modesta. Los textos y opiniones en los que se pedía o rechazaba la admisión de las mujeres en estas Sociedades Económicas de Amigos del País fueron abundantes. Virginia Trueba alude en su obra a las más significativas. Manuel J. Marín (1775) insiste en que sólo deberían entrar aquellas mujeres que tuvieran lazos familiares con los socios pero que no se debería olvidar los beneficios que reportaría su trabajo. Pedro Rodríguez Campomanes (1775) defiende una tesis similar a la de Marín, añade que con esos trabajos se les restaría tiempo para el ocio al sexo femenino y en opinión de Jovellanos (1786), que su presencia enardecería el orgullo de los hombres. Josefa Amar, de la que la autora hablará más extensamente, sólo ve en la admisión de la mujer una causa justa a favor de la igualdad de los sexos. De modo evidente, también hubo quien se negó, como Francisco de Cabarrús (1786), que insiste en que las mujeres deben estar en el hogar, una situación totalmente acorde con su naturaleza, aunque su posición fue minoritaria. Según Cabarrús, abrir las puertas de las Sociedades a las mujeres era

admitir la entrada del desorden público, pues la presencia femenina haría que los hombres perdieran la compostura y la autoridad. La Sociedad de Amigos del País, una esfera que debía ser exclusivamente masculina y moral, se llenaría de vicios.

La idea que subyace en el *Claroscuro de las luces* es la de la existencia de dos posturas enfrentadas: la de los ilustradores reformistas y la de los misóginos tradicionales. El dilema se resolvió en 1787 gracias a una Real Cédula que permitió que las mujeres de la alta nobleza se admitieran en una junta subordinada a la Sociedad Matritense. Es la llamada Junta de Damas de Honor y Mérito, que desarrolla una interesante tarea social con excelentes resultados. La mujer comienza a alcanzar la madurez y a participar activamente en el mundo de la cultura, eso sí, sin ninguna participación política. Ya no se puede ignorar a las mujeres, con lo que surge así una renovación y modernización de la sociedad española.

En los sucesivos capítulos Virginia Trueba se vale de todo lo anterior para apoyar a las cuatro autoras que va a tratar, encuadrándole a cada una de ellas el género en el que destacaron. Josefa Amar con el ensayo, Inés Joyés con la traducción, Rosa Gálvez con el teatro y, por último, Margarita Hickey con la poesía. Ninguna de ellas fue feroz incendiaria, sino que las cuatro fueron pacientes reformistas que luchaban por su libertad, a fuerza de valor y de discursos moderados. No se cansaban de repetir que no había cualidades por sexos, sino por personas, siendo en todo momento conscientes de que luchaban por una causa justa. No escribieron escondiéndose detrás de nombres masculinos de sus padres o esposos pero sí utilizaron algunas de las estrategias discursivas de la época para lograr ver publicadas sus obras, como nos afirma Virginia Trueba. Utilizaron a Dios como inspirador, alegaron falsa modestia o haber escrito a instancias de algún hombre pero asegurando siempre que no habían dejado de lado la aguja.

Josefa Amar y Borbón (1749-1833?) es considerada una de las figuras más destacadas del primer feminismo. Luchó en la conveniencia de avanzar en la igualdad de talentos entre mujeres y hombres, y no estaba dispuesta a que se la con-



siderara menos que otra persona por su sexo. Según Virginia Trueba, sus aportaciones más significativas son: la *Memoria sobre la admisión de señoras en la Sociedad* (1786) y el *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790). El primero contribuye al debate sobre las Sociedades Económicas y el segundo dedicado a las mujeres de clase alta y a su relación con el matrimonio y con los hijos. Algunas de sus ideas más importantes son, por ejemplo, sobre la educación de éstos, en los que consideraba tan necesaria la figura materna como la paterna, y la formación de las mujeres, con la cual el sexo femenino alcanzaría el mismo nivel intelectual que el sexo masculino.

Inés Joyés y Blake, como Amar, fue una de las mujeres ilustradas más avanzadas de su tiempo, aunque a diferencia de ésta se la ha valorado en la actualidad y no en su momento, en el que pasó desapercibida. De hecho, hoy se desconocen todavía las fechas exactas de su nacimiento y muerte. Trueba se refiere a su única traducción conocida, del inglés y en 1798, *El príncipe de Abisinia* de Samuel Johnson, a la que acompañó un texto independiente, *Apología de las mujeres*, escrito por ella misma y dedicado a sus hijas. Ella coincide también con Amar en proponer la educación como solución. En su obra intenta alentar a las mujeres para que no se dejen avasallar y persuadir a los hombres para que entren en razón y respeten la igualdad de almas.

Rosa Gálvez (1768-1806) es la primera mujer en las letras españolas que se dedicó al teatro. Sus obras se representaron y se imprimie-

ron en su mayoría, algo inusual en una sociedad donde el patriarcado estaba bien enraizado. Fue una mujer ajena a los valores de la época y se la tachó por ello de licenciosa; en ocasiones, en sus textos, demuestra tanto desasosiego ante el mundo injusto que defiende, como única salida, el suicidio. En su lucha por la defensa de las mujeres pone todo el énfasis en los papeles femeninos de sus textos, alejándolos de los estereotipos creados por los hombres y promoviendo nuevos modelos de conducta.

Por último, Virginia Trueba se detiene en Margarita Hickey (1757-1793), en su literatura femenina y feminista. De las cuatro plumas tratadas en la presente obra, ésta es la más crítica. Utiliza sus escritos para culpar a los hombres de sus engaños y tiranías. Hickey sólo ve en ellos innumerables defectos y asegura que es más grata la vida entre los libros que entre los hombres, a los que las mujeres pueden sobrepasar si se lo proponen.

El objetivo marcado por la autora en *El Claroscuro de las luces*, título que hace referencia a las numerosas luces y sombras que tuvo la Ilustración en España, ha sido dejar patente que la mujer no sólo fue sujeto de inspiración en el mundo de las letras, sino también un sujeto creativo. Se trata, sin duda, de un trabajo notable y de una magnífica aportación a los estudios de género, dirigido tanto a quien se acerque por primera vez al tema o a quien pretenda profundizar en la realidad del siglo XVIII español.

Yasmina ROMERO MORALES  
Universidad de La Laguna

VARIACIONES SOBRE *LO SEXUAL* DESDE LA SOCIOLOGÍA. RAQUEL OSBORNE y ÓSCAR GUASCH (COMPS.), *Sociología de la sexualidad*. Madrid, CIS: Monografías 195, 2003.

Las convulsas transformaciones de nuestro tiempo y nuestros contextos —entre los cuales se encuentra el ámbito académico que algunas habitamos— favorecen en ocasiones, incitan otras, urgen incluso, a la creación de espacios para el debate, el contraste y la reflexión teórica. Es el caso de esta compilación de artículos que se presenta bajo la rúbrica de *Sociología de la sexualidad*, título tan expresivo y clarificador como vasto y ambiguo. Osborne y Guasch acen-túan ya en las primeras páginas que «es preciso redefinir el concepto de sexualidad en perspectiva sociológica y entenderlo como un instrumento conceptual que permite marcar un campo de análisis para la teoría y la investigación social» (p. 4). Parte de este campo se irá concretando en los distintos artículos que componen la obra.

A vueltas con el objeto de la sociología de la sexualidad encontramos un eje de análisis que versa sobre las distintas formas que adopta socialmente dicho objeto y su centralidad desde la mirada sociológica. Así, algunos de los textos de esta compilación se centran en el *Agente* de la acción —en cierto objeto investigado como sujeto sexual; otros artículos se centran en el *Territorio* de la acción, terrenos que se analizan objetivando dicha acción, construyendo determinada forma de contexto del objeto —es el caso de instituciones clásicas sobre las que se articula la sexualidad tales como la familia y el ámbito laboral; por último, otro grupo se fija no en el agente ni en el territorio, sino en la propia *Reflexión* de la acción, esto es, en aquellas estrategias que desde lo social y/o desde lo sociológico (se) realizan o narran la forma de actuar de lo sexual. Unas y otras muestran posibilidades de entender la relación sujeto/objeto y de utilizarla analítica y epistemológicamente.

En el primer grupo incluiré los textos dedicados a la prostitución, al movimiento gay y lésbico español y a las mujeres infectadas por el VIH como modalidades de la agencia sexual, como objetos y sujetos sociales en acción: los

tres son construidos por sus autores como objetos de estudio y, en esta construcción, sus agentes se revelan protagonistas de su definición. En este primer grupo se encuentra un sobrio y riguroso texto de Dolores Juliano, quien a través de un análisis antropológico de la prostitución revela el proceso por el que la «estigmatización» actúa como forma de control social y por el cual, también, se construye la identidad de género de forma ordenada y coherente. También pertenece a esta primera agrupación el texto de Kerman Calvo sobre el movimiento homosexual español, cuya trayectoria nos certifica la progresiva institucionalización en España de estos movimientos así como debates internos que plantean, tales como las tendencias hacia la individualización o la colectivización y los siempre presentes sobre asimilación y resistencia. Por último pertenece a este apartado un tercer objeto de estudio sexual(izado), el SIDA, aunque más concretamente ha de hablarse de las mujeres portadoras del virus. En este artículo se pone de relieve la vulnerabilidad de determinados sectores que favorece lo que se ha venido a denominar feminización del SIDA, dejando la autora —Adriana Gómez— cierta puerta abierta a la resistencia frente a la expansión de las consecuencias sociales derivadas de la pandemia.

Un segundo grupo de artículos se centra en los territorios de la sexualidad, unos territorios que distingo de los agentes anteriores por cuanto se corresponden con determinadas instituciones —la familia, el trabajo y la academia. Unas instituciones tangenciales al problema analizado, que no son el objeto-sujeto problematizado, sino la ubicación ideológica y normativa a la que pertenecen: las coordenadas de pertenencia, los territorios de ubicación.

Así, el artículo de Stacey y Biblarz nos remite al contraste de una hipótesis muchas veces trabajada, la de si importa (o no) la orientación sexual de los progenitores. Podría sugerir el análisis de algunos olvidos llamativos sobre matices categoriales importantes, sin embargo, no me detendré a enfatizar los descuidos sino los aciertos y cómo, a partir de una hipótesis muy simple, se hacen notables las estrategias múltiples que entran en juego a la hora de llevar a cabo una investigación sobre tal asunto y cómo esta





dialéctica impide valorar los resultados extraídos de estas investigaciones. El segundo texto se enmarca en el ámbito del trabajo y analiza un factor derivado directamente del sexismo arraigado en nuestras sociedades: el acoso sexual laboral. Lo que narran Pernas y Ligerio, en síntesis, es un estudio sobre actitudes y percepciones acerca del acoso que profundiza en algunos rasgos, causas y consecuencias y que, fundamentalmente, da como resultado una caracterología discursiva sobre el acoso sexual vinculado a la discriminación y la desigualdad laboral de género. En este caso es más difícil pasar por alto algunas omisiones que, a mi parecer, reclaman presencia, como la no profundización en las nuevas estructuras del mercado laboral, el olvido de las transformaciones en los significados sobre la «cultura del trabajo» o la comprensión del empleo como institución estática de la modernidad. El último lugar de este apartado lo ocupa la disciplina protagonista: la Sociología. El artículo de Osborne y Guasch es un repaso brillante sobre la sexualidad como preocupación sociológica que perfila estrechamente la transformación de un recorrido que ha logrado trazar el ansiado rango disciplinario. Desde mi perspectiva, apenas una duda que acierto a entender irresoluble y cuya licencia para plantearlo me la otorga mi papel comentarista: ¿dónde trazar las fronteras disciplinares que se reclaman?, ¿es esta compilación de textos ejemplificadora de la última parte de la trayectoria que se relata?, ¿puede asignarse a la teoría *queer* el lugar último de este recorrido? Estas y otras preguntas saltan a la cabeza, pero todas tienen relación con una inquietud que se está planteando actualmente en nuestra academia, la de cierto énfasis retórico sobre lo *queer* que vaticina dos posibles: 1) el de una institucionalización que lo convertiría en paradójico respecto de sus propios supuestos o 2) la decadencia que produciría el efecto de mera conversión en una moda académica. Sucintas reflexiones en cualquier caso, incitadas, probablemente, por la innecesaria crítica a una excelente elección del itinerario teórico.

En el tercer grupo se reúnen tres textos que aglutinan estrategias o formas de acción relativas a la construcción y gestión de la intimidad —objeto y lugar para articular las preocupacio-

nes en torno a lo político que se focalizan en la ciudadanía—, la diversidad —objeto y territorio a gestionar por lo social y por lo académico— y la transexualidad —la propia acción de redefinición del género y la sexualidad inscrita a través del propio cuerpo—, que funcionan como tres invenciones sociológicas y sociales desde el terreno de la reflexividad sociológica.

La apelación de Plummer a la intimidad como fuente desde la cual organizar aspectos políticos referidos a la ciudadanía resulta fundamental a la hora de continuar en líneas anteriores que desvirtúan los opuestos clásicos, que apuestan por una relectura de lo social centrada en la sexualidad y que replantean lo sexual prestando atención a modalidades de lo social que no pueden visibilizarse sin esta perspectiva. Según el autor «es necesario elaborar un concepto que englobe e incorpore de manera más exhaustiva la idea de la vida personal (es decir, una conceptualización que se fije menos en lo sexual y que se encuentre orientado menos exclusivamente al género —aunque ambos figuren de forma prominente). De ahí que proponga la idea de ciudadanía íntima» (p. 32). Esta iniciativa conceptual es, sin duda, una de las más estimulantes para la teoría sociológica, ya que alberga distintas relaciones y definiciones pertinentes para la reflexión de lo social contemporáneo. De modo similar en cuanto a significación teórica, Nieto problematiza la diversidad haciendo un esbozo de posibilidades múltiples. Para ello plantea una circunvalación hacia los derechos sexuales a partir de la distinción público/privado y de los espacios borrosos intermedios que erosionan este binarismo, en el que caben, además, minorías sexuales de las que también se ocupa. En último lugar, Núñez parte de cuestionarse que «en un contexto de difuminación de fronteras entre los géneros resulta sorprendente la presencia social de la transexualidad» (p. 225). A partir de esta paradoja interpreta la transexualidad como gestión del cuerpo y presenta la inscripción corporal como asimilación de la distinción de género para analizar los distintos grados de la transgresión sexual, planteando como polos dos conceptos centrales, la identidad estructural y la transgresión radical de género y para plantear, en último lugar, la hipótesis de la transexua-

lidad como representación del consumo contemporáneo de identidad.

Todos los artículos constituyen, en suma, un compendio interesante y necesario para la academia española, y su diversidad y validez analítica abren una infinidad de imágenes sobre las que continuar explorando. Nos queda en definitiva una interesante, seria y rigurosa compilación sobre sociología de la sexualidad. Sólo falta por ver hacia dónde avanza esta disciplina en el

ámbito académico y editorial, las próximas traducciones y recopilaciones nos darán una buena idea de ello. Mientras, este libro nos ofrece algunas de las posibles vías de trabajo.

Beatriz CAVIA PARDO  
Centro de Estudios sobre  
la Identidad Colectiva  
(Universidad del País Vasco)  
Universidad Complutense

